GILLIAN
BRADSHAW

autora de *EL FARO DE ALEJANDRÍA*

RODAS
LA HIJA DEL SOL



Annotation

RESEÑA

Primavera del 246 a.C.Cuando el Atalanta, barco de guerra de la república de Rodas, destruye una embarcación pirata, se sitúa, sin saberlo, en el ojo de un huracán inesperado.

Entre las víctimas que rescata de los piratas se encuentra una hermosa mujer, Dionisia, favorita del rey de Siria, conocedora de un secreto capaz de sumergir a todo el Mediterráneo

oriental en una guerra larga y de vencedor incierto.

Isócrates, el capitán del barco de guerra, un hombre sencillo que ha dedicado toda su vida a combatir la piratería, se verá envuelto en un conflicto diplomático difícil de manejar; tendrá que conseguir evitar que estalle la guerra entre los tres imperios que rodean a Rodas: Egipto, Siria y Macedonia.

Amenazado de muerte por la despiadada reina siria Laodice, viajará de un lado a otro del mar en un intento por atrapar a su mayor enemigo y salvar a Dionisia de una muerte segura.

Gillian Bradshaw, autora, de la aclamada El faro de Alejandría, vuelve

a presentar una historia absorbente, con una trama colmada de intriga y acción que descorrerá la cortina de un periodo de la Historia tan desconocido como atractivo, en un maravilloso despliegue narrativo.

GILLIAN BRADSHAW

RODAS

LA HIJA DEL SOL

Título original: The Sun's Bride

ISBN: 978-84-96952-68-3
Doc original por: Joseiera
Fb2 editado por: Sagitario

Cui dono lepidum novum libellum

Arida modo pumice expolitum?

Janice, tibi, namque tu solevas

Meas ese aliquid putare nugas.

Arida modo pumice expolitum?

UNO

Aquel año todavía no era tiempo de piratas. El *Atalanta*, desde luego, no esperaba encontrarlos. Era una galera nueva, recién salida del astillero de la república isleña de Rodas, con los costados brillantes por la pintura nueva y sus ciento veinte remos blancos bien lijados. El capitán estaba aprovechando aquel buen tiempo tan poco propio de abril para adiestrar a la nueva tripulación mientras el trierarca discutía en tierra con los proveedores. La primera travesía de la nave había sido

hacia el sudeste, siguiendo la costa liria, atracando dos noches en puertos amigos. Ahora navegaba de vuelta a casa.

El grito del oficial de proa atravesó la cubierta y resonó por todo el sudoroso y oscuro puente de remo, donde el capitán hablaba con el contramaestre.

—¡Veo un barco grande! ¡Es una pentecontera, una pentecontera! ¡Está remolcando un carguero!

Varios de los remeros más inexpertos perdieron el ritmo. Se oyó el ruido de los remos al chocar unos con otros, un alarido indignado de dolor y un brote de juramentos. El *Atalanta* cabeceó, escorándose considerablemente a babor.

El rostro de Damofonte, el contramaestre de la nave, mostró su indignación. Avanzó entre los bancos, golpeando las cañas de los remos responsables de la confusión con el mazo que usaba para marcar el ritmo, mientras gritaba:

—¡Y-uno-y-dos-y-tres! ¡Y-uno-y-dos-y-tres! ¡No-nos-importa-lo-que-digan-en-cubierta! ¡Nosotros-seguimos-el-compás!

Los remos recuperaron el ritmo a pesar de que los remeros más jóvenes alargaban el cuello tratando de ver de refilón la pentecontera por las gateras; una estupidez, porque resultaba imposible ver nada desde los bancos de remo. Los manguitos de cuero, que

impedían que entrase el agua desde las palas, tapaban la vista casi por completo.

Isócrates, el capitán, ya había subido a la cubierta y entrecerraba los ojos por el sol. El *Atalanta* avanzaba a paso tranquilo, con sólo la mitad de los remos en uso; el resto de remeros estaba en cubierta, disfrutando de una comida temprana al aire libre. La mayor parte de ellos se habían amontonado contra la regala de babor, haciendo que el barco se escorase. Hacía fresco, de modo que algunos se habían puesto capas finas, pero la mayoría seguía la costumbre de a bordo de ir desnudos. Isócrates observó a una poco atractiva fila de espaldas cubiertas de una costra de sal

—altas y bajas, robustas y esqueléticas, peludas y lampiñas—, con las nalgas rojas de haber estado remando y brillantes por la grasa que protegía los bancos. Hecho una furia, agarró el hombro que tenía más cerca y empujó a su dueño hacia el tambucho.

—¡A vuestros puestos! —vociferó—. ¡No os quedéis ahí pasmados, campesinos inútiles, que estáis desestabilizando el barco!

Aquello hizo que los remeros se giraran y empezaran a dispersarse, dificultando la visión del capitán. El palo estaba desmontado —de nada habría servido izar la vela con una brisa fresca de proa—, de modo que se encaramó a él de un salto, lo recorrió

con los brazos en cruz para no perder el equilibrio, y se bajó por el otro extremo.

Nicágoras, el oficial de proa, de dieciocho años, estaba colgado de la roda y asomaba por encima del mascarón, señalando emocionado. Delante de él, el Mediterráneo resplandecía con un brillo azulado bajo el despejado cielo de primavera. Acababan de rodear un cabo y, a estribor, apareció la costa licia, verde y escarpada. Los barcos que habían avistado se encontraban a unos seis estadios por la amura de babor... y, sí, uno de ellos tenía la forma alargada y baja de una pentecontera. Halaba un panzudo barco mercante, como un hombre gordo del que tirase un perro

delgado y feroz. Incluso a aquella distancia, Isócrates pudo ver que la pentecontera tenía cubierta, un tejadillo sobre los bancos y un cajón que protegía los soportes de los remos de la hilera superior: era un barco de combate, y no un correo.

—¡Son piratas! —exclamó Nicágoras con entusiasmo—. Lo son, ¿verdad? —preguntó a continuación con menos seguridad.

—Tal vez —dijo Isócrates con cautela.

Muchos piratas iban en penteconteras, pero no todas las penteconteras eran barcos piratas: algunas eran barcos militares perfectamente respetables. Se trataba de

galeras pequeñas, armadas con un espolón e impulsadas por una tripulación de cincuenta remeros, de ahí su nombre. Disponían de una hilera de remos a proa, otra a popa y dos en el través, en lugar de una sola como otras naves; por eso eran más rápidas. Que ésta estuviera pintada de azul claro para ocultarse en el horizonte marino era sospechoso, igual que el hecho de que llevara a remolque un carguero. Los barcos piratas, como todas las galeras, tenían tripulaciones numerosas y poco espacio para mercancías, de manera que normalmente tomaban por asalto barcos mercantes para transportar sus botines. Cabía, sin embargo, la posibilidad de que el barco de pantoque redondo

llevara pertrechos militares.

Fuera como fuese, las intenciones de la pentecontera quedaron de inmediato claras por el revuelo que se formó a su popa: se estaban preparando para soltar el barco de mercancías y huir. Incluso a aquella distancia, la tripulación debía haber advertido el resplandor del estandarte del *Atalanta,* reconociendo enseguida el disco solar dorado de Rodas; sabían que estaban en la peor de las situaciones posibles. Rodas era un enemigo implacable de la piratería, y el *Atalanta* era un barco temible, una *trihemiolia*, con dos hileras y media de remos y ciento veinte remeros.

—¡Todos a los remos! —rugió

Isócrates mientras corría a popa.

Se produjo un alboroto enorme cuando todos trataron de llegar a sus puestos al mismo tiempo. Desde abajo, la voz de Damofonte resonó con estruendo cuando los recién llegados se empujaron para ocupar los bancos y los que estaban ya allí les obstaculizaban el paso. El avance se detuvo, y el *Atalanta* quedó a la deriva momentáneamente, balanceándose en las aguas.

Con el corazón acelerado, Isócrates se dirigió a su puesto: el puente de mando de popa, justo detrás del timón. Cleito, el timonel, asintió cuando pasó a su lado; él lo imitó, con el pensamiento inmerso en un mar de consideraciones. El *Atalanta* era mucho más veloz que la

pentecontera; mejor dicho, debería ser mucho más veloz, pero... ¿daría la talla con aquella tripulación inexperta? Tendría que haber mandado a todos a los remos en cuanto oyó la voz de alarma, pero no había confiado en que Nicágoras acertara al identificar la nave. A decir verdad, el joven no tenía experiencia alguna a bordo y le habían dado aquel puesto por ser el sobrino del trierarca; lo que él había estudiado era retórica y filosofía. ¡Que la fortuna se apiadase de la Armada!

Pero el *Atalanta* volvía a ponerse en marcha. El auleta, al que habían despertado de su siesta, tocaba de forma constante y compás suave, con Damofonte en el través del barco

marcando el ritmo con el inmenso tambor. Primero empezaron a bogar los talamitas, los remos de la hilera inferior: y uno y dos y tres, y uno y dos y tres. Luego se unieron los de la hilera de en medio, los zeugitas, si bien algo desacompasados pero, por lo menos, sin que los remos se estorbaran. Finalmente, los remos de la última fila, los tranitas, completaron el conjunto con una entrada tan suave que se hizo evidente que todos los remeros profesionales de a bordo estaban en aquella posición, la más difícil. Se trataba de una tripulación muy prometedora: un montón de jovenzuelos que hacían el servicio naval; un buen número de remeros profesionales, tanto de la ciudad como extranjeros,

reclutados por la voluntad del trierarca de exprimir el presupuesto estatal; y el mínimo imprescindible de fracasados recogidos de los muelles. Se estaban acoplando bien; Damofonte sabía hacer su trabajo.

Pero, ¿sería suficiente para alcanzar al barco pirata? Se oyó un grito a proa porque uno de los remeros no había clavado bien el remo en el agua. A juzgar por el sonido, el remo del vecino le había hecho golpearse la cabeza contra un bao. Los errores hacían que los barcos fueran más lentos. ¿Qué pasaría si retrasaban al *Atalanta* tanto como para fracasar en la captura? ¿Qué pasaría si tenían que volver a Rodas y admitir que se les habían cruzado los

piratas en el camino, pero que él, Isócrates de Camiro, los había dejado escapar... la primera vez que estaba solo al mando?

Isócrates levantó la mirada con aire infeliz hacia el estandarte que tenía sobre la cabeza. El codaste del *Atalanta* le dificultaba la visión, pero el pan de oro brillaba con tanta fuerza que, a pesar de todo, le hizo ver la luz: el Sol que todo lo ve, amante y protector de Rodas. Recordó la historia de Faetón, el hijo del Sol, que le había pedido prestado a su padre el carro de fuego y había fracasado estrepitosamente al conducirlo.

No era una buena comparación, se dijo a sí mismo con firmeza. Si los

piratas escapaban por la inexperiencia de la tripulación del *Atalanta,* tampoco pasaba nada. Así era la vida en el mar... pero tenían que ser capaces de atrapar a esos cabrones. Conocía bien aquella parte de la costa y se había refrescado la memoria en el viaje de ida. Puede que fuese la primera vez que estaba al mando, pero él no era Faetón, ni tampoco un principiante incapaz de llevar las riendas. Los barcos de guerra habían sido su vida durante más de una década, había pasado todos los veranos en el mar desde que tenía dieciséis años y durante los inviernos había trabajado en los astilleros. Su expediente era tan bueno como el de cualquier hombre de la Armada, y mejor que el de la

mayoría.

Desde luego, no tenía ningún motivo para echar de menos al trierarca ausente. El requisito principal para ser trierarca era tener el dinero necesario para armar un barco, una misión que, a modo de impuesto, se encargaba a los ciudadanos acaudalados. El trierarca del *Atalanta* sabía mucho de barcos mercantes pero, tal como él mismo había reconocido, no había vuelto a pisar un barco de guerra desde que hizo el servicio naval, a los dieciocho años. Aunque hubiese estado a bordo, habría esperado que fuera Isócrates quien tomase las decisiones navales: para eso precisamente lo había contratado.

—¡Timón a estribor! —ordenó

Isócrates, señalando el rumbo con su brazo.

Cleito asintió y giró la caña del timón de modo que las dos espadillas de gobierno se inclinaron. Isócrates se levantó y fue hacia proa para poder ver mejor, poniendo cuidado en moverse con deliberada calma. Se suponía que el capitán debía permanecer imperturbable en cualquier circunstancia. Los remeros estaban todos a los remos, pero aún podía infundirles valor con su actitud a los infantes de marina y a la tripulación de cubierta. Y, aunque no impresionara a nadie más, actuar con calma le hacía sentirse mejor a él.

El barco pirata llevaba rumbo oeste cuando lo avistaron, pero había

virado al norte, batiendo frenéticamente todos los remos. Ya había dejado bien atrás el carguero abandonado y el *Atalanta* se estaba acercando con velocidad al barco de pantoque redondo. Era un mercante de tamaño medio, de unas ciento treinta toneladas, de construcción fina, con el casco limpio y dos mástiles macizos y rectos. Tenía mascarón de proa y un estandarte a popa, pero Isócrates no supo adivinar lo que se suponía que representaba. En una de sus bandas se situaba una andrajosa fila de hombres armados que levantaron los escudos y prepararon las lanzas cuando el *Atalanta* se les acercó, y luego los abuchearon ruidosamente al comprobar que la trihemiolia continuaba

en pos de sus compañeros de la galera. Otro grupito, acurrucado en la cubierta de proa, agitaba los brazos vigorosamente cuando la nave los rebasó. Lo más probable era que se tratara de prisioneros, ya que iban todos bien vestidos y había muchas mujeres. Desde la proa, Nicágoras les devolvió el saludo y dio un grito de alegría.

Isócrates volvió a su puesto sonriendo. Hacia el norte, la costa era escarpada y rocosa, llena de entrantes e islotes. Lo que la pentecontera pretendía era desaparecer de su vista. Se iba a encontrar, en cambio, con que sus perseguidores estaban demasiado cerca para perderla y ya habían tomado medidas para impedir que llegara al

abrigo de aquella costa. Y sólo un poco más allá, hacia el noroeste, empezaba la larga, larguísima ensenada de la playa de Finike, donde no encontraría escondite alguno.

Simmias, el segundo oficial, llegó cuando Isócrates acababa de sentarse de nuevo.

—¿Quieres que le diga a Damofonte que acelere el ritmo, señor? —le preguntó con impaciencia.

Isócrates negó con la cabeza, ya que cuanto más rápido bogaran, mayor sería el riesgo de que perdieran el ritmo. Simmias parecía decepcionado y miraba ansioso la pentecontera que se escapaba, más lejos ahora que cuando la vieron por primera vez.

—No te preocupes —le dijo Isócrates—. No puede mantener esa velocidad durante mucho tiempo.

El *Atalanta* sí que podía: la mayor concentración de remos hacía que igualara la velocidad de la pentecontera remando más despacio; suponiendo, claro, que sus remos no se estorbaran demasiado.

Simmias, aún descontento, miraba fijamente el carguero por encima del hombro de Isócrates. Aquel barco fino y su carga, si lo recuperasen, se convertiría en «bienes recuperados del mar», y, según era ya larga tradición, la tripulación del *Atalanta* se repartiría el botín. Aunque para ello tendrían que volver a encontrarlo, y lo más seguro

era que el barco de pantoque redondo escapara... Los piratas que lo gobernaban tendrían tantas ganas de alejarse del *Atalanta* como sus compañeros de la pentecontera.

—No irá lejos —le aseguró Isócrates a su segundo—, no hay mucho viento.

—Sí, señor —dijo Simmias, pero seguía insatisfecho. Si la persecución de la pentecontera se prolongaba hasta la tarde, el carguero tendría muchas posibilidades de huir, incluso con poco viento. La noche lo ocultaría, y por la mañana podría estar ya en cualquier sitio. Pero no había forma de remediarlo, pues era impensable que un barco de la Armada rodia dejara de

perseguir a unos piratas sólo para asegurarse de que no se le escapara aquel botín flotante.

—Ve a hablar con Nicágoras y Polidoro —ordenó Isócrates para deshacerse de Simmias—, y que te digan dónde le parece a cada uno que conviene colocar a los infantes de marina cuando alcancemos a los piratas. Quiero tener tres opciones.

—Sí, señor.

Isócrates se recostó en su asiento. El auleta tocaba ahora una melodía de baile y las notas sonaban altas y claras. El barco, avanzando con cada golpe de los remos, se movía al compás, como una bailarina consumada. Cerró los ojos, sintiendo la caricia fresca del aire

en el rostro. Por un momento se sintió colmado de alegría. El *Atalanta* era suyo. Aquella lanza de cincuenta pasos de eslora, aquel rayo con punta de bronce, impulsado por ciento veinte alas relucientes, aquella arma digna de un dios... ¡era para que él lo gobernase!

Los barcos de guerra le encantaban desde la primera vez que le puso el ojo encima a uno. Cuando eso ocurrió tenía unos cuatro años y estaba sentado a hombros de su padre para ver el desfile de la flota durante el Festival del Sol, en la ciudad de Rodas. No recordaba nada más de aquel festival, pero los barcos todavía podía verlos claramente; formaban una fila larguísima, deslizándose uno tras otro por la bocana

del puerto, batiendo los remos como alas, con ojos pintados en las proas, brillantes como los ojos de las águilas, y los botalones de bronce adornados con guirnaldas de flores. En los años siguientes, sus trabajos de la escuela estaban siempre llenos de garabatos de aquellas imágenes.

No era el único que sentía aquel entusiasmo. Todos los rodios sabían que la Armada era la que defendía la libertad de la República y la que protegía sus riquezas. Casi todos los muchachos esperaban con entusiasmo los dos veranos de servicio naval obligatorio y lo hacían con mucho orgullo, pero Isócrates había encontrado razones para continuar su carrera en la

Armada. Cuando terminó el servicio obligatorio se volvió a alistar como remero profesional, a pesar de las demandas furibundas de su padre de que volviera a la granja de la familia. Durante los ocho años siguientes, fue ascendiendo a encargado de mantenimiento de los remos, luego a timonel, después a oficial de proa. No tenía esperanzas de llegar a ser tan rico como para convertirse en trierarca, pero, siendo capitán, era el encargado en funciones de la nave, subordinado solamente a éste último. El rango que ahora tenía —esa gloria nueva, recién otorgada— era la cumbre de sus expectativas.

Entonces, volvió a pensar en

Faetón y abrió súbitamente los ojos, temiendo de pronto que su orgullo pudiera llevarlos a todos a la ruina. Echó un vistazo a la costa: ¿habría pasado por alto alguna cauta perdida? ¿Habría algún lugar donde ocultarse hacia el oeste, después de todo?

Había una zona extensa donde el mar parecía estar más en calma, justo a estribor. Lo observó durante un instante, se puso de pie de un salto y se subió al cajón que cubría los remos tranitas para mirar.

Sí, era la estela de la pentecontera. El *Atalanta* le estaba dando alcance. Aquellos golpes de remo frenéticos se estaban debilitando. Probablemente, los remeros estarían cansados ya al

empezar. No debía de haber sido fácil remolcar el carguero. Ahora tenían que tener los músculos exhaustos, y estaría empezando a faltarles el aliento. Por muy desesperados que estuvieran por escapar, no iban a poder mantener el ritmo.

Un cabo verde y escarpado apareció en el horizonte. A cierta distancia del extremo había un islote, tosco y rocoso, con unos cuantos pinos marchitos en la cima. La pentecontera viró a estribor, como si tuviese intención de rodear el islote navegando en el espacio que quedaba hasta la costa. Isócrates la contempló con el ceño fruncido. Quien gobernaba debía saber que, como no alejara pronto a sus

perseguidores, lo que iba a perder era su propio barco. Lo más probable era que intentase hacer algo en cuanto dejase de estar a la vista detrás del islote. Pero, ¿qué?

Simmias volvió a aparecer, con Nicágoras y Polidoro, el jefe del pequeño contingente de infantes de marina del *Atalanta*.

—Traemos nuestras sugerencias sobre cómo ubicar a los hombres, señor —dijo el segundo oficial con el mayor respeto.

Las tres propuestas eran colocar a dos arqueros a proa, en el través o a popa, protegidos por nueve lanceros. No eran demasiado imaginativas, pero tampoco resultaba fácil mejorarlas.

Isócrates volvió a observar la pentecontera que huía y tomó una decisión.

—Colocad a los arqueros en el través —ordenó—, y decidle a Damofonte que se prepare para que los zeugitas y los tranitas dejen de remar cuando yo lo ordene.

—¿Que dejen de remar? —preguntó Simmias alarmado—. Pero, señor...

—¡Que dejen de remar! —decretó Isócrates, interrumpiendo la protesta.

Se lo pensó un momento y luego admitió para sus adentros que no había hecho nada para ganarse la obediencia incuestionable de Simmias, y que su segundo se merecía una explicación por

más que fuese un quejica avaricioso y malencarado.

—Creo que tratará de usar ese islote para darnos esquinazo y volver por donde ha venido mientras nosotros lo rodeamos. En cuanto la perdamos de vista, disminuiremos la velocidad y viraremos a babor, para sorprenderla cuando rodee el islote.

Simmias lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasa si sigue el rumbo actual? ¿O si se esconde detrás del cabo mientras nosotros estamos parados esperando que vuelva a rodear la peña?

—En ese caso, volveremos a alcanzarla. Le vamos pisando la estela, ¿cómo se va a deshacer de nosotros?

Simmias tenía el aire sombrío; sin duda alguna pensaba en el carguero. Nicágoras, sin embargo, sonreía de oreja a oreja.

—Entonces, si nos equivocamos —dijo entusiasmado—, podemos alcanzarla igual más tarde, pero como estamos en lo cierto ¡se meterá directamente debajo de nuestro espolón!

Estuvo a punto de arrojarse a todo remo contra el espolón, más que de meterse debajo. Los piratas volvieron a aparecer por la punta más occidental del islote justo cuando el *Atalanta* iba a rebasarla. Ambos barcos estaban tan próximos que Isócrates alcanzó a ver la cara de terror del oficial de proa de la pentecontera tan cerca que tuvo miedo

de que se chocaran los espolones.

—¡Todo a babor! —gritó en tono apremiante—. ¡Arqueros, disparad a discreción!

El *Atalanta* se desvió para pasar lentamente por delante de la pentecontera. Los arqueros alzaron sus arcos y tuvieron tiempo de sobra para hacer blanco.

Por desgracia, no había gran cosa a la que disparar. La tripulación de remo del barco pirata estaba protegida y no había tripulación de cubierta ni combatientes a la vista. Al parecer, debían de estar todos en el barco de pantoque redondo... o remando. El oficial de proa de la pentecontera, de todos modos, se desplomó con una

flecha clavada en el hombro. El arquero que le había dado gritó emocionado y colocó otra flecha en el arco. El blanco más apreciado era el timonel.

Pero ya no volaron más flechas, y al quedar a la vista la popa de la nave, Isócrates entendió por qué: al timón iba uno de los piratas sujetando a una mujer a modo de escudo, con un cuchillo en la garganta. Los ojos del hombre buscaron el asiento del capitán, encontraron a Isócrates y le sostuvieron la mirada. Estaba en la flor de la vida, alto y robusto, con una barba negra muy espesa. Sus ojos oscuros llamearon ante los de Isócrates en un desafío feroz. La mujer llevaba sólo un quitón de lino sin mangas y la larga melena de color

castaño suelta y enredada sobre los pálidos hombros. Tenía la cara amoratada y llena de sangre, y una expresión de tristeza y vergüenza.

—¡Es rodia! —vociferó el pirata —. ¡Vamos a negociar!

Los barcos se cruzaron.

—¡Vuelta completa a babor! —gritó Isócrates furioso.

Cleito se apoyó en la caña. Desde abajo, la voz de Damofonte se oía con toda claridad, exhortando a los remeros de babor a dejar de remar y a los de estribor a hacerlo con más brío. Lo normal habría sido que acelerase también el ritmo, pero, sabiamente, había decidido mantener el que llevaba. Un minuto después, el *Atalanta* había

dado la vuelta para regresar por donde había venido. El rumbo se resintió cuando los remeros de babor se reincorporaron a destiempo.

Para entonces, Isócrates estaba ya esperando en la proa, furioso y asqueado. La mujer era, seguramente, la esposa o la hija de alguien importante. El capitán de los piratas la habría sacado del barco mercante para mantenerla a buen recaudo y ahora trataba de utilizarla para comprar su libertad. Pero, ¿cómo iba Isócrates a justificar el intercambio? Soltar al pirata podría salvarle la vida a una mujer, pero condenaría al secuestro y a la esclavitud a muchas otras.

Aun así, ¿cómo podía quedarse allí

mirando sin hacer nada mientras asesinaban ante sus ojos a aquella joven hermosa? No soportaba ver que se abusara de una mujer. La sensación se debía a recuerdos oscuros, pero le hacía tanto daño que era como sentirlo en sus propias carnes. Tal vez pudiese ofrecerle al pirata un trato diferente: devuélvenos a la mujer y seguirás con vida; hazle daño y eres hombre muerto.

La pentecontera había dejado de remar, pues resultaba ya inútil intentar huir. Mientras el *Atalanta* se acercaba, Isócrates vio que el jefe de los piratas había llevado a rastras a la mujer hasta el cajón que protegía la hilera superior de remos, a la altura del codaste. Ella, impasible, se arrodilló mirando hacia el

agua de color azul oscuro que había bajo la popa mientras él, de pie, se inclinaba sobre ella, agarrándola del pelo y empuñando el cuchillo para que todos lo vieran.

—¡Dejad de remar! —ordenó Isócrates.

El *Atalanta* siguió avanzando a la deriva. Bajo la cubierta, los remeros empezaron a preguntarse unos a otros qué estaba pasando, e Isócrates les dio una segunda orden.

—¡Silencio!

Ambos barcos avanzaban a merced de las olas, sin más ruido que el susurro del agua contra los cascos, mientras el empuje del *Atalanta* reducía sin tregua la distancia que los separaba. Cuando

estaban a tiro de piedra, Isócrates examinó detenidamente al pirata. El hombre tenía una cicatriz espantosa en el brazo derecho que le llegaba hasta el hombro. Estupendo, eso ayudaría a la hora de identificarlo.

—¡Es rodia! —volvió a vociferar el pirata mientras la proa alta de la trihemiolia se le venía encima—. ¿Sabes quién es esta zorra? —La obligó a echar la cabeza hacia atrás, dejando expuesta la garganta—. ¡Es la favorita del rey Antíoco, ni más ni menos! ¿Se la quieres devolver a su amante agradecido, o prefieres contarle cómo murió?

Parecía que fuese a decir algo más, pero en aquel preciso instante, la mujer se dio la vuelta y le mordió el brazo. El

pirata soltó un alarido y ella logró soltarse para arrojarse al mar azul, dejándolo sólo con un puñado de pelos en la mano.

Isócrates se quedó boquiabierto y complacido. Su primer impulso fue tirarse a por ella, pero era el capitán, y de ningún modo podía abandonar el barco. No tenía ni idea, sin embargo, de qué clase de órdenes debía dar un capitán en una situación como aquélla. El pirata miró a Isócrates a la cara, lleno de rabia, y luego se lanzó a por la mujer.

Isócrates, por fin, reaccionó.

—¡Alguien que sepa nadar! —vociferó—. ¡Que salve a la mujer y mate a ese asesino malnacido! ¡Y el timón

todo a estribor, a estribor!

El *Atalanta* viró bruscamente a estribor mientras nada menos que cuatro infantes de marina y tres miembros de la tripulación de cubierta se tiraban al agua.

—¡A estribor! —volvió a gritar Isócrates, regresando a toda prisa a su puesto.

Invadido por un odio exacerbado, vociferó la orden fatídica:

—¡Todos a los remos, a toda marcha!

El ritmo del mazo de Damofonte se aceleró. El *Atalanta* viró describiendo una curva amplia hacia estribor, aumentando gradualmente su velocidad. Por la popa, el mar se cubría de espuma

y palidecía por donde el gran espolón de bronce avanzaba bajo la superficie.

La pentecontera tardó en reaccionar. Sus remeros, bajo la cubierta, no veían lo que estaba pasando, y su oficial de proa estaba herido. El *Atalanta* ya casi había terminado de dar la vuelta cuando unos pocos remos empezaron a batir. No eran suficientes para darle impulso. La nave empezó a virar la proa hacia su oponente, pero avanzaba con menos pujanza que un burro viejo. La trihemiolia, ya a toda velocidad, se le aproximó por la popa en un ángulo oblicuo perfecto.

Isócrates estaba de pie detrás del timonel. La emoción del minuto anterior

se había disuelto en una concentración absorbente. Si avanzaban muy deprisa, se arriesgaba a producir daños en el *Atalanta;* si lo hacían demasiado despacio, el enemigo podría sobrevivir a la embestida.

—¡Esperad, esperad! ¡Clavad los remos! —exclamó.

La nave dio un bandazo impresionante cuando los remeros obedecieron. Isócrates se agarró bien fuerte y gritó la orden final.

—¡Recoged los remos!

Y entonces se oyó el crujido desgarrador y prolongado del espolón al golpear, abriendo una brecha sangrienta en el costado de la pentecontera.

Isócrates salió despedido hacia

delante por el impacto, pero se agarró al brazo de la silla de mando para no caer encima de Cleito. Les gritó otra vez a los hombres que clavaran los remos. No era necesario, porque ya lo estaban haciendo con todas sus fuerzas, aunque golpeando unos con otros por la tensión del momento. El *Atalanta* dio una sacudida, balanceándose en el agua mientras el espolón se estremecía en las entrañas de su víctima. Se oyó el quejido terrible de las cuadernas que se desprendían y, por encima del ruido, resonaron los gritos de los piratas, atrapados bajo la cubierta del barco hecho trizas en el que entraba el mar a borbotones. La propia cubierta del *Atalanta* se inclinó hacia proa cuando la

pentecontera empezó a hundirse, aún empalada por el espolón del enemigo. Los remos de la trihemiolia se pusieron en marcha.

Luego, con un espantoso crujir de maderos, salió marcha atrás. El espolón se desprendió por fin, y el barco se estabilizó.

—¡Dejad de remar! —ordenó Isócrates, y el *Atalanta,* a merced de la corriente, se apartó de su víctima lentamente.

Se imaginó la situación en el puente de remo del barco pirata: el agua entrando a mares, los remos repentinamente inservibles, con sus pesados contrapesos en la empuñadura, meciéndose de aquí para allá en la

creciente oscuridad, los hombres desesperados, muchos de ellos heridos, atropellándose los unos a los otros al tratar de abrirse paso hasta alguna de las estrechas escotillas. Ya podía ver a algunos remeros empapados que habían trepado hasta la cubierta. La mayoría de sus compañeros no lo conseguiría.

Respiró hondo, tratando de evitar las lágrimas, con la alegría despiadada de antes perdida casi por completo. Se dijo a sí mismo que no debía compadecerse de los piratas —¡no merecían su compasión!—, que lo que le desgarraba el corazón era el naufragio de un barco. Hacía sólo unos instantes, aquella pentecontera era un barco altivo y hermoso. Ahora, era una ruina cargada

de hombres moribundos.

Simmias y Nicágoras subieron a comunicarle que el *Atalanta* no había sufrido daños y la tripulación tampoco, a excepción de algunos rasguños y moratones. El segundo oficial tenía el gesto adusto. Sin lugar a dudas, él habría preferido llevarse la pentecontera intacta y venderla como trofeo. Isócrates se preguntó cómo pensaría hacer eso y, además, ir a por el carguero. El *Atalanta* no tenía tripulación suficiente para desplazar, por despacio que fuera, ambos barcos de guerra, y sólo un imbécil trataría de poner a remar a los piratas.

En cuanto a Nicágoras, tenía los ojos abiertos como platos y el rostro

pálido. Al terminar su informe, señaló con la mirada a los infelices del barco anegado y preguntó:

—¿Los ayudamos?

Isócrates volvió a respirar hondo.

—Sí, si a eso lo llamas ayudar.

Aquellos hombres iban a sufrir la pena que ellos mismos habían infligido a tantos otros y serían vendidos como esclavos. Aunque los que habían sido piratas no valían para sirvientes de confianza en las casas, ni siquiera como cabreros, pues los ciudadanos respetables no los querían. Lo más probable era que terminasen trabajando en las minas y en las canteras de los reinos vecinos. Puede que algunos fueran rescatados por sus familias o

amigos, pero la mayoría moriría en pocos años. Quizás habría sido más considerado dejar que se ahogaran.

—Los sacaremos de lo que quede del barco dentro de un minuto —dijo—, cuando termine de estabilizarse.

—Y le quitaremos el *akrostolion* —dijo Simmias con una sonrisa triunfal. Se refería a la pieza ornamental que remataba el codaste de los barcos. Era tradición que la galera victoriosa se lo llevara como trofeo—. ¿Cuántas galeras vuelven a casa con un akrostolion después de una travesía de entrenamiento, eh?

Uno de los supervivientes resbaló y cayó al mar. Volvió a izarse a bordo con ayuda de sus amigos, y todos ellos

patinaron por la cubierta hasta la fogonadura del palo, que era lo único de aquella embarcación que seguía a flote. Isócrates se acordó de repente de la mujer y de los hombres que habían saltado para rescatarla.

—¿Dónde están los nuestros? —preguntó, espantado ante la idea de haberles pasado por encima.

Estaban a popa, tan tranquilos; un corrillo de cabezas que se dirigía lentamente hacia el islote. La pentecontera había seguido avanzando a la deriva, y cuando la ensartaron con el espolón ya estaba apartada de la costa. Había ocurrido exactamente lo que él había previsto cuando dio la orden de rodear el islote, pero al acercarse al

otro barco no había ni mirado siquiera dónde estaban sus tripulantes, y la idea de haberlos matado con su propia nave le produjo sudores fríos.

Los nadadores volvieron desde el islote al advertir que el *Atalanta* se dirigía hacia ellos. La trihemiolia redujo la marcha y se puso de través para que la tripulación arriara la escalerilla por la popa. Isócrates, ansioso, contó las cabezas que se acercaban. Eran ocho. Estaban sus siete hombres, ¡y parecía que tenían a la mujer sana y salva! Era mucha más suerte de la que merecía por su descuido. Les debía una ofrenda a los dioses.

Los marineros subieron a bordo. El primer hombre llevaba de la mano a la

mujer mientras los otros le indicaban dónde debía poner los pies. Los hombres estaban tiritando —el agua estaba fría en aquella época del año—, pero contentos, mientras que la mujer estaba pálida y permanecía en silencio. Llevaba el lino empapado del quitón adherido al cuerpo delgado, mostrando con perturbadora claridad lo hermosa que era. Isócrates no sabía si creer que fuese la favorita del rey Antíoco —¿qué andaría haciendo una dama de la realeza para acabar secuestrada por los piratas? —, aunque, con certeza, era lo bastante hermosa para serlo. Sintió, avergonzado, que algo se le movía en la ingle, y deseó fervientemente llevar algo puesto. Se suponía que los oficiales debían llevar

una túnica de lino blanqueado que llegaba hasta las rodillas, y sujeta al hombro derecho por un broche con el sol de Rodas. Nicágoras y Simmias iban, ambos, correctamente vestidos, pero Isócrates se había quitado la suya, ya que había estado trabajando con los remeros y no quería que se le ensuciase. Rápidamente, apartó los ojos de ella y se puso a pensar en lo fría que debía de estar el agua para que se le pasase el sofoco.

—¡Bien hecho! —les dijo a los nadadores y le dio la mano al que tenía más cerca, tratando de acordarse de su nombre... Cleofonte, eso era, uno de los lanceros—. Buen trabajo, Cleofonte y... Heliodoro... —se había asegurado de

aprenderse todos los nombres—, lo habéis hecho todos muy bien, ya informaré de vuestro valor al trierarca.

—¡Buen trabajo el del barco! —replicó Cleofonte sonriendo—. Señor, no lo hemos hecho todo lo bien que deberíamos. Se nos ha escapado el jefe de los piratas.

—¿Qué?

—Al vernos llegar, huyó a nado. Iba hacia el islote, igual que nosotros, pero él iba mucho más rápido, porque ayudábamos a la dama —el lancero sacudió la cabeza—. A decir verdad, señor, me alegro de no haber tenido que trepar a esa condenada roca con ese cabrón lanzándonos piedras desde lo alto.

Isócrates casi se había olvidado del jefe de los piratas y le echó, furibundo, un vistazo al islote. Era demasiado escarpado y rocoso para aproximarse con la trihemiolia: una racha de viento o una corriente imprevista podrían hacer que el barco acabara contra las rocas. Podría mandar a algunos hombres a nado, claro, pero cabía el riesgo de que se hirieran o de que perdieran las armas en el mar. Además, el barco de pantoque redondo aún aguardaba para ser rescatado. No, no podía perder tiempo en perseguir al pirata extraviado.

—Bueno, ¡pues que los dioses acaben con él! —dijo—. Que se muera de hambre ahí o que se ahogue

intentando llegar a nado a la costa. Vosotros deberíais secaros y calentaros, y que os den una ración de vino.

Ahora le resultaba más fácil controlarse, tomó aliento y se volvió hacia la mujer. Ella estaba de pie, con los hombros encorvados. Se tapaba cuanto podía con los brazos y tenía los cabellos empapados y enredados. El mar le había lavado la sangre de la cara, pero le había dejado a la vista un moratón en la mejilla y un labio hinchado. Tenía unos enormes ojos oscuros. ¿De verdad sería la amante de un rey? No tenía ni idea de cómo debía dirigirse a una amante real. ¿Sería una dama respetable, o una puta?

Le volvió a la mente la escena en la

que se daba la vuelta para morder al pirata y luego se lanzaba al mar. Supuso que semejante ferocidad no era respetable, pero sí honorable y de gran valentía, y el corazón le dio un vuelco al evocarlo. Ella no se había rendido, había preferido la muerte antes que convertirse en la moneda que su enemigo iba a pagar por la libertad.

—Bienvenida al *Atalanta,* señora —dijo, otorgándole el respeto que se había ganado—. Ahora estás a salvo. Este barco es rodio y nadie de a bordo te va a hacer daño. Te vamos a llevar a casa.

Ella rompió a llorar.

Nunca había soportado que las mujeres llorasen. Se le hacía un nudo en

el estómago, aunque las lágrimas de la señora eran comprensibles. Después de todo lo que le acababa de pasar... Se dio cuenta de que Nicágoras la miraba con admiración y, con alivio, le pasó el problema.

—Nicágoras, cuida de ella... búscale una toalla y una manta y dale algo de comer.

Nicágoras se apresuró a obedecer. Isócrates suspiró algo más tranquilo y bajó al puente de remo para hablar con el resto de los hombres. Los remeros nunca podían ver nada de lo que ocurría en las batallas, y sabía, por experiencia, lo mucho que apreciarían que la persona que estaba al mando fuera tan pronto a informarles.

En comparación con la brisa de fuera, en el puente de remo hacía calor, y estaba oscuro, en contraste con el brillo del sol. La poca luz que había era la que se filtraba por las lamas del lado inferior del cajón que cubría los soportes de los remos, la que entraba por las tres escotillas que daban a la cubierta y la que se colaba por las rendijas que quedaban entre las gateras y los manguitos de cuero. Los bancos estaban dispuestos en hileras a ambos lados del pasillo central: bajando un escalón, los talamitas; subiendo un escalón, los zeugitas; dos escalones hacia arriba y hacia fuera, los tranitas. Pero el casco se estrechaba a popa y a proa, apretando los bancos talamitas en

los extremos. Toda la sala estaba dividida por los travesaños de los baos, tenía el suelo de lastre de arena y gravilla y estaba hasta arriba de remeros desnudos. El olor a pino y brea característico de los barcos nuevos iba ya dejando paso al hedor de la carne, el sudor, el aceite y la grasa de cordero que protegía los bancos.

Los hombres estaban apoyados en los remos, charlando animadamente de lo que les había parecido ensartar a otro barco con el espolón, una experiencia nueva para la mayoría de ellos. Pero se quedaron en silencio cuando Isócrates apareció en la escalerilla. Un montón de caras expectantes lo observaba, la mitad de ellas —dado que había bajado por la

escotilla central— torciendo el cuello hacia atrás para mirarle. Los rostros, igual que los bancos, formaban hileras. Rostros barbudos de hombre, jóvenes con granos, caras con cicatrices y algunas otras lisas. Isócrates conocía a muchos de ellos. Había trabajado con la mayoría de los remeros profesionales en un barco u otro, se había afanado con los más duros del muelle, en el astillero, durante los inviernos... y también había llegado a las manos con alguno. No se había hecho ilusiones con ellos, pero de repente se sintió invadido de un orgullo afectuoso, ya que aquella colección variopinta de granjeros, ciudadanos paupérrimos, profesionales robustos y escoria de los muelles había hecho, pese

a haber sido entrenados sólo a medias, lo que su ciudad esperaba de ellos.

—¡Buen trabajo! —les dijo con tono cálido—. Hemos hundido nuestro primer barco pirata. El muy cabrón iba hacia el oeste, remolcando un carguero cargado con un botín... y podéis estar seguros de que la mayor parte de ese botín está compuesto por hombres, mujeres y niños. Hombres, mujeres y niños nacidos libres, arrancados de sus granjas o de sus barcos de pesca, a los que no les queda más horizonte que la esclavitud. Le hemos puesto freno a eso. Algunos de vosotros no habíais tocado un remo antes de esta primavera, pero no hay un solo barco en toda la flota que pudiera haberlo hecho mejor.

»Bueno, hemos tenido que dejar el carguero para ir tras los piratas, pero vamos a volver a buscarlo. Tenemos que darnos prisa para alcanzarlo antes de que caiga la noche. Sé que estáis cansados, pero la gente que hay a bordo del carguero está rezando a los dioses para que vayamos a rescatarlos, de manera que aún no podemos descansar. Vamos a ir hacia el sur, así que tendremos el viento a favor. Montaremos el palo y no hará falta que reméis todos, pero los que vayáis a remar tenéis que hacerlo con fuerza.

Uno de los tranitas —un remero profesional ateniense, que no rodio— exclamó:

—¿Y qué pasa con la pentecontera?

—Ha quedado inundada —le dijo Isócrates, y, sin más rodeos, contestó a la auténtica pregunta—. Vamos a recoger a los tripulantes que queden, y de vuelta a casa pasaremos a buscar el casco. Si lo encontramos, lo llevaremos a remolque para sacar lo que podamos por la madera y el bronce, pero el carguero es más valioso. Es un navío fino, que puede valer ocho o nueve mil dracmas sin carga, y seguro que todavía porta algo en su interior. Si lo encontramos, estaremos en condiciones de reclamar el cobro del rescate, que son unos dos tercios de su valor.

El ateniense sonrió y mostró su conformidad. Todos los demás hombres sonreían a su vez, y uno de los zeugitas

de babor levantó el puño al aire y, eufórico, exclamó:

—¡Hurra!

El resto coreó:

—¡Hurra! ¡Viva!

Isócrates les devolvió la sonrisa y levantó el puño también.

—¡Viva el *Atalanta*!

Dos

Los supervivientes de la pentecontera inundada resultaron ser cretenses.

No fue ninguna sorpresa, ya que la mitad de los piratas del Egeo eran de Creta. Parecía que los cretenses consideraban que enriquecerse a costa de robar la propiedad o la libertad ajenas era algo varonil y de mucha valentía. Ni siquiera las muertes de la mayoría de sus compañeros parecían convencerles de las ventajas de acatar la ley. Se sometieron al cautiverio con

estruendosa bravuconería. Algunos de ellos insistían en que iban a ser rescatados, otros amenazaban con la venganza de su jefe, cuyo nombre, al parecer, era Andrónico de Falasarna.

—A él no lo habéis capturado, ¿a que no? —se burló uno de los supervivientes—. ¡Ya veréis, nos sacará de aquí y hará que paguéis por esto!

—Seguro —dijo secamente Isócrates—, pero, si tiene un barco capaz de alcanzar al nuestro, ¿por qué andaba en esa ruinosa pentecontera?

El pirata se quedó refunfuñando. Isócrates encargó a Simmias que interrogase a los hombres, pero tenía pocas esperanzas de que las respuestas fueran veraces.

Ya había pasado el mediodía cuando el *Atalanta* emprendió la vuelta hacia el lugar donde se había cruzado con el carguero. Tal y como era de esperar, el barco no era visible por ningún lado, pero las perspectivas de volver a encontrarlo eran buenas. El viento seguía siendo flojo y variable, aunque de componente norte, y estaban justo al oeste del cabo rocoso del Olimpo licio. Para desaparecer, el barco mercante habría tenido que rodear el cabo, pero no había tenido tiempo suficiente para hacer algo semejante. Isócrates dispuso hombres en el peñol para que oteasen la costa y comprobasen el viento. Estaba contento de que el mercante hubiera ido hacia el sur... o

hacia el sudeste, o al sudoeste, porque cuanto más ciñese contra el viento más despacio iría. La trihemiolia volaba hacia el sur sobre el agua cristalina, con la vela mayor y la de proa izadas y la mitad de los remos batiendo por turnos: la mitad de los hombres remando y la mitad descansando. Isócrates se puso al timón, diciéndole a Cleito que se tomara un respiro. El peso de la caña del timón en la mano le hizo estremecerse de placer. El *Atalanta* se movía como un halcón, con los mismos golpes de ala, cortos pero fuertes, y la misma elegancia funesta.

Le interrumpió en la contemplación de su exquisito barco Nicágoras, que llegó a popa escoltando a la mujer. Ella

se había envuelto en una manta, como si fuese una capa de la que sólo asomaba el borde del quitón. Su pelo suelto era una masa de nudos al viento.

—Quiere hablar contigo —le explicó Nicágoras—. Bueno, pidió hablar «con el trierarca», pero le he dicho que tío Aristómaco está en Rodas.

La mujer, insegura, miró a Isócrates, y luego se volvió para echarle a Nicágoras una mirada inquisitiva. Quedó patente que le costaba creer que aquel marinero desnudo, demacrado, sucio y sin afeitar fuese el que suplía al trierarca. Isócrates se maldijo. En ese momento podía haber impresionado a una mujer hermosa —¡una mujer que, sin lugar a dudas, estaba llena de gratitud y

admiración hacia él!— y había fracasado por el mero hecho de no haberse puesto la túnica. La cuestión era que la grasa de cordero resultaba difícil de quitar del Uno blanqueado, y ¿de qué les habría servido él a sus remeros entrenados sólo a medias si no hubiese podido acercarse a los remos?

—Mis disculpas por no estar vestido —le dijo a la mujer, apocado por la vergüenza—. He estado trabajando en el puente de remo. Soy Isócrates de Camiro, capitán del *Atalanta.*

—Si tú eres el que está al mando, entonces es contigo con quien tengo que hablar —le dijo ella, aunque, por pudor, desvió la mirada hacia la cubierta.

Hablaba griego alargando las vocales, como los jonios, y con acento culto. Tenía la voz suave y melodiosa.

—¿Isócrates de... Camiro? ¿No eres rodio?

El se esforzó por sonreír. Lo correcto habría sido presentarse como «Isócrates, hijo de Critágoras», y no por su pueblo natal... pero prefería no mencionar a su padre.

—Camiro es rodia, señora. Es una de las tres ciudades que se unieron para formar el pueblo de Rodas.

—Ah, sí, por supuesto: Lindos, Ialisos y Camiro, los hijos del amado ninfo Rodos. Ya lo sabía, sólo que... Señor, has dicho antes que me llevarías a casa pero, cuando mi barco fue

abordado, yo iba rumbo a Alejandría. Necesito llegar allí lo antes posible. ¿Sería posible que siguiese mi viaje?

Isócrates se encogió de hombros.

—Eso depende del capitán de tu barco... y de sus armadores, y de cómo hayas concertado tu pasaje.

Ella puso mala cara.

—¿De sus armadores?

—Sí, los dueños del barco y de su carga, ¿o era una empresa particular?

—¡Ah! Pues... pues no lo sé. Yo concerté mi pasaje en el puerto, con el capitán. Pagué por adelantado —lo miró un instante con cara de angustia y luego volvió a apartar la mirada.

Él se quedó un momento sin hacer nada, mirando el perfil cabizbajo de ella

bajo el pelo enredado, la nariz larga, la boca amoratada y los ojos oscuros tan bonitos. Tendría unos veinte años, demasiados para ser soltera y respetable... ¿y además había concertado el viaje ella sola? ¿Había pagado al capitán en el muelle en lugar de hacerlo a través de algún hombre de su familia o de algún armador acaudalado amigo suyo? Si se tratase de una mujer normal, él habría sospechado que estaba huyendo de un marido cruel, pero ¿por qué iba a tener que huir una concubina real? Y, más concretamente, ¿por qué iba una concubina del rey Antíoco a tener que huir a Alejandría, hogar de su peor enemigo?

Sólo se le ocurría una respuesta

posible, y resultaba bastante inquietante... pero tal vez ella no fuese una espía. Puede que fuese una esposa fugada y el pirata hubiese mentido acerca de su condición para tener más fuerza en la negociación, o que hubiese sido ella la que había mentido para evitar que los piratas la violasen.

—¿Eres lo que ha dicho el pirata que eres? —preguntó, dejándose de rodeos.

Una mirada brusca e indignada de aquellos ojos oscuros.

—Soy una mujer libre, señor, hija de Clístenes de Mileto, miembro del Gremio de Artistas Dionisiacos. ¡Es muy poco educado por tu parte hacerle una pregunta como ésa a una ciudadana

libre!

¡Aquél no era el tono agradecido que él había esperado! Era, además, mucho más aristocrático de lo que se podría esperar de una concubina, de modo que podía ser una esposa. Trató de convencerse a sí mismo de que, si era una espía egipcia, la república de Rodas querría mantenerse al margen. La isla trataba de estar en buenos términos con todos sus vecinos, lo que, a menudo, significaba ignorar oficialmente las diferencias entre unos y otros. No podía esperarse que alguien tomase partido en una disputa de la que no sabía nada.

Él suspiró: aquel argumento era una bazofia. Extraoficialmente, la isla siempre quería estar al tanto de todo.

Los reyes, como todo el mundo sabía, eran vecinos peligrosos, siempre sedientos de poder, y Rodas tenía reinos vecinos al norte, al sur y al este. La república era una potencia del Egeo que controlaba, además de la propia isla de Rodas, varias islas menores y un trozo de la Caria, en el continente. Pero era una potencia menor, completamente superada por los reinos que la rodeaban. Si quería seguir siendo independiente, necesitaba saber en qué andaban metidos. Tenía la esperanza de poder colocarle aquel problema rápidamente a alguien: él no sabía nada de asuntos diplomáticos.

—¿Puedo, al menos, saber cuál es tu nombre, señora? —preguntó con

mucha educación.

Ella puso mala cara y no contestó. Él se preguntaba si su silencio se debía a la necesidad de anonimato de una espía o si se trataba, simplemente, de la reticencia habitual de una mujer respetable a decirle su nombre a un desconocido.

—Puede que alguien pregunte por ti —la coaccionó—, y yo necesito poder asegurar que estás a salvo.

Ella puso aún peor cara, pero habló.

—Me llamo Dionisia. Soy hija de Clístenes de Mileto, como ya he dicho.

Él asintió.

—Hija de Clístenes, lo primero que tenemos que hacer es encontrar tu

barco. Si lo logramos, y si conseguimos salvarlo, lo escoltaremos hasta el puerto y llegaremos a un acuerdo por el rescate, firmado y jurado. Luego ya...

—¿Y eso cuánto tiempo va a llevar? —lo interrumpió ella—. ¿Qué es lo que implica? Todos tus hombres hablan del negocio ése del rescate. ¿Te tiene que pagar el capitán por haber salvado su barco?

El tono de desconfianza le dolió.

—¡Señora, como todo el mundo sabe, nosotros, los rodios, atacarnos a los piratas allí donde los encontramos! De todas formas, según la ley marítima rodiota, a quienquiera que rescate un barco, del naufragio o de un abordaje pirata, le corresponde una parte del

valor del barco y de su carga.

Ella lo miró sobresaltada.

—¿Qué? ¿Una parte del barco y de todo lo que lleve a bordo?

—Señora, ese barco podía darse por perdido, con todo lo que llevaba... tú incluida. Cualquiera que hubiera querido recuperarlo habría tenido que luchar contra los piratas para conseguirlo. ¿Cuántos hombres conoces que estén deseosos de luchar sin esperar recompensa alguna? La ley rodia de rescates marítimos ha sido aceptada por marineros de todo el mar Medio por el claro motivo de que una parte del valor del barco es mejor que nada.

—Pero, ¿qué se supone que voy a hacer yo —inquirió ella con un temblor

alarmante en la voz—, sola y sin dinero en un puerto desconocido?

El se dio cuenta de que estaba aterrorizada. La habían rescatado de los piratas, pero seguía tratando de escapar de lo que quiera que fuera —un marido furibundo o un rey vengador— lo que había dejado atrás. Se avergonzó de su propia indignación. Después de lo que ella había pasado, resultaba sorprendente que le quedara presencia de ánimo para hablar con él. Se había esforzado por mantener aquella entereza, pero la impaciencia de él se la había resquebrajado.

—Perdóname —dijo en un tono mucho más amable—. No te preocupes. La ley del rescate sólo se aplica al

barco y a su carga... se refiere a la carga que va en la bodega. Las personas y sus pertenencias están exentas.

La amabilidad, o tal vez el alivio, hicieron que los ojos se le llenaran súbitamente de lágrimas.

—¡Ay! Lo siento, yo... yo... yo sólo... Sé que me has salvado la vida. Cuando tu barco rodeó aquel cabo y todo el mundo se puso a gritar «¡Es rodio!», fue como... ¡como ver a un dios que aparece durante el acto final de una obra para que todo acabe bien! Yo no debería haber...

—¡No te preocupes, por favor! —dijo él, apurado y temeroso de otro brote de lágrimas, de modo que, para distraerla, se apresuró a contestar a su

pregunta—. Si encontramos el barco, llegaremos a un acuerdo sobre el precio del rescate en pocos días. Faselis, donde haremos noche hoy si podemos, es un puerto amigo y acepta la ley rodiota del mar.

La distracción pareció haber funcionado.

—¿Faselis? ¿Eso no pertenece al rey Tolomeo? ¿No vamos a ir directamente a Rodas?

—Esta noche no. Rodas está a dos días de travesía. Pero podemos llegar a Faselis en unas cuantas horas si no tardamos mucho en encontrar tu barco. Allí tenemos un acuerdo permanente: dejan que nuestros barcos atraquen en el muelle de tramontana. ¿Puedes decirnos

algo que nos sirva de ayuda acerca del barco de pantoque redondo? ¿Qué tripulación lleva, qué carga? Y los piratas que están a bordo, ¿cuántos son? ¿Cómo van armados?

La mujer respiró hondo.

—El barco se llama *Artemisa,* como la diosa. Es de Éfeso, y creo que bastante nuevo. Al menos, eso es lo que me dijeron, que es nuevo y veloz. El capitán se llama Filotimos, y la tripulación estaba compuesta por una docena de hombres.

Cualquier barco de pantoque redondo, por muy veloz que fuese, era lento comparado con una galera. Pero, refiriéndose a un barco que no va propulsado a remo, a menudo ese

adjetivo quería decir que era capaz de navegar muy ceñido al viento, lo cual hacía más rápidos casi todos los viajes. Isócrates, de repente, empezó a temerse que su presa hubiera ido demasiado hacia el oeste o hacia el este y la hubiesen perdido de vista. No, se dijo, nervioso, a sí mismo: no podía haber ido hacia el oeste, porque el *Atalanta* lo habría visto, ni tampoco hacia el este, ya que había un cabo en medio. No le había dado tiempo de desaparecer, con aquel viento flojo tan variable. El *Atalanta* debía seguir hacia el sur, y pronto darían con él.

—Iban a Alejandría con un cargamento de vino y de lana —prosiguió Dionisia—, pero los piratas

se bebieron parte del vino y tiraron las madejas de lana por la borda. ¿Sabes?, tenían a toda esa pobre gente a la que habían secuestrado y... —Ella se vino abajo, apretando las mandíbulas.

Secuestrar y torturar, eso era lo que hacían los piratas. Los más decentes pedían, en primer lugar, un rescate por sus víctimas. Los más despiadados se saciaban primero y luego ofrecían los restos al mejor postor. Isócrates sospechaba que, en aquel caso, los piratas pertenecían al segundo grupo.

—Tiraron las madejas por la borda para hacer sitio a sus prisioneros —apuntó.

Ella asintió.

—Estábamos a tres días al sur de

Éfeso cuando fuimos abordados. Vinieron del norte, de la costa licia, como una flecha. Era como si estuviésemos atrapados en una red o avanzando a través del barro; nos movíamos muy despacio. No pudimos hacer nada para escapar de ellos. Amenazaron con ensartarnos con el espolón, de manera que el capitán se tuvo que rendir. Subieron a bordo a... a un montón de hombres.

—¿A cuántos?

—Pues... pues no estoy segura. El capitán ordenó a todos los pasajeros que bajásemos a la bodega cuando nos abordaron, y los piratas nos retuvieron allí. Eran unos setenta u ochenta hombres en total; eso lo vi más tarde,

cuando hicimos una escala. Había otros hombres esperándolos en la costa con más prisioneros y otros bienes que habían ido robando. Me has preguntado cómo van armados... vi unos veinte o treinta lanceros, también algunos hombres con arcos y otros con hondas, y bolsas de munición de plomo. Los demás llevaban cuchillos y garrotes. Todos ellos eran hombres despiadados y sanguinarios. Habían matado gente en Licia y se reían al hablar de ello, ¡de cómo habían matado a hombres que sólo estaban defendiendo a sus mujeres y a sus hijos! Los prisioneros eran casi todos mujeres y niños, o jóvenes. Pasamos la noche en aquella cala de la costa licia. Todos aquellos hombres se

emborracharon, y...

—¡Una vela! —gritó el vigía desde lo alto del peno!—. ¡Una vela hacia poniente! ¡Es un barco de pantoque redondo! ¡Creo que es el nuestro!

Isócrates suspiró aliviado.

—¿A qué demora? —contestó, ansioso, con otro grito.

—¡Sudoeste! ¡Puede que esté a treinta estadios de distancia! —El vigía estiró un brazo para indicar la demora.

Isócrates cerró los ojos durante un instante, tratando de representarse mentalmente el rumbo del barco de pantoque redondo y de calcular su velocidad, tratando de escoger la línea más directa que pudiera trazar para interceptarlo. Tiró con suavidad de la

caña del timón y sintió la fuerza del agua mientras las dos espadillas de gobierno se inclinaban. La proa de la trihemiolia viró hacia el sudoeste; las velas flamearon y la tripulación de cubierta se apresuró a ajustarías.

—¿Demora? —volvió a gritar y obtuvo otro gesto de brazo.

Soltó el aire lentamente y volvió su atención hacia la mujer.

—Aún nos falta un rato para alcanzarlo. ¿Tienes más preguntas?

Ella bajó la mirada, tirando de una punta de la manta que llevaba a modo de capa.

—Mi única pregunta, señor, es si voy a poder seguir mi viaje hacia Alejandría.

—Ah, sí. Bueno, como ya he dicho, depende del capitán del *Artemisa* y de su armador; y supongo que también depende de si le queda carga suficiente como para que valga la pena llevarlo hasta Alejandría. Tendremos que acordar el precio del rescate antes de nada. Si el barco pertenece a una compañía seria, será fácil ya que dará una señal del pago del rescate. Incluso, si no lo hace, puede pedir prestado el dinero para apalabrar el rescate, seguir luego hasta Alejandría y pagar el préstamo al volver con las ganancias del viaje. Por otro lado, puede que decida volver directamente a su casa, o vender el barco y lo que haya quedado de su carga en Faselis. No sé qué querrá

hacer.

Ella se mordió el labio.

—¿Y qué pasa con el dinero que le di por el pasaje?

Quedaba claro que el dinero le preocupaba. Se preguntó si ella podría permitirse comprar un pasaje para ir en otro barco.

—Lo siento, no creo que lo vayas a recuperar. Aunque si decide seguir viaje, lo más probable es que se atenga al acuerdo que tenéis.

Ella parecía disgustada, pero se limitó a decir:

—Muchas gracias, trierarca.

—Capitán —la corrigió él. Se quedó pensando y luego le hizo un ofrecimiento—: Señora, si no puedes

seguir viaje hacia Alejandría, nosotros estaremos encantados de darte pasaje hasta Rodas.

En los ojos de ella apareció una esperanza cautelosa, que él le sostuvo con la mirada.

—Te será mucho más fácil encontrar otro barco en Rodas —le señaló—. Es un puerto mayor que el de Faselis, y en esta época del año hay mucho comercio con Alejandría. Y estamos en deuda contigo por haberte arrojado de los brazos del pirata y haber echado por tierra su intento de negociar.

Ante eso, ella volvió a bajar la mirada rápidamente.

—Gracias. Si... si no puedo seguir en el *Artemisa,* tal vez acepte tu

generosa oferta.

Él se preguntó, sintiéndose culpable, si no debería hacer algo para asegurarse de que ella no volvía a embarcarse en el *Artemisa*. Si era una espía, y si poseía alguna información acerca del rey Antíoco tan importante como para llevarla en persona hasta Alejandría, entonces el Consejo de Rodas iba a querer, sin lugar a dudas, hablar con ella.

No, pensó con alivio. No iba a ser necesario que tomara partido entre el deber y la compasión. El *Artemisa* había perdido gran parte de su carga y estaba más cerca de su tierra que de su destino, por lo que era muy poco probable que siguiera su viaje. Podía ayudar a la

dama y servir a Rodas al mismo tiempo.

Miró hacia delante y vio la vela que el vigía había divisado antes por la amura de estribor. Gracias a los remos del *Atalanta,* se acercaban tan rápido como si el barco de pantoque redondo estuviese parado.

—Si no se te ofrece nada más, deberías irte abajo —le aconsejó a Dionisia—. Espero que no tengamos que luchar, pero es posible que sí lo hagamos, y si te quedas abajo puedes estar segura de no resultar herida. El lugar más fresco es el que hay junto a la reserva de agua.

Ella abrió la boca... luego la volvió a cerrar y se encaminó hacia la escotilla. Nicágoras hizo ademán de acompañarla

e Isócrates tuvo que ordenarle que volviera a proa, a su puesto.

Atrapados en una red, pensó valorando aquella información, o avanzando a través del barro: el barco mercante tampoco avanzaba ahora más rápido que cuando los piratas lo abordaron. A medida que el *Atalanta* se le acercaba a toda prisa, se hizo muy pronto evidente que aquél era el barco de pantoque redondo que buscaban, con sus dos palos y su casco limpio. Las velas, que antes estaban arriadas en sus vergas, lucían ahora todo su esplendor; la vela de proa iba llena, y la vela mayor se doblaba por delante del palo como un ala plegada que empujaba el buque hacia el oeste. En el mascarón de

proa y el estandarte, que antes lo habían dejado desconcertado, ahora reconocía claramente a la diosa Artemisa y el emblema de la abeja de Éfeso, aunque, a decir verdad, la abeja seguía pareciendo una especie de cosa aplastada contra el suelo.

Los piratas los habían visto llegar, por supuesto, y al acercarse más divisaron a una multitud sobre la cubierta. Destellaban reflejos aquí y allá cuando el sol daba en las puntas de las flechas y en el borde de los escudos; Isócrates lo contempló disgustado. Dionisia había dicho que eran setenta u ochenta hombres en total. Ésos eran ya muchos hombres para haber venido desde Creta en una pentecontera, pero

los piratas tenían la costumbre de embarcar a todos los luchadores que pudieran. Suponiendo que llevasen un hombre por cada remo de la pentecontera, quedarían todavía más de veinte piratas en el barco de pantoque redondo. Y entre ellos, sin lugar a dudas, estaría la mayoría de los luchadores, colocados ahí para tener a los prisioneros bajo control. Superaban en número a los infantes de marina del *Atalanta*.

Como refuerzo, contaba, por supuesto, con la tripulación. La mayoría de los remeros tenían experiencia militar. Pero las armas escaseaban. Los remeros no tenían dinero para comprarse ellos mismos espadas y

lanzas, porque eran muy caras. Tenían, a lo sumo, un cuchillo y una honda con un puñado de munición. El *Atalanta* en sí era la mejor arma que tenían, pero no podían utilizar el espolón contra un barco mercante cargado de mujeres y niños prisioneros. La idea de lanzar a los jóvenes reclutas novatos, la mayoría desarmados, contra los piratas veteranos, le producía nauseas. Se imaginó volviendo con la trihemiolia a puerto, se imaginó a los familiares y amigos de los reclutas nuevos esperando para darles la bienvenida de vuelta a casa tras su primera travesía... se imaginó los llantos al entregarles los cuerpos sin vida. No, no iba a intentar abordar el barco de pantoque redondo.

En último caso, el *Atalanta* podría remar en círculos alrededor del *Artemisa,* acosándolo con flechas y piedras lanzadas con hondas; pero sería una tarea larga y extenuante... ¡tratar de sitiar un barco en alta mar! Se preguntó también si aquellos piratas, igual que su jefe, tratarían de negociar con las vidas de sus prisioneros. Lo que él necesitaba era que se rindieran.

Los piratas debían de saber que no podían imponerse a una trihemiolia de la Armada rodia, pero podían albergar la esperanza de que, si resistían, se podrían liberar de su perseguidor al amparo de la oscuridad y esperar a que sus amigos los rescatasen. No habían presenciado la destrucción de la

pentecontera: tendrían la esperanza de que hubiese conseguido escapar.

El mascarón de proa del *Atalanta* —la legendaria cazadora a la cual debía su nombre, sonriendo con su túnica corta — llevaba ahora el akrostolion de la pentecontera metido bajo un brazo como si fuese un ramo de flores: ¿sería aquello suficiente para convencer a los piratas de que su barco se había ido a pique? Tal vez no. No era un adorno de popa demasiado particular. Tenía que hacerles ver a los piratas que no los iban a rescatar. Aún más, debía convencerlos de que, si llegaban a derramar sangre rodia, iban a tener que atenerse a la venganza de Rodas. Miró a su alrededor y le hizo una seña a

Polidoro, el capitán de los infantes de marina.

Este se acercó, con su lanza al hombro, y le echó a Isócrates una mirada interrogativa. Era un hombre grande y feo, de unos treinta años, con muchas cicatrices y los dientes podridos. Isócrates lo tenía por uno de los hombres más brillantes y más competentes del barco.

—Coge a uno de nuestros prisioneros —le ordenó—, pásale un cabo alrededor de la cintura y, cuando lleguemos a la altura del barco de pantoque redondo, lo empujas del tajamar. No quiero que se haga daño, pero cuanto más grite, mejor.

Polidoro sonrió.

—Les va a enseñar a esos cabrones el precio de la piratería, ¿eh? ¡Buena idea!

Cuando el *Atalanta* alcanzó a su presa, Isócrates dio la orden de dejar de remar y se detuvieron a estribor del mercante, a más o menos medio estadio de distancia. Polidoro había elegido al más joven y nervioso de los prisioneros; ahora estaba llevando al jovenzuelo protesten, a paso forzado, hacia la proa, con los brazos atados a la espalda y un cabo en la cintura. Isócrates no veía el tajamar desde su asiento a popa, pero cuando aumentó el volumen de los aullidos de «¡No! ¡No!», hizo virar la proa de la trihemiolia hacia el mercante, para asegurarse de que todos los piratas

veían bien a su compañero.

Se oyó una oleada de alaridos furibundos de los cretenses, acompañados de los vítores de los rodios. Isócrates le pasó la caña del timón a Cleito y fue hacia la proa. Dos de los infantes de marina se unieron a él, levantando sus pesados escudos de madera y hierro hacia ambos lados para protegerlo a él y a ellos mismos.

El joven pirata se balanceaba justo por encima del agua, con la cabeza a la altura de las rodillas del mascarón de proa, dando patadas al aire como loco. El cabo se le estaba clavando en las costillas y le costaba mucho respirar. Polidoro le daba de vez en cuando un toque con el bichero para hacer que no

dejara de balancearse. El *Artemisa* estaba ya lo bastante cerca como para que Isócrates pudiese ver los rostros de los hombres que estaban en la cubierta, asomando por detrás de sus propios escudos. No tenía duda alguna de que se habían dado cuenta de que aquel hombre era uno de los suyos. Eran un par de docenas, la mayoría armados. Otros estaban agazapados tras la pared de escudos y sólo se les veían los pies y las coronillas: debían ser los arqueros. El pequeño grupo de pasajeros de la cubierta de proa había desaparecido. Isócrates esperaba que, simplemente, los hubieran encerrado en la bodega.

—¡Cretenses! —gritó Isócrates, inclinándose sobre el borde del escudo

de Polidoro.

—¡Maricones rodiotas! —gritó alguien en respuesta; pero no hubo flechas. Él se lo tomó como una buena señal.

—¡Vuestro jefe, Andrónico, no se ha rendido! —les gritó—. ¡Por eso vuestro barco se ha ido a pique y casi todos vuestros amigos han muerto! ¡Ya veis el trato que recibiréis si queréis luchar! Si os rendís y devolvéis ese barco a sus tripulantes, seguiréis con vida. ¡Resistíos y juro por el Sol que todo lo ve que os colgaré de la borda como si fueseis pescado fresco!

Hubo un silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento, del mar y de los jadeos del pirata que colgaba del

tajamar. Uno de los piratas golpeó la lanza contra el escudo con aire guerrero, pero los demás no lo imitaron.

—¡Rendíos y viviréis! —gritó Isócrates—. ¡Rendíos y habrá esperanza para vosotros! ¡Os lo juro por el Sol!

Uno de los piratas dejó caer la lanza y el escudo, y luego otro hizo lo mismo, y luego otro, hasta que sólo quedó el del aire guerrero. Maldijo furioso, pero no opuso resistencia mientras el capitán ponía, con mucho esfuerzo, el *Artemisa* de proa al viento y sus compañeros se iban a abrir las escotillas para Liberar a la tripulación del barco mercante.

Filotimo, el capitán del *Artemisa,*

era un hombre alto, de pecho inmenso, con una voz de pito un tanto desconcertante. Al verse otra vez al mando de su propia nave, cogió el bote salvavidas de su barco y fue hasta el *Atalanta* para darle un apretón de manos y una palmada en la espalda a todo aquel que se cruzaba a su paso.

—¡Que los dioses bendigan a Rodas! —exclamaba—. ¡Que la gran diosa os complazca! ¡Ah, pensé que iba a pasar el resto de mi vida sacando piedras de alguna mina negra! ¡Fortuna y victoria eternas para Rodas! ¿Cuál de vosotros es el trierarca?

—Isócrates es el capitán —replicó Nicágoras—. Nuestro trierarca está en Rodas.

Isócrates había logrado recuperar su túnica reglamentaria y ponérsela. Cuando volvió a proa, recibió una palmada en la espalda tan fuerte que casi se cae.

—¡Que Artemisa la Grande te bendiga! —lo saludó el otro capitán. Miró a su alrededor, con una sonrisa de oreja a oreja, y luego exclamó—: ¡Ah, pero si incluso has rescatado a mi pasajera!

Isócrates le siguió la mirada y vio que Dionisia había vuelto a subir a cubierta.

—¡Es una favorita del rey Antíoco! —les informó el capitán, rebosante de orgullo—. Ella misma lo reconoció cuando nos abordaron los piratas, y

llevaba un paquete de cartas para demostrarlo. El rey te dará una recompensa, ¡estoy seguro!

Dionisia lo miró, a punto de desmayarse. Evidentemente, aquello era algo que habría preferido que los rodios no supieran.

—Capitán —le dijo Isócrates con prisa—, supongo que habrás puesto a tus prisioneros a buen recaudo, pero lo mejor es que los lleves a tierra lo antes que puedas. Nosotros te podemos escoltar hasta Faselis.

—Hasta Faselis, ¿eh? —sonrió el capitán—. Son buenos aliados de Rodas, ¿verdad? Y estarán deseosos de tomar parte en un rescate, no me cabe duda —se los quedó mirando a todos y

sonrió aún más—. Por lo que a mí respecta, ¡os merecéis hasta el último óbolo!

Quedaba mucho para llegar a Faselis. Tenían que rodear el cabo Olimpo y luego poner rumbo casi al norte exacto, lo que implicaba tener el viento en contra, y el *Artemisa* tenía que ir a remolque. Cuando llegaron, era de noche, una noche sin luna, con una leve bruma sobre las estrellas que preocupó a Isócrates, pues presagiaba un cambio del tiempo.

En Faselis había tres fondeaderos: el del norte, el central y el del sur. El del centro era para las galeras del rey Tolomeo, quien reconocía la ciudad

como suya; la flota mercante usaba el puerto grande del sur; y los barcos de guerra visitantes, normalmente, se varaban en la playa de arena que quedaba al norte. El *Atalanta* y el *Artemisa* se separaron.

Había un hombre de guardia en la playa del norte, pero ya conocía el *Atalanta,* pues habían pasado la noche anterior en la misma cala, y no le dificultó la llegada. La tripulación extenuada de la trihemiolia la atracó de popa en el mismo espacio que habían usado antes, y afirmaron la proa con pesos muertos. Era sobre la quinta hora de la noche y llevaban dieciséis horas remando. Estaban demasiado cansados hasta para comer. Isócrates dejó que sus

hombres acampasen, él tenía que dar parte de lo ocurrido y conseguir que alguien se hiciera cargo de los piratas cautivos.

Le llevó un buen rato, a pesar de la ayuda de Filotimo, que había bajado a tierra con los mismos propósitos. Por lo menos, encontraron la casa del oficial adecuado, lo sacaron de la cama e hicieron que despertara a la guarnición. Isócrates volvió a su barco con un pequeño contingente de lanceros, dos de los cuales llevaban antorchas.

Para entonces, el *Atalanta* parecía más una tienda de campaña que un barco: el palo, desembarcado, estaba apoyado contra la popa, y la vela mayor, sujeta en el suelo con cabillas, formaba

una zona cubierta sobre la arena seca, donde la mayoría de los hombres se había acostado, unos al lado de otros, tapados con sus capas. Había otros durmiendo bajo un toldo que se habían hecho con la vela del chinchorro sobre la cubierta de proa.

Isócrates comprobó que los dos infantes de marina a los que les tocaba hacer guardia estaban despiertos. Luego, fue a buscar a los piratas y se los entregó a las tropas de la guarnición faselitana.

Cuando los hombres de aquella ciudad se hubieron marchado con los prisioneros, la playa quedó a oscuras y con una calma inquietante. La bruma, sobre las estrellas, se hizo más densa; el

mar, que resplandecía como seda negra, apenas subía a la costa. Isócrates trepó agotado por la escala de gato, encontrando con las manos y los pies los travesaños que apenas veía. Llegó hasta el asiento del capitán. El espacio que tenía detrás, que estaba protegido por la prominente curva del codaste, estaba reservado, por tradición, para el oficial de más rango de a bordo. Puso los pies en aquel espacio y pisó... algo blando.

Se oyó un chillido de mujer; Isócrates se tambaleó hacia atrás. El que estaba de guardia a popa llegó corriendo, una silueta en la oscuridad de la noche.

—¡Ah! —le dijo a Isócrates—. Se me había olvidado decírtelo: Nicágoras

le dijo a la mujer de Mileto que podía dormir ahí.

—Sí —dijo una voz temblorosa de mujer desde la oscuridad.

Isócrates se las había arreglado para olvidarse de ella.

—¡Ahí es donde se supone que duermo yo! —dijo, ofendido y demasiado cansado como para preocuparse de cómo sonaban sus palabras.

—¡Ay! —gritó ella afligida—. No lo sabía.

El habría preferido que se despertase Nicágoras para poder maldecirlo a él, pero al instante se dio cuenta de que no estaba siendo razonable. El oficial de proa le había

dado a la pasajera el único espacio semiprivado de a bordo. Si había que echarle la culpa a alguien, ése era al rnismísimo Isócrates. Debería haberla mandado de vuelta al *Artemisa*. Quería haberla transferido cuando ambos barcos estaban a flote —pero ¿y si se hubiera caído al agua?—, y luego, cuando llegaron a Faselis, estaba demasiado cansado, preocupado por los prisioneros y ansioso por varar el *Atalanta* para que todo el mundo pudiera descansar. Sin embargo, tendría que haberse acordado de ella y haberle encontrado una habitación en el pueblo.

Era demasiado tarde ya para mandarla a ningún otro sitio.

—Bueno, quédate donde estás —

dijo, con cierta reticencia—, yo me busco otro sitio.

—Gracias.

—Perdón por haberte despertado —murmuró, y luego se marchó.

TRES

Isócrates se despertó temprano, aún cansado, por el ruido de la lluvia.

Se quedó tumbado, sin moverse durante unos minutos, acurrucado en el pasillo del puente de remo mientras escuchaba el repiqueteo sobre la cubierta y las olas que rompían en la playa. Luego soltó un gruñido, se estiró y se levantó. El puente de remo estaba lleno de gente durmiendo. Había muchos más que cuando él se acostó, lo que debía significar que algunos de los hombres que había bajo los toldos se

habían mojado y habían vuelto al interior. Fue saltando por encima de ellos y rodeándolos, y trepó por la escotilla de popa. Las aguas del puerto del norte estaban de color mate por la lluvia. Pequeños riachuelos corrían por la cubierta inclinada del *Atalanta* y salían en forma de cascadas por los extremos de la regala. El viento soplaba del nordeste cada vez con más fuerza. Dentro del puerto, las olas eran pequeñas, pero se veían crestas de espuma blanca del otro lado del espigón. Y, además, hacía frío. Se había vuelto a quitar la túnica y, aunque seguía envuelto en la capa que había usado de manta, en seguida sintió el deseo de ponerse algo más por encima.

Desconsolado, fue chapoteando hasta la silla de mando; luego reculó. Dionisia seguía en el espacio que quedaba detrás, acurrucada en el ángulo de los tablones del casco que se curvaban hacia arriba en una pila de cojines, con la manta que la envolvía muy apretada. Con aquella cara amoratada y el pelo suelto y enredado parecía la superviviente de un naufragio, y él sintió una punzada de lástima.

Ella empezó a levantarse cuando lo vio, y él le hizo señas de que se quedase dónde estaba.

—No te preocupes, sólo me he levantado para mirar el tiempo que hace.

Ella se quedó sentada, subiéndose la manta hasta la barbilla.

—Habría pensado que eras capaz de verlo, y de sentirlo, desde cualquier sitio.

Él soltó una risa atribulada.

—Necesito ver el mar abierto.

Luego se ajustó la capa un poco más. Volvía a estar incómodamente preocupado por su cuerpo, pero no ya por tenerlo desnudo, sino por lo poco atractivo que era: alto, sin una gota de grasa y de constitución grande, con la piel deslucida por años de mala alimentación. Sabía que, además, tenía la cara muy alargada, la nariz muy grande y las cejas muy pobladas y que hablaba en dórico inculto. Dionisia era guapa como una diosa, incluso en aquel estado de náufraga.

—Siento mucho que no se me ocurriera llevarte anoche a la ciudad —le dijo—. Tenía que haberme encargado de conseguirte una habitación en alguna parte, donde pudieras lavarte, cambiarte de ropa y dormir en una cama. Este... —señaló con una mano la cubierta empapada de su barco—, este no es sitio para una dama.

Ella recompensó la disculpa con una leve sonrisa.

—Estaba demasiado cansada anoche para ir a ningún lado, y no habría sido capaz de enfrentarme a más desconocidos, aunque lamento haberte quitado el sitio donde duermes.

Él se encogió de hombros.

—Ya he dormido en el puente de

remo otras veces. No, soy yo el que debe disculparse por no haberte conseguido algo mejor y por haberte despertado.

—En realidad —dijo ella despacito—, no conseguí dormirme hasta ese momento —lo miró a los ojos—. Sólo cuando me pisaste y te marchaste pidiendo disculpas me di cuenta de que estaba entre gente decente y de que nadie vendría a molestarme durante la noche.

El sospechaba que el jefe de los piratas la había violado. Parecía más que probable. El hecho de que ella fuese la amante de un rey habría hecho que al hombre aquel le dieran ganas de ponerse a la altura de un rey, y todos sus intentos

de controlarse para devolver intacta la propiedad real habrían volado por la borda una vez que los cretenses se hubieran emborrachado con el vino del *Artemisa*. De todos modos, no quería indagar en aquello. La mayoría de las mujeres violadas por los piratas hacían todo lo posible para que no se supiera, temerosas de que sus maridos o sus padres las culparan por ello.

A él mismo lo habían asaltado una vez, cuando era un campesino novato de apenas dieciséis años que luchaba por sobrevivir en los barracones del astillero. Aún recordaba el calor de la vergüenza y la impotencia de su rabia.

—Dejaste con un palmo de narices a ese pirata —le dijo, tratando de

decirle algo que le aliviase el dolor de la herida no declarada.

Ella arqueó las cejas.

—Cuando saltaste al agua —continuó él—. En un momento tenía un tesoro entre las manos; al instante siguiente sólo un puñado de pelos. ¡Tenías que haberle visto la cara! —Imitó la expresión de furia incrédula del pirata y agitó en el aire una mata de pelo imaginaria.

Ella se quedó atónita durante un instante; luego sonrió. Era una sonrisa insegura, casi tímida, y cuando él la vio supo que era auténtica y que, hasta aquel momento, ella se había estado ocultando tras una máscara.

—Se creía que iba a poder

utilizarte —le dijo él—. Estaba equivocado. No pudo contigo.

Ella respiró hondo y luego soltó el aliento, temblando un poquito.

—Estaba desesperada.

—Fuiste muy valiente.

Ella lo miró a los ojos un instante, buscando adulación sin encontrarla. La sonrisa volvió a aparecer, indecisa e insegura.

—¿De verdad habrías negociado con él si yo no hubiese saltado?

El se lo tuvo que pensar.

—Sí. No le habría dejado marchar, pero habría aceptado que se rindiera con condiciones. Él podría haber mantenido a todos sus hombres juntos y con vida y, una vez en Creta, haber conseguido que

sus amigos los rescataran.

—Me alegro de que le hundieras el barco —ella se pasó los dedos por el pelo enredado, deteniéndose en la coronilla, de donde aquel puñado de pelo había sido arrancado—, eran mala gente. Ahora ya no pueden hacer daño a más inocentes. ¿Tú crees que... que ese imbécil de Andrónico sigue vivo?

—Tal vez —admitió Isócrates reticente—. Si es buen nadador puede haber llegado hasta la costa. Le he dado su descripción al comandante de la guarnición de aquí, pero la verdad es que no pareció interesarle demasiado.

Se le arrugó el gesto al acordarse de los modales tan groseros del comandante. «Con que piratas cretenses,

¿eh? Vosotros los rodios sí que sabéis pasar el rato, ¿verdad?» Aquélla era una actitud muy peligrosa. Toda Licia, con la costa llena de entrantes, era un territorio ideal para los piratas. Si las autoridades bajaban la guardia, pronto habría más piratas licios que cretenses.

—No creo que se moleste en mandar a alguien para que indague tierra adentro —le dijo a Dionisia—. Lo siento, pensé que no me daba tiempo a perseguirlo con el *Artemisa* navegando en rumbo opuesto.

—No, claro —asintió ella—, la gente a bordo del *Artemisa* necesitaba que la rescataran tanto como yo —volvió a respirar hondo—. Todos nosotros estamos en deuda contigo.

—Señora, nosotros los rodios luchamos contra la piratería porque vivimos del comercio. Ayer no hice más que aquello para lo que se construyó este barco. Cuando volvamos a casa, todos y cada uno de los hombres del *Atalanta* se pondrán a presumir de cómo hundimos al famoso pirata Andrónico en nuestra primera travesía, y todos nuestros amigos se morirán de envidia. Recibiremos nuestra parte del rescate y también una parte del dinero que se recaude al vender a esos piratas. ¡Daremos gracias a los dioses por lo que pasó ayer! No nos debéis nada.

—¿Andrónico era famoso?

Isócrates se lo pensó un momento.

—Creo que he oído hablar de él.

No estoy seguro. Pero para cuando llevemos diez días en Rodas se habrá convertido en un pirata inmensamente famoso, y en el capitán de toda una flota a la que ensartamos con el espolón como si hubieran sido perdices en un espetón.

Eso le valió otra de aquellas sonrisas tímidas, y él también sonrió.

—Tengo que mirar el tiempo que hace para averiguar cuándo vamos a poder volver a casa —dijo.

Se subió a lo alto de la regala y miró el mar hacia el norte, con una mano levantada en medio de la lluvia para apreciar el viento. El cielo estaba irremediablemente gris, y el aire frío tenía una pesadez característica que presagiaba más lluvia. El mar picado

llegaba ya al límite de lo que podían soportar las galeras —los barcos de guerra necesitaban buen tiempo— y parecía que iba a empeorar.

—Hoy no va a escampar —concluyó, meneando la cabeza y bajando otra vez a cubierta.

—Bueno, por lo menos no tenías planeado ir a ningún sitio.

Él la miró sorprendido.

—¡Tenía planeado volver a Rodas!

Ella lo miró perpleja.

—¿Y qué pasa con el cobro del rescate?

—Iba a dejar aquí a Nicágoras para que se encargase de eso.

Ella bajó la mirada.

—Pensaba que... quiero decir, me

habías ofrecido pasaje si...

—¡Claro que sí! Pero para eso no necesito esperar a que se cierre el contrato. Anoche hablé con Filotimo y me dijo que no va a ir a Alejandría.

Habían discutido acerca del *Artemisa* y su carga mientras esperaban a que el comandante de la guarnición reuniera a los hombres que se iban a encargar de los piratas. Filotimo también le había revelado por qué estaba tan contento con que los rodiotas cobraran el rescate: ni el *Artemisa* ni su carga le pertenecían. El barco había sido construido y armado por una compañía recién formada de Éfeso y habían contratado al capitán sólo para que lo llevase hasta Alejandría.

—Me dijo que no tiene sentido seguir viaje con la bodega medio vacía —prosiguió Isócrates—. Va a regresar a Éfeso y les va a ofrecer a los armadores reiniciar la travesía una vez que la carga vuelva a estar completa.

Dionisia parecía preocupada.

—Creí que... —paró en seco, mirando a Isócrates con una desconfianza que él no comprendió.

—Va a pasar un tiempo hasta que podamos zarpar —le dijo él.

Ella lo miró en silencio durante un rato. El día anterior, cuando estaba asustada y aturdida, a él le había parecido que tenía unos ojos muy bonitos. Ahora que estaba más tranquila, le impactó la inteligencia fría de aquella

mirada oscura.

—No me has preguntado por aquello que dijo Filotimo —observó ella de repente— de que tengo un paquete de cartas del rey Antíoco. ¿Por qué?

—Te presentaste como una mujer libre y me dijiste que no era asunto mío.

Ella, disgustada, frunció los labios.

—Y tú, sin dudarlo, has sacado tus propias conclusiones al respecto.

El se lo pensó dos veces, tratando de dilucidar el porqué de aquel cambio de tono.

—Rodas no depende del rey Antíoco —le dijo él—, no nos compete hacer un seguimiento de sus amigos.

Ella volvió a arquear las cejas.

—Rodas apoyó a Antíoco durante la última guerra. De hecho, recuerdo con toda claridad que el rey dijo que le debía la victoria a Agatóstrato y a los rodiotas.

—Tolomeo estaba utilizando a los piratas para arruinar las relaciones comerciales de sus enemigos —respondió Isócrates enseguida—. Perjudicaba a nuestra flota mercante y a nuestro medio de vida, así que tuvimos que luchar. Pero cuando la guerra terminó nos dio mucho alivio volver a ser aliados de Egipto. Si hubiésemos perdido el comercio con Egipto, nos habríamos arruinado. Señora, si te digo que los reyes son más fuertes que nosotros, no te estaré diciendo nada que

no sepas ya. Tratamos de llevarnos bien con ellos porque no los queremos como enemigos, pero eso tampoco significa que estemos a su servicio.

—Ya... O sea, que no te interesa la recompensa real de la que te habló Filotimo ayer, ¿no? —le espetó ella con acritud.

Isócrates entendió por fin cuál era el problema. Ella pensaba que él estaba ansioso por volver a Rodas para poder entregarla al rey. Se lo volvió a pensar dos veces. Luego, con cierto alivio, decidió ser sincero, la verdad era más verosímil que las sospechas de ella.

—Señora, yo no sirvo al rey de Siria, ni al rey de Egipto, ni a ningún otro monarca. ¡Yo sirvo al Consejo y al

Pueblo de Rodas! Sí, me interesaba aquello que dijo Filotimo acerca del paquete de cartas. He sospechado desde el principio que tienes información que intentas llevarle al rey Tolomeo, y tenía la esperanza de que, si te llevaba a Rodas, querrías compartirla con nosotros también. Pero no tengo la más mínima intención de entregarte al rey Antíoco en contra de tu voluntad. ¡Lo juro por el Sol! Por lo que a mí respecta, puedes proseguir con tu viaje, y no te he mentido al decirte que te será más fácil hacerlo desde Rodas.

Ella lo miró detenidamente, mordiéndose el labio.

—Tengo la impresión de que necesitas desesperadamente hacer ese

viaje —le dijo él— y los piratas te han dejado sin fondos para llevarlo a cabo. Lo lamento, pero no es culpa de Rodas. Creo que nos hemos ganado el derecho a que nos trates como amigos... o, por lo menos, el derecho de no ser tratados como enemigos.

—Pongamos que sí tengo cierta información —dijo ella con mucha calma—. ¿Estaría el Consejo de Rodas dispuesto a pagar por ella? ¿Y qué harían conmigo una vez que se la hubiera dado?

—Creo que... que pagarían contentos por las copias de tus cartas. Y después te dejarían seguir tu camino y fingirían que no saben nada de ti.

—Las cartas no tienen nada. Sólo

las he traído para demostrar quién soy, que de verdad era amiga del rey. —Se volvió a morder el labio, dejando a la vista la punta blanca de sus dientes—. ¿Cómo sé yo que dices la verdad?

—Señora, ¡yo no hablo en nombre del Consejo! Pero te estoy dando mi punto de vista, y tengo cierta idea de cómo es el Consejo. Nosotros, los rodiotas, tenemos una democracia. Elegimos a nuestros consejeros y sabemos quiénes son y de qué pie cojean. Si Antíoco, de repente, se pone a mandar cartas por todo el Egeo pidiendo que quien te encuentre te mande de vuelta inmediatamente, el Consejo, probablemente, te mandaría de vuelta, pero no tengo noticia de que haya hecho

cosa semejante, y me da la impresión de que el rey Tolomeo también está metido en esto. Siendo dos los reyes involucrados, Rodas no querrá ofender a ninguno de ellos. Si admitimos que sabíamos lo que estabas haciendo, tendríamos que ponernos del lado de uno o del otro. Si alguien pregunta, lo más fácil y seguro sería decir algo como: «Ah, sí, la salvamos de los piratas, pero nos dijo que iba a visitar a su hermano en Alejandría, de modo que la ayudamos a continuar su viaje. ¿Cómo podíamos saber que tenía una información que el rey Antíoco quería guardar en secreto?».

—Antíoco no va a mandar carta alguna —dijo ella, descartando esa

posibilidad—, y probablemente esté aliviado porque yo haya desaparecido... aunque lo más seguro es que crea que he vuelto a Mileto. —Lo miró muy seria—. ¿Me aseguraría el Consejo un pasaje a Alejandría en el próximo barco que zarpe?

El abrió las manos en señal de impotencia.

—Eso haría yo. Yo diría que te meterían, en el acto, en un barco que vaya para allá, si eso es lo que quieres. Pero, como ya te he dicho, no soy miembro del Consejo.

Ella se lo quedó mirando un rato más, con los ojos llenos de esperanza.

—Tu suposición me parece razonable. ¿Cuándo podremos zarpar

hacia Rodas?

No iba a ser en el próximo par de días. El tiempo siempre empeoraba antes de mejorar. La lluvia vendría del este para convertirse, luego, en granizo y truenos. El mar, al otro lado del espigón, era de tormenta. Los tripulantes del *Atalanta* habían traído sus capas más finas, y sólo había cinco pares de sandalias en todo el barco. Los hombres se amontonaban en las tabernas de Faselis para no mojarse y los taberneros se quejaban a Isócrates de que no dejaban sitio para los clientes que pagaban mejor; o, si no, de que los rodios habían destrozado los muebles peleándose con la gente del lugar. En

cuanto a los hombres mismos, se quejaban de los mercaderes usureros, del frío y la humedad y de la mala comida. Faselis tenía un acuerdo permanente con Rodas para el aprovisionamiento básico de las tripulaciones de las galeras visitantes, pero aquello suponía poco más que galletas de cebada y aceitunas. Y las aceitunas que les daban estaban ya medio pasadas.

Isócrates estaba todo el tiempo ocupado tratando de conseguir crédito suficiente para comprar queso, cebollas y vino; apaciguando a los taberneros con disculpas y promesas; pidiendo paja por los establos y velas prestadas al *Artemisa* para completar los toldos y

que sus hombres pudiesen dormir en seco.

Aparte de las velas, el *Artemisa* no le daba más que dolores de cabeza. Los tripulantes del *Atalanta* contemplaban el barco desde el muelle (¡diez mil dracmas allí fondeados!) y se preguntaban en voz alta por qué no podían cobrarse su parte ahora, cuando más falta les hacía. Al parecer, en Faselis también estaba todo el mundo al tanto de que a los rodios se les debía un rescate, y esperaban de ellos que pagasen en metálico. No servía de nada que Isócrates les explicara que aún no habían llegado a un acuerdo por el rescate y que, aunque ya estuviese acordado, Filotimo no tenía el dinero en

efectivo y sólo podía comprometerse a pagar en nombre de la compañía que lo había contratado. Además, llegar a un acuerdo sobre el rescate estaba resultando más difícil de lo que se había esperado, a pesar de que Filotimo seguía colaborando. Había cierta confusión acerca de cómo tasar el valor del barco y de su carga, acerca de si el rescate debía ser la mitad o dos tercios de dicho valor, acerca de las tasas de puerto que correspondían a Faselis. Nicágoras, que era quien Isócrates esperaba que se hiciese cargo del asunto —¡después de todo, el chico procedía de una familia de mercaderes!—, resultó no tener ni idea de cómo abordarlo. Al final, tuvo que establecer el acuerdo el

propio Isócrates con ayuda del consejero faselitano que representaba los intereses rodiotas.

Por otra parte, tampoco estaba del todo claro el asunto de los piratas prisioneros, que sumaban treinta y uno en total. El comandante de la guarnición de la ciudad —un hombre que hablaba a toda velocidad y con mucha delicadeza, y de quien Isócrates, instintivamente, desconfiaba— se ofreció a comprarlos a todos por ochenta dracmas cada uno. Isócrates no los quería a bordo, pero menos aun quería verlos convertidos en soldados del rey Tolomeo. Al final, tuvo que apuntar en la cuenta de Rodas un préstamo para pagar su vigilancia y su sustento hasta que viniera otro barco a

recogerlos.

Fuera como fuese, al cabo de dos días, húmedos y agotadores, se acordó una suma de seis mil dracmas —¡todo un talento de plata!— por el pago del rescate, se firmó un documento y Filotimo se comprometió a pagarla en nombre de su compañía. Aquella misma tarde paró de llover.

La mañana siguiente, la tercera que pasaban en Faselis, amaneció despejada y apacible. Inmensamente aliviado, Isócrates ordenó a sus hombres que levantaran el campamento y envió las velas prestadas de vuelta al *Artemisa* con un mensaje de agradecimiento. El mensajero también habló con Dionisia y la invitó a volver a bordo.

La ex concubina se había vuelto al *Artemisa* durante el primer día en Faselis. Por lo visto, allí tenía un camarote, y eso le evitó tener que pagar una posada. Isócrates se sorprendió mucho al enterarse de aquello. Sólo los más ricos viajaban en camarotes. La gente normal conseguía una cobija en cubierta, y Dionisia no parecía muy acaudalada. Sin embargo, cuando volvió, pisándole los talones al mensajero de Isócrates, éste tuvo que rehacer sus cálculos.

Ahora estaba muy distinta de la superviviente desaliñada que habían recogido del mar. Un quitón largo de color dorado claro asomaba por debajo de una pañoleta de color dorado oscuro;

llevaba el pelo castaño liso, recogido en lo alto de la cabeza, atado con una cadenita de oro, y perlas en las orejas. Tras ella venían una sirvienta —una mujer de mediana edad con cara de perro— y dos marineros que llevaban un baúl enorme con su equipaje. Sólo el moratón que tenía en la cara, que ya se le estaba poniendo verde por los bordes, daba fe de que se trataba, realmente, de la misma mujer. Isócrates la miró boquiabierto. Una mujer tan elegante como aquélla estaba tan fuera de lugar en una galera como una esmeralda en un plato de limosnas. Si la hubiera visto así antes, jamás le habría sugerido que viajase con ellos.

Jamás le habría hablado con tanta

libertad, ni siquiera habría deseado —como había hecho— volverla a ver. Había esperado ganarse otra de aquellas sonrisas tan dulces, incluso quizás hacerla reír. La fuerza de su decepción le hizo ver cuántas esperanzas había concebido, y se maldijo a sí mismo. Tenía que haberse dado cuenta de que la amante de un rey estaba muy lejos de su alcance. Además, estaba desconcertado. ¿Por qué le preocupaba el precio del pasaje a Alejandría cuando sólo con las perlas que lucía habría podido pagarse un pasaje de ida y vuelta?

—¡Salud! —exclamó ella, sonriéndole—. ¿Dónde puedo poner mi equipaje?

No podían meter el baúl en el

puente de remo sin tener que recolocar todas las provisiones de comida y agua, de modo que Isócrates le cedió el espacio que quedaba a popa de la silla de mando. Los dos marineros que habían porteado el baúl se volvieron al *Artemisa,* pero al parecer la mujer que venía detrás de Dionisia era su dama de compañía. Iba a bordo del *Artemisa* y había sido rescatada con las demás víctimas de los piratas. Era una criatura delgada y oscura, de unos cuarenta años, con ojos que miraban a la tripulación con la misma mirada llana y sin pestañear de una serpiente. Se llamaba Diseria y era evidente, por su expresión, que desaprobaba firmemente la idea de su señora de viajar en un barco de

combate. A ella y a su señora se les encontró un sitio en el través del barco, en la fogonadura del palo desmontado. Dionisia se acomodó allí con una sonrisa, pero Diseria estaba ceñuda.

Los hombres se desnudaron y, dando aullidos exagerados por lo fría que estaba el agua, arrastraron el barco hasta volver a ponerlo a flote. Treparon a bordo dando voces y riéndose y se amontonaron bajo la cubierta para ocupar sus puestos en los bancos de remo. El viento venía del este. La tripulación de cubierta izó la vela de proa e Isócrates se puso al timón. El *Atalanta* salió lentamente hacia el puerto meridional de Faselis, impulsado sólo por el viento. Para cuando llegó a

mar abierto, los hombres estaban ya todos en sus puestos; el auleta empezó a tocar una melodía y Damofonte batió el tambor al compás. De repente, cien voces se pusieron a rugir una canción de marineros:

El cerdo tiene bellotas, no hay nada que más le guste
pero yo tengo una novia ¡que es muchísimo más dulce!

Diseria, la sirvienta, se dirigió a Isócrates hecha una furia.

—¡Señor!

Él se alegró de ir correctamente vestido, como debe ir un oficial. Estuvo a punto de argumentar que él no tenía la

culpa de aquella situación tan impropia y, en cualquier caso, ¿no se le debía cierta gratitud por haber rescatado a la señora e, incluso, a la propia sirvienta?

—Mi señora tiene la piel muy delicada —dijo la dama de compañía—. ¿Podríais ponernos un toldo para protegernos del sol?

Aquella fue la primera de una larga lista de exigencias. Diseria quería también un cántaro de agua con una taza para que su señora pudiese beber (¡no esperarás que beba de la jarra como los marineros!); una pantalla para protegerla del viento, y una zona cerrada a popa para que las mujeres pudieran aliviarse en privado (¡ya que, por lo visto, este barco no tiene algo tan elemental como

una bacinilla!). Los marineros que tuvieron que instalar todo aquello no estaban, en absoluto, molestos. De hecho, competían unos con otros por hacerlo, como si fuese una cuestión de honor. Hasta entonces, no se habían creído que la mujer a la que habían rescatado era la amante de un rey, pero aquellas fruslerías los convencieron de que de verdad lo era, y la contemplaban a ella y a sí mismos con mucha satisfacción.

Cuando llevaban unas horas de viaje, Isócrates pasó por delante del islote donde habían ensartado la pentecontera con el espolón. Tal y como él había predicho, el casco se había destrozado con la tormenta. Se veían

unos cuantos tablones en las rocas, pero nada más.

La tripulación estaba aliviada. Los pocos dracmas que habrían ganado al vender la madera y el bronce no valían el esfuerzo de remolcar un casco medio sumergido. Al ver que seguían su rumbo, dejaron las canciones de marineros para ponerse a entonar un himno más formal, uno que les encantaba desde siempre a los remeros rodios:

Como el Sol con su esfuerzo sostiene los días
sin parar nunca por nada,
y sus corceles galopan cuando Aurora, la rosada...

De repente, a aquellas voces profundas se unió una voz de soprano que se elevó por encima de las de ellos:

... del Océano al cielo sube de mañana,
sostienen las olas labradas su cama vacía
que las manos de Hefestos han forjado
para colmarla luego de oro.

La voz de Dionisia era tan fuerte y tan pura que los remeros se quedaron en silencio para escucharla. Ella siguió cantando sola durante algunos compases y luego paró para menear la cabeza y reírse. Fue hasta la escotilla central y

gritó hacia abajo.

—¡Vosotros tenéis que cantar también!

Un rato después, cuando volvió a popa a buscar un pañuelo de su equipaje, le dijo a Isócrates:

—Tengo una cítara, ¿no pasará nada si la saco aquí, a cubierta? ¿O crees que el viento húmedo me la puede estropear?

Isócrates sólo pudo sacudir la cabeza, sin saber qué decir. Él había recibido una educación básica, que comprendía de música lo justo para poder reconocer a un músico profesional cuando lo oía.

—No es muy frecuente que nadie toque la cítara a bordo de una galera —

logró decir—. Y mucho menos una cítara de las buenas. De vez en cuando, alguien acompaña al auleta con algún cacharro viejo, que no se resiente de las salpicaduras ocasionales de agua de mar.

—Pues la mía es una cítara muy buena. Era de mi padre. Una vez, en Delfos, ganó la corona del citarista.

Isócrates se quedó impresionado. El festival de música que se hacía durante los Juegos Píricos de Delfos era el más prestigioso de todo el mundo griego.

—Entonces lo que tienes que hacer es guardarla, sin lugar a dudas.

Ella asintió, como si aquélla fuese la respuesta que se esperaba.

—Es una pena, hace días que no toco. —Estiró las manos con aquellos dedos delgados pero fuertes y volvió a mirar a Isócrates—. ¿Sabes si el Gremio de Artistas de Dionisio tiene sede en Rodas?

—¡Uy, sí! —afirmó él—. Tienen una muy grande, cerca del teatro.

El Gremio tenía sucursales en casi todas las ciudades de Grecia, y protegía con entusiasmo los intereses de sus miembros. La afiliación de los músicos y actores profesionales era algo que se daba por hecho.

—Me habías dicho que tu padre estaba inscrito en el Gremio, ¿verdad? ¿Crees que te dejarán quedarte ahí?

—No lo sé —tuvo que admitir ella

—, podría ir a preguntar... —Se quedó callada un momento—. Mi padre hablaba de llevarme de gira con él y me hacía soñar despierta con ciudades desconocidas, la aclamación del público, la emoción de la aventura. Pero, en cambio... —se encogió de hombros— apareció el rey Antíoco. Papá no perdió la esperanza de que fuéramos juntos de gira, pero eso nunca llegó a ocurrir, y ahora él va está muerto.

—Lo lamento.

Ella le contestó con una sonrisa muy dulce.

—Tal vez pueda unirme ahora al Gremio con mi propio nombre. Es lo que más me gustaría hacer. Espero... ¿A

ti te gusta la música?

—¡A todo el mundo le gusta la música! No soy... no soy un hombre culto, pero me gusta escuchar, cuando tengo ocasión. Estoy seguro de que podrás unirte al Gremio. Tienes una voz muy bonita.

Mientras decía aquellas palabras, se dio cuenta de que no eran sino la confirmación de un admirador ignorante, y se mordió la lengua, pero ya demasiado tarde. La expresión de Dionisia se volvió precavida y puso un pretexto para marcharse.

Cuando el sol empezaba a descender, llegaron a la isla de Megista. Aquella isla —como tantas otras cercanas a Rodas— pertenecía

legalmente a la república rodiota y sus ciudadanos podían votar en la Asamblea de Rodas. La Armada rodiota tenía allí cobertizos y barracones, así como provisiones para las galeras visitantes. Los hombres estaban contentísimos, pues aquella noche dormirían bajo techo.

La dama de compañía de Dionisia declaró que su señora haría noche en una posada. Nicágoras acompañó a las dos mujeres y volvió con la noticia de que a Diseria ninguna de las posadas de Megista le había parecido nada del otro mundo, pero se había quedado en la mejor de todas. Isócrates empezaba a sentirse avergonzado por haber creído que Dionisia andaba escasa de dinero.

El buen tiempo se mantuvo y la mañana siguiente amaneció despejada y apacible. Dionisia y su dama de compañía regresaron al *Atalanta 2.* su debido tiempo y la trihemiolia zarpó para completar la última manga de su travesía.

Rodas quedaba al nordeste de Megista, a un día de travesía. La brisa, aunque ligera, seguía siendo del este, y el *Atalanta* pudo apuntalar el palo e izar la vela mayor y la de proa. Isócrates insistió en que los hombres remasen por turnos. Después de todo, aquel viaje era para entrenar a los remeros. Lo hicieron muy bien, y la isla apareció en el horizonte pasado el mediodía.

Isócrates reconoció el relieve

cuando sólo era una sombra azul, y apenas necesitó corregir el rumbo. A los puertos de Rodas era mejor acercarse desde el suroeste. Los vientos fuertes del norte y las endemoniadas corrientes hacían, a menudo, imposible aproximarse desde el nordeste.

Los mares que había alrededor de Licia estaban casi desiertos en aquella época del año, pero en aquellas aguas costeras de Rodas encontraron más tráfico. Un barco de pantoque redondo que portaba el estandarte egipcio navegaba bamboleándose hacia el sur; luego pasó otro, con el Sol rodiota y rumbo norte. Más tarde, apareció un cuadrirreme que venía del continente. Era una galera mayor que el *Atalanta,*

con cuatro filas de remeros y dos hombres por remo. Sólo lo impulsaban la mitad de los remos y avanzaba muy despacio: otra tripulación de remo en fase de entrenamiento. El *Atalanta* mantuvo la ventaja sin ninguna dificultad.

La ciudad de Rodas apareció, un mar de tejas rojas rodeado por unos muros descomunales de piedra gris. Isócrates le pasó la caña del timón a Cleito, el timonel, y se dirigió hacia proa, donde estaba Dionisia, de pie junto a su dama de compañía. Cuando el capitán llegó, ella le sonrió y luego volvió a contemplar la ciudad que tenía delante. Nicágoras ya estaba a su lado, y parecía que le estaba enseñando los

puntos más destacados de la costa. Isócrates sintió una punzada de resentimiento, pero trató de reprimirla. La proa, por mucho que le pesase, era donde se suponía que debía estar Nicágoras, e Isócrates habría tenido que ser muy ingenuo para pensar que alguno de los dos podía albergar esperanzas hacia una mujer como aquélla.

—Aquél es el templo mayor de la ciudad, dedicado a Zeus y a Atenea —le estaba explicando Nicágoras, mientras señalaba el manchón blanco en lo alto de la colina de la acrópolis—, y aquel otro más pequeño que hay ahí está dedicado a Apolo Pitio.

—Creía que vosotros, los rodios, adorabais al sol más que a los otros

dioses —dijo Dionisia un poco extrañada—, ¿o es que acaso creéis que Apolo y el Sol son realmente la misma divinidad?

—Hay gente que piensa así —contestó Nicágoras, y luego se puso a hacer gala de su formación académica—, pero otros dicen que no, que el Sol es uno de los Titanes, el hijo de Hiperión, mientras que Apolo es hijo de Zeus. Mi profesor de filosofía no cree en ninguna de las leyendas. ¡El sostiene que el único dios que hay es la razón! En cuanto a mí, yo no creo que los mortales podamos estar seguros de nada relativo a los dioses, ¡esas cosas habrá que vedas para creerlas! Pero es cierto que los rodiotas adoran al Sol más que a

ningún otro dios. ¿Conoces la leyenda?

—El Sol conducía su carro resplandeciente a través de los cielos —se puso a recitar Dionisia— cuando, al mirar hacia abajo, vio a una ninfa muy hermosa, la hija de Océano, saliendo del agua. Se llamaba Rodo. Él se enamoró de ella y la convirtió en su prometida.

—Esa es la historia —asintió Nicágoras sonriente.

El joven estiró el brazo con un gesto que Isócrates sospechó que habría aprendido en las clases de retórica.

—Y aquí la tenemos, la Novia del Sol, ¡tan hermosa como siempre! ¡Casi tanto como...

Isócrates sabía que iba a decir «¡Casi tanto como tú!». Dionisia,

evidentemente, también lo pensó, porque le interrumpió diciendo:

—Pero *rodo* también es una flor, ¿verdad? Siempre me he preguntado si es o no un tipo de rosa. La palabra parece estar relacionada, pero la flor que ponéis en las monedas no parece una rosa.

Nicágoras sólo pareció haberse decepcionado un poco.

—Es un hibisco rosado. Crecen por toda la isla. Tenemos un parque ahí, al lado del templo, donde crece a montones; ¿ves aquel parche verde? Y aquello, justo al norte... ése es el tejado de la sala de conciertos cubierta, justo ahí, ¿lo ves? La sala es nueva, caben casi mil personas. En el techo están

pintadas las Nueve Musas. ¿Y ves aquel capitel dorado? Es el de la Torre de los Vientos, que está en la plaza del mercado. La casa de mi familia queda justo al sur de allí.

—¡Ah! —exclamó Dionisia, pero no por el interesante emplazamiento de la casa de Nicágoras. El ángulo del rumbo que llevaban les había dejado ver, de repente, el puerto del norte y la estatua que allí había. De mayor altura que la eslora del *Atalanta,* la imagen de bronce del dios Sol se elevaba junto a la bocana del puerto, con un brazo enorme levantado para proteger la isla a la que tanto amaba. Tenía un halo dorado que parecía brillar con la misma fuerza que el sol de poniente que se reflejaba en él.

—El Coloso de Rodas —dijo, orgulloso, Nicágoras—. Lo construyó Cares de Lindos. Usaron el dinero recaudado al vender las armas de asedio que dejó Demetrio el Asediador de Ciudades. No llegó nunca a tomar Rodas, como sabes, a pesar de que lo intentó durante un año entero, y fue el mayor asedio que haya llevado a cabo el hombre. ¡Las armas de asedio nos aportaron la suma de trescientos talentos!

—El sol de Rodas brilla con fuerza —murmuró Dionisia, contemplando la estatua con admiración.

El *Atalanta* pasó remando bajo el brazo del Coloso hacia el interior del puerto militar, e Isócrates volvió a popa.

Debía afanarse en su trabajo, el regreso le iba a dar mucho que hacer, independientemente de lo que hubiese esperado conseguir al ir a la proa.

En su puerto de origen, no había que varar el *Atalanta* en la playa, tenía allí su propio cobertizo. Aunque había que cumplimentar unas cuantas formalidades antes de que les abriesen sus puertas. Por lo visto, el retraso que llevaban había sido demasiado largo, y la noticia de la llegada ya se había extendido. Isócrates estaba desembarcando a la tripulación cuando se oyó un grito iracundo desde la entrada del cobertizo. Levantó la vista y se encontró a Aristómaco, el trierarca, que se dirigía hacia él hecho una furia,

como una galera preparada para embestir con el espolón. El desembarcó de un salto sin tener en cuenta, en su apuro, la escala de gato. Se apresuró a recibir a su comandante.

—¡Llegas tres días tarde! —bramó el trierarca.

Aristómaco era un hombre fornido, con ojos de lince, de treinta y pocos años. Llevaba puesta una túnica de lino fino y una capa roja muy elegante, pero la tenía torcida, descolocada por el temperamento vigoroso de su dueño.

—Sí, señor —tuvo que admitir Isócrates—, es que el tiempo...

—¡El maldito tiempo no explica un retraso de más de dos puñeteros días! —vociferó Aristómaco—. Por Apolo,

habéis hecho un ejercicio de entrenamiento pésimo; ¿cómo puedes llegar tres días tarde de un ejercicio de entrenamiento?

Le puso el ojo encima a Dionisia, que estaba asomada por encima de la regala y lo miraba con la boca abierta de par en par.

—¡Por Apolo! ¿Qué hace tu novia a bordo de mi barco?

—Señor, no se trata de...

—¿Dónde está mi sobrino?

Nicágoras descendió de la trihemiolia.

—Aquí estoy, tío.

—Bueno, por lo menos doy gracias a los dioses por ello. Llevo dos días enteros con tu madre encima, que dónde

está su niño, que si se ha ahogado, que si estará tirado en la calle y sin dinero en algún puerto horrible y desconocido, que por qué no he ido yo mismo a bordo para cuidar de él...

Nicágoras parecía disgustado.

—Señor —empezó a decir Isócrates.

—Entonces, ¿cuál es la historia? ¿Y quién, por las barbas del profeta, es esa mujer?

—¡Es la amante del rey Antíoco! —anunció Nicágoras con mucho orgullo—. ¡La hemos rescatado!

Los ojos de lince de Aristómaco se clavaron en los de su sobrino.

—¿De qué?

—De los piratas —le explicó

Nicágoras.

Se hizo el silencio por un instante.

—¿De verdad? —preguntó Aristómaco, ya en un tono mucho más suave—. ¿Y qué piratas eran ésos?

Nicágoras sonreía de oreja a oreja.

—El jefe se llamaba Andrónico. Iban navegando por el oeste de Faselis para volver a Creta, tío, ¡pero cuando nos vieron salieron corriendo! ¡Los perseguimos y luego los ensartamos con el espolón! ¡Sólo sobrevivieron ocho de los que iban a bordo de la pentecontera! —Parecía que ya se había olvidado del espanto y la lástima que sintió al presenciar los eventos que ahora relataba—. Y luego fuimos y rescatamos el barco que ellos habían abordado para

transportar el botín. Es un barco muy fino, tío: el *Artemisa,* de ciento treinta toneladas, recién construido por la compañía de Estéfano y Melquíades en Éfeso. Aún conservaba a bordo ciento veinte ánforas de vino del valle del Caístro. ¡El rescate va a ser como de un talento de plata!

Aristómaco volvió a clavar los ojos como lanzas en Isócrates y luego contempló las caras sonrientes de todos los hombres y de los oficiales, que se habían detenido, todos ellos, a ver el espectáculo. Finalmente, sus ojos fueron a parar al mascarón de proa, que aún sujetaba como un ramillete el adorno de popa de los piratas.

—Bueno —dijo, por fin, el

trierarca—, pues, ¡buen trabajo! Así que piratas, ¿eh? Yo habría jurado que aún no era época de piratas.

—Es cierto, señor —dijo Isócrates con mucho tacto—. Yo me quedé sorprendido al verlos. Supongo que ellos también pensaron que todavía no se iban a encontrar con nosotros. —Hizo un gesto señalando a Dionisia—. Señor, ésta es Dionisia, hija de Clístenes de Mileto y, como ya ha dicho Nicágoras, compañera del rey Antíoco. Iba camino de Alejandría para visitar a su hermano cuando los piratas abordaron su barco.

Dionisia, que acababa de bajar a tierra por la escala de gato, se estiró la capa.

—Señora, yo soy Aristómaco, hijo

de Anaxipo, y soy el trierarca del *Atalanta*.

Dionisia inclinó la cabeza con mucha elegancia.

—Señor, debo agradeceros a ti y a Rodas mi supervivencia. Creía que había llegado el final de mis días cuando tu trihemiolia nos encontró. Tiene, además, un nombre muy apropiado, la cazadora caledonia de la leyenda no era más rápida ni más mortífera que tu barco.

Aristómaco empezó a sonreír.

—Bueno... —volvió a decir.

—Espero que no te haya ofendido que aceptase el amable ofrecimiento de tu capitán de traerme desde Faselis hasta aquí. El *Artemisa* iba a volver a Éfeso, y

yo no sabía cómo proseguir mi viaje.

—¡No, no, en absoluto! Isócrates hizo muy bien en traerte hasta aquí. —Aristómaco volvió a mirar a Isócrates y se acercó a él para darle una palmadita en la espalda—. ¡Y tanto que hizo bien! Estoy ansioso por oír la historia completa. Isócrates, vas a cenar conmigo esta noche. Ah, señora... —Aristómaco se volvió otra vez hacia ella, colocándose la capa debidamente—, espero que aceptes la hospitalidad de mi casa mientras estés en Rodas.

Dionisia le devolvió una mirada inquisitiva.

—Eres muy amable, señor. Sin embargo, debo preguntarte si resultaría apropiado. A pesar de que he llegado de

forma repentina y vergonzante en un buque de guerra, os aseguro que no soy una mujer lasciva.

—En ningún momento he pensado lo contrario, señora —declaró, galante, Aristómaco.

Probablemente era cierto que no se le había pasado por la cabeza que la amante de un rey fuese a dormir con él.

—Tienes razón, ahora que lo pienso mejor, no sería apropiado. Permíteme ofrecerte la hospitalidad de mi hermana, que es una mujer casada. ¡Nicágoras!

El joven oficial de proa miró a su tío lleno de ilusión.

—Ve a sacar a tu madre de la preocupación en la que se halla sumida

y lleva a esta señora contigo... ¡a qué esperas! Yo iré con vosotros para hacer las presentaciones. Isócrates, te espero en mi casa de aquí a una hora.

—Eres muy amable, señor —murmuró Dionisia.

Mientras, Nicágoras sonreía de oreja a oreja. ¡Ella se iba a quedar en su casa!

A Isócrates le ardía el corazón, y se maldijo a sí mismo por estúpido.

CUATRO

A Isócrates, volver a Rodas solía producirle una sensación de hastío y de desgana. A bordo, todo tenía un orden y un propósito, y él era alguien importante. En Rodas, no era sino un pobre marinero más en tierra. Al regresar a su aposento aquella tarde, con todo su equipaje metido en un saco pequeño, el cambio le resultó más deprimente que nunca.

Tenía una habitación alquilada en casa de la viuda de un remero. Era un sitio pequeño y desvencijado que

apestaba a aguas residuales y al vecino mercado de pescado. Se mudó allí al dejar los barracones. Por entonces no era más que el encargado del mantenimiento de los remos, y aquello le resultaba asequible. Ahora que era capitán, podía permitirse algo mejor, pero aquella casa quedaba cerca de los astilleros, de los pronaos y de las tabernas que frecuentaban los marineros de la Armada, y además, sabía que su casera no podía prescindir del dinero que él le pagaba por el alquiler. Al llamar a la puerta, oyó que uno de los hijos de ella estaba llorando.

La casera, una mujer fea y de mal carácter que respondía al nombre de Atta, abrió la puerta con una cuchara de

palo en la mano.

—¡Ah! —exclamó, mirándolo con resentimiento—. No te esperaba. No he hecho cena para ti.

El pago del alquiler incluía las cenas, pero Atta tenía dos niños que mantener con muy poco dinero y la comida siempre escaseaba. Incluso cuando le hacía la cena, nunca había suficiente para todos.

—No pasa nada —le aseguró—. El trierarca me ha invitado a cenar.

La niña que lloraba —tenía cinco años— dejó de quejarse y fue a abrazarse a las rodillas de Isócrates. Levantó hacia él una mirada llena de esperanza y cambió la cara de berrinche por una sonrisa. Las niñas pequeñas

eran su debilidad, y a ésta siempre le regalaba frutas y mendrugos de pan. En aquella ocasión, sin embargo, no le había traído nada, así que se limitó a revolverle el pelo sucio.

—¡Salud, Leuke!

Atta, con impaciencia, agarró a su hija por el hombro y la apartó de Isócrates.

—¡Deja de hacer eso, Leuke! ¡Lo estás llenando de mocos y dudo mucho que le guste!

Isócrates no tenía claro si era porque ella intuía los motivos verdaderos que le llevaban a amigarse con la niña o si era, simplemente, porque en su vida no había mucho afecto y no quería que sus hijos fuesen por ahí

malgastándolo con los huéspedes.

Leuke se puso otra vez a llorar y su madre hizo caso omiso, salvo que alzó la voz para decir:

—Llegas con retraso, señor Isócrates. ¿Has tenido problemas?

—Embestimos a un barco pirata.

Por un instante se vio tentado a proseguir y contárselo todo: que lo habían hundido, que habían rescatado un barco lleno de prisioneros y a la hermosa amante de un rey. Pero, en cierto modo, todos aquellos acontecimientos parecían exagerados e irreales ahí, en aquella casa tan pequeña de uno de los barrios más pobres de Rodas.

De todas formas, a Atta no le

interesaba nada de aquello.

—Y lo perseguisteis hasta más allá del horizonte y os pescó el mal tiempo —concluyó ella, volviéndose a la chimenea para revolver lo que había en la olla—. ¡Leuke, deja de lloriquear! ¡Me tienes harta ya!

—¡Harpalos me ha pegado! —refunfuñó Leuke.

Harpalos era su hermano, una fiera de siete años.

—¡Y como no pares te voy a pegar yo también! Isócrates, señor, a esas ropas que llevas puestas les vendría bien un lavado. Si me las dejas, mañana te las limpiaré.

Atta cobraba por aquel servicio, pero era cierto que hacía falta.

—Gracias.

Isócrates se fue a su habitación. Se quitó la túnica de oficial y se puso la mejor que tenía, que era de lana. Se echó la capa de verano por los hombros, a pesar de que olía a humedad y de que las polillas habían dado buena cuenta de ella durante el invierno. La otra que tenía era la capa gruesa de navegar, que llevaba siempre en el *Atalanta,* y que estaba llena de grasa de los bancos y de arena. No tenía tiempo para lavarse ni para visitar al barbero, Aristómaco tendría que aceptarlo tal y como iba. Se dijo a sí mismo —cosa que siempre hacía antes de ir a reunirse con un trierarca— que todos los ciudadanos eran iguales ante la ley y que no debía

dejar que lo intimidara con su dinero y sus nobles ancestros. Como de costumbre, no estaba convencido del todo. Si Aristómaco hablara mal de él, podría significar su ruina.

—Llegó una carta para ti hace un par de días —le dijo Atta cuando lo volvió a ver aparecer—. La he dejado en tu habitación, ¿la has visto?

No, no la había visto y volvió a buscarla. Era de su padre. Le echó un vistazo rápido y luego se marchó, dejándola allí. No tenía ningún interés particular en saber lo que su padre le quería decir. Fuera lo que fuese, podría esperar hasta que hubiese terminado con el asunto de Aristómaco.

La casa del trierarca estaba cerca

de la plaza del mercado, al este de la ciudad, una casa fina y bien situada. Su mujer había muerto y había casado a su hija de catorce años el año anterior. Era aquella ausencia de una mujer respetable en la casa lo que hacía «inadecuado» que acogiera a Dionisia como huésped. Un esclavo dejó pasar a Isócrates al recibidor pavimentado y le trajo una palangana de agua para que se lavase las manos y los pies antes de acompañarlo al comedor.

Aristómaco va estaba a la mesa, comiendo aceitunas de un plato de porcelana corintia y con la mano le hizo una seña a Isócrates para que lo acompañase. No había más invitados, lo cual era un alivio, pues Isócrates no

sabía bien cuánta discreción debía guardar, así que, por el momento, cuanta menos gente lo supiera, mejor. Tomó asiento en el sofá, al lado de su comandante.

—La cara de mi hermana era un poema —comentó Aristómaco, llevándose otra aceituna a la boca—. No sabía si abrazarme por llevarle a su hijito querido intacto a casa, o si pegarme por endilgarle a una ramera real a modo de huésped.

—La señora Dionisia no es ninguna ramera —dijo Isócrates secamente.

Aristómaco tiró el hueso de la aceituna al suelo.

—¿Ah, no? ¿Y, entonces, qué hacía viajando a Alejandría sin más compañía

que la de su sirvienta?

—Estaba huyendo —contestó Isócrates sin dilación—. Tiene información importante, señor. Espera poder vendérsela a Tolomeo, pero yo la he persuadido para que se la ofrezca al Consejo también, a cambio del primer pasaje disponible hacia Alejandría. Le prometí que, si es información concerniente a dos reyes, nosotros fingiríamos que no sabemos nada.

Aristómaco se lo quedó mirando un momento. Sentados uno junto al otro en el sofá, sus caras estaban sólo a unos centímetros de distancia, y a Isócrates le llegaba el olor a aceituna del aliento del otro hombre. El trierarca sonrió.

—Ya me habían dicho que eras

agudo como un cuchillo nuevo. Cuéntamelo todo.

Isócrates le contó llanamente y sin rodeos todo lo que había pasado desde la primera vez que vieron el barco pirata. Mientras se lo contaba, los esclavos de Aristómaco trajeron la cena y él iba robando trozos de pescado a la brasa, adornados con ensalada de perejil y cebolla, mientras el trierarca comía en atento silencio.

Al final del relato, Aristómaco sonrió ampliamente y le dio una palmada en el hombro.

—Una victoria sobre un pirata, una recompensa bien gorda y mi barco y todos sus tripulantes de vuelta en casa sanos y salvos. ¡Buen trabajo! Te

engañaron con el precio del rescate, pero eso no es grave. Negarte a venderle tus prisioneros a ese tiburón... ¡eso estuvo bien! Ochenta por cabeza es muy poco. Mandaré un barco a buscarlos mañana, si el tiempo sigue así.

Aristómaco era dueño de un barco mercante y copropietario de otros cinco, aquélla era la fuente de su riqueza.

—Pero volvamos al asunto de la espía real...

—Tampoco creo que sea una espía.

Aristómaco puso cara de sorpresa.

—¡Pero si has dicho que iba a llevarle la información a Tolomeo!

—Sí —Isócrates hizo una pausa, tratando de contrastar sus impresiones —. Yo creo que pasó algo en la corte de

Antíoco, algo que la asustó mucho. Le quiere llevar la información a Tolomeo porque piensa que él pagará por esas noticias, pero no creo que sea una de sus espías. Dijo que traía el paquete de cartas de Antíoco para demostrar quién era ella.

Aristómaco gruñó pensativo.

—Entiendo tu razonamiento, los espías de verdad tienen contactos y contraseñas. ¿De dónde has dicho que es ella?

—De Mileto.

El trierarca se detuvo a considerarlo. Mileto, como la mayoría de las ciudades de la costa asiática, había estado bajo el mando del rey Tolomeo hasta la guerra que hubo una

década antes. De todas formas, Mileto, al contrario que la mayoría, había acatado con genuino agrado ser transferida al rey Antíoco. La gente de Mileto había sufrido enormemente con el gobernador que les había impuesto Tolomeo y habían quedado tan agradecidos a Antíoco por liberarlos del «tirano» que le habían dado el sobrenombre de Antíoco el Dios. Una concubina milesia no era la mejor candidata a espía tolemaica.

—¿Sabes de qué trata esa información? —preguntó Aristómaco.

Isócrates negó con la cabeza.

—Ni siquiera se lo pregunté, señor. Ella tiene la intención de vender esa información, pedirle que me la diera sin

pagar sólo habría servido para que sospechase de mí. Lo que sí sé, en cambio, es que está asustada, y que tiene mucha prisa. Compró un pasaje cuando todavía no había empezado la temporada de las largas travesías en un barco del que le habían dicho que era muy veloz, y está ansiosa por continuar el viaje tan pronto como le sea posible, a pesar de la experiencia que acaba de vivir: una experiencia capaz de conseguir que la mayoría de las mujeres no quisiera, jamás, volver a poner un pie a bordo de un barco. También me parece significativo que no pidiera ayuda a las guarniciones de Tolomeo en Faselis. Tal vez lo hubiera hecho de no estar nosotros allí, pero, aun así, nos prefirió

a nosotros antes que a ellos. Lo que espera es recibir una recompensa por esa información. La he convencido de que no le vamos a robar esa recompensa entregando nosotros la información, pero los sirvientes de Tolomeo son cuestión aparte.

El trierarca, disgustado, meneó la cabeza.

—Todo esto no me gusta nada. Estamos teniendo una primavera desconcertante. El mundo entero está conteniendo la respiración desde que empezó el año nuevo.

No hacía falta preguntar lo que había pasado en el año nuevo, lo sabía todo el mundo. En enero, el rey Tolomeo II, el que Amaba a su Hermano, que

había gobernado Egipto durante casi cuarenta años y había hecho de su reino la mayor potencia del Egeo, había muerto. Fue de muerte natural y el trono pasó, sin contratiempo alguno, a su hijo. El nuevo rey, Tolomeo el Benefactor, era un hombre maduro y con fama de ser muy inteligente y enérgico, pero, aun así, la muerte de un rey sembraba el desconcierto en el mundo entero.

—¿Quién más está al tanto de esto? —preguntó Aristómaco, tras un momento de silencio.

—No creo que nadie más lo sepa, señor. Hasta donde alcanzo a saber, yo soy el único a quien se lo contó la señora. Supongo que cualquiera puede haber pensado lo mismo que yo (que es

algo muy extraño ver a una mujer como ésa viajando sola), pero el primer día estuvimos muy ocupados con los piratas, y después de eso todo el mundo pareció creerse la historia del hermano en Alejandría. Supongo que nadie más está al tanto del detalle que me hizo sospechar a mí, que ella misma se compró el pasaje en el muelle. Sin embargo, tu sobrino es el que más ha tratado con ella y es posible que él...

—No —dijo Aristómaco, confiado —, Nicágoras es un idiota. Ah, parece mostrar signos de interés por los negocios, lo reconozco, de aquí a unos años puede que llegue a convertirse en alguien. Pero, ¿ahora? No ve un problema a menos que alguien se lo

señale, y después acepta la primera explicación que se le dé. Además, piensa que la cortesana milesia es una diosa surgida de la espuma del mar del vino, y todos sus pensamientos sobre ella le brotan de la entrepierna. De modo que no sólo has logrado enterarte de todo, ¡además has logrado mantenerlo en secreto! —Le dio una palmada en el hombro a Isócrates—. Hice bien en elegirte a ti para que gobernases el barco en mi lugar.

Muchos amigos suyos le habían recomendado a sus protegidos para el puesto, eso fue lo que le dijo a Isócrates cuando se lo ofreció a él: «...pero quiero a alguien agudo, entusiasta y ambicioso, alguien que haga que mi trierarquía sea

un éxito, y por eso he pensado en ti».

Aristómaco tenía menos experiencia en la Armada que la mayoría de los hombres de su clase. Desde que terminó el servicio militar se había concentrado en su flota mercante. La riqueza de su familia se había resentido gravemente de unas malas inversiones que había hecho su padre y él se había visto obligado a reconstruirla antes de poder optar a la trierarquía. Ahora estaba tratando de recuperar el tiempo perdido. Sin experiencia naval, tenía pocas oportunidades de ser elegido para los puestos de mayor influencia.

—Espero no darte nunca motivos para que te arrepientas de haberme

elegido, señor —le dijo Isócrates con toda sinceridad.

La aprobación de Aristómaco, y la reputación de ser un hombre que podía hacer que una trierarquía fuese un éxito, implicaban que al año siguiente no le faltarían barcos.

Aristómaco sonrió, pero esa sonrisa desapareció rápidamente.

—No quiero que todo el Consejo se entere de esto —dijo por fin—. Ningún grupo así de grande ha sido nunca capaz de guardar un secreto. Durante esta legislatura, mi amigo Jenofante es uno de los presidentes. Haré que traiga a un par de colegas suyos aquí, a mi casa. —El Consejo tenía cinco presidentes, que moderaban

las reuniones por turnos—. Pueden escuchar lo que tiene que decir tu novia y decidir qué hacer al respecto.

—No es mi novia.

Aristómaco sonrió.

—¡Hay que ver lo tonto que eres! Ha ido cantando tus alabanzas a los cuatro vientos todo el camino hasta la casa de mi hermana.

A Isócrates le dio un vuelco el corazón y clavó la mirada en el plato. Se imaginó a Dionisia entre algodones y objetos de oro, y luego pensó en su cuartito desvencijado en casa de Atta: había entre ambos un abismo infranqueable.

—Tú eres mi comandante —dijo desapasionadamente y volviendo a

levantar la mirada—, y si ella me ha alabado ante ti ha sido por hacerme un favor. Yo la salvé, y no es ninguna desagradecida. Además, una de las cosas que más agradece es que yo la haya dejado en paz.

Aristómaco frunció los labios.

—¿Aquel pirata...? —Hizo un gesto muy gráfico.

—No se lo pregunté. No es algo de lo que a la mayoría de mujeres les guste hablar.

Aristómaco se quedó un momento observándolo, y después asintió.

—Y tú tratabas de ganarte su confianza. Bueno, como ella ya confía en ti, puedes acompañarla mañana a la reunión con los presidentes. Cuanta

menos gente haya involucrada, mejor. Además, puede que los presidentes quieran hacerte unas cuantas preguntas acerca de cómo llegó hasta aquí. Mañana por la mañana. Te mandaré un mensajero para que te diga a qué hora.

Isócrates, cumpliendo con su deber, se vio a la mañana siguiente llamando a la puerta de la casa que pertenecía a la familia de Nicágoras.

Era cerca de la cuarta hora. Aún no se había afeitado. Se había acostado tarde y el mensajero de Aristómaco había llegado justo cuando se acababa de despertar, sin darle tiempo más que para lavarse a toda prisa, con la esponja, en la palangana. El esclavo que

lo recibió en la puerta lo miró de arriba abajo, con la nariz levantada ante semejante desaliño, y le pidió que esperara fuera.

Llevaba apenas un minuto esperando cuando Nicágoras salió muy apresurado, vestido elegantemente con una túnica de manga larga y una capa corta, pero sin afeitar y con el pelo largo aún mojado del baño. Miró a Isócrates con hostilidad patente.

—¿Qué haces aquí?

Isócrates se irguió —valiéndose de toda su altura— y contestó a aquella mirada enardecida con otra fría.

—Tu tío me ha mandado que acompañe a la dama milesia hasta su casa para que conozca a su amigo

Jenofante. Ahora es uno de los presidentes y quiere preguntarle cuáles son las nuevas en la corte del rey Antíoco.

—¿Ah, sí? ¡Pues puedes volverte a tu casa! —le dijo Nicágoras—. La voy a acompañar yo hasta casa de mi tío.

Isócrates puso cara de sorpresa.

—¿Esperas que acate tus órdenes por encima de las de mi trierarca, *oficial de proa?*

Nicágoras fue lo bastante sensato como para pensárselo dos veces. A decir verdad, en su familia, la gente como Isócrates no podía aspirar a más que a arrendar sus tierras, pero también comprendía que Isócrates, en aquel momento, era su oficial superior.

—¡No estamos embarcados! —protestó resentido.

—Así que dejas de ser un oficial de la Armada en cuanto pones el pie en tierra firme, ¿no? Me parece estupendo. No tenía ni idea.

Nicágoras lo fulminó con la mirada.

—Te crees tan maravilloso... ahí de pie con tu capa apolillada, ¡y sin una casa de tu propiedad a la que poder irte! No sé por qué mi tío te escogió a ti como capitán, habiendo caballeros disponibles de sobra para ese puesto.

La pulla de la capa le dolió a Isócrates, que respondió con cierta fuerza.

—Lo que me dijo Aristómaco fue

que quería que su trierarquía fuese un éxito, y por lo visto no estaba seguro de que los caballeros disponibles fuesen capaces de conseguirlo. Un hombre que ha destacado por sus amigos y por sus relaciones no necesita tener talento, ¿no te parece?

Nicágoras se puso rojo de rabia.

—Tú, tú... ¡cabrero!

—Para ti, «señor cabrero». Aunque mi granja, sobre todo, es de viñas y no de cabras.

Nicágoras, que se puso de un rojo aún más oscuro, empezó a musitar una disculpa. Luego, se acordó de su orgullo y se la tragó.

—De todas formas, ¿por qué mi tío te ha pedido a ti que acompañes a

Dionisia? —preguntó, al final, lleno de resentimiento—. ¡Es en mi casa donde se está quedando!

—¿Por qué crees tú? —replicó Isócrates.

Ya se estaba arrepintiendo de aquellas palabras. Pelearse con un compañero nunca traía nada bueno, y era especialmente inútil pelearse por una mujer que iba a desaparecer en unos cuantos días. Ella no iba a ser de Nicágoras, como tampoco iba a ser de él, así que ¿para qué perder los modales aun a pesar de que su oficial de proa fuese un cretino?

Nicágoras se mordió el labio.

—¿Acaso le habrá pedido mi madre que me aparte de ella?

—Yo no sé nada al respecto.

Dionisia salió de la casa con un aire tan fresco como el de la primavera, con una capa larga de color verde claro ribeteada con flores bordadas. Sonrió cálidamente a Isócrates, y lo saludó. En segundo término, saludó a Nicágoras. El jovenzuelo empezó a poner mala cara para luego reprimirse y poner la mejor de sus sonrisas. Diseria, la dama de compañía, seguía a la señora con su amargura característica.

—¿Dicen que vienes para acompañarme a algún sitio? —preguntó Dionisia.

—A casa de mi tío —respondió Nicágoras antes de que Isócrates

pudiese abrir la boca—. Su amigo Jenofante, que es uno de los presidentes del Consejo, quiere saber las nuevas de la corte de Antíoco.

—Ah —dijo Dionisia, y le echó una mirada interrogativa a Isócrates.

El asintió, deseando poder decirle algo que la tranquilizara, pero no quería hablar delante de Nicágoras.

—La casa de mi tío está sólo a un par de manzanas de distancia —continuó diciendo el joven—. Yo iba a salir ahora en este momento. ¿Qué os parece si os acompaño? —Le dirigió una mirada desafiante a Isócrates, que apretó los clientes pero no dijo nada porque no se lo podía prohibir.

Se marcharon todos juntos.

Nicágoras fue señalándole los lugares más destacados por el camino y le prometió a Dionisia que más tarde le enseñaría mejor la ciudad. Ella le contestó distraída. Era claro como el agua que estaba muy nerviosa por la reunión y que habría preferido preguntarle a Isócrates qué era lo que le había dicho al trierarca.

Cuando llegaron a la casa, Aristómaco salió al recibidor a saludarlos. Se quedó mirando a su sobrino con sorpresa pasajera; luego, sonrió.

—¡Ah, Nicágoras, estupendo! —exclamó—. Ve a casa de Efilates, por favor. Anoche le mandé un mensaje pidiéndole que llevara el *Talía* a Faselis

para recoger a esos piratas vuestros, y necesito saber cuándo puede zarpar.

Nicágoras estuvo a punto de protestar por su degradación a chico de los recados, pero prevaleció la disciplina. Suspiró, le echó una mirada melancólica a Dionisia y otra de odio a Isócrates, y se marchó. Aristómaco les mostró a sus invitados el camino hacia el comedor.

Allí había, ahora, dos sofás y una silla individual. Los sofás estaban ocupados por tres de los cinco presidentes del Consejo de Rodas, todos con aire severo. Isócrates estaba familiarizado con sus caras por haberlos oído hablar en la Asamblea, pero nunca había tratado con ninguno de ellos en

persona.

—Ésta es Dionisia, hija de Clístenes de Mileto —les dijo Aristómaco a sus invitados sin sentarse. Permaneció de pie, apoyado en la puerta —, y éste es mi capitán, Isócrates, que estaba al mando de mi barco cuando la rescataron de manos de los piratas. Señora, estos caballeros son Jenofante, Trasícrates y Haguemonte, presidentes del Consejo de Rodas.

—Se nos ha dicho que tienes información acerca del rey Antíoco —dijo Jenofante, que era el que estaba sentado en medio de los tres. Se trataba de un hombre regordete con la cara roja, algo mayor que Aristómaco.

Dionisia tomó asiento en la silla y

se colocó la capa con mucho cuidado. Isócrates estaba impresionado por la entereza que mostraba.

—Señores —empezó a decir ella, con su voz suave y cultivada—, estoy muy agradecida a Rodas por haberme rescatado y, creedme, con muy buena disposición hacia los rodiotas, pero debo suplicaros que comprendáis que no os puedo dar las noticias que tengo a cambio de nada. —Apretó firmemente las manos sudorosas, echando por tierra su compostura—. Yo tenía propiedades en Mileto, pero me temo que las puedo dar por perdidas. Lo único que me queda es el baúl de mi equipaje. La esperanza que albergo es que, cuando le dé las noticias que tengo al rey Tolomeo,

éste me conceda alguna clase de patrocinio, pero no puedo estar segura de ello. No soy ninguna cortesana, señores, ni tampoco quiero llegar a serlo. Mis estudios han sido de índole musical y el gran sueño de mi vida es dedicarme a la música, como mi padre. Pero, como estoy segura de que ya sabéis, todas las intérpretes femeninas, salvo las más distinguidas, tienen mala reputación. Si no quiero parecer una vulgar prostituta, debo mantener intactas mis posesiones.

Haguemonte, de unos treinta años y el más joven de los tres presidentes, se echó ligeramente hacia delante.

—¿Tu padre era Clístenes, el famoso citarista?

Ante aquella pregunta, ella sonrió y asintió con entusiasmo.

Haguemonte le devolvió la sonrisa.

—Yo le oí tocar, una vez durante los Juegos Pitios y otra vez aquí, en Rodas. Las Musas lo favorecieron con un don magnífico.

—Gracias, señor —dijo Dionisia, con una sonrisa aún más cálida—. El mismo fue quien me enseñó música, señor, y espero poder seguir sus pasos. Pero necesito... necesito llegar a Alejandría pareciendo una mujer de prestigio, y preferiría llegar allí cuanto antes.

—Estoy seguro de que podemos conseguirte un pasaje a Alejandría —dijo Haguemonte—. Me parece una

petición muy modesta.

Trasícrates, el más viejo de los presidentes, soltó una carcajada.

—Pero, ¿a cambio de qué? Estamos comprando el cerdo sin haberlo visto. No sabemos qué «información» es ésa. Ni siquiera sabemos si esta mujer llegó alguna vez a conocer a Antíoco, ¡y mucho menos si estaba en situación de tener información secreta de sus planes!

Dionisia metió la mano dentro de la capa y sacó un rollo de pergamino.

—Son cartas del rey —dijo llanamente—, con su firma y su sello. ¿Sabéis reconocer el sello real?

Aristómaco cogió el pergamino y lo desenrolló lo suficiente para que se viera que estaba compuesto por varias

cartas superpuestas. Se aclaró la garganta y leyó la que estaba encima de las demás.

> «El rey Antíoco el Dios te saluda, Clístenes, hijo de Jereas. Durante la ceremonia de bienvenida de hoy, nos ha complacido mucho oír a tu hija cantar y deseamos volver a oírla. Así pues, te instamos a que nos visites esta tarde y a que la traigas a ella, para que podamos deleitarnos oyendo tu soberbia interpretación y su hermosa voz. Saludos.»

—Yo tenía dieciséis años —agregó

Dionisia en voz baja—. El rey vino de visita a Mileto y yo canté en la ceremonia de bienvenida que se hizo en su honor. Mi padre me acompañó a la cítara. Estuvo todo muy bien organizado. Actuamos nosotros con un coro de dos niños, y unos actores y un coro completo representaron una obra hecha expresamente para él. Mi padre quería que el rey se fijase en él, no en mí.

Aristómaco leyó la segunda carta.

> «El rey Antíoco el Dios te saluda, Clístenes, hijo de Jereas. La belleza y el encanto de tu hija nos han cautivado por completo, y nos permitimos el atrevimiento de pedírtela para la

corte. Te otorgamos la propiedad descrita más abajo para compensarte por su pérdida y para que le sirva de dote cuando ella se case. Saludos.»

—Esa carta llegó al día siguiente —dijo Dionisia, sonriendo tímidamente—. Mi padre no supo si sentirse ofendido o complacido. Le pareció muy despótico pero, por otro lado, aquel hombre era un rey, y la propiedad era bastante sustanciosa.

Aristómaco pasó a la siguiente página.

—Esto es la descripción de una finca en el valle del Menderes, de varias

hectáreas. Lo pone todo a nombre de Clístenes, hijo de Jereas de Mileto y tiene lo que a mí me parece un sello real.

—Déjame ver —dijo Jenofante.

Este cogió el documento e inspeccionó el sello. Después, se lo pasó a sus colegas.

—Parece un terreno de buen tamaño —comentó Haguemonte.

—Sí —concordó Dionisia—, con una casa señorial y una finca con seis familias de arrendatarios. Mi padre no era pobre, señor, pero tampoco habíamos sido ricos hasta entonces. Mi padre seguía descontento por la arrogancia del rey, pero no se le dice que no a un rey. —Ella suspiró y añadió

sombríamente—: Cuando murió, el año pasado, Padre aún seguía haciendo planes de lo que íbamos a hacer cuando el rey se cansara de mí.

—Pero aún no se ha cansado de ti, ¿verdad? —preguntó Haguemonte, con la mejor de sus sonrisas—. No me sorprende en absoluto.

Dionisia apartó la mirada y negó con la cabeza. Aristómaco leyó la siguiente carta.

«Antíoco te saluda, querida Dionisia. Esta noche no puedo dormir; la gata egipcia lleva todo el día maullando. ¡Cómo me gustaría que estuvieses aquí y me cantases algo que me hiciera

olvidar tanta pena! Ven pronto a Seleucia para encontrarte conmigo, querida Dionisia. Nos quedaremos en el palacio de verano y comeremos melocotones. Te mando un carruaje. ¡Ven pronto! Saludos.»

Ella bajó la mirada, y luego la volvió a alzar con cara de determinación. Aristómaco le devolvió las cartas.

—Creo que no hace falta que leamos más. Queda claro que eras una favorita del rey Antíoco, y resulta evidente, también, que ha tenido que pasar algo grave para que lo hayas abandonado a él y a tus tierras, y estés

huyendo para hablar con Tolomeo.

—Sí —concordó Jenofante quien miró a los colegas que tenía a los lados. Ambos asintieron, y prosiguió—: A cambio de la información que tienes, haremos que viajes a Alejandría de la manera que corresponde a una dama, y en el primer barco que zarpe. ¿Te basta con mi palabra o prefieres que te lo juremos?

Dionisia inclinó la cabeza.

—Estoy segura de que tu palabra es suficiente, señor. Como ya he dicho, mi deuda hacia Rodas es tal que me da vergüenza tener que pedir algo a cambio de las noticias que tengo. Es la necesidad la que me empuja a hacerlo. —Respiró hondo y cerró los ojos un

momento, para luego volver a abrirlos y declarar—: Las nuevas que traigo son éstas: el rey Antíoco tiene intención de divorciarse de su segunda esposa para volver con la primera.

Se hizo el silencio. Habían quedado primero desconcertados, y luego atónitos. Aquello era una catástrofe diplomática. La segunda mujer de Antíoco, Berenice la Portadora de la Gran Dote, era la hija de Tolomeo, y su matrimonio había sido la clave del acuerdo de paz entre Egipto y Siria. La gran dote en cuestión que le había aportado a su marido estaba formada por las ciudades asiáticas que se habían disputado durante la guerra.

—¡Eso es una locura! —bramó, por

fin, Trasícrates—. ¡Va a hacer que empiece otra guerra!

—Estoy de acuerdo —dijo Dionisia enseguida—, ya traté de decírselo. Me dijo que el viejo Tolomeo ha muerto y su hijo necesita afianzar su posición en Egipto antes de poder plantearse declararle la guerra a Siria, y que, incluso aunque decida entrar en guerra, Siria ya venció a su padre en la última y puede vencer al hijo en ésta.

—¡Qué locura! —insistió Trasícrates aterrorizado—. ¡Siria sólo ganó la última guerra porque tuvo ayuda de nuestra parte!

—Y de Macedonia —señaló Aristómaco con frialdad—. Yo amo a Rodas tanto como vosotros, pero no

exageremos nuestra importancia.

—¡No fue Macedonia la que ganó la Batalla de Éfeso! —protestó Trasícrates—. Fuimos nosotros. ¡Yo estuve allí!

—¡Muy bien! —dijo Jenofante, impaciente—. El hecho sigue siendo que Antíoco ganó la última guerra encabezando una alianza, pero ¡no puede seguir contando con que esa alianza lo vuelva a respaldar cuando lo que quiere es sumergir a hombres, barcos y ciudades enteras en una guerra sangrienta sólo porque se ha cansado de su mujer! ¡Semejante estupidez podría costarle el reinado! ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—En primer lugar, porque nunca le

ha gustado Berenice —dijo Dionisia—. Ella es «el gato egipcio que no para de maullar», por si no os habíais dado cuenta. Es una mujer orgullosa y se pasaba el día diciéndole cuánto mejores eran todas las cosas en la corte de su padre, en Egipto. En segundo lugar, por Laodice —contempló el corro de rostros perplejos—. ¿Ya os habéis olvidado de quién es ella? ¿O acaso habíais pensado que, una vez que él la dejó de lado, había dejado de existir? Creedme, si un día la conocieseis, no cometeríais ese error.

—Sabemos quién es —contestó Jenofante, exasperado.

Laodice era la primera esposa de Antíoco. Era su prima, hija de su tío

Aqueo. Había reinado durante quince años y le había dado a Antíoco cuatro hijos antes de ser repudiada en nombre de la paz con Egipto. El acuerdo de divorcio le había proporcionado unos ingresos equiparables a los de toda la isla de Rodas.

—Es una mujer aterradora —dijo Dionisia con voz grave—. Lleva desde que fue repudiada buscando la manera de volver al poder, y cuando se enteró de que el rey Tolomeo había muerto, mandó al menor de sus hijos a que invitase a Antíoco a ir a visitarla a Éfeso. Antíoco no tenía por qué ir. ¡Todos sus amigos se lo dijeron! Podía haber enviado a alguien para enterarse de lo que quería, o podía haberle pedido

a su hijo que se lo contase. Pero no, fue él en persona. Dijo que era una «muestra de respeto», pero yo creo que, en realidad, estaba saboreando la idea de deshacerse de su segunda mujer ya por aquel entonces. Dejó a la reina Berenice en Antioquía y se llevó a media corte a Éfeso; por tierra, porque hacía mucho frío aún para ir navegando.

—Llegamos a la ciudad... ¡Ah, hace sólo doce días de aquello! Laodice invitó a Antíoco a cenar en su mansión y él se quedó a pasar la noche. Cuando volvió a su propia residencia, a la mañana siguiente, dijo que había sido muy injusto con ella, que nunca debía haber cedido a las exigencias de Egipto ni repudiado a la novia que su padre

había elegido para él, ni desheredado a sus hijos. Maldijo a Berenice y empezó a hablar de mandarla de vuelta a su casa. Todos sus amigos le dijeron lo mismo que habéis dicho vosotros: que era una locura, que con toda seguridad iba a provocar otra guerra. Peor aún, que lo iban a tachar de quebrantador de juramentos y de imbécil. En aquel momento, estuvo de acuerdo, pero dijo que tenía que explicárselo a Laodice. Acabó volviendo a pasar allí la noche, y por la mañana estaba decidido a divorciarse de Berenice y se negó a atender a razón alguna.

—Aquella misma tarde, Laodice me invitó a su casa para que cantase para ella, según dijo. A mí me daba

miedo ir, pero no me atrevía a desobedecer. Cuando entré en el recibidor, la encontré ya con una capa de color púrpura puesta y llevando la diadema real. Me miró de arriba abajo y me dijo: «¡Así que tú eres la pájara que le ha calentado la cama a mi marido! Ya que no era mi cama también, te permito que te marches a. tu casa. Pero debes entender una cosa: el rey es mío ahora. Si descubro que mancillas mis sábanas, te cortaré esa lengua que tan dulcemente canta y te entregaré a un amigo mío que se encargará de que no se te vuelva a ver jamás».

Dionisia respiró hondo.

—No me cabe la menor duda de que es capaz de hacerlo. Pensé en irme a

casa y vivir tranquilamente en la finca. Pero entonces pensé qué pasaría si Antíoco me mandaba llamar. Porque me buscaría, estoy segura. Quiere volver con Laodice, pero no creo que encuentre motivos para limitarse a ella. Esa mujer es un fuego abrasador y él va querer que le pongan su bálsamo, mujeres que lo consuelen tratando de complacerlo. Y yo le complacía. De momento, está contento con el reencuentro, pero a la primera disputa, o simplemente en cuanto necesitase consuelo, me llamaría. Pero no me protegería de ella. —Sacudió la cabeza—. Cuando discutimos el asunto, le dije que, si de verdad no podía pasar sin Laodice, le ofreciera que fuese su amante, o incluso su segunda mujer.

¡Después de todo, su abuelo Demetrio tuvo varias esposas a la vez! El contestó que Laodice era una mujer libre por categoría y que no la iba a deshonrar... ¡Y me lo estaba diciendo a mí! ¡Ni siquiera fue capaz de comprender por qué me sentí ofendida! Para Antíoco, Laodice es una mujer libre y todas sus otras amantes son esclavas. Os preguntabais cómo podía sumergir al mundo entero en una guerra sólo por estar cansado de su mujer; es todo parte de la misma cosa. Los hombres que muriesen, los barcos que se hundiesen y las ciudades que fueran saqueadas, todos serían esclavos. El lamentaría las pérdidas pero no se avergonzaría, porque son sus hombres, sus barcos y

sus ciudades, y tiene el derecho de hacer con ellos lo que le plazca. Si Laodice me matase, se enfadaría con ella, pero no más que si diera muerte a su caballo preferido. No le duraría más que un día o dos.

—En cuanto una ciudad tiene un rey, todos los demás habitantes se convierten en esclavos —murmuró Haguemonte.

Los otros dos presidentes lo miraron muy irritados, aquel dicho estaba ya muy trillado.

—Así que decidí marcharme del reino —concluyó Dionisia—, y en cuanto hube tomado esa decisión, empecé a pensar que tal vez podía hacer algo más que salvar mi propia vida.

Antíoco está determinado a divorciarse de Berenice, pero todavía no ha hecho ningún anuncio público al respecto. Si lo conozco tan bien como creo, pasará mucho tiempo antes de que lo haga. Sabe perfectamente que va a ser muy criticado y eso no le agrada. También le gusta que Laodice lo adule y sabe que será mucho menos dulce y encantadora una vez que haya conseguido lo que quiere. Hasta que lo haga público, Antíoco aún puede cambiar de opinión sin mucho engorro. Y, si recibe esta información a tiempo, el rey Tolomeo puede escribirle una carta que le haga replantearse las cosas. Hacer que un rey entre en razón y evite una guerra en la que morirían miles de personas es una buena causa, ¿no? Por

eso me embarqué con rumbo a Alejandría. Me llevé a mi dama de compañía, mi ropa, mis joyas y la cítara. Todo lo demás lo dejé abandonado. Pero, tres días después de haber zarpado, el barco en el que iba fue abordado por los piratas cretenses, y por eso, señores, estoy aquí.

CINCO

Dionisia partió de Rodas a la mañana siguiente, viajando en camarote propio a bordo del barco de Aristómaco, el *Talía*. El *Atalanta*, de todas formas, la acompañó.

Los presidentes del Consejo se quedaron tan indignados por la conducta de Antíoco que, finalmente, decidieron que no querían fingir que no sabían nada del tema. Llegaron a la conclusión de que, fuera como fuese, lo más fácil para Antíoco sería retractarse antes de que sus intenciones fueran del dominio

público, por lo que estaban siendo muy discretos. Dicha discreción, sumada a la falta de tiempo, hizo que el Consejo no se pudiera reunir con la Asamblea, y sin aquella reunión no podría designarse una embajada oficial, ya que los presidentes no tenían poder suficiente para enviar una.

Aristómaco había sugerido una forma de abordar el problema: el *Atalanta* había rescatado a Dionisia, y por eso se justificaba que la acompañase durante el resto del viaje hasta Alejandría. Cuando hubiese terminado de contarle su historia al rey Tolomeo, Aristómaco daría un paso adelante para asegurarle al rey que, como trierarca del barco que la había

rescatado, desaprobaba tajantemente el comportamiento de Antíoco. De ese modo, la isla no se vería involucrada, pero Tolomeo sabría leer entre líneas y comprendería que, en caso de que se desencadenase una guerra, Rodas no se pondría del lado de su enemigo.

Aristómaco estaba encantado con su misión de enviado oficial. No era ningún secreto que tenía intención de ser elegido para el Consejo una vez que hubiese terminado su periodo de trierarca. Esa era la razón de que tuviera tanto empeño en que su trierarquía obtuviese un éxito sin precedentes. Representar a Rodas ante un rey, de todas formas, era un cometido más prestigioso aún, y ambas cosas

combinadas podían colocarlo en la línea de presidencia en uno o dos años. Se aplicó a la misión con toda su energía.

Isócrates no estaba seguro de lo que opinaría Dionisia de todo aquello. Esperaba que estuviese complacida —llegar a Alejandría escoltada por un barco de guerra rodiota añadiría peso y dignidad a sus propios esfuerzos—, pero le daba miedo que creyese que él la había engañado. No se lo había podido preguntar, no había tenido ocasión de hablar con ella a solas, y en cualquier caso él andaba ocupadísimo preparando el barco para volver a zarpar. A la tripulación aquello no le hizo ninguna gracia. Los hombres habían esperado recibir un adelanto del dinero

del rescate y tener tiempo para gastarlo en el puerto. Isócrates, a cambio, les prometió las delicias de Alejandría. Confiaba en que Aristómaco llegase con una gratificación o con un adelanto de algún tipo. Era lo acostumbrado, y sus hombres sabían que se lo merecían. La avaricia, tal como estaban las cosas, minaría la moral de la tripulación y la reputación del trierarca.

Además, todavía quedaba la carta de su padre para robarle un poco más de atención. Ya suponía que no habría nada bueno en ella, y no estaba equivocado:

«Critágoras te saluda, Isócrates. Nuestro vecino Teofrasto tiene una hija, de

dieciséis años, a la cual he pedido en matrimonio. Dado que el hijo que tengo es rebelde y desobediente, me voy a procurar otro. Saludos.»

La primera reacción de Isócrates fue gritar airadamente «¡pobre muchacha!» En cambio, después de reflexionarlo decidió que era poco probable que llegasen a casarse. Teofrasto podría conseguirle a su hija algo mejor que un viudo cincuentón que ya había enterrado a dos esposas. Su padre le había escrito aquella carta para provocarlo. Pero aquella conclusión no le fue ningún alivio: el pinchazo le dolía. La rabia hacia su padre lo

mantuvo despierto toda la noche, componiendo explicaciones de dónde, exactamente, se había equivocado aquel viejo orgulloso y testarudo... palabras que nunca podría decirle a su padre. Palabras que su padre nunca podría soportar.

Para colmo de males, sus meditaciones nocturnas acerca de su padre le acabaron llevando a una contemplación miserable de Dionisia y de su propia pobreza. Pensó que entendía mejor la preocupación de la mujer con el dinero: lo que ahora tenía le parecía tan poco, comparado con lo que había perdido, que temía que se le agotara enseguida. Ella tenía muy poca experiencia a la hora de comprar y de

vender, había pasado, directamente, de la casa de su padre a la del rey. El pensamiento de todo el valor que habría tenido que reunir Dionisia para ir hasta el puerto y comprarse ella misma el pasaje le conmovía y lo colmaba de admiración. Quería ayudarla, y sabía que no podía hacerlo. Su padre podría pensar en el matrimonio, pero él no. Le iba mucho mejor ahora que cuando era un remero, pero seguía sin poseer casa ni tierras. No podía acercarse a ninguna mujer respetable y, menos aún, a una acostumbrada a la riqueza. Sus fondos alcanzaban sólo para alguna visita ocasional al burdel, y siempre salía de allí profundamente deprimido, lamentándose por las pobres esclavas

que trabajaban en el lupanar.

¡Matrimonio!, pensó disgustado. ¿Habría llegado ya, de verdad, a ese punto?

Aquélla era una pregunta delicada. Sí que había llegado. Pensar en la sonrisa dulce y tímida de Dionisia, o en su entereza ante los presidentes, o en el salto desesperado para tirarse al mar... a Isócrates le dolió como una puñalada de anhelo profundo. Se parecía, más que a otra cosa, a la nostalgia que había sufrido durante los primeros años que pasó en la Armada. Recordaba bien cuando se quedaba tumbado, aunque despierto, en su barracón, durante aquel primer invierno, reproduciendo mentalmente todos los detalles de la

granja en la que había crecido, desde las piedras ennegrecidas de la chimenea hasta el olor de los pinos del monte, y aquel silencio interrumpido sólo por el tintineo lejano de los cencerros de las cabras. Entonces había sentido el mismo anhelo doloroso y la misma certeza de que nunca alcanzaría sus propósitos.

Pero al final lo había superado, se dijo a sí mismo. La memoria todavía le jugaba malas pasadas de vez en cuando, pero las horas de no ver la luz ya eran historia. Esto también lo superaría, con el tiempo.

Se sintió muy aliviado cuando la noche, finalmente, empezó a clarear. La vida en tierra puede que fuese lúgubre, pero en el mar tenía a su hermosa dama

Atalanta, Se levantó y fue a ver cómo estaba el barco, y cómo iban los preparativos para la travesía hasta Alejandría.

Era una mañana clara de primavera cuando salieron del puerto. El *Atalanta* se reunió con el *Talía,* justo pasado el Coloso, y las tripulaciones se saludaron mutuamente por señas. El *Talía* era un barco mucho más grande: cuatrocientas toneladas descargado, con dos palos muy altos y una vela mayor enorme. Le habían puesto el nombre de la musa cómica, cuya imagen, riéndose, formaba el mascarón de proa. Era como una torre construida sobre la línea baja y alargada del casco del mercante. Isócrates estiró el cuello para buscar a Dionisia en la

cubierta del barco de pantoque redondo, pero no la vio, puede que estuviese en su camarote, o tal vez asomada por la otra banda del barco.

Nicágoras también estaba mirando. Cuando Isócrates se dio la vuelta, la mirada del oficial de proa, llena de resentimiento, se cruzó con la suya. Isócrates suspiró: ¿acaso no se daba cuenta aquel jovencito estúpido de lo absurdo que era estar celoso por una muchacha que, ya de por sí, iba camino de otro país?

La tripulación de cubierta se puso a correr por el *Atalanta*, afirmaron la inmensa escota de la mayor y la vela se hinchó con la brisa del norte cuando la

trihemiolia viró la proa hacia el sudeste.

El *Talía*, con su sonrisa de oreja a oreja y un casco fuerte, podría haber ido directo hasta Egipto perfectamente, pero el *Atalanta,* como todas las galeras, trataba de hacer noche en tierra siempre que podía. Dormir bajo un toldo en una playa era muchísimo mejor que tratar de dormir acurrucado precariamente sobre un banco de remo. De mutuo acuerdo, los dos buques trazaron la misma ruta que había tomado la trihemiolia en su última travesía, pero a la inversa, atracando la primera noche en Megista para luego seguir hacia Faselis. La segunda escala suponía una desviación, aunque pequeña, cuyo propósito era recoger el cargamento del barco de

pantoque redondo recuperado a los piratas: Aristómaco había decidido vender a los cautivos en Alejandría.

—Eso nos da la excusa perfecta para acompañar al *Talía* —le dijo a Isócrates—. Nadie se va a preguntar por qué un barco de guerra tiene que acompañar a un mercante si éste lleva un cargamento de piratas. Y deberíamos conseguir vender a esos malnacidos a buen precio en Alejandría, los reyes siempre necesitan mano de obra esclava.

Faselis, de todos modos, quedaba al norte del cabo Olimpo, y para el *Talía* sería imposible llegar desde Megista hasta allí en un solo día, va que tendría que hacer un cambio de bordada y quedaría de proa al viento. El *Atalanta*

siguió adelante para pagar a los faselitanos y hacer los preparativos oportunos.

Fue una travesía larga y no llegaron hasta que cayó la noche; Isócrates y Aristómaco fueron a ver al jefe de la guarnición, el de ojos de lince, a la mañana siguiente. Isócrates se imaginaba que éste los extorsionaría por el mantenimiento de los prisioneros antes de entregárselos. Lo que no podía imaginarse era que los prisioneros se hubiesen marchado.

—Ayer —dijo alegremente el comandante de la guarnición—, los vendí a doscientas dracmas por cabeza. —Y sonrió.

Aristómaco miró con mala cara a

Isócrates, como dudando de las decisiones tomadas por su subordinado. Isócrates, dolido, objetó:

—¡Habíamos quedado en que los ibas a retener hasta que viniésemos a buscarlos!

El comandante se limitó a encogerse de hombros.

—¡Sí... pero sabes que nadie te iba a dar más que eso por ellos! ¿Cuánta gente hay que quiera comprar piratas? Te he guardado el dinero, quitando los salarios de los guardias, por supuesto, y los costes de la comida de los prisioneros, como habíamos acordado. Salieron a doscientas dracmas por cabeza.

Seguro que los había vendido más

caros, pero eso era lo de menos.

—Habíamos pactado en que los retendrías para nosotros —dijo Isócrates muy enfadado.

—Bueno, sí, pero... —Y se volvió a encoger de hombros.

Isócrates sospechó que el comandante se había beneficiado del trato.

—¿Quién te los compró? —le inquirió.

—Un tratante de esclavos, de Cos. Lisandro, dijo que se llamaba.

Aquel nombre despertó de inmediato las sospechas de Isócrates: Lisandro significaba «el liberador de hombres». Un pensamiento repentino le hizo sospechar aún más: en Cos, como

en Rodas, hablaban el dialecto dorio, que era muy diferente de lo que se hablaba en las ciudades jonias de los alrededores, pero era muy parecido al cretense.

—Y ese Lisandro —dijo con mucha agudeza—, ¿no sería un hombre alto, de pelo negro y con una cicatriz así? —Se dibujó una línea irregular sobre el brazo derecho y el hombro.

El comandante se quedó muy sorprendido.

—Sí, ése era. ¿Lo conoces?

Isócrates, desesperado, lo fulminó con la mirada.

—¡Te di su descripción! ¡Cuando te hablé del jefe de los piratas que había logrado escapar, te di su descripción!

—Sí, pero me dijiste que se llamaba...

—¡Es evidente que no utilizó su nombre verdadero! ¡Cretino, criminal! ¡Acabas de devolverle la tripulación al jefe de los piratas!

El comandante no parecía muy impresionado.

—¡Me dijo que era de Cos! ¡Tenía un barco y hombres, y tú le hundiste el suyo, o por lo menos eso es lo que dices! ¡Cualquiera puede tener una cicatriz!

—¿Qué tipo de barco? ¿Cuántos hombres?

—Un akatos pequeño, precioso. —Una especie de barcos mercantes veloces, provistos de remos—. Con una

docena de hombres, supongo. Vino aquí con muy buenos modales. Dijo que había oído que tenía algunos piratas y que él tenía un comprador que los quería.

Aristómaco intervino.

—¿Quién es tu superior?

El comandante lo miró atónito. Por primera vez, parecía preocupado.

—¡Vamos, es una pregunta sencilla! Si no me quieres contestar, tus hombres lo harán.

—Yo trabajo para Éscines de Corinto —admitió el comandante con gran reparo—, el comandante de la guarnición en Pidna.

—¡Le voy a escribir, una carta contándole todos los detalles de tu puñetera estupidez! —lo amenazó

Aristómaco—. ¡Danos un talento de plata y deja de hacernos perder el tiempo!

En el camino de vuelta al barco, Aristómaco le preguntó:

—¿Estás seguro de que era Andrónico, el pirata?

—Sí —dijo firmemente Isócrates.

Era cierto que cualquiera podía tener una cicatriz pero, sabiendo que se trataba de un hombre con esa cicatriz, con acento dorio y llamado Lisandro que había aparecido en Faselis para ofrecer un precio tan bueno por aquellos piratas precisamente, el margen de error se reducía enormemente.

—¿De dónde habrá sacado el dinero? —se preguntó Aristómaco.

Isócrates se estaba haciendo la misma pregunta. Andrónico se había tirado al agua sin otra cosa que su cuchillo; ¿dónde habría obtenido un talento de plata para liberar a sus hombres sólo ocho días más tarde?

—Debe tener otro barco —dijo Isócrates apenado—. El akatos ese con el que apareció. Sus hombres me dijeron que él los liberaría. Debí habérmelo tomado en serio.

Avanzaron algunos pasos en silencio. Entonces, Aristómaco meneó la cabeza.

—Aun cuando tuviera otro barco, ¿crees sinceramente que tenía un talento de plata?

La respuesta a eso era que no. Si

hubiese tenido un talento de plata, Andrónico lo habría llevado a bordo de su propio barco, donde pudiera tenerlo controlado, igual que había llevado a bordo a Dionisia, la única otra cosa que había tenido de valor igualmente excepcional. Tampoco habría podido ir a Creta a buscar el dinero. Aunque era cierto que un akatos, con una tripulación adecuada, podría haber navegado con el tiempo que retuvo al *Atalanta* en puerto —era más estable que un barco de guerra—, pero, aun así, a ningún barco le habría dado tiempo a ir a Creta, haber hecho acopio de una suma enorme de dinero y volver con el viento en contra en tan sólo ocho días. Y era altamente improbable que el akatos hubiera

conseguido todo un talento de plata mediante el saqueo. Tal saqueo habría tenido que ocurrir frente a las costas rurales de Licia, y la gente del campo raramente tenía esa cantidad de dinero.

—Las monedas son todas del mismo cuño —prosiguió el trierarca en voz baja—. ¿Te habías dado cuenta?

La plata les había sido entregada en cuatro saquitos de piel, cada uno con quince libras. Aristómaco había hecho que el comandante de la guarnición las desenfundase para examinar las monedas y asegurase de que no les estaba tomando el pelo. Isócrates se había fijado en que las monedas eran significativamente uniformes: estateros de plata y tetradracmas, acuñados con el

estandarte rodiota que se utilizaban por todo el Egeo, pero llevaban impresa la cabeza del rey Antíoco el Dios. Sinceramente, no le había parecido algo anormal —él sólo había visto grandes sumas de dinero cuando había que pagar a las tripulaciones de los barcos al final de cada temporada— pero ahora que Aristómaco se lo había señalado, el hecho era evidente.

—Es un mercenario —concluyó, muy preocupado, Isócrates—. Puede que lo haya sido siempre o, muy probablemente, que haya vendido sus servicios y los de su tripulación a cambio del dinero del rescate.

Aristómaco asintió.

—Sólo puede haberlo conseguido

de esa manera. Y puede que no sepamos quién se lo dio, pero sí sabemos de qué reino procede. Ese hijo de perra podría haber ido a Éfeso y haber vuelto en sólo ocho días. Me pregunto cuánto sabe de la historia de tu novia.

—No es mi...

—Sí, sí, ¡ya lo sé! —Aristómaco suspiró—. Bueno, le escribiré una carta al superior de ese comandante de guarnición y va a ver lo que es bueno. Que lo echen de su puesto. Hemos perdido mucho tiempo, pero aún podemos evitar que el *Talía* lo pierda también. Voy a usar la plata para comprar un cargamento en Alejandría.

Isócrates se lo pensó durante un rato, y luego se decidió a hablar.

—Los hombres esperan recibir algo de dinero en Alejandría, señor. Se les debe. Ellos capturaron a esos piratas. Señor, es importante que les des algún anticipo. Pensarán mal de ti si no lo haces.

Aristómaco ladró una carcajada.

—Hombre, lo que voy a comprar es grano ¡y no incienso ni esclavas! Con medio talento tendré de sobra. La otra mitad puede ser para la tripulación y recibirán el resto del dinero al volver a Rodas. No hace falta que se lo gasten todo en flautistas egipcias. ¿Contento?

Se encontraron con el *Talía* en la bahía de Finike cerca del mediodía. La tripulación se estaba preparando para

cambiar de bordada y así rodear el cabo Olimpo para poner rumbo a Faselis, y se alegraron de poder ahorrarse el esfuerzo. Los dos barcos ajustaron las velas para navegar hacia el sur. El viento seguía siendo del norte y no hacía falta remar. Los hombres del *Atalanta* se sentaron por la cubierta o se pusieron cómodos en los bancos, charlando y jugando a los dados. Isócrates era consciente de la tensión que tenía con su oficial de proa y de la hosquedad de su segundo oficial, que tenía un interés particular en ponerle la mano encima al dinero, pero de eso no se podía quejar.

Cuando empezó a oscurecer, hicieron que la trihemiolia se acercase más al barco de pantoque redondo.

Siempre que una galera tenía que hacer noche en alta mar, por lo general, trataba de hacerlo en compañía de otro buque más estable y capaz, uno que pudiese cargar provisiones de comida y agua para más de un par de días. Isócrates, con esa idea en mente, había revisado las existencias del *Talía* antes de zarpar. El *Atalanta* llevaba en aquella ocasión el chinchorro a flote, remolcado por la popa, y Aristómaco ordenó que se lo preparasen. Cuando hubo embarcado en él con mucho cuidado, le hizo señas a Isócrates para que lo siguiera.

Remaron hasta el barco de pantoque redondo y treparon con destreza por la escala de gato del *Talía*. Efilates, el capitán del *Talía,* estaba

esperando en cubierta con gran curiosidad por saber lo que quería su jefe.

—Llévales pan, salchichón y vino a los hombres del *Atalanta* —le ordenó Aristómaco—, que Isócrates y yo vamos a hablar con la chica milesia.

Dionisia, que andaba por allí, lo oyó y puso cara de sorpresa, pero se limitó a decir:

—Si se trata de asuntos oficiales, trierarca, podemos hablar en mi camarote.

Se le había prometido un camarote que estuviera a la altura de una dama y el Consejo, sin lugar a dudas, se lo había procurado. La habitación era pequeña, pero tenía una decoración muy

bonita, con paneles de madera tallada y pintada, y el sofá estaba tapizado con peces bordados. Una lámpara de bronce colgaba del techo con pantallas de asta pulida que protegían la llama.

Aristómaco miró en derredor, dando su aprobación.

—Simónidas ha hecho un buen trabajo. No esperaba menos, claro, dado lo que le he pagado.

Dionisia se sentó en el sofá.

—Tu barco es verdaderamente muy elegante, señor. Incluso Diseria está impresionada, y eso que a ella no es fácil complacerla. De todos modos, ¿acierto al pensar que esta visita se debe a la ausencia del cargamento que teníamos que haber recogido en Faselis?

El trierarca sonrió.

—Eres una dama inteligente. Sí. Isócrates, cuéntale lo que ha pasado.

Isócrates desearía estar en cualquier otro lugar. Con aire avergonzado, le tuvo que contar que el hombre que había abusado de ella no sólo seguía vivo y en libertad, sino que, además, volvía a tener barco y tripulación. Dionisia lo escuchó todo, a punto de desmayarse, y cuando hubieron terminado el relato volvió la cabeza hacia los paneles de madera tallada.

—Lo que necesitamos saber —dijo Aristómaco— es hasta dónde le contaste al pirata.

Ella fue a empezar a hablar, pero tuvo que aclararse la garganta, para

luego volverlo a intentar.

—Le conté muy poco.

—Pero, ¿de qué llegó a enterarse?

—De que yo era una favorita del rey y... supongo que el modo en que conseguí el pasaje despertó sus sospechas.

—¿Mencionó otro barco en algún momento?

—No. —Ella se apretó las manos, y sin apartar la vista del panel prosiguió con amargura—. Lo que le interesaba no era precisamente la conversación.

—Lo lamento —dijo Isócrates sin poder remediarlo.

Al oír aquello, Dionisia lo miró y meneó la cabeza.

—Tú tenías que preocuparte de

alcanzar al *Artemisa*. No creo que tuviera otro barco.

—¿No? —preguntó, interesado, Aristómaco.

—Si lo hubiera tenido, yo me habría enterado de algo, ¿no? Si no por el propio Andrónico, al menos por alguno de sus hombres; alguien habría hablado de ir buscarlo, o se habría preguntado qué estaría haciendo y cuántos hombres iban a bordo, ¿no os parece?

El trierarca soltó un gruñido, y luego le echó una mirada especulativa a Isócrates.

—Tu segundo de a bordo interrogó a los hombres y tampoco oyó nada de un segundo barco, ¿verdad? Dime, señora,

¿tú crees, pues, que Andrónico consiguió el akatos en el mismo lugar donde consiguió el dinero?

Ella asintió.

—Era... era el tipo de hombre al que le gustan los riesgos. Supongo que es lo que llaman valor y desparpajo cuando sale bien, y locura temeraria cuando no. No consigo imaginármelo tomando la decisión de ir a Éfeso a ver si encontraba algo a lo que sacarle partido. ¡Por Apolo! Sí me lo imagino cortándole el cuello a algún pobre pescador para llevarse su barco con rumbo al norte, hasta Éfeso. Si preguntase allí por mí... si se hubiera enterado Laodice, ¡ella le habría dado el dinero y un barco para que me diera

caza antes de que yo hable con Tolomeo!

—¿Crees que eso es lo que ha pasado? —le preguntó Aristómaco, mirándola atentamente.

—No lo sé. Podría ser. Laodice conoce a Antíoco tanto como yo, si no más. Sabe que aún es capaz de cambiar de opinión. No querrá que llegue carta alguna de Tolomeo antes de que ella se haya podido afianzar en su posición.

El trierarca hizo una mueca, sonriendo.

—Tendría que haberme informado mejor cuando estuvimos en Faselis. Si él hubiese estado preguntando por ti, la gente se acordaría. Bueno, ¡ahora ya es demasiado tarde! ¡No te preocupes! Si esa perversa reina le pidió que te diera

caza, no lo va a conseguir. Ahora estás bajo protección rodiota y no puede tocarte ni un pelo.

Dionisia, con cara de cansada, le sonrió.

—Te lo agradezco, señor.

—Nosotros le daremos caza a él —ofreció, impulsivamente, Isócrates.

Aristómaco lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Ah, sí? ¿Eso haremos?

Isócrates se dio cuenta de que tenía la respuesta preparada.

—¿Quieres que siga libre, navegando a su antojo por la costa de Asia, señor, con un apoyo en Éfeso siempre que lo necesite?

Aristómaco resopló al darse

cuenta: la costa egea de Asia era un mercado muy rico y podían encontrarse barcos rodios en todos los puertos de escala.

—Visto así, no. Muy bien, en cuanto volvamos de Alejandría, saldremos a buscar a ese malnacido —asintió mirando a Dionisia.

Ella parecía preocupada.

—Espero, señores, que no acabéis maldiciendo el día que me crucé en vuestro camino. Resultará muy extraño que lleguéis a Alejandría escoltando un barco vacío, ¿no? ¿Cómo lo vais a explicar?

Aristómaco despreció esa idea con un gesto de la mano.

—No será la primera vez que envío

un barco vacío a Alejandría: muchos barcos que cargan grano llegan vacíos. En cuanto al *Atalanta*... bueno, ¡es evidente que soy un trierarca corrupto! Me estoy valiendo de un barco de guerra de la república para proteger mi propia plata, que es el dinero que voy a pagar por el trigo que voy a llevar hasta... ¡hasta Éfeso! Si, contra todo pronóstico, tu rey y la mitad de su corte llegan allí y se quedan hasta el final del invierno, querrán grano y hasta pagarán bien por él. Ya veréis, al final voy a salir ganando con este viaje.

El *Talía* y el *Atalanta* navegaron hacia el sur durante otros tres días de mar en calma y vientos ligeros.

Aristómaco estaba espantado por lo incómoda que era una trihemiolia en alta mar, y ya después de la primera noche planteó la cuestión de quedarse, mejor, a bordo del *Talía,* donde podría dormir en el camarote del capitán. A Isócrates no le gustaba la idea porque, aunque era razonable, iba a perjudicar la imagen del trierarca ante sus hombres.

Durante la tercera noche, el oficial de la segunda guardia divisó un punto de luz muy débil por el sur del horizonte y puso rumbo hacia él. La mañana mostró a Alejandría, una mancha roja y blanca contra el verde llano del Delta del Nilo. El humo flotaba sobre el faro enorme que los había guiado durante la noche, una veta blanca en el azul del cielo

claro, y los espejos, en lo alto de la torre, brillaban con las primeras luces como estrellas caídas sobre la tierra.

Isócrates ya había visitado Alejandría antes. Los piratas y los cazadores de piratas seguían a los barcos mercantes, y las líneas marítimas entre Alejandría y Rodas eran las que más tráfico tenían en el mundo entero. Aquella ruta estaba ya tan establecida que los alejandrinos, bromeando, habían puesto por nombre «Anterrodas» al islote que había en medio de su gran puerto, como si Rodas y éste estuvieran mirándose cara a cara, separados sólo por un pequeño estrecho. En Anterrodas, de todas formas, no paraban los barcos mercantes, allí sólo había un palacio de

verano y un par de amarres para uso exclusivo del rey. Por todo el sector oriental del gran puerto se extendían más palacios y jardines. A Isócrates siempre le había parecido escandaloso que casi un tercio de la ciudad perteneciese solamente a un hombre.

De todas formas, le gustaba Alejandría. Tenía mucho espacio, era soberbia, y sobre todo era una ciudad viva. Las calles eran anchas, estaban bien trazadas y, continuamente, llenas de gente de todos los lugares del mundo. Se podía comprar de todo en Alejandría: lino egipcio, vino de Quíos, marfil africano; los perfumes de Arabia y las perlas de la India. Se podía oír tocar a los mejores músicos y ver las

representaciones más espectaculares y a las cortesanas más hermosas. En Alejandría, además, había siempre algo nuevo: una estatua musical, una jirafa o, lo más fascinante de todo, una galera con dos cascos, de doscientos ochenta codos de eslora, impulsada por cuatro mil remeros. Esta última había sido ridiculizada hasta la saciedad en Rodas —aquella monstruosidad apenas si era capaz de desplazarse por el puerto— pero todos los que la habían visto se podían ganar unas copas a cambio del relato durante el resto de sus vidas.

Ambos barcos atracaron por separado, el *Talía* en el muelle de los mercantes y el *Atalanta* en la zona reservada a las galeras visitantes. Era un

complejo que comprendía no sólo los cobertizos y rampas de varado sino, además, barracones y un jardincito con una fuente de agua potable. Tolomeo consideraba a Rodas como amiga, valoraba los esfuerzos de la isla para acabar con la piratería y le daba la bienvenida a su flota militar. Los egipcios, en cualquier caso, no desatendían la seguridad. El complejo estaba protegido por soldados tolemaicos y los rodios fueron interrogados acerca de su cometido en la ciudad antes de poder desembarcar.

Aristómaco informó a la guardia de que era una misión diplomática para el rey y solicitó hablar con un mando superior. Al *Atalanta* se le permitió

quedarse y los hombres tuvieron permitido el acceso a toda la ciudad. Aristómaco les dio quince dracmas a cada uno —con una gratificación de diez dracmas a los oficiales de marina— y les prometió más cuando volvieran a Rodas. La tripulación no se sintió apabullada por la generosidad del trierarca, pero se fueron contentos hacia la ciudad, discutiendo entusiasmados en qué se lo iban a gastar.

Isócrates empezó su tarea habitual de repasar todas las piezas del barco. Aristómaco lo interrumpió.

—A ti te corresponde una parte de la plata también —dijo el trierarca—. La parte de los oficiales asciende a doscientos dracmas por cabeza. Te doy

cien ahora.

Cien dracmas era una suma de dinero muy respetable. Era más que el salario de tres meses de un remero. La idea de gastar semejante cantidad durante los pocos días que iban a pasar en Alejandría era obscena.

—Ahora me quedo con diez, señor —dijo, con el debido respeto, Isócrates—. Preferiría que el resto quedase guardado a buen recaudo hasta que volvamos a casa.

Aristómaco sonrió y le entregó un puñado de monedas.

—Toma. Cómprate ropa nueva. —Isócrates puso mala cara y él se rió—. ¡Por Zeus! No, ya sé que es el dinero que has ganado con el sudor de tu frente

y que puedes gastarlo como mejor te parezca. Pero vas a ver que aquí la ropa es más barata que en Rodas. Sobre todo el lino, pero hasta la lana es más barata si sabes dónde buscar.

Isócrates recordó los agujeros de las polillas de su capa de verano y cogió el dinero.

—En cuanto a las otras cien —prosiguió Aristómaco—, si quieres, yo las puedo invertir por ti. Te puedo dar una participación de la carga del *Talía,* ¿qué te parece? Espero sacar entre un diez y un cincuenta por ciento de beneficio en Éfeso. Si quieres, puedo invertir ahí tu parte del dinero del rescate también.

Isócrates no sabía qué contestar.

Una parte de él tenía cierto recelo; otra parte reconocía que aquélla era una oportunidad que no debía dejar escapar. Era sabido que Aristómaco era un hombre de negocios muy astuto, y muchos mercaderes envidiarían aquella oferta.

—Gracias, señor —dijo por fin.

Aristómaco volvió a sonreír.

—Te preguntas qué me traigo entre manos, ¿a que sí? Pues te lo voy a decir. Te has peleado con tu padre, y te ha dejado con una mano delante y la otra detrás. No te ofendas, hombre, ¡si lo sabe todo el mundo! Pues bien, casi siempre que tengo que fiarme de un hombre pobre, me aseguro de darle dinero para que no se vea tentado a

aceptarlo de otra persona. Pero no haré eso contigo. Tú te lo tomarías como un insulto. No entiendo, sin embargo, por qué ibas a tener que sufrir por el hecho de ser honesto. Así que, amigo mío, ¡tengo la intención de ayudarte a usar tu propio dinero para que llegues a ser rico!

Otra vez, Isócrates se había quedado sin saber qué decir.

—Gracias —logró decir, por fin.

Aristómaco le dio una palmada en el hombro, y se fue a martirizar a los guardias preguntándoles cuándo podría ver a alguien de autoridad.

La petición del trierarca de ser atendido por alguien de rango superior

fue finalmente satisfecha. Su otra petición más ambiciosa, la de conseguir audiencia con el rey, resultó tan urgente y misteriosa que le consiguieron audiencia para el día siguiente, por la tarde. Enseguida mandó a alguien al *Talía* para acordar con Dionisia que se reuniera con él y que pudieran llegar a tiempo. Isócrates se dio cuenta de que, de algún modo, había esperado acudir a la audiencia también y maldijo su propia estupidez. No era un mercader acaudalado, ni un enviado del Consejo de Rodas, ni amigo de reyes: ¿por qué diantres iba él a asistir a una audiencia real? Salió a beber aquella noche con Damofonte, el contramaestre, y Polidoro, el lancero, y terminó en un

burdel, totalmente borracho y deprimido.

Al día siguiente salió también por la ciudad a comprarse una capa de verano nueva, y acabó comprándose una de lino de buena calidad, amarilla ribeteada en negro. Volvió al barco con ella puesta y se quedó sentado en el jardín del complejo durante varias horas, esperando con mucha ansiedad a que volviera Aristómaco. No había nadie más allí, casi todos los hombres deambulaban por la ciudad, degustando las delicias que ofrecía, y los demás se estaban recuperando de eso mismo.

El trierarca no apareció hasta el atardecer. Cuando se dejó ver, Dionisia y su dama de compañía estaban con él.

La chica milesia iba elegantemente vestida con una capa con dibujos rosados y verdes, pero llevaba un pliegue cubriéndole la cabeza y, cuando Isócrates se apresuró hacia ella, vio que había estado llorando. Miró, alarmado, a Aristómaco.

—El rey ya lo sabía —dijo el trierarca—. ¡Zeus, qué bien me vendría un trago!

Isócrates había comprado vino peleón como parte de las provisiones básicas para los hombres, abrió el ánfora y sirvió un poco en un jarro. Aristómaco bebió varios tragos de aquel vino puro y después rellenó el jarro con agua de la fuente. Se lo ofreció a Dionisia; al rechazarlo ella con la

cabeza, le dio varios tragos más.

—Supongo que tampoco ha sido ninguna catástrofe —condescendió, secándose la boca—. No se ha enfadado con Rodas. Pero, en fin, parece que su hermana le había escrito quejándose de la dama milesia y no la han recibido como ella había esperado.

—¡He sido una idiota! —dijo Dionisia bruscamente, retorciéndose el borde de la capa con las manos.

La entereza que había luchado por mantener durante tanto tiempo, a través de tantos acontecimientos, se le había, por fin, roto en pedazos. Se mostraba joven, asustada y completamente abatida.

—Pensé que iba a sentirse

agradecido por enterarse enseguida de la noticia por alguien que estuvo allí. ¡Pensé que apreciaría el hecho de que no estuviese de acuerdo con Antíoco y hubiese discutido con él por eso! Tenía la esperanza de que... —paró de hablar, ahogándose, y se llevó la tela a la cara.

—¿Él ya estaba al tanto? —preguntó Isócrates.

—Aja, aunque yo creo que desde hace poco —Aristómaco tomó otro trago de vino—, un par de días, a lo sumo. Todavía está hecho una furia por los acontecimientos. Bueno, tiene espías, no cabe duda, y entre el encuentro con los piratas y el desvío a Rodas, la dama tardó más en llegar a Alejandría de lo que había imaginado.

—¡Debí habérmelo esperado! —dijo Dionisia, atragantándose.

Aristómaco gruñó.

—El caso es que allí estaba Tolomeo el Benefactor, hecho una fiera porque han insultado a su hermana y, ¿quién aparece?, ni más ni menos que la mujer de la que se quejaba su hermana en la carta. No es de extrañar, supongo, que se pusiera como se ha puesto... aunque no ha sido agradable presenciarlo. La ha llamado ramera y le ha dicho que puede que la hayan sacado a patadas de la cama de Siria, pero que no iba a lograr meterse en la de Egipto. Ella ha tratado de defenderse, pero la ha avergonzado hasta que ha roto a llorar. Todo eso ha sido antes de que yo haya

podido decir ni una sola palabra, fíjate, y eso después de tenernos dos horas esperando. Así que he dado un paso al frente y he contado mí historia: cómo mi barco salvó a la chica de manos de los piratas y nos contó lo que sabía, y que me preocupé muchísimo y la trajimos lo más rápidamente posible con la esperanza de que el rey pudiese arreglar las cosas con su cuñado. Le he dicho que nosotros no le hemos dicho nada a nadie, a la espera de que Antíoco entre en razón.

»Ante esas palabras, el rey se ha comedido un poco y ha dicho que valora la lealtad de Rodas —¡já!— por venir corriendo a informar, y que apreciaba mucho nuestra amistad. Ha dicho que me

va a dar una carta para que la lleve a Rodas, y que le va a escribir otra a Antíoco. Y eso ha sido todo. Sus hombres nos han enseñado la salida. —Aristómaco le dio otro sorbo al vino y lo saboreó detenidamente antes de tragárselo.

—¡He sido una estúpida! —sollozó Dionisia y se apretó la nariz, luchando por detener las lágrimas—. Lo único que se me ocurrió pensar fue que iba a estar a salvo en Egipto. Apoyé la causa de Berenice, ¡traté de ayudar! ¡Quise detener una guerra! ¡Debí comprender que a nadie le iba a importar!

Aristómaco hizo un ruido evasivo y le volvió a ofrecer el vino. Dionisia se lo pensó dos veces, luego cogió el jarro

y bebió un poco.

—Lo lamento —dijo Isócrates con tristeza.

—¡Es culpa mía, por estúpida! —respondió Dionisia, secándose los ojos —. ¡Ay, Apolo! Y yo esperando que me patrocinase, ¿cómo puedo ser tan imbécil? He tenido suerte de que no me encadenasen y me mandasen en un barco hasta Antíoco para que Berenice me castigase como creyera conveniente. Creo que eso es lo que habrían hecho si hubiese venido aquí por mi cuenta. ¡He sido una necia!

—Bueno, a nosotros tampoco se nos había ocurrido —señaló Aristómaco —. ¡Alégrate, muchacha! Alejandría no es la única ciudad del mundo.

Ella lo miró a través de las lágrimas.

—¡Ya, y lo siguiente que me vas a decir es que no habrá impedimentos para que me establezca en Rodas como cortesana!

El trierarca se encogió de hombros.

—Bueno, no lo habría. Pero si te opones a ello, de todas formas no hay razón para que no pruebes suerte en el mundo de la música. —Hizo un gesto con la mano para enfatizar lo que decía —. Claro, ya sé que Alejandría es el Jardín de las Musas y la Casa de Afrodita. Todo el mundo, desde los filósofos hasta los flautistas, viene aquí con la esperanza de hacerse rico. Eso no quiere decir que no te puedas hacer rica

en cualquier otro lugar. Yo lo hice, por ejemplo. —Volvió a hacerse con el vino, le dio unas vueltas dentro del jarro mientras meditaba, y después le dio otro trago.

—Es cierto —dijo Isócrates dando palos de ciego—. A todo el mundo le gusta la música. El Consejo gasta mucho dinero en los festivales del pueblo de Rodas, y eso sin contar todos los conciertos que se dan en las demás ciudades de Rodas. Y nuestra república comercia con todas las ciudades del mar Medio, de modo que, si te haces un nombre en Rodas, te lo habrás hecho en todas partes.

Ella se apretó las manos contra los ojos.

—Es más difícil para las mujeres que no quieren venderse, ¡y yo no quiero! ¿Cómo voy a empezar, sin patrocinio y sin una familia que me ayude? Mi padre ha muerto, he perdido mis posesiones, Antíoco, sin lugar a dudas, piensa que lo he traicionado. Lo único que tengo es un baúl lleno de ropa y unas cuantas joyas. Si las vendo, me quedo sin nada. No quiero, no quiero... —paró y volvió a intentarlo—. ¡No quiero ser una ramera! Sé que todo el mundo piensa que ya lo soy, ¡pero no lo soy! ¡Yo me dedico a la música!

Aristómaco eructó.

—¿Quieres que te dé un consejo? Vuelve a Rodas. No necesitas el patrocinio de un rey, ¡tienes a tres

presidentes del Consejo! Los dejaste muy impresionados a los tres, lo sabes, y Haguemonte conoce a toda la gente que se encarga de los festivales y cosas por el estilo. Claro, intentará que te acuestes con él, pero si la música se te da realmente bien, no insistirá. Él es, en realidad, un amante de las Musas. Vas a verle y le preguntas por el alquiler de nuestra sala de conciertos, y te prometo que si eres buena, tirará de algunos hilos, te lo reservará él mismo, te lo dejará a un precio más que razonable, y les dirá a todos sus amigos que vayan a escucharte. Luego, das un concierto grande y gratuito durante alguno de los festivales, cuando haya muchos visitantes en el pueblo... tal vez con un

par más de representaciones diferentes. Para tener un poco de variedad, puedes buscar músicos principiantes buenos que toquen gratis a cambio de no tener que pagar por la sala... y, bueno, así habrás empezado, ¿no te parece?

Dionisia lo miraba estupefacta.

Diseria se apresuró a hablar.

—¿Señor, le estás ofreciendo a mi señora un pasaje de vuelta a Rodas?

Aristómaco separó las manos.

—¿Por qué no? Nadie más ha reservado ese camarote.

—¡Ay! —susurró Dionisia, sonriendo a pesar de las lágrimas—. ¡Muchas gracias!

Seis

La oferta de pasaje a Rodas a bordo del *Talía* tenía para Dionisia un inconveniente: el hecho de que la nave haría escala en Éfeso, el último lugar adonde ella quería ir. Aristómaco, en cualquier caso, se quedó atónito ante la mera proposición de que el barco de pantoque redondo no se detuviera allí. Su beneficio se vería reducido si el grano de otro llegaba a aquella ciudad superpoblada antes que el suyo. Lo que Dionisia podía hacer, según le dijo, era permanecer en su camarote mientras el

barco estuviera en Éfeso —en cuyo caso, nadie en la ciudad tenía por qué enterarse de que estaba allí—, o bien pagarse un pasaje directo a Rodas a bordo de otro barco. Ella, sin dudarlo, decidió quedarse en el *Talía*.

Aristómaco fue convocado a otra audiencia con el rey Tolomeo a la mañana siguiente y volvió *A Atalanta* portando una carta del rey para los presidentes rodios.

—Ha sido muy, muy cortés esta vez —dijo con enorme satisfacción—. No ha dejado de asegurarme lo cordialmente que celebra su amistad con Rodas. Estaba avergonzado, creo yo, por la manera en que trató a la muchacha milesia delante de mí. Si la carta es tan

civilizada como lo ha sido él en persona, la mujer me habrá hecho un favor. ¡Los presidentes creerán que soy el mejor diplomático que ha habido desde Odiseo! Empieza a reunir a la tripulación, ¿de acuerdo? Zarparemos mañana, si el tiempo y los dioses lo permiten.

Efilates, el capitán del *Talía,* se había pasado los dos días previos indagando sobre el abastecimiento de grano; ahora, Aristómaco había aprobado sus transacciones y había pagado y organizado la labor de cargarlo a bordo. A la mañana siguiente, el *Talía* y el *Atalanta* zarparon con rumbo hacia el norte.

El viento seguía siendo del norte,

tal como sería durante casi todo el verano, de manera que la ruta directa hacia Rodas o hacia Éfeso le sería imposible a cualquier barco que dependiera del viento. El *Atalanta* acompañó al *Talía* hacia el nordeste, hasta Chipre. Después, dejó a su suerte al barco de pantoque redondo para volver a navegar hacia el noroeste y remó a lo largo de la costa de Panfilia, haciendo una escala nocturna para descansar y comprar provisiones. A Aristómaco no le satisfacía mucho más acampar en una playa que pasar la noche en un barco de guerra en alta mar.

—¡Zeus! —se quejó, estirándose para sacudirse la rigidez por la mañana—. ¡Y pensar que hice esto a los

dieciséis años y me pareció divertido!

Tomaron la decisión de hacer escala en Faselis para realizar indagaciones acerca del barco que había recogido a los piratas cautivos. Las autoridades del puerto lo habían registrado: el *Nea,* procedente de Cos, capitaneado por Lisandro. Uno de los trabajadores del muelle lo recordaba bien.

—Bonito barco, aquél. Más esbelto que la mayoría de los akatos, con la proa afilada como la de los barcos de guerra. Recién pintado... ¡de azul, para que se confundiera con el mar! Un mástil y diez remos, unas treinta toneladas con su carga, supongo. Me sorprendió mucho que el capitán embarcara a todos

aquellos esclavos. Yo diría que no era el barco ideal para transportar a tantos pendencieros. De hecho, tuvo que embarcarlos en un espacio tan reducido que la tripulación apenas si tenía sitio para mover los remos.

Uno de los empleados del capitán del puerto confirmó, también, que «Lisandro» había estado preguntando por una mujer que había sido rescatada de los piratas por los rodios.

—Dijo que era amigo del tío de la señora. ¿Así que vosotros sabéis de ella? ¡Supongo que fue tu gente la que la rescató! Yo no sabía nada, pero un amigo mío me dijo que la muchacha iba a bordo del *Artemisa.*

Llegaron de regreso a Rodas

quince días después de haber zarpado, y siete después de haber dejado Alejandría. Ya estaban en el mes de mayo y la temporada propicia para navegar había empezado. El puerto estaba abarrotado de barcos mercantes y los depósitos de la Armada estaban prácticamente vacíos, sus trirremes y cuadrirremes habían salido a proteger el comercio rodiota.

El Atalanta pasó tres días en puerto. Casi toda la tripulación consideraba que eso era demasiado poco. Muchos de ellos se acercaron a Isócrates para señalar que habían estado remando de un lado al otro del mar Medio mientras el resto de la Armada se quedaba en puerto, esperando a que

llegara el verano, y que se merecían la oportunidad de poder gastar el dinero que habían ganado. Aristómaco les había dado el resto de lo que se les debía por el asunto de los piratas. El segundo oficial, Simmias, se quejaba, además, de que seguía esperando su parte del rescate del *Artemisa*.

—Estamos todos igual —le dijo brevemente Isócrates—. Todavía no nos lo han pagado, Simmias.

—El trierarca nos lo podría dar a cuenta —objetó Simmias—. Aristómaco tiene mucho dinero. —Contempló a Isócrates, durante un momento, con cara de desconfianza—. ¿Te ha dado a ti algo a cuenta?

—No —contestó Isócrates. Luego

se quedó pensando si aquello era cierto. Aristómaco le había dicho que iba a invertir la parte del dinero del rescate correspondiente al primer oficial en el cargamento del *Talía:* ¿era eso lo mismo que pagar a cuenta?

Simmias pareció darse cuenta de su inseguridad.

—¡Todos nos esforzamos mucho para remolcar aquel barco!

—Simmias, si la compañía se disuelve o acaba en bancarrota, nadie obtendrá el dinero. Ahora nos dirigimos hacia Éfeso, podremos preguntar por el dinero del rescate cuando estemos allí.

Simmias aceptó aquello, pero se mostró desconcertado.

—¿Por qué a Éfeso? Esa ciudad no

es ninguna cueva de piratas.

Isócrates le contó la verdad hasta donde pudo, sin mencionar al rey Antíoco.

—Sabes que pensamos que el comandante de la guarnición de Faselis le vendió nuestros prisioneros al propio jefe de los piratas, ¿verdad? Queremos hablar con el capitán del *Artemisa* para ver si nos puede dar alguna información que nos ayude a seguirles la pista.

Pasadas dos tardes, cuando llegaron a su destino, Aristómaco le vino a decir eso mismo al capitán del barco de guardia que los detuvo en la bocana del puerto y les preguntó a qué venían.

—¿Quieres hablar con Filotimo? —dijo el capitán del barco de guardia, poniendo mala cara—. Está muerto.

Isócrates recordó la palmada que le dio Filotimo en el hombro, que casi le desencajó los huesos, y aquella voz de pito llena de entusiasmo, y se quedó estupefacto.

—¿Muerto? —exclamó, interrumpiendo la conversación de forma indebida.

—Lo encontraron ahogado en el puerto hace diez días —respondió el capitán del barco de guardia—. No va a poder responder a tus preguntas.

Se hizo el silencio. Entonces, Aristómaco suspiró y dijo:

—¿Podemos entrar al puerto de

todas formas? Es muy tarde ya para encontrar otro sitio donde hacer noche.

El capitán del barco de guardia les dejó entrar de mala gana. Parecía, sin embargo, que, estando el rey en su residencia, los barcos de guerra rodiotas no eran tan bienvenidos como de costumbre. El *Atalanta* fue dirigido hacia una playa enfangada al norte del puerto, fuera de la muralla de la ciudad y bien apartada de los muelles.

Las autoridades portuarias sabían, en cualquier caso, que los barcos militares tenían que comprar provisiones, y cuando Aristómaco e Isócrates atravesaron el lodo aquella tarde acompañados por un par de remeros para que transportasen los

suministros, fueron admitidos a las puertas de la ciudad. El *Talía* estaba amarrado en el muelle principal.

Aristómaco se apresuró a subir a bordo.

—No me esperéis de regreso esta noche —declaró—. ¡Juro por Poseidón y por Zeus, el dios de los viajeros, que ya he tenido bastante de esta vida de perro! Voy a cenar en la mejor taberna de Éfeso y a dormir en el camarote del capitán de mi querido barco. Os veo mañana.

—Señor —dijo Isócrates apenado—, ¿de verdad crees que separarte del barco es lo más sabio?

Aristómaco se rió.

—¿Por qué? ¿Qué crees que va a

pasar?

Isócrates no habría sabido decirlo... lo que sabía era que no se sentía nada tranquilo. El rey Antíoco estaba en algún lugar de aquella ciudad inmensa y Aristómaco acababa de volver de una misión para el rey rival. La reina Laodice también estaba allí, y Aristómaco tenía a bordo del *Talía* a la mujer de la que la reina se quería deshacer. El *Atalanta* estaba varado del lado de fuera de la muralla, y el hombre con el que habían venido a hablar había sido encontrado flotando en el puerto. A Isócrates no le parecía el mejor momento para que el trierarca cortase la comunicación con el barco.

—¡No me va a pasar nada! —dijo

Aristómaco alegremente, dándole una palmada en el hombro al capitán—. Vosotros id a hacer las compras —ordenó mientras trepaba con entusiasmo por la escala del *Talía*.

Isócrates no pudo evitar preguntarse si lo que quería el trierarca no sería, en realidad, probar suerte en el camarote de pasajeros. Trató de desechar aquella posibilidad tan desagradable, pero le volvía una y otra vez a la mente. Aristómaco era viudo, no había nada que le impidiese perseguir a las mujeres libres. Había hecho mucho por ayudar a Dionisia y ella le estaba agradecida. A él le gastaba la mujer, y no sólo era muy rico, sino también inteligente y avispado. Si ella no tenía

todo eso en cuenta, es que era idiota.

La imagen de ambos dos riendo en aquel camarote, tan pequeño y bien decorado, le produjo una sensación de mareo y ardor de estómago, y sintió un ataque de odio hacia su trierarca. Trató de digerirlo. Aristómaco no había hecho nada para merecer que le odiara. Más aún, a Isócrates estaba empezando a caerle bien. Lo único de lo que verdaderamente se podía culpar a aquel hombre era de preocuparse demasiado por su dinero, y de negarse a sufrir incomodidades. No era culpa suya que Isócrates fuese pobre.

Llevó a los hombres a la plaza del mercado, compró vino y queso para el *Atalanta* y desanduvo el extenuante

camino hacia el barco mientras su imaginación le mostraba a Aristómaco con Dionisia, alegremente desnudos, emparejándose sobre aquel sofá tapizado de peces bordados.

Pasó la noche en vela en el asiento del comandante, bajo el codaste, y se quedó dormido cuando ya estaba amaneciendo. Lo despertaron unas voces justo antes de que uno de los remeros lo sacudiera de un hombro y le susurrara: «Señor, señor», con cierto tono de urgencia.

Isócrates se levantó de un salto y descendió por la escala de gato, con cara de sueño y el pelo revuelto, arropado en su vieja capa de navegar. El barco tenía visita: un oficial y una fila

de lanceros. El oficial era un hombre joven, pálido y regordete, con una capa larga finísimamente bordada de violeta y carmesí. Llevaba un báculo heráldico de marfil con serpientes doradas entrelazadas, y tenía las manos rechonchas cuajadas de anillos. Los dieciséis lanceros que lo acompañaban llevaban corazas y grebas de bronce, y cascos con crestas teñidas de morado; los escudos estaban pintados del mismo color y decorados con estrellas doradas, y las puntas de las lanzas se habían rematado con oro. La tripulación descalza y medio desnuda del *Atalanta* los contemplaba con una mezcla de admiración y desprecio, mientras los lanceros de a bordo se encontraban

divididos entre la vergüenza y la envidia.

—¿Eres tú el trierarca de este navío? —preguntó el heraldo con un acento jonio muy marcado.

—Soy el capitán, Isócrates de Camiro. Nuestro trierarca está en la ciudad.

El heraldo se decepcionó.

—¡Bueno, pues yo no voy a ir a perseguirlo por ahí! Les tendrá que valer con que vayas tú.

—¿Que yo haga qué?

El oficial se irguió.

—Soy Hipérides, hijo de Lisímaco, ¡pertenezco a la realeza! ¡La reina Laodice me ha mandado venir a vuestro barco rodiota para invitar al trierarca a

su casa! Tiene curiosidad por saber qué encargo os ha traído aquí.

Isócrates se lo quedó mirando, confuso y receloso.

—¡Ah! —exclamó como un estúpido para, pasado un momento, añadir—: Nos honra mucho la invitación de la reina, por supuesto, pero no tiene... quiero decir, no hace falta que se tome tanta molestia. Ya le comunicamos nuestro encargo al barco de guardia ayer, cuando llegamos. Esperábamos conseguir información acerca de unos piratas de un hombre llamado Filotimo, que tuvo cierto roce con algunos de ellos, pero nos han dicho que ha muerto. Estábamos planeando volver a zarpar esta misma mañana.

Hipérides soltó una risilla burlona.

—Pues vais a tener que posponer la partida, rodiotas. Mis instrucciones son claras: tengo que llevar a uno de vosotros ante la reina y, dado que tu trierarca no está aquí, vas a tener que acompañarme tú.

—¡Podría ir yo! —ofreció Nicágoras con entusiasmo.

Isócrates se lo quedó mirando perplejo, y entonces cayó en la cuenta de que el jovenzuelo no imaginaba siquiera que pudiera haber algo alarmante en aquella invitación. El solamente quería ver con sus propios ojos a una reina.

—Me temo que no —respondió el heraldo. Su tono y la expresión de su rostro añadieron: «¿Quién te has creído

que eres, renacuajo?», con la superioridad que le daba ser, a lo sumo, un año mayor que él—. Tú, capitán... si tienes algo mejor que esa capa para vestir, póntelo.

—Por supuesto —dijo Isócrates, empezando a sentirse enfermo.

No sabía para qué quería la reina Laodice hablar con Aristómaco, pero existía la aterradora posibilidad de que supiera lo de la reunión con el rey Tolomeo. Ahora se alegró de que el trierarca no estuviese a bordo. ¿Acaso era el título de «reina» un indicio de que su rango era ya público y oficial? El no se había enterado de que hubiera sido anunciado. Si llevaba la diadema puesta desde el día siguiente a su

reconciliación con el rey, seguramente en Éfeso se contemplaría su título como un hecho establecido, tanto si era oficial como si no. Probablemente, ya era demasiado tarde para que Antíoco pudiese volver a cambiar de opinión sin que le resultase muy embarazoso.

El instinto le gritaba que se llevase el barco de allí a toda prisa, ahora que todavía estaba a tiempo. Era altamente probable que fuese a estallar la guerra, y tal vez Siria ya consideraba que Rodas era un aliado de Egipto. Sin embargo, salir huyendo antes de que los amenazasen habría sido... ridículo, cuando menos; y en el peor de los casos, podía ser causa de un incidente diplomático. El título de Laodice

todavía se podía revocar. Aquella invitación, tranquilamente, podía haber estado motivada por un deseo de información de la que pudiera valerse para aferrarse a su posición. Además, Aristómaco estaba en la ciudad, probablemente a bordo del *Taita*. Si las autoridades lo registraran, encontrarían a Dionisia, y eso les acarrearía más problemas aún. No, tendría que ir él a reunirse con la reina.

Tenía la capa nueva cuidadosamente doblada y guardada en su bolsa. Volvió al barco para ponérsela y sintió un alivio inmenso al ver que Nicágoras lo había seguido, con gesto huraño.

—Tráeme a Simmias y a Polidoro

—le dijo al joven y se entretuvo colocándose la capa hasta que llegaron sus subordinados.

—Puede que esto nos traiga problemas —les dijo, secamente, a los tres en un susurro—. Preparad el barco para zarpar y mandad a buscar a Aristómaco enseguida. Decidle que no me espere si no he vuelto al mediodía. Y si no lo encontráis, o si el mensajero que mandéis no regresa, zarpad. Le seréis de más ayuda si volvéis en unos días con una queja formal de Rodas que si os quedáis aquí.

Nicágoras y Simmias se quedaron sencillamente apabullados, pero Polidoro reaccionó enseguida.

—¿Todo esto es por algo que le

dijo al rey en Alejandría? —preguntó en un susurro muy áspero.

Isócrates agradeció que por lo menos uno de sus subordinados fuera inteligente.

—Puede ser. Espero que no, pero es mejor que estemos preparados.

Se ató las sandalias, se echó el extremo de la capa nueva por encima del hombro y descendió por la escala de gato. Se esforzó por alejarse del barco mostrando seguridad, como si no tuviera duda de que iba a volver.

Los que lo escoltaban partieron hacia la ciudad, pero se desviaron antes de llegar a la entrada norte de la muralla, tomando un camino que llevaba hacia la izquierda. Isócrates se

sorprendió.

—¿Pero no íbamos a casa de la reina?

—Sí —respondió Hipérides, el heraldo, meneando la cabeza ante semejante ignorancia, y se lo aclaró—. La reina no vive en la ciudad. No había sitio allí para una casa de la categoría de una gran reina. Tiene su mansión a unos diez estadios de aquí, sobre aquella colina.

Siguieron andando en silencio, salvo por el traqueteo de las armaduras de los soldados al compás de las pisadas. El camino subía por la ladera de la colina, con Éfeso a sus espaldas. El valle del Caístro apareció ante sus ojos envuelto en una bruma azul. El sol

brillaba sobre el paisaje de ricos campos, verdes por la primavera y salpicados de flores silvestres. Había vacas disfrutando de los altos pastos. Isócrates se preguntó si no se habría dejado llevar por el pánico. Si la reina solamente tenía curiosidad y no se traía nada entre manos, sus instrucciones desesperadas iban a parecer muy estúpidas.

Llegaron a lo alto de la colina y a sus pies se desplegó lo que sólo podía ser la mansión de Laodice. Era una construcción espléndida, con pórticos de mármol, cipreses y albercas, y con un grupo de establos y otros edificios a lo lejos. La escolta de Isócrates marchó en pos de las columnas que había en la

parte delantera del edificio. Allí salieron a recibirlos más soldados y el guardián de la puerta. Tras una breve discusión, los soldados de la escolta se marcharon en formación por un lado de la casa. Isócrates pensó si protegían permanentemente a la reina o si, de hecho, servían al rey. Entonces, se preguntó si el rey estaría alojado en casa de su esposa. Era posible... aunque también era posible que Antíoco se alojase en la ciudadela efesia.

El guardián de la puerta, desconfiado, miró a Isócrates de arriba abajo.

—¿Está armado? —le preguntó al que le traía.

—Por lo que he podido ver,

¡ninguno de ellos va debidamente armado! —respondió Hipérides con desprecio.

—¿Lo has comprobado? —preguntó el guardián.

—¡No estoy armado! —dijo bruscamente Isócrates, sacudiéndose la capa y separando los brazos para que el guardián pudiera verlo por sí mismo—. Señor, no soy tan imbécil como para venir armado a reunirme con la realeza.

El guardián de la puerta dio un respingo, y con cierto recelo dejó pasar a Isócrates y a su guía al interior de la casa.

Atravesaron la entrada, cuyo suelo era de mármol pulido, hacia un patio donde tintineaba una fuente, y luego

pasaron por una columnata hacia un nuevo atrio. Este tenía un pilón rectangular de agua oscura, rodeado de plantas de romero y de lavanda en urnas de piedra. Había un parral, ahora en plena floración, con un banco de mármol debajo. Una mujer con una capa morada los esperaba en el banco, rodeando con los brazos la rodilla que tenía doblada. Llevaba la diadema real —una cinta estrecha de púrpura de Tiro— entretejida en el intrincado recogido de su pelo castaño rojizo. Otro par de mujeres la flanqueaba, una bailando en círculos y la otra tocando la lira.

La reina levantó la vista, y luego chasqueó los dedos. La que tocaba paró en mitad de un acorde. El guía de

Isócrates avanzó unos cuantos pasos más para ir a postrarse con la mirada fija en el pavimento empedrado.

—¡Salud, oh, reina! —exclamó, y se volvió a erguir—. Fui adonde los rodios, como me pediste, pero el trierarca no estaba. Éste es el capitán.

No dijo el nombre de Isócrates, probablemente porque no se había molestado en recordarlo.

Laodice miró a Isócrates. La reina era más joven de lo que él se había imaginado, y más guapa, con la cara pálida y ovalada y los ojos verdes. Se preguntó si estaría esperando que él también se postrara, y deseó que no fuese así. Le parecía degradante... y de todas formas no habría sabido cómo

hacerlo.

—Capitán —repitió la reina, levantando las cejas—, ¿dónde está tu trierarca?

—Se fue esta mañana a la ciudad, señora. Yo estaré encantado de atenderte en su nombre.

—¿De verdad? —Laodice se estiró y posó en el suelo el pie que tenía levantado. Isócrates advirtió con incredulidad que las sandalias de la reina estaban labradas en oro y repujadas de amatistas—. ¿Y qué ha venido tu barco a hacer en Éfeso, capitán? Y, por cierto, soy reina y no una simple señora.

—Perdóname, oh, reina —dijo Isócrates con mucho cuidado—, no

conozco el protocolo, nunca antes había tratado con una reina. Si te ofendo es por ignorancia, y no a propósito. Vinimos aquí esperando obtener información sobre unos piratas de un hombre que fue capturado por ellos hace cosa de un mes. Sin embargo, nos han dicho que ha muerto. Teníamos intención de volver a zarpar.

—¡Piratas! ¡Es fascinante! ¿Y por qué queréis información acerca de unos piratas?

—Sen... quiero decir, reina, la tarea principal de nuestra trihemiolia es cazar piratas. Estos en concreto son unos con los que nos encontramos el mes pasado. Hundimos su barco e hicimos prisioneros a los supervivientes. Pero

tuvimos que dejárselos a la guarnición de Faselis, y cuando volvimos a buscarlos, nos encontramos con que el comandante de la guarnición se los había vendido a alguien cuya descripción corresponde con la del jefe de los asaltantes. Teníamos la esperanza de atraparlos antes de que vuelvan a causar más daños.

Laodice soltó una pequeña sonrisa de satisfacción y volvió a chasquear los dedos. La intérprete de lira se acercó a toda prisa, escuchó una orden que le susurró la reina y salió corriendo.

—Tal vez yo pueda ayudarte. ¡Pero cuéntame más de esa batalla naval desesperada en la que hundiste un barco pirata!

Isócrates estaba desconcertado.

—No fue una batalla naval, reina. ¡Ellos sólo tenían una pentecontera!

—¿Y eso no es un contrincante de categoría? Bueno, entonces ¡no parece muy valiente por tu parte el haberlos hundido!

—Hundir piratas no es valiente, es... es como matar lobos cuando acechan a los rebaños, o ratas cuando se comen el grano. ¡Es algo que hay que hacer para no perder nuestro medio de vida!

Laodice sonrió a alguien que acaba de entrar en el patio, a la izquierda de Isócrates.

—¿Has oído eso, Andrónico? Piensa que eres un gusano.

Isócrates se dio bruscamente la vuelta y se encontró con el jefe de los piratas, que lo estaba mirando. Reconoció a aquel hombre de inmediato, a pesar de que solamente lo había visto una vez, y a pesar de que su barba negra y densa estaba ahora bien recortada, y aunque su cuerpo musculoso estaba cubierto por una túnica de color escarlata que disimulaba parcialmente la cicatriz inconfundible.

Andrónico también reconoció visiblemente a Isócrates; puso cara de ira y de asombro.

—¿Qué hace aquí este rodio de mierda? —inquirió.

Laodice se rió con disimulo y levantó un dedo en señal de

amonestación. Andrónico torció el gesto, agachó la cabeza, y luego se puso de rodillas... ¡se postró!

—¡Perdóname, oh, reina! —exclamó—. Me ha pillado por sorpresa. ¡Este es el hombre que me hundió el barco!

—¡Cielos, no! —exclamó la reina como una chiquilla—. ¿El sólito? En tal caso, el barco no te lo hundió un trierarca siquiera, porque este caballero es solamente el capitán. Su barco se ha tomado la molestia de venir hasta Éfeso a preguntar por ti, ¿no te resulta conmovedor?

Isócrates se había estado mordiendo la lengua para contener una exclamación iracunda, pero en este

punto se volvió hacia la reina y dijo en tono duro:

—¡Este hombre es un pirata, oh, reina! ¡Ha llevado a cabo saqueos por toda Licia, ha asesinado y ha robado, llevándose a personas nacidas libres para venderlas como esclavos! ¡No deberías tenerlo a tu servicio!

—¡Ah, cállate! —lo interrumpió Laodice—. Era un pirata. Ahora, es un mercenario a mi servicio. Rodio, si no fuera por tu ignorancia respecto a los modales de la corte, te habría mandado azotar por atreverte a decirme a mí lo que debo o no debo hacer. Había una muchacha que rescataste del barco pirata, una arpía milesia, llamada Dionisia. ¿Qué ha pasado con ella?

¡Con que era de eso de lo que se trataba! La reina no sabía nada del viaje a Alejandría, aún seguía tratando de dar caza a Dionisia. Isócrates se quedó paralizado durante un instante, tratando de pensar. El pirata ya se había vuelto a poner de pie, y lo estaba observando con la misma intensidad con la que un perro observa a una persona que come. Isócrates comprendió en ese preciso instante lo que le había pasado a Filotimo: a Andrónico le habían dicho que Dionisia estaba a bordo del *Artemisa,* y por eso el capitán del *Artemisa* había sido llamado a interrogatorio... pero, como sus respuestas no resultaron satisfactorias, su cuerpo acabó flotando en el puerto.

—Se embarcó rumbo a Alejandría —dijo, por fin, Isócrates.

—Ah —Laodice se echó hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas—, ¡bueno, ya vamos progresando! Y tú la ayudaste, ¿verdad? ¡Tú la llevaste a Rodas! Te haré saber, rodiota, que esa mujer es una ladrona. ¡Me robó unas joyas y salió huyendo!

Isócrates, incrédulo, se la quedó mirando.

—De eso no sé nada.

—Te digo que era una sucia ladrona, rodio... ¡y tú la ayudaste!

—¿Y esperas que te compadezca, cuando tú tienes a tu servicio a un pirata?

Aquello creó un gran revuelo. La

mujer que, con suma simpleza, llevaba todo aquel rato dando vueltas, paró de girar y se quedó mirando, Hipérides soltó una exclamación indignada. Andrónico sonrió. Laodice entornó los ojos.

—Rodiota, si eres inteligente, ¡me tendrás más respeto! La ignorancia no es excusa para todo. Te digo que has ayudado a una mujer que robó en casa de Seleuco el Conquistador.

—¡Y yo te digo que no sé nada de eso! ¡No puedes esperar que profundice en la historia de cada una de las mujeres que acaban en manos de los piratas! ¡Por Zeus, si había por lo menos veinte solamente en el *Artemisa!* Recuerdo a la muchacha de la que me hablas. Dijo que

tenía cierta relación con el rey Antíoco y que tenía cartas de él que lo demostraban, dijo que estaba tratando de llegar a Alejandría, donde vive su hermano. Era poco probable que fuese a encontrar otro barco en Faselis en los días siguientes, de modo que le ofrecí pasaje hasta Rodas. Cuando llegamos allí, la ayudamos a reservar un camarote en el siguiente barco que zarpó con rumbo a Alejandría. —Miró a la reina a los ojos—. Si el rey está enfadado porque ayudamos a alguien que se proclamaba de su círculo de amistades... bueno, ¿quiere que le prometamos que, en el futuro, no lo volveremos a hacer?

Hubo un momento de silencio. Entonces, la reina preguntó:

—¿Y no os pareció sospechosa esa muchacha?

—No era asunto mío preguntar acerca de la vida amorosa de un rey, ni por qué la había mandado tan lejos.

Laodice lo miró con desdén, pero Isócrates se dio cuenta de que estaba satisfecha.

—¿De modo que está en Alejandría?

Isócrates asintió.

—Los vientos han sido favorables. Debe de haber llegado a la ciudad el mes pasado.

La reina puso mala cara.

—¡La muy zorra y traicionera! Bueno, por lo menos ésa aquí ya no vuelve.

Hubo otro momento de silencio. Isócrates era consciente de que Andrónico estaba de pie, con los pulgares colgados del cinturón, esperando a que aquellas migajas cayeran de la mesa de la reina. Tomó nota de que el pirata también iba desarmado. Era evidente que la reina, por más que lo tuviera a su servicio, no confiaba en él lo bastante como para permitirle estar armado en su presencia. Pasase lo que pasase a continuación, era allí donde tenía que ocurrir.

Andrónico, por supuesto, tenía armas a su alcance... armas y hombres que acudirían en su ayuda. Las únicas esperanzas que tenía Isócrates estaban a bordo del *Atalanta*. Luchó contra un

incipiente deseo de rogarle por su vida a la reina. El miedo que le apretaba la garganta puede que fuese innecesario, y en caso de que estuviera justificado, ponerse a rogar no le iba a valer más que para saber que había avergonzado a Rodas.

—¿Eso era todo, oh, reina? —preguntó, por fin.

Laodice torció el gesto y volvió a poner las sandalias repujadas de amatistas encima del banco.

—Me desagradas, rodio.

—Lamento que sea así. Rodas siempre ha tratado de ser amiga de la casa de Seleuco.

Ella frunció los labios.

—¡Eso en sí es una arrogancia!

¡Una isla tan pequeña creyéndose que en modo alguno puede considerarse amiga de un reino que gobierna todo oriente, desde Persia hasta las Puertas de Arabia! ¡Mi marido es un dios, rodiota!

—También lo fue Demetrio el Asediador de Ciudades en su día. Vendimos sus armas de asedio por trescientos talentos, como debes saber.

Hipérides volvió a exclamar de indignación y dio un paso adelante, levantando el báculo de marfil como si fuera un garrote. Miró a Laodice para pedirle permiso, pero ella, sin prestarle atención, se quedó contemplando a Isócrates un rato más con aquellos ojos entornados. Después, puso una sonrisita maliciosa.

—No hace falta que mis hombres te escolten de vuelta a tu barco, ¿verdad? —preguntó con una voz muy dulce—. Estoy segura de que sabrás volver tú solo.

Isócrates no volvió la cabeza para ver la reacción del pirata, la adivinaba perfectamente. Le hizo una reverencia a la reina y se encaminó hacia la salida que tenía detrás.

—¡No te he dado permiso para que te marches! —exclamó la reina.

El se detuvo y se volvió hacia ella, con el corazón acelerado de rabia y desesperación. Por el rabillo del ojo, vio que Andrónico se postraba apresuradamente y se marchaba.

Laodice se puso más cómoda en el

banco y sonrió con aire de suficiencia.

—Dime, ¿qué te pareció a ti esa zorra, Dionisia?

—Admiré su valor y su dignidad —contestó, sinceramente, Isócrates—, y me dio lástima. La habían separado de su familia por el capricho de un rey (tratándola como si fuera una esclava y no una mujer libre), y por otro capricho real la habían despedido. Me alegré de que en Rodas no tengamos reyes.

La sonrisa de suficiencia se transformó en una mirada iracunda.

El apretó un poco más.

—Cuanto más sé de la monarquía, más aprecio nuestra democracia.

Laodice dejó escapar una exclamación sin palabras, se quitó una

de las sandalias y se la tiró a la cabeza. Él consiguió levantar una mano a tiempo de pararla. La reina recorrió la columnata con la mirada, como si estuviera pensando en llamar a los guardias. Luego, aparentemente, se lo pensó mejor.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó, hecha una furia.

Él le hizo una reverencia rápida y se marchó. A ver si lograba hacerlo lo bastante rápido para...

Hipérides, el guía de Isócrates, lo alcanzó antes de que llegase al siguiente patio. El joven petimetre corrió, se puso rojo y resopló, agarró a Isócrates por un brazo y clavó los talones, haciendo que ambos se detuvieran.

—¡Tú! —gritó muy enfadado—. ¡No se te permite deambular solo por la casa de la reina!

Isócrates se soltó de los dedos que lo sujetaban por el brazo.

—Pues, entonces, muéstrame la salida. Tu señora me acaba de ordenar que me vaya.

El joven gruñó.

—Es por ahí —dijo, señalando hacia la derecha, por delante de la columnata.

—Por ahí no es por donde hemos venido.

—Es por donde vas a salir. —Hipérides volvió a coger a aquel extraño invitado del brazo. Isócrates se sacudió para soltarse y se quedaron los

dos durante un instante mirándose cara a cara. El joven regordete era varios centímetros más bajo que él, y resultaba evidente que no era un luchador. A Isócrates le dieron ganas de dejarlo inconsciente de un golpe y marcharse.

Imposible. Hipérides era, a todas luces, alguien importante, y además había estado haciendo de heraldo de la reina. Una persona así debía de ser sacrosanta. Isócrates hizo una mueca y siguió hacia la derecha.

Hipérides, corriendo, se puso delante de él.

Trazaron una ruta en zigzag por la casa... muy lentamente. Deambularon por patios y salones espléndidos, forrados de alfombras de valor

incalculable. Entraron y salieron de las salas de trabajo donde las mujeres del servicio, sobresaltadas, tejían en los telares. Pasaron por la cocina y rodearon el jardín. A Isócrates no le preocupaba el miedo, pero los pasitos cortos que daba aquel hombre le hacían hervir los nervios y la sangre le palpitaba en las orejas.

Llegaron a la entrada de mármol por fin. Hipérides le hizo pararse otra vez.

—El guardián de la puerta querrá registrar tu salida —dijo con altivez—. Tu nombre, la ciudad y esas cosas. Espera aquí un momento, voy a buscar el libro de registro.

Isócrates asintió. En cuanto el

joven desapareció, sin embargo, se fue directo hacia la enorme puerta de roble, corrió el pestillo, la abrió y echó a correr.

El heraldo y el guardián de la puerta le gritaron, ambos indignados. Los soldados que estaban de guardia fuera gritaron también, y uno empuñó la lanza, pero estaban tan sorprendidos que no sabían qué hacer. Su trabajo consistía en no dejar que la gente entrase. Isócrates pasó volando por delante de ellos, camino de Éfeso. La capa nueva era tan larga que le hacía ir más despacio, así que se la quitó y, con gran dolor, la tiró al suelo. Más le valía perder la capa que la vida. Se oían más gritos desde atrás: ¡Para! ¡Espera! Eso

sí, tampoco oyó a nadie gritar «¡Matadlo!», de manera que siguió corriendo sin mirar atrás.

Estaba subiendo a la colina, con el corazón en un puño, cuando una piedra saltó disparada en el camino, justo delante de él. Miró al suelo cuando pasó corriendo por delante, pero no vio nada. Habría sido, pues, un proyectil lanzado con una honda, y no una flecha. Todavía no sentía miedo, incluso a pesar de un segundo disparo que casi le dio en los pies. No podía prestar atención a otra cosa que no fuera correr. Respiraba con dificultad y las piernas ya le dolían. Hacía ya años que no corría una distancia larga, pero tenía buena resistencia de tanto remar. No pensaba

parar.

En cuanto llegó a la cima de la colina, algo le golpeó la espalda con un impacto brutal que lo dejó entumecido. Se tambaleó, pero logró no caer y seguir corriendo. ¡Salvado por otro minuto o dos más! No podrían dispararle por encima de la colina, y al bajar por la ladera del otro lado iría mucho más rápido que ellos, que estaban subiendo. Tal vez fuese capaz de ponerse fuera de su alcance. Si llegaba a la ciudad, ¿lo dejarían en paz? Deseó con todas sus fuerzas que no lo mataran en presencia de testigos. Bajó desesperadamente y a toda velocidad, con grave riesgo a cada paso de torcerse un tobillo o caer de bruces. El dolor de lo que fuera que le

había golpeado fue cobrando cuerpo. Volvía a sentir el golpe cada vez que daba un paso, y sintió que le faltaba el aire. El sudor se le estaba metiendo en los ojos y apenas si veía el camino que tenía delante. Tropezó contra una roca, y la sacudida incandescente que sintió en la espalda al caer le arrancó un grito. Se forzó a volver a levantarse y se vio a sí mismo remando con todas sus fuerzas para alejar su barco del poderoso enemigo: máxima velocidad, y uno y dos, y uno y dos...

Los gritos lo rodeaban por todas partes, y entonces sintió un impacto en la cara. Tanteó buscando su remo, pero tenía las manos entumecidas. ¡El barco había sido ensartado con un espolón!

Estaba paralizado por un miedo inmenso que era más fuerte que él. ¡El magnífico *Atalanta!* ¡Abierto en canal, roto, chapoteando en el mar amargo, todas aquellas vidas apretujadas que llevaba a bordo, tragadas por las olas! La voz de su padre le gritaba:

—¡Es inútil! ¡Lo has echado todo a perder por salir corriendo detrás de un trozo de madera, imbécil!

Apartó la cabeza... y vio a Agido.

Ella tenía el rostro sereno y contento, estaba otra vez tan hermosa como siempre. A Isócrates se le llenaron los ojos de lágrimas. Ella le sonrió con ternura y le acarició la frente con su mano gentil.

—Shhh, Isocrátida —le murmuró

—. Todo va a salir bien.

El trató de decir su nombre pero los labios no se le movían. Ella meneó la cabeza y, aún sonriendo, volvió a marcharse.

—Dadle un poco de agua —sugirió alguien.

Le pusieron un tazón contra los labios, intentó beber, pero le costaba tragar. Estaba mareado y veía borroso, de modo que cerró los ojos. Sintió una sacudida de dolor en la espalda, volvió a abrir los ojos y gritó.

—¡Con cuidado! —dijo otra voz. Se oyeron otras después de aquélla, pero él ya no las escuchó.

SIETE

Isócrates se despertó con mucha sed, con el estómago revuelto y con un dolor espantoso en la espalda. Se dio la vuelta, tratando de encontrar una postura más cómoda, y alguien se acercó a él, le ayudó a recostarse sobre el lado derecho y le ofreció un tazón. Él bebió, dándose cuenta sólo al final de que no estaba seguro de qué era lo que había bebido ni de quién se lo había dado.

—¡Se ha despertado! —gritó el hombre que le había dado la bebida.

Era Polidoro, el capitán de los

lanceros. Sonrió para darle ánimos y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Isócrates gruñó. Aristómaco apareció ante sus ojos, con cara de preocupación.

—¿Le has dado la mixtura? —le preguntó a Polidoro.

—Se la ha bebido toda —respondió el lancero—. ¿Quieres ahora un poco de agua, señor? Voy a buscarla.

Polidoro desapareció.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Aristómaco.

Isócrates no sabía bien qué contestar. El entarimado que tenía debajo le resultaba familiar, igual que el olor: agua de mar, pinos, sudor y grasa.

—¿No nos hemos hundido? —preguntó, con un susurro ronco.

El trierarca se rió y le dio una palmada en el hombro con mucho cuidado.

—Tú has estado a punto. ¿Nos vas a contar qué pasó?

Polidoro volvió a aparecer con el tazón de agua.

—¡Bebe! Has perdido mucha sangre.

Isócrates lo miró confundido.

—¿Sangre?

—Fuiste corriendo hasta la entrada que queda al norte de Éfeso y te desplomaste en un charco de sangre —le informó Aristómaco—. Los guardias de la ciudad te iban a llevar a la ciudadela,

pero nos dimos cuenta de lo que estaba pasando y te apartamos de ellos.

Aquello no tenía sentido.

—¡Me tiraron una piedra con una honda! —protestó sin apenas fuerzas.

—¿Una piedra? ¡Tenías una flecha del demonio clavada en la espalda! Puedes echarle un vistazo si quieres, la hemos guardado. ¿Quién te disparó?

Siempre había pensado que una flecha le habría producido una sensación afilada. Aquel golpe en la espalda podría haber sido un garrotazo. Se preguntó, confundido, qué efecto le había producido el flechazo. Torció el cuello, tratando de verse la espalda, pero le dolió mucho, de modo que volvió a apoyar la cabeza y a tumbarse

sobre el torso.

—Me gustaría hacerte un par de preguntas, si puedes contestar —lo presionó Aristómaco—. ¿Quién te disparó?

—Andrónico. O, tal vez, alguno de sus hombres. No llegué a verlo.

—Ah —dijo Aristómaco, poniéndose en cuclillas con cara de circunstancias—. ¿Estaba en casa de la reina, o te lo encontraste por el camino?

—Estaba en la casa. Ahora es un mercenario al servicio de Laodice. —Había otra cosa, algo importante... ¡Ah, sí!—. ¡El *Talía!* ¡El *Talía* tiene que escapar! Señor, lo que la reina quería era encontrar a Dionisia.

—El *Talía* ha salido de Éfeso esta

mañana —lo tranquilizó Aristómaco—. Terminó sus negocios el mismo día que llegamos. Descansa, estamos todos a salvo. —Le dio otra palmadita a Isócrates en el hombro—. ¿La reina ordenó que te mataran?

Isócrates cerró los ojos, tratando de encontrarle el sentido a las cosas. Recordó haber corrido colina abajo y, luego, haber remado desesperadamente para salir de allí. A continuación llegó el impacto de un espolón contra el casco... pero no, no había podido ser, su barco estaba ahí, debajo de él, todavía entero y avanzando con el impulso de los remos. Estaba tumbado en el tranquilo y agradable lugar que había detrás de la silla de mando, y toda su

gente estaba a salvo. Ya podía ofrecerles a los dioses el sacrificio de un cordero para agradecerles su misericordia infinita.

Aristómaco seguía esperando enterarse de si la reina había ordenado su muerte.

—No —logró decir por fin, esforzándose por volver a abrir los ojos—. Ella ya sabía que Andrónico quería matarme y quería que lo hiciera. Simplemente, buscó la manera de que pudiese hacerlo. Pero ella no... no dio ninguna orden al respecto. Cuando salí corriendo, los soldados no intentaron detenerme. No creo... no creo que fuesen los soldados de ella.

—Casi seguro que no —convino

Aristómaco con suavidad—. Casi seguro que eran los soldados de su marido, de modo que, si el rey les preguntase si ella les había mandado matar a un oficial de la Armada rodiota, le habrían respondido la verdad. En cambio, si es un mercenario quien mata a un hombre por una rencilla personal, no se la puede culpar a ella, ¿verdad? En ese sentido, son muy útiles los mercenarios. —El trierarca se sentó y frunció los labios—. No estoy seguro de que hiciéramos bien en marcharnos de Éfeso. Si ella quería verte muerto, era, seguramente, para que no pudieras contar tu interrogatorio. Lo que deberíamos haber hecho era ir directamente a Antíoco y decirle: «Mira

lo que se trae entre manos la arpía de tu mujer».

—Cuando los vi venir, pensé que era porque sabían lo de Alejandría —le dijo Isócrates.

—Lo mismo pensé yo cuando Nicágoras me contó lo que había pasado. Pero, ¿no lo sabían?

—No. Le dije a la reina que Dionisia había viajado a esa ciudad. Nadie dijo nada de que nosotros hubiésemos ido también. Yo fingí que el rey la había mandado para allá porque se había cansado de ella. Y la reina me creyó.

Aristómaco gruñó.

—¿Sabes qué? Creo que lo mejor que podríamos hacer sería contárselo al

rey. Pero hoy ya es demasiado tarde para volver a Éfeso. Vamos a hacer noche en Cos. Te dejaré allí con algunos amigos, para asegurarme de que cuidan bien de ti.

Isócrates ya se estaba volviendo a quedar dormido, pero al oír aquello los ojos se le abrieron como platos. ¿Quedarse en Cos mientras su barco, que se había salvado de milagro, se marchaba sin él? ¿Qué pasaría si se despertaba y se encontraba con que todo aquello no había sido más que un bonito sueño y la realidad era la muerte en agua salada?

—¡No!

—Tú descansa —le ordenó Aristómaco—. Ya lo hablaremos más

tarde.

No hablaron. A Isócrates le dejaron en casa de aquellos amigos de Aristómaco esa misma tarde, bajo los efectos de una fuerte droga. Cuando se despertó, por la mañana, el *Atalanta* ya había vuelto a zarpar.

Fue como si se le hubiera muerto algún familiar. El pensamiento anterior de que habían ensartado su barco con un espolón volvió a invadir su cabeza. No podía librarse de la convicción de que, ahora, se iba a hacer realidad. El único consuelo que le quedaba era que Agido le había dicho que todo iba a salir bien... pero tampoco le daba muchas esperanzas. Después de todo, ella no le

había dicho nada acerca del barco.

Los amigos de Aristómaco eran muy ricos e Isócrates estaba bien atendido. Alguno de los esclavos de la casa pasaba, regularmente a lo largo del día, por la habitación del enfermo para ver si se le ofrecía alguna cosa. La isla de Cos era famosa por sus médicos, y uno, de apariencia muy respetable, pasaba dos veces al día para limpiarle la herida y hacer la mixtura curativa. Al segundo día, le dijo en tono molesto a Isócrates que la herida en sí no estaba tan mal.

—La flecha se te clavó en sentido descendente, con cierta inclinación —le explicó, colocando los dedos junto al núcleo del dolor punzante, bajo el

omoplato, en el lado izquierdo de la espalda del paciente—. Rozó el lado exterior de esta costilla y se alojó en el lado interior de esta otra, en lugar de clavársete de lleno en el pulmón. No te ha dañado los órganos vitales. Si te hubieras quedado quietecito después del impacto, ya te habrías recuperado. Pero seguiste moviéndote y eso hizo que la herida se rasgase, por eso sangraste tan abundantemente. Ha sido la pérdida de sangre lo que casi te mata, y es lo que te está mermando la energía ahora.

Isócrates pensó decirle al médico que, si se hubiera quedado quietecito, ya estaría muerto, pero le pareció que no iba a servir de nada ponerse a discutir.

—Ahora necesitas recuperar las

fuerzas —le dijo el médico—. Te has alimentado mal y has perdido mucho peso. Si no sigues una dieta adecuada, no te vas a recuperar. Cuando te traigan el caldo, te lo tienes que beber todo, nada de darle un sorbito y decirles a tus cuidadores que ya te lo terminarás más tarde.

Cuando se marchó el médico, Isócrates se quedó tumbado, dándole vueltas a la promesa de Agido. Sólo entonces se dio cuenta de que su recuerdo de haber remado para escapar no tenía ningún sentido. No habría podido, de ningún modo, remar tras haber caído con una flecha clavada en la espalda. Había tenido que ser algún tipo

de sueño. ¿Cómo, si no, podría haber sido tan estúpido como para creérselo?

¿Y Agido también habría sido un sueño? Se acordaba de su cara serena y alegre y esperó que, por lo menos, aquella visión hubiese sido verdadera: *Shhh, Isocrátida. Todo va a salir bien.* Rezó a los dioses para que fuese cierto.

Transcurrida la mitad del tercer día en aquella casa, se oyó un alboroto fuera, en el pasillo, y entonces entró Aristómaco, con la cara roja y sudando. Isócrates exclamó sin palabras, aliviado, y trató de incorporarse. El trierarca se puso a su lado para ayudarlo.

—¡Bueno! —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya tienes

mucha mejor cara, se mire como se mire. Me cuentan, de todas formas, que no te has estado portando demasiado bien.

—¡No teníais que haberme dejado aquí!

Aristómaco se rió.

—Hablas igual que mi hijo pequeño: «¿Por qué me dejáis aquí? ¡Yo quiero ir tambiéééén!» No seas idiota. Estabas demasiado enfermo para viajar.

—Teníais que haberme llevado con vosotros de todas formas —dijo Isócrates con vehemencia—. Lo único que le habréis podido decir al rey habrá sido lo que yo os conté que sucedió. Seguro que habría preferido preguntármelo a mí.

—No lo vimos. —El trierarca hizo una mueca al ver la cara de sorpresa de Isócrates—. No lo vimos y, ayer, nos marchamos tan deprisa como pudimos. —Aristómaco bajó el tono de voz y prosiguió—: Cuando llegamos al puerto de Éfeso, les dije a los del barco de guardia que venía para hablar con el rey acerca de lo que le había pasado a mi capitán en casa de la reina Laodice. Un amigo del rey apareció aquella misma tarde para hacerme unas preguntas al respecto, y yo le dije casi todo lo que había pensado contarle al monarca. Se marchó muy preocupado.

»Ayer por la mañana, el amigo del rey volvió y nos dijo que Antíoco nos recibiría después de comer. A esa hora,

sin embargo, volvió a aparecer para decirnos que el rey estaba enfermo. «Deberíais iros a casa», me dijo, y hubo algo en la manera en que lo dijo que me hizo pensar que no era sólo que estuviera tratando de deshacerse de nosotros. Así que yo le pregunté que quién se hacía cargo de todo cuando el rey estaba enfermo y me miró como si le aliviara que le preguntase. Me contestó que el hijo mayor del rey, Seleuco, hijo de la reina Laodice. Luego me dijo: «Antíoco se ha reunido con la reina esta mañana, justo antes de caer enfermo». Aquello me lo tomé como la declaración de sospechas más abierta que un cortesano sería capaz de hacer. Así que le di las gracias y ordené que

zarpásemos enseguida, a pesar de que ya era muy tarde. ¡Zeus! Ni siquiera habíamos logrado recargar las existencias de agua y, anoche, terminamos en una playita de mierda en medio de la nada, sin nada para beber. —Aristómaco suspiró y se estiró—. Y tenemos otra noche mala por delante, si queremos que estas noticias lleguen rápido a Rodas.

Isócrates estaba aturdido y espantado.

—¿El rey ha sido envenenado? ¿Por nuestra culpa?

—Uy, no creo que haya sido culpa nuestra. Es más probable que le llegara, durante estos últimos días, la carta de Tolomeo. Ésa ha debido ser la razón.

Debía de estar, ahí sentado, preguntándose si de verdad quería meterse en otra guerra. Pero el hecho de que nosotros apareciéramos en el momento en que aparecimos, puede haber inclinado la balanza. Su esposa estaba a punto de poner en peligro su reinado por tratar de deshacerse de su concubina preferida, y lo que es más, ha contratado a piratas que han ido por ahí intentando asesinar a los aliados del rey. Me da la sensación de que, si él no se daba cuenta de que ella no valía tanto la pena, era porque no estaba bien de la cabeza. —Aristómaco se frotó la nuca —. Lo que yo creo es que fue lo bastante estúpido como para ir y decirle a su esposa: «Querida, lo siento mucho, pero

voy a tener que volver a repudiarte». Me gustaría preguntarle a Dionisia qué opina ella, que conoce a esa gente. Bueno, he hecho un alto en Cos para cargar agua y comida y para ver cómo estabas, pero tengo pensado seguir hasta Rodas para explicarle al Consejo lo que está pasando. Tenía la esperanza de que estuvieras lo bastante bien como para que vinieses con nosotros, pero...

—Estoy lo bastante bien para embarcar.

—Eso no es lo que dicen mis amigos.

—Estoy bien. Antes no lograba descansar. Estaba preocupado por vosotros.

Aristómaco se rió.

—¿Qué, tenías miedo de que nos mataran si no estabas tú allí para protegernos?

Isócrates se sintió avergonzado, y furioso: no creía merecer semejante ridículo.

Aristómaco le puso una mano encima del hombro y lo miró con una mezcla de exasperación y afecto.

—Amigo mío, tú y yo sabemos bien lo que les pasa a las heridas feas que quedan. Jamás dejaría que eso te pasase a ti. Los soldados de la reina habían preguntado por el trierarca. Si yo hubiese estado en mi barco, como era mi obligación, me habrían llevado a mí a reunirme con ella, y no creo que hubiese sido capaz de correr más que ellos. Te

debo la vida. No podría pagar esa deuda si te dejase morir.

—No era... —empezó a decir Isócrates, pero Aristómaco lo interrumpió.

—¡Muy bien! Has estado bien atendido durante unos días y hay solo un día largo de navegación hasta Rodas. Veré cómo puedo conseguir una camilla para llevarte a bordo.

Bajar hasta el puerto de Cos en una camilla fue bastante sencillo. Subir a bordo por la escala de gato resultó mucho más complicado, pero toda la tripulación lo vitoreó cuando lo consiguió. Se tumbó en el hueco de popa y se quedó escuchando el sonido del barco que se estaba poniendo en marcha.

Hizo un esfuerzo por no echarse a llorar.

No fue una noche tan dura como Aristómaco se había temido. Al caer la noche, el viento siguió siendo suave y del norte. La trihemiolia pudo navegar frente a la costa, lenta y cuidadosamente, mientras los remeros dormitaban. Isócrates, de todas formas, estaba bastante incómodo. Aristómaco insistió en cederle el lugar privilegiado de detrás de la silla de mando, pero a Isócrates le resultó imposible dormir de todas formas. La cubierta era muy dura y no lograba encontrar una postura en la que no le doliera la espalda. Había, además, una procesión constante de hombres que se subían a la regala para aliviarse a popa, por la borda. Cada vez

que estaba a punto de quedarse dormido, el timonel alteraba el rumbo ligeramente para apartarse de algún cabo o algún islote, o para compensar una racha de viento y, entonces, la tripulación de cubierta se apresuraba a ajustar las velas haciendo mucho ruido al pisar la cubierta y al gritar las instrucciones. Cuando volvió a ser de día, se sentía fatal y tenía mucha fiebre.

Pasó, de todas formas, sólo un par de horas desde que amaneció hasta que llegaron a Rodas. Aristómaco salió disparado a hablar con los presidentes del Consejo, pero no sin antes organizar el traslado de Isócrates a su propia casa.

—Te vas a quedar conmigo hasta que te recuperes —dijo, como dándolo

por sentado.

Isócrates se sintió muy aliviado. No se encontraba lo suficientemente bien para cuidar de sí mismo, y la idea de tener que depender de Atta le daba miedo. Al mismo tiempo, se sentía incómodo por tener que depender de Aristómaco. Para un hombre pobre, aceptar la caridad de uno rico era la forma perfecta de perder la independencia. El trierarca le caía bien, pero no deseaba convertirse en su siervo. Aun así, ¿qué alternativa le quedaba?

Entre cuatro de los remeros lo llevaron hasta casa de Aristómaco, en el lado oriental de la plaza del mercado, y lo instalaron en una habitación de

invitados. Era una habitación grande y bien ventilada que daba a un patio ajardinado, con plantas de jazmín y de hibiscos rosados, típicos de Rodas. El lecho era blando, cubierto con una tela de lino limpia que olía a lavanda. Los esclavos de Aristómaco le trajeron caldo, le pusieron una cataplasma para que le aliviara la herida y, luego, lo dejaron descansar.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando Aristómaco entró.

—¡Perdón! —exclamó el trierarca —. Los presidentes quieren hablar contigo, y han venido a verte. ¿Crees que puedes andar hasta el comedor, o busco a alguien que te lleve?

Isócrates, medio dormido, se sentó

demasiado rápido y estuvo a punto de desmayarse. Aristómaco chasqueó la lengua en señal de desaprobación y le ayudó a ponerse la túnica. Consiguió andar hasta el comedor, agarrándose al brazo del trierarca para apoyarse.

El comedor estaba lleno. Habían dispuesto tres sofás contra las paredes y una silla junto a la puerta y todos estaban ocupados. Isócrates había esperado ver a los tres hombres de la otra vez y se quedó impresionado al ver que el asunto, ahora, atañía a los cinco presidentes, además de otros tres antiguos presidentes muy distinguidos a los que, seguramente, habrían invitado por su experiencia en asuntos de estado. Uno de estos últimos era el almirante

Agatóstrato, que había estado al mando de la flota rodiota durante la última guerra y había ganado la Batalla de Éfeso. Isócrates se colgó del brazo de Aristómaco, tragando saliva.

Jenofante se levantó de un salto del sofá que estaba en el centro.

—¡Aquí, échate aquí! —le ordenó—. Ya sabemos que estás herido.

Isócrates estaba abochornado, pero tomó el asiento que había quedado libre. La cabeza le daba vueltas y temía que, si se quedaba de pie, se pudiese desmayar.

Les contó a los presidentes todo lo que pudo recordar de su encuentro con Laodice. Ellos lo escucharon atentamente y le hicieron preguntas: si estaba seguro de que la reina no sabía

nada de la misión de Alejandría, si cabía la posibilidad de que ella ignorase la trayectoria como pirata de Andrónico, si estaba seguro de que sabía que Andrónico tenía intención de matarlo. Él respondió sinceramente: sí; no; sí.

—¿Por qué estaba tan decidida a encontrar a la muchacha milesia? —preguntó Jenofante con mala cara—. ¡No podía tener la esperanza todavía de impedir que la noticia de su vuelta al trono llegase a Egipto! Ya ha pasado un mes y la temporada propicia para la navegación ha empezado, ¡debe saber que ya habrá ido alguien a contárselo a Tolomeo!

—No lo sé —dijo Isócrates exhausto—. No es algo que yo estuviera

en condición de preguntarle.

—Tendremos que preguntarle a la muchacha milesia —dijo Aristómaco—. Debería llegar aquí en breve.

Isócrates lo miró sorprendido y, luego, se dio cuenta de que sí, por supuesto, Dionisia debía de haber llegado ya a Rodas y que, evidentemente, los presidentes habrían ordenado ir a buscarla.

Haguemonte empezó a tamborilear con los dedos en el brazo del sofá. A Isócrates le llevó un momento reconocer el siniestro ritmo machacante del coro de una obra trágica.

—«Igual que una leona —musitó— escondida en la montaña, atacando con saña, se proclama campeona». ¡Esa

Laodice parece ser la reina de peor fama desde Clitemnestra!

El almirante Agatóstrato le puso mala cara.

—No sabemos si ha envenenado al rey Antíoco. Podría, simplemente, haber enfermado por la ansiedad provocada con todo este asunto y las noches en vela. Por otro lado, podría haber sido algún amigo de la reina que esperase beneficiarse de que ella volviera a asumir la corona quien lo haya envenenado... o puede que no esté enfermo en absoluto, y que, simplemente, le mandase aquel mensaje a Aristómaco para evitar una reunión tan bochornosa con un aliado. Lo que tenemos que hacer...

En ese momento llamaron la atención de todos ellos desde la puerta. Uno de los esclavos de Aristómaco entró y le susurró algo a su amo.

—¡Hazla pasar! —le ordenó en voz alta—. Consejeros, la muchacha milesia ha llegado.

Dionisia entró un momento después, seguida por su sempiterna dama de compañía, y miró en derredor de la sala con aprensión. Después, dejó caer la vista sobre Isócrates y gritó preocupada:

—¡Por Apolo! ¿Qué ha pasado?

—Traemos malas noticias de Éfeso —le contó Aristómaco—. Isócrates se reunió con tu amiga Laodice. Se supone que no debía vivir para contarlo, pero

aquí está. Y parece que eso ha desatado la ira de ella. Por lo menos, eso creemos, pero no conocemos tan bien como tú a los seleúcidas. Esperamos que nos puedas ayudar.

Dionisia tragó saliva varias veces y miró a Isócrates tan consternada que él se sintió abochornado.

—No es más que una herida —le dijo—, y estoy cansado y se me va la cabeza, pero eso es todo.

Ella se ruborizó y apartó la mirada.

—Estoy deseando ayudaros en todo lo que pueda, señores.

—¡Estupendo! —dijo Jenofante y pasó a hacerle un resumen de lo que había ocurrido en Éfeso.

Para cuando hubo terminado el

relato, Dionisia estaba más bien pálida. Se tapó la boca con las manos y sacudió la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos. Aristómaco, poniendo mala cara, miró a su alrededor. Luego, salió y volvió con un taburete de tres patas. Ella se desplomó sobre el asiento y se puso un pliegue de la capa sobre la cabeza.

—Perdonadme —dijo secamente —. ¡Ay, Apolo!

—Te tiene que haber impactado mucho —reconoció Jenofante.

Ella asintió sin decir palabra y sin descubrirse la cabeza.

—Yo no... nunca pensé que... ¡ay, qué estúpida! ¡Ay, ay, ay, pobre Antíoco! ¡Nunca debí abandonar la corte! ¡Lo único que he hecho ha sido empeorar las

cosas!

—¡No seas tonta! —le dijo Aristómaco, bruscamente—. A mí me parece que es la reina Laodice la que está empeorando las cosas. ¿Debo entender que estás de acuerdo en que es posible que envenenase a su marido?

Dionisia se tragó un sollozo y volvió a asentir.

—Sí. Si pensara que la iba a volver a repudiar, lo habría hecho. Antíoco siempre confió en ella demasiado. No paraba de decirle que lo amaba y él... ¡se lo creía! Nunca llegó a entender que la gente lo adulaba. Pensaba que, como todo el mundo le decía lo maravilloso que era, debía de ser verdad.

—¿Sabes por qué tendría ella tanto interés en encontrarte? —preguntó Jenofante.

Dionisia sacudió la cabeza.

—Al principio, pensé que querría asegurarse de que no hablara con Tolomeo hasta que el divorcio fuese un hecho. Pero ahora pienso que tal vez sólo quiere castigarme.

—Ha arriesgado mucho con esto —señaló Agatóstrato—. Cuando su marido se enteró, se sintió ofendido. ¿Le valía tanto la pena castigarte?

—No lo sé. Yo no me lo habría podido imaginar. Cuando se acostaba conmigo, no era su marido.

Isócrates, de repente, entendió lo que había pasado.

—¡El rey preguntó por ti! —exclamó.

Todo el mundo se lo quedó mirando y él se esforzó por incorporarse para dar una explicación.

—Cuando le dije a Laodice que estabas en Alejandría, ella dijo: «Bueno, por lo menos, ésa aquí ya no vuelve». En aquél momento no le di importancia, pero la aliviaba que no te interpusieras en su camino. El rey preguntó por ti y a ella le daba miedo que tú pudieses ejercer alguna influencia sobre él.

—Eso tiene sentido —dijo Aristómaco—. Para el rey, sería más fácil repudiar a su esposa para volver con la anterior si a la vez se consuela

con su concubina preferida. Y además, la reina ya sabía que Dionisia había tratado de persuadirlo para que no se divorciase de Berenice.

Todos los demás asintieron. Jenofante puso cara de disgusto.

—Yo esperaba que la explicación pudiera ser de alguna utilidad. En fin...

Empezó a hacerle a Dionisia preguntas acerca de la corte, acerca de varios amigos de Antíoco y de lo que, probablemente, irían a hacer ahora. A Isócrates le resultó imposible prestar atención. Le había empezado a doler la cabeza y se sentía mareado. Alguien lo agarró del brazo y tiró. El levantó la mirada y vio que era Aristómaco.

—Disculpadme —les dijo a sus

ilustres invitados—. El capitán tiene que volver a la cama. —Acompañó a Isócrates de vuelta por el pasillo y lo dejó de nuevo en la habitación de invitados.

Isócrates durmió. Despertó cuando llegó un médico para verlo, después descansó profundamente durante toda la noche y se despertó encontrándose muchísimo mejor. Los esclavos de Aristómaco le trajeron un poco de caldo y bebió con ganas. Luego, se quedó tumbado en la cama, contemplando el jardín. Era ya por la tarde, había perdido otro día más. Trató de averiguar cuánto tiempo había pasado desde que lo habían herido. Seis días, según sus

cálculos. Se preguntó cuánto tiempo más pasaría antes de que se encontrase totalmente recuperado.

Un muchacho apareció por la puerta, vio que Isócrates estaba despierto y no supo qué hacer.

—¿Querías algo? —le preguntó Isócrates.

El muchacho entró. Tendría nueve o diez años, con el pelo negro y rizado y los ojos de color avellana. Llevaba una túnica lisa y no demasiado limpia, pero su actitud no era la de un esclavo.

—Tú eres Isócrates —lo acusó—. Tú eres al que le han disparado. Mi padre dice que te vas a quedar con nosotros hasta que estés mejor.

—Así es, y os lo agradezco mucho.

¿Así que tú eres el hijo de Aristómaco? ¿Cómo te llamas?

—Anaxipo. —Tenía el nombre de su abuelo, como casi todos los primogénitos varones de cada familia. Miró a Isócrates con malicia—. Mi padre dice que bajaste una colina tan alta como la Acrópolis corriendo con una flecha clavada en la espalda.

—No sé si aquella colina era tan alta.

Anaxipo frunció el ceño.

—¿Cómo pudiste hacerlo? Yo, una vez, me tuve que perder la carrera de la escuela porque me hice un corte en la rodilla.

Isócrates estaba fascinado.

—Tenía unos piratas detrás que me

estaban disparando. No quería que me matasen. Por eso lo pude hacer.

El muchacho se quedó mirándolo.

—¿Cuántos piratas?

—No los conté. A decir verdad, ni siquiera los vi. Estaba demasiado ocupado en correr.

—Entonces, ¿cómo sabes que eran piratas?

—Me crucé con uno de ellos justo antes de empezar a correr.

—¿Y por qué no luchaste?

Por un instante, Isócrates se sintió ofendido. Entonces, se dio cuenta de que él, a la edad del chiquillo, tampoco lo habría entendido. Que le disparen a uno en la espalda mientras huye es el sino del cobarde... pero todo el mundo

trataba la herida como algo de mucho honor.

—La primera vez que vi a aquel pirata —dijo—, salió huyendo todo lo rápido que su barco podía remar. Eso no lo convierte en un cobarde. Su barco no estaba a la altura del nuestro y, si hubiéramos luchado, él y todos sus hombres habrían muerto. Pasó lo mismo cuando me lo volví a encontrar, sólo que se habían invertido las tornas. Yo estaba solo y desarmado, él tenía amigos y armas. A veces, lo único que se puede hacer es correr, y la mayor aspiración que queda es escapar.

Anaxipo se lo pensó.

—¡Qué cobardía, un grupo de gente atacando a un solo hombre desarmado!

Isócrates meneó la cabeza con impaciencia.

—¡No es más cobarde que atacar a un barco de cincuenta remos con una trihemiolia! No fue una lucha. El no quería ganarme, quería matarme. Si me hubiera perseguido él solo, no habría sido una cuestión de valentía, habría sido una estupidez porque, para mí, habría sido más fácil escapar. Y logré escapar. Aquello fue una derrota para él, y una victoria para mí.

Aquellas palabras le hicieron sentirse mejor. Tomó consciencia de que algún rincón oculto de su mente estaba de acuerdo con el punto de vista del muchacho. Había huido dejando a su enemigo a salvo, bajo la protección de

la reina. Sin embargo, estaba seguro de que Andrónico no veía aquel encuentro como una victoria.

Anaxipo puso toda su atención en aquello.

—Como cuando Demetrio el Asediador de Ciudades atacó nuestra ciudad —se decidió a decir—. Nosotros no le ganamos. Pero, al fracasar el asedio, él perdió.

—¡Eso es! —concordó Isócrates, complacido por la comparación.

—Es como nuestra república —dijo Aristómaco.

Isócrates no se había dado cuenta de que estaba ahí, y levantó la mirada sobresaltado para encontrar al trierarca sonriéndoles desde la puerta.

—No podemos vencer a un rey —prosiguió el trierarca—, pero si él no nos vence a nosotros, nosotros ganamos. Anaxipo, querido, ¿has hecho tus ejercicios de música?

El chiquillo honró a su padre con un suspiro exagerado, puso cara de víctima y salió enfurruñado de la habitación.

—Espero que no te haya molestado —dijo Aristómaco.

—No. Señor...

—¡Estupendo! ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Señor, ¿qué han decidido hacer los presidentes?

El trierarca hizo una mueca.

—Pues no gran cosa. No sabemos

exactamente qué es lo que está pasando en Éfeso y, hasta que lo sepamos, debemos ser precavidos, ésa ha sido la conclusión.

—Ah.

—Sin embargo, estamos pensando enviar una embajada. Agatóstrato se ha ofrecido a encabezarla. Los sirios tienen motivos para tratarlo con respeto. De no haber sido por él, Éfeso seguiría perteneciendo a Tolomeo. Adoptará una postura si Antíoco sigue vivo, y otra diferente si ha muerto... pero no va a acusar a la reina. A lo sumo, se quejará de uno de sus mercenarios.

Isócrates puso cara de pena y el trierarca asintió suspirando.

—A nadie le ha hecho mucha

gracia, pero todos sabemos que si Antíoco ha muerto, lo más probable es que el próximo rey sea Seleuco, su primogénito por parte de Laodice. Por lo visto, el muchacho tiene diecinueve años y lleva los dos últimos en la corte, sin haber ofendido a nadie demasiado importante. Sí se convierte en rey gracias a su querida madre, no le hará mucha gracia que Rodas la acuse de asesinato, ¿no crees? Eso le haría más daño a Rodas que a la propia Laodice.

—Pero, si ella ha envenenado a su padre...

—Entonces, él se habrá beneficiado del asesinato, ¿no? No lo podrá admitir. La auténtica cuestión es que la alternativa a Seleuco es el

primogénito de la reina Berenice, que tiene tres años. Todos han estado de acuerdo: los hombres de Antíoco no van a aceptar la regencia de Berenice por miedo a que le preste más atención a su hermano Tolomeo que a ellos. Según dice tu amiga, no están entusiasmados con la arpía de Laodice, pero tienen menos entusiasmo aun en que los gobiernen desde Alejandría. Seleuco desciende de su homónimo «el Conquistador» por ambos lados y ya tiene edad para hacerse su propio nombre.

—Tolomeo le va a declarar la guerra —dijo Isócrates.

—Y tanto. Toma, aquí tienes una carta de tu amiga. —Aristómaco sacó un

rollo de pergamino sellado y se rió de la cara de sorpresa de Isócrates—. ¿No te diste cuenta ayer? Estaba hecha un mar de lágrimas por ver a su valiente marinero yaciendo herido por salvarla. Bueno, tú parecías un despojo que hubiera dejado el mar en una playa.

—¡Pero no lo hice por salvarla a ella! Yo sólo...

—Ella estaba en la maldita ciudad de Éfeso cuando la reina mandó a buscarte, y tú le dijiste a la reina que ella estaba en Alejandría. No es tonta, sabe que si le hubieses ido a la reina con el cuento de que estaba al otro lado de la colina, habrías sido recompensado con oro en lugar de con una flecha clavada en la espalda. Además, a las

mujeres les encanta pensar que los hombres se sacrifican por ellas. Supongo que las hace sentirse importantes. Como Helena contemplando, desde los muros de Troya, cómo luchaban sus héroes. —Pestañeó muy coqueto y se agarró el pecho con las manos. Isócrates cogió el pergamino y rompió el sello.

Dionisia, hija de Clístenes, te saluda, Isócrates de Camiro. La vergüenza me empuja a escribirte. Te he traído mala fortuna. La reina te llamó solamente para preguntarte por mí y tú me protegiste, a pesar de que casi te cuesta la vida. ¡Te

estoy profundamente agradecida y rezo a los dioses para que te concedan una rápida recuperación! Saludos.

—Deberías escribirle una contestación —dijo Aristómaco con malicia.

Isócrates levantó la mirada enseguida.

—Yo creía que... —y calló.

—¿Qué? —preguntó Aristómaco levantando las cejas—. ¿Que yo estaba interesado en ella? ¡Uy, no! Ya la oíste, es una mujer respetable, no una cortesana. Yo no ando detrás de las mujeres respetables: prefiero mil veces a las de mala reputación. Son más

divertidas y traen menos complicaciones.

Isócrates maldijo el alivio que sintió al oír aquello. «Yo no puedo ir detrás de una mujer respetable», pensó, pero no dijo nada y se quedó mirando los trazos de tinta negra de la carta que tenía en la mano. «Te estoy profundamente agradecida».

¿Cómo de agradecida? ¿Como para echarle una de aquellas sonrisas tímidas, tocarle la cara con esos delicados dedos y darle un beso? ¿O como para darle aquello que el pirata había tomado por la fuerza y el rey por decreto?

Seguramente, no... pero, aunque así fuese, ¿se lo pediría él? Ella había dicho, con lágrimas en los ojos, que

quería dedicarse a la música y no ser una cortesana. No iba a lograr esa meta si empezaba por acostarse con un capitán de la Armada para recompensarlo por su ayuda. Un entusiasta de la música rico, como Haguemonte, podría llegar a aceptar una negativa si fuese casta, pero era poco probable que se resignara si ella se acostase con un rival de baja cuna.

Y ofrecerle matrimonio sería aún más cruel. Convertirse, en vez de en una cantante famosa, en la esposa de un hombre pobre, y tener que luchar contra la mugre y el hambre en una casucha de alquiler, criando niños que su marido no podría mantener, sería una condena muy amarga. Ningún hombre decente le

pediría eso.

—Escríbele una carta —lo apremió Aristómaco—. Les diré a los esclavos que te traigan una pluma y tinta.

OCHO

—¿Qué carta de mierda es ésta? —inquirió Aristómaco indignado al entrar en la habitación blandiendo la misiva aquella tarde.

Isócrates se sentó y se lo quedó mirando.

—¿La has leído?

—Estás en mi casa. ¡Tengo derecho a leer las cartas que se envían desde mi propia casa! Ah, vamos, amigo mío, ¿qué pretendes al escribirle a la pobre mujer una carta así de fría y remilgada? «Lo que hice fue para servir a Rodas, no

a ti. Espero poder volver a estar pronto listo para asumir mi cargo». ¿A dónde crees que vas a llegar con eso?

—No creo que llegue a ningún lado.

—¡Por Afrodita, yo tampoco! ¿Pero qué es lo que te pasa? Te gusta esa mujer, ¡queda claro por la forma que tienes de mirarla!

Un esclavo entró y miró nervioso los rostros enfadados, para luego decirle a su amo:

—Señor, hay un señor en la puerta que dice ser el padre de este caballero.

Isócrates miró, horrorizado, al esclavo.

—¡Que entre, pues! —ordenó Aristómaco.

Las palabras «No, que no entre» lucharon por salir de los labios de Isócrates pero, al final, se las tragó. Un hijo no podía negarse a recibir a su propio padre.

—Debe de haberse enterado de que te han herido —dijo el trierarca con cierta satisfacción— y viene a arreglar las cosas contigo, supongo.

—No —dijo Isócrates—, las noticias tardan más en llegarle. Debe de haber venido a la ciudad de Rodas para otra cosa.

El soldado volvió, acompañando al padre de Isócrates.

Habían pasado ocho años desde la última vez que se vieron y el pelo que antes era en su mayoría negro, ahora era

gris, con la barba blanca casi por completo. El viejo había perdido peso y los huesos se le marcaban, tenía los ojos inseguros inyectados en sangre. Llevaba una túnica vieja y remendada. Al ver a Isócrates, se detuvo en la puerta de la habitación sin saber bien qué hacer con las manos.

—¡Salud! —dijo Aristómaco con alegría—. Tú debes de ser... ¿cómo era el nombre?

—Critágoras, señor —dijo el viejo mirando, muy nervioso, al trierarca.

—Yo soy Aristómaco, el comandante de Isócrates. Se va a quedar conmigo hasta que se recupere de la herida. Es un marinero excepcional y yo lo tengo en altísima consideración.

Critágoras agachó la cabeza y volvió a centrar su atención en Isócrates, que le devolvió una mirada pétrea.

—Dijeron en el astillero que te habían herido —dijo, por fin, el viejo—. No es... demasiado grave, ¿verdad?

—No —dijo Isócrates secamente—. ¿Qué te ha traído a la ciudad de Rodas?

—He venido a verte. —Critágoras, incómodo, se aclaró la garganta y prosiguió con premura—: Te escribí una carta acerca de la hija de Teofrasto. Bueno, su padre no me la quiere conceder, pero estaría más que encantado de concedértela a ti. Es una muchacha muy guapa y muy trabajadora. Si...

—No.

—No haría falta que te quedases en la granja todo el año —le presionó su padre— y, de todas formas, los barcos no navegan durante los inviernos.

—No —insistió Isócrates.

—Yo no te...

—La respuesta es no —lo interrumpió Isócrates—. Y además, estás equivocado: Teofrasto no estaría encantado de concedérmela a mí. El quiere que se la lleve un hombre que tenga tierras y yo no tengo.

A Critágoras se le arrugó el rostro compungido.

—¡Por favor!

—¡Te lo juro por el Sol! —le dijo Isócrates con vehemencia—. Esa tierra

está maldita. Búscate otro heredero.

Critágoras no se puso a vociferar, como siempre había hecho antes. En cambio, se puso a llorar, resoplando y apretándose las manos llenas de callos contra la cara. Fue mucho, muchísimo peor, pero Isócrates logró reprimir el impulso de compadecerse.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó Aristómaco espantado.

—¡Es por una imbécil! —gritó Critágoras, secándose las lágrimas—. Eso es lo que pasa, por la estúpida de mi segunda mujer, que se ahorcó. ¡Pero no fue culpa mía!

Isócrates, furioso, sacudió la cabeza.

—Catorce años llevas diciendo lo

mismo. Y lo puedes repetir hasta en tu lecho de muerte, que seguirá sin ser verdad.

—Ella tuvo una hija tras otra —explicó, volviéndose hacia Aristómaco—. Nuestra propiedad es muy pequeña, señor: ¿cómo se supone que iba yo a conseguir dotes para un ejército de hijas? Quería que se mantuviera intacta, sin deuda alguna... y lo hice por él, ¡por mi hijo!

—¡Un ejército de hijas! —exclamó Isócrates con desprecio—. ¡No dejaste que se quedara con una sola! Y pegarla cuando lloraba por ellas, ¿también lo hacías por mí?

—Yo volvía cansado de la viña —dijo Critágoras— y me encontraba la

casa hecha un desastre, la cena sin preparar y a mi mujer lloriqueando en un rincón. En fin... ¡Cualquiera perdería los estribos! Yo no era... yo nunca... hay muchos hombres que... —Se fue viniendo abajo, ante la mirada sombría de Isócrates—. ¡Ella siempre reconocía que era culpa suya!

—Ella siempre te perdonaba. Era amable y cariñosa y siempre cargaba con las culpas de todos. Pero yo soy tu hijo, y no el de ella, y no tengo más compasión que la que tuviste tú. Te lo juré por el Sol y lo mantengo.

—¡Tenías doce años!

—Fue un juramento y lo mantengo. Búscate a otro que quiera tu tierra, viejo. Yo no la voy a tocar.

Critágoras volvió a echarse a llorar. Isócrates se volvió hacia Aristómaco, que estaba allí delante, sobrecogido.

—Siento mucho, señor, que hayas tenido que presenciar esta escena tan lamentable.

—¡Ay, Zeus! —musitó Aristómaco conmovido—. Venga, anciano, lo mejor será dejarlo estar por el momento. Ven a sentarte en el comedor y te servirán un poco de vino.

Volvió pasado un rato. Isócrates estaba echado, tapándose el rostro con el antebrazo, acordándose de cuando descolgaron el cuerpo de Agido de la viga del techo.

—Le he dado un poco de vino —

dijo, desconcertado.

—Gracias, señor.

Se quedaron en silencio.

—Yo tenia ocho años cuando mi padre se casó con Agido —dijo Isócrates bruscamente, sin levantar la mirada—. Ella tenía catorce. Nunca fue como una madre, pero no fue como lo de Fedra, si es lo que estás pensando. No había nada impuro en el modo en que yo la amé. Éramos como hermanos. Jugábamos a las adivinanzas y nos contábamos cuentos, nos reíamos juntos y me enseñó a tocar el aulos. La granja está en lo alto de las montañas, ya sabes, entre Ataviros y Siana. Es una región muy bonita y las uvas dan buen vino, pero no había mucha gente en los

alrededores. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño y no tuve hermanos ni hermanas. Tenía que andar durante media hora para llegar a la granja más cercana, donde había niños de mi edad. Hasta que llegó Agido, estábamos mi padre y yo solos en casa casi todas las noches. Era muy triste. Pero el primer año que pasó ella con nosotros fue el más feliz de mi vida.

—Hay muchos hombres que no crían hijas —dijo Aristómaco—. Las dotes son un gasto enorme. Yo pagué la dote de mi hija el año pasado. Lo hice contento, pero yo soy rico y, si hubiera tenido más de una hija, no sé de dónde habría sacado el dinero.

—Sin embargo, casi todos los

hombres permiten a sus mujeres tener una hija, especialmente si no tiene otro hijo que la consuele y, especialmente si... ¡si está dolida por la pérdida! Mi padre no. Agido tuvo tres hijas seguidas. A la primera la tiró colina abajo; fui a buscarla al día siguiente, pero los pájaros y los zorros se la habían comido. A las otras dos las llevé a Camiro, con la esperanza de que alguien cuidara de ellas. Y, ahora, no me atrevo a acostarme con ninguna puta menor de veinte años por miedo a que sea mi hermana. Vi cómo Agido pasaba de ser una niña dulce y alegre a convertirse en un objeto lloroso y asustadizo que se escondía por los rincones. Cuando se quedó embarazada por cuarta vez, le

supliqué a mi padre que prometiera que la iba a dejar quedarse con el bebé, fuese lo que fuese. Él se negó.

—Bueno —dijo Aristómaco tras un silencio—, no cabe duda de que obró mal. Pero...

—Dijo que lo hacía para conservar la propiedad intacta, así que yo juré que se la podía llevar, intacta, al Hades.

—El juramento de un niño no es algo inamovible. En eso sí que lleva razón. Mira, ¡es un anciano! Está llorando. ¡Es tu padre!

—No quiero tener nada que ver con ese hombre. Pero lamento que hayas tenido que presenciar esto.

—¡Por Zeus! Tenía entendido que él te había repudiado a ti. Supongo que

nadie creyó que un hijo se fuese a desheredar a sí mismo.

—No quiero saber nada de esa tierra. Por mí, que quede abandonada. Mi padre se puede morir en ella, solo.

—¡Que los dioses impidan que se cumpla ese mal augurio! Te arrepentirás si eso llega a pasar.

—¡Entonces, que se busque otro heredero! Tú no lo has entendido, igual que él. Agido murió para que nadie más pudiera compartir esa tierra y, por eso, yo no la puedo trabajar. Está maldita para mí y no la quiero volver a ver jamás. Dile a mi padre que me deje en paz.

Aristómaco maldijo y salió de la habitación.

Una parte de Isócrates quiso seguirlo, ir a hablar con su padre ahora que estaba el hombre en aquella casa. Aquellas lágrimas le escaldaron la memoria. Nunca había visto a su padre llorar. Se quedó donde estaba, alimentando la ira y el asco para alejar la pena.

—¡Vas a volver corriendo a casa en cuanto llegue el invierno! —le había gritado Critágoras el verano que Isócrates lo abandonó. Pero Isócrates no había corrido a casa. Resistió los veranos remando y los inviernos en el astillero. Había sobrevivido a los barracones, a la nostalgia, a los asaltos. Había aprendido a luchar y a manejar un barco, y ahora, por fin, estaba triunfando

en la carrera que había elegido. Critágoras había venido y había encontrado que el hijo, al que le había jurado que fracasaría como capitán, era muy respetado por un trierarca rico y distinguido... y lloraba ahora porque, por fin, se había dado cuenta de que había perdido. Isócrates debería alegrarse por la victoria. Había hecho muchos sacrificios para merecérsela.

Por la mañana, uno de los esclavos se ofreció a arreglarle el pelo y la barba. Cuando el hombre terminó con los tijeretazos, le pasó a Isócrates un espejo para que pudiese admirar el resultado. El rostro reflejado estaba dolorosamente demacrado, y era tan

parecido al de su padre que se quedó perturbado. Isócrates lo examinó en busca de alguna semejanza con su madre, casi olvidada ya. ¿Las cejas, quizás? ¿Las orejas?, pero siguió viendo la cara de su padre y recordando sus lágrimas.

Se puso una túnica y se dio cuenta, al hacerlo, de que aquella prenda no era suya, y de que no tenía ni idea de lo que había pasado con sus cosas, aparte de la capa alejandrina nueva, tan elegante, de la cual todavía se arrepentía. Fue a buscar a Aristómaco.

El trierarca estaba en su despacho, escribiendo cartas. Cuando apareció Isócrates, dejó la pluma y sonrió.

—¡Me alegro de verte levantado!

¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor, gracias, señor. Ya debería irme a casa.

—¡Sí, claro! Cuando dices «casa» supongo que te refieres a ese cuchitril lleno de mocosos llorones, en el barrio del puerto. No, te vas a quedar aquí hasta que te encuentres mejor.

Isócrates se preguntó quién le habría contado lo de los mocosos llorones.

—Señor, yo...

—Eso es porque te sientes abochornado por haber discutido con tu padre en mi presencia, ¿verdad? Bueno, pues vas a tener que tragarte tu orgullo. Es una ardua tarea, te lo aseguro, dado el tamaño del mismo, pero ponte a ello.

—Señor, te agradezco la amabilidad, pero soy un ciudadano libre y...

—Si crees que creo que me perteneces, estás lamentablemente equivocado.

—¡Si no sé ni dónde tengo mi propia ropa!

—Tu túnica de oficial debe de haber quedado reducida a jirones.

—¿Qué?

—¿Qué esperas, después de que se empapase entera de sangre y se le hiciera un agujero espantoso en la espalda? La destrozaste cumpliendo con tu deber: te darán otra gratis. Y me imagino que el resto de tu ropa está otra vez en el cuchitril y, si tanto te preocupa,

mandaré allí a alguien para que te la traiga. Pero no vas a volver hasta que estés mejor.

—¿Y dices que no crees que te pertenezco?

—No —dijo el trierarca, en voz baja y mirándolo a los ojos—. Creo que soy tu amigo. Ahora bien, si quieres decirme que me equivoco y marcharte por esa puerta, adelante. Yo no te lo voy a impedir. Me sentiré como cualquier hombre cuya amistad es rechazada, pero me ocuparé de que no sufras por ello.

Se hizo el silencio. Isócrates se sintió como una cuerda tensada al máximo por el orgullo y la desconfianza que se hubiera soltado de golpe.

—¡Siéntate! —le ordenó

Aristómaco, levantándose de la única silla que había en la sala—. Te has puesto verde. Zeus, no te estaba proponiendo ninguna cochinada. ¡Francamente, me resultas tan atractivo como el poste de una puta verja!

Isócrates se sentó y, luego, se inclinó para colocar la cabeza entre las rodillas.

—Lo siento —musitó—. No pensé que fueses mi amigo. No estoy... tan recuperado como creía.

—Eso es lo que yo te había dicho, ¿a que sí?

La palabra «amigo» dejó preocupado a Isócrates. Los reyes tenían amigos, a los cuales encomendaban tareas diversas, pero esos amigos no

eran sus semejantes. Aristómaco, seguramente, tenía en mente algo parecido... Aunque, si le preguntaba qué había querido decir con aquello, lo más probable es que le dijese: «¿Qué tipo de pregunta de mierda es ésa?»

Isócrates sonrió ante aquel pensamiento y levantó la mirada hacia el trierarca. Seguía sin querer ser un siervo pero, teniendo que elegir entre amistad —como quiera que se definiese— o romper por completo con un hombre al que había llegado a apreciar, ya sabía cuál iba a ser su elección.

—Me sentiría muy honrado de poder llamarme amigo tuyo.

—¡Estupendo! Entonces, vuelve a la cama y esmérate en recuperarte.

Quiero sacar al *Atalanta* a navegar de aquí a ocho días y preferiría que tú fueras a bordo.

Con gran sorpresa por su parte, Isócrates disfrutó mucho de los ocho días siguientes. Deambuló por toda la casa y entonces, cuando empezó a recuperar las fuerzas, fue a pasear por la plaza del mercado. Jugó a juegos de mesa con el hijo de Aristómaco y habló de barcos con él; hasta leyeron uno de los libros del trierarca. Se encontró a sí mismo empezando a aprender algo acerca de los barcos mercantes y de inversiones.

No había vuelto a pensar en el dinero que había invertido en el

cargamento de grano alejandrino hasta que Aristómaco le preguntó dónde quería ponerlo ahora, una pregunta que descubrió que no significaba que dónde quería guardarlo, sino en qué cargamentos quería invertirlo. La cantidad que tenía a su disposición, descubrió, con gran asombro, ascendía a cuatrocientos veinte dracmas.

—Bueno, tu inversión fue de trescientos dracmas, ¿verdad? —dijo Aristómaco con agilidad—. Cien de tu parte del dinero de los piratas y doscientos del rescate. Ya tenemos el dinero del rescate, por cierto. Nos lo dieron en Éfeso y, ¡sí, les he dado su parte a la tripulación! Se piensan que soy un hombre espléndido y lo están

gastando a espuertas. De todas formas, el grano rindió un cuarenta por ciento de beneficio. Eso es algo excepcional pero, casi siempre, puedes contar como mínimo con el quince por ciento... aunque, normalmente, hay que pagar los costes de los portes y las tasas del puerto. Sin embargo, conviene diversificar riesgos. Si un barco cae en manos de los piratas, o se ve atrapado en una tormenta, pierdes todo lo que has invertido. Por eso no hay que invertirlo todo en un solo barco, ¿te das cuenta? Pero no vale la pena invertir menos de ciento cincuenta. A las compañías no les interesa malgastar el tiempo con pequeñas sumas.

A Isócrates nunca le había parecido

que cien dracmas fueran «una pequeña suma». La granja de su padre rendía poco más que eso en todo un año, una vez pagadas todas las facturas. La charla de Aristómaco acerca de «porcentajes de beneficio» y «préstamos a fondo perdido» lo dejó mareado. Sabía, sin embargo, suficiente de transporte marítimo para que la aproximación a su mecánica financiera le resultara fascinante. Terminó por invertir ciento cincuenta dracmas en cada uno de los dos barcos que le ofreció Aristómaco, guardándose ciento veinte para cubrir gastos y comprarse ropa nueva.

La embajada a la corte seléucida partió y regresó en el plazo de aquellos mismos ocho días. Las noticias de Éfeso

eran tan malas como se temía: el rey Antíoco el Dios había muerto. La reina Laodice había conseguido testigos que juraron que, en su lecho de muerte, había nombrado a su hijo Seleuco como heredero. La corte de Éfeso lo había aceptado y le había dado al joven la diadema real. No habían recibido noticias directas de la corte rival de Antioquía, pero todos predecían que la reina Berenice le iba a pedir ayuda a su hermano que estaba en Egipto, y que, a mitad del verano, la guerra habría empezado.

La única y auténtica cuestión, debatida hasta la saciedad en las tabernas y plazas de la ciudad, era lo que iba a hacer la tercera monarquía.

Antígono, el rey de Macedonia, había sido, de toda la vida, amigo de Siria y enemigo de Egipto. Pero, ¿estaría dispuesto a apoyar al nuevo rey Seleuco? Antíoco había sido su sobrino, por lo que podría negarse a apoyar a sus asesinos.

Todo aquello, en cualquier caso, se anunció públicamente al pueblo de Rodas en una reunión de emergencia de la Asamblea y la gente lo discutía allí donde se encontrase. Ya no se hacían reuniones particulares en casa de Aristómaco. Parecía que el ojo del huracán se había desplazado, dejando que el *Atalanta* y su tripulación siguieran su rumbo.

El *Atalanta* volvió a zarpar a

finales de mayo, en travesía ordinaria en busca de piratas, con rumbo sudoeste hacia Creta, luego hacia el norte por la costa occidental del Peloponeso y así hasta llegar a Epiro. Aquellas eran aguas, principalmente, de piratas, y se valieron de todas las tretas habituales para localizar al enemigo. Invitaron a beber a los marineros que había en las tabernas para enterarse de los rumores, se ofrecieron a escoltar a los barcos mercantes más prometedores, yendo tras ellos con mucho sigilo, esperando que alguna pentecontera se decidiera a atacar; se quedaban al acecho detrás de los cabos o se escondían en las calas. Vieron un solo barco que podría haber sido de algún interés —y que los

esquivó metiéndose rápidamente en el puerto de Dreros, donde las autoridades se negaban a dejar entrar a los rodios.

—¡Bueno, por lo menos esos cabrones están demasiado ocupados escondiéndose como para atacar a nuestros cargueros! —comentó Aristómaco, pero se vio frustrado y decepcionado. Los piratas siempre se multiplicaban en tiempos de guerra y él tenía seis barcos mercantes de los que preocuparse.

Ya estaban en junio y hacía calor. El puente de remo resultaba sofocante, a pesar de que todos los toldos estaban colocados con esmero para que circulara el aire entre ellos. El sudor de los hombres quedaba suspendido en el

recinto húmedo, dejando aquel sabor en las bocas eternamente. Por más agua que bebiesen, nunca parecía suficiente. Isócrates, aún débil por la herida, trató de sobrellevarlo. No podía remar, el movimiento le tiraba de la nueva cicatriz con un dolor insoportable, y el esfuerzo constante por recordar los lugares donde podían atracar de forma segura y donde podían cargar agua le dejaba la mente agotada al final del día. Los cuatro días que pasaron racionando los víveres, atrapados por una tormenta en una playa remota, los agradeció profundamente, porque le permitieron descansar. De hecho, pensó que estaba recuperando las fuerzas. No llegó a sentirse mejor pero, si no las estuviese recuperando, se

sentiría peor, ¿no? Siguió trabajando con una mezcla de costumbre y mucha fuerza de voluntad.

A finales de junio, volvieron a Rodas para descansar y hacer reparaciones. Isócrates estaba exhausto. Aristómaco también estaba dolorido y cansado. Se había quedado todas las noches, a conciencia, con su barco y había comido el mismo rancho que el resto de los hombres. Se había ganado, por fin, el respeto de la tripulación de remo, pero tenía una necesidad imperiosa de volver a su casa. Cuando el *Atalanta* atracó, invitó a Isócrates, con la boca muy pequeña, a cenar, pero se sintió muy aliviado cuando éste declinó la invitación: todo el mundo a

bordo estaba cansado de la compañía de los demás.

Isócrates se ocupó de las necesidades del barco y, luego, se marchó andando a su habitación en casa de Atta. Había visto a su casera sólo de pasada desde que lo habían herido y, al volver a aquella casa, descubrió muy a su pesar que era más pequeña y hedionda de lo que recordaba. Sin embargo, por una vez estaba en silencio. Atta y sus hijos estaban comiendo, cuestión delicada para todos ellos.

—¡Ah! —exclamó Atta cuando lo vio aparecer por la puerta—. No te he hecho nada de comer.

Isócrates no esperaba lo contrario y se había traído un puñado de galletas de

cebada que habían sobrado del barco. Se las enseñó sin decir nada. Al unísono, los hijos de Atta empezaron a lloriquear diciendo que ellos querían galletas de cebada también. Lo que estaban comiendo debía de ser aún más frugal de lo habitual. Atta les dijo que se callasen.

—¡Pero Isócrates siempre me da galletas de cebada! —protestó la pequeña Leuke.

—¡Porque eres una pedigüeña insaciable! —refunfuñó Atta y le dio un azote a la niña que la hizo ponerse a llorar.

Isócrates pensó en marcharse por donde había venido. En cambio, le dio dos galletas a Atta. El tenía más que de

sobra y, de todas formas, estaba harto ya de esas galletas.

—¡Que los dioses te bendigan! —gritó Atta, partiendo una en dos, para darle la mitad a cada niño y guardándose la otra para ella. La familia entera volvió a quedarse en silencio: los niños metiéndose las galletas correosas en la boca con entusiasmo, la madre saboreando cada bocado.

Isócrates se sentó, agotado.

—¿Qué noticias hay, Atta? —le preguntó, masticando despacio un bocado de galleta.

Atta tragó y exclamó:

—¡Uy, todo lo que se habla es acerca de esa pobre reina siria!

—¿Laodice? ¿Pobre?

—¡No, no! ¡Esa parece tan cruel e insensible como una loba en celo! Yo digo la otra, Berenice, la hermana de Tolomeo. ¡Han muerto ella, su hijito y todos sus siervos!

A Isócrates casi se le cae la galleta de la boca.

—¿Qué?

—La perversa reina mandó a unos hombres que la matasen en cuanto supo que su marido había muerto... y dicen que tuvo algo que ver también en la muerte del rey, ¡pero nadie puede demostrarlo! La reina Berenice estaba en Antioquía, ¿sabes?, sólo que no en plena ciudad, sino en su casa de veraneo, en las afueras, donde está el templo sagrado del divino Apolo.

Dafne, se llama el lugar. Todo el mundo habla de lo que ha pasado en Dafne. Laodice mandó barcos cargados de soldados, mercenarios y piratas a sueldo, que vararon los barcos en la playa y marcharon hacia el interior para sorprender a la población. La gente de la reina Berenice luchó... dicen que hasta la mismísima reina luchó, al final, con una espada que le quitó a uno de sus guardias, pero la mataron a ella y a su niñito.

—¡Por Heracles!

Isócrates no sentía nada en especial por la reina Berenice pero, aun así, había sido un acto brutal. Por lo visto, Laodice quería asegurarse de que el hijo de su rival nunca iba a heredar la

diadema, pero a un precio espantoso. Ya no iba a haber lugar para medias tintas ni para ponerse a negociar. Ahora sí que se iba a poner Tolomeo en pie de guerra... y Seleuco iba a tener pocos aliados.

—¡Ese asesinato ha sido casi un sacrilegio! —dijo Atta con fruición—. Los dioses se vengarán. ¡Fue asesinada, pobre reina, ante los ojos del mismísimo Apolo!

—Yo creo que el que se va a vengar va a ser el hermano de Berenice —dijo Isócrates.

—Sí, pero los dioses lo van a ayudar —respondió Atta—, porque Apolo es el patrón de la casa de Seleuco, ¿verdad? Pero ya no los va a

favorecer, después de un insulto semejante a su templo sagrado.

—Nadie los va a favorecer demasiado ya —dijo Isócrates.

Se tragó la galleta de cebada y reprimió la necesidad imperiosa de ir corriendo a casa de Aristómaco para preguntarle al trierarca lo que opinaba de aquellas noticias. Desde el punto de vista de Rodas, había muy poca diferencia entre que Berenice hubiera muerto o que hubiera tenido que huir. El hermano de Berenice iba a declarar la guerra de todas formas. Dudó mucho, sin embargo, de que Rodas fuese a unirse a él. Una muestra de condolencia y solidaridad bastaría para que Tolomeo los siguiese considerando amigos, así

que, ¿por qué iba Rodas a tener que darle también su sangre y sus barcos? Especialmente, cuando el resultado iba a ser un aumento del poder egipcio en el Egeo. No, la neutralidad era una estrategia mucho mejor. Se quedó preguntándose, sin embargo, acerca de los «mercenarios y piratas» que habían cometido el asesinato. No tuvo que forzar mucho la imaginación para incluir a Andrónico entre ellos. ¿Qué iría a hacer, ahora, aquel malnacido?

Sospechó que no volvería a Éfeso tan campante para ver si su jefa tenía algún otro trabajito para él. Andrónico tendría tan claro como Isócrates que Seleuco, el nuevo rey, se iba a desentender del asesinato para

apaciguar a la opinión pública: *Ha sido cosa de mi madre, no mía ¡Mujeres! Son unas criaturas apasionadas e irracionales, ¿qué puedo hacer yo?* Los hombres que habían obedecido las órdenes de la reina tendrían suerte si el rey se limitaba a desterrarlos.

Por otro lado, ¿por qué iba a querer Andrónico volver a Éfeso? Laodice le había proporcionado un barco, armas y hombres. Podía, tranquilamente, volver a su antigua ocupación.

Isócrates se quedó desconcertado ante la amenaza que aquello suponía para él. Andrónico, el mercenario de la reina, era intocable. Andrónico, el pirata, era presa fácil para él... y el pensamiento de salir a capturarlo hizo

que todo el cansancio de Isócrates desapareciera. ¿Cómo era posible que el odio hacia un hombre, al que apenas había visto un par de veces, fuera tan estimulante?

Era porque aquel hombre había violado a Dionisia, sin lugar a dudas. Ella se había alegrado mucho de que no fuese a hacer daño a más inocentes, pero aún seguía en libertad y derramando sangre.

Isócrates se limpió la cebada de los dedos.

—Voy a dormir un poco —le dijo a Atta.

—¿Quieres que coja tus cosas y las lave? —le preguntó ilusionada—. Por cierto, te he arreglado la otra túnica.

Está en tu habitación.

—¿Qué otra túnica?

—Pues tu antigua túnica de oficial. Tu compañero, Polidoro, la trajo cuando estabas enfermo. Uf, debió de ser una herida espantosa. ¡No me extraña que estuvieras tan enfermo! ¡Tuve que lavarla y blanquearla tres veces para quitarle la mancha! Tenía también un rasgón enorme en la espalda, pero ya lo he cosido.

Isócrates se la quedó mirando, complacido por la sorpresa. Por supuesto, Aristómaco pensó que se habían deshecho de ella; él se desharía de la ropa estropeada, pero otros compañeros menos acaudalados apreciaban mejor el valor del lino fino.

Ahora, Isócrates tenía dos túnicas de oficial: una para el día a día y otra para las ocasiones especiales. Incluso después de pagarle a Atta por sus servicios, era como si le hubieran pagado medio sueldo de más. Sintió una extraña punzada de gratitud hacia su casera.

—¡Muchas gracias! —le dijo con calidez.

En la plaza del mercado, a la mañana siguiente, descubrió que se había convocado a la Asamblea a una reunión extraordinaria. Parecía ser que los embajadores de Tolomeo y de Seleuco habían llegado mientras el *Atalanta* estaba en alta mar. Ambos

habían venido en busca de apoyo.

Complacido por haber llegado justo a tiempo, Isócrates se abrió paso hacia el teatro de la ladera de la acrópolis. Para que una asamblea tuviese valor oficial, debía haber, por lo menos, quinientos ciudadanos presentes pero, ya antes de llegar al teatro, Isócrates sabía que no iban a tener problemas para alcanzar el quorum. Pasó por el arco de la entrada para descubrir que había más del doble de personas en el lugar. Todos los asientos estaban ocupados, incluso aquellos medio desvencijados de las gradas que estaban al sol. Bajo aquel sol abrasador, los ciudadanos amontonados —todos los hombres tenían dieciocho años o más—

sudaban, se bebían el agua que compraban a los vendedores, que estaban haciendo buen negocio, y se abanicaban con los sombreros. Granjeros y cabreros, que habían venido del campo a pasar el día, se levantaban el lado derecho de las túnicas con los pulgares llenos de callos para que les entrase algo de aire fresco. Los marineros y los trabajadores del puerto, simplemente, se quedaban en cueros, y los ciudadanos más ricos, con sus túnicas de lino fino, los miraban con envidia. El ambiente, de todas formas, era muy sobrio. Normalmente, las asambleas eran eventos llenos de vida, con mucho revuelo de bromas y vítores. Pero, aquel día, la gente de Rodas se

había reunido solemnemente para escuchar la llamada a la guerra.

Isócrates, que seguía estando cansado, no estaba seguro de su capacidad para aguantar un par de horas de pie bajo el sol y buscó un sitio a la sombra. En cualquier caso, no era el único, y todos los asientos estaban ocupados. Estaba a punto de rendirse cuando un conocido de otro barco lo vio y le hizo señas desde la sombra de un arco de entrada.

—He oído que te han herido —le dijo.

Se hizo a un lado y le dejó un sitio a Isócrates.

Isócrates, muy agradecido, se apartó de la luz del sol y apoyó un

hombro contra el muro.

—Gracias.

—¿Qué te pasó?

Isócrates puso cara de circunstancias.

—Me dispararon por la espalda mientras huía, si quieres que te diga la verdad. El hijo de un amigo está espantado por mi cobardía. Pero una banda de piratas me había tendido una emboscada y no tuve mucha elección.

El otro hombre lo miró a los ojos.

—Tengo entendido que te dispararon por orden de la reina Laodice.

Isócrates apartó la mirada, pero luego se forzó a volver a mirar aquellos ojos curiosos. El había repetido

concienzudamente la versión oficial que exculpaba a la reina. El argumento de que acusarla iba a perjudicar a Rodas era convincente. La mentira era más fácil de digerir ahora que tenía a Andrónico en el punto de mira.

—No fue por orden de la reina —dijo con firmeza—. Fue un pirata que trabajaba para ella como mercenario, cuando yo volvía a mi barco desde la casa de ella. Él tenía sus motivos, pues yo hundí su barco.

El conocido y sus amigos rieron complacidos. Tenían más preguntas que hacerle, pero el heraldo de la ciudad tocó la trompeta para indicar que la asamblea estaba a punto de empezar. Los embajadores desfilaron hasta el

centro del ágora, cada uno con su báculo heráldico y escoltado por uno de los presidentes del Consejo rodiota.

Los dos embajadores eran hombres altos, bien vestidos y con buena voz. Ambos pusieron de manifiesto el gran aprecio que sentían sus superiores hacia el pueblo de Rodas y los diversos favores que los reyes le habían hecho a la isla. El de Tolomeo era el que lo tenía más fácil. Lo único que tuvo que hacer para ganarse la simpatía de todos fue describir el asesinato de la reina Berenice y de su hijito. Lo hizo con tanta fuerza, valiéndose de lágrimas y de las cualidades de un actor trágico, que fue recompensado con gruñidos de indignación y de lástima. Terminó

denunciando a la reina Laodice y llamando al pueblo rodiota a «honrar la antigua alianza y ayudar a su fiel amigo, el rey Tolomeo, a poner fin al reinado del terror».

El embajador de Seleuco, sabiamente, optó por no competir por la simpatía de los rodios. Se limitó a justificar brevemente el asesinato como el intento de una madre de proteger a sus hijos de la conspiración de una usurpadora... y luego apeló al miedo directamente. Egipto ya controlaba Licia y Panfilia, señaló. Tolomeo ya dominaba la Confederación de Delos. Preguntó cuánto tiempo más iba a durar la independencia de Rodas si el rey de Egipto se quedaba sin rivales en el

Egeo.

—¿Es que ha muerto ya el rey Antígono? —gritó uno, con mucho ingenio, desde lo alto de las gradas.

Aquello produjo un coro de abucheos por parte del público que puso al embajador muy nervioso. El rey de Macedonia, Antígono, también tenía interés en controlar el Egeo y había sido siempre un rival más serio para las ambiciones de Tolomeo que los sirios.

Aparte de aquella interrupción, el público escuchó el discurso en silencio. El embajador de Tolomeo había recibido un rotundo aplauso de solidaridad cuando terminó de hablar; el de Seleuco obtuvo, apenas, algunas palmadas.

Los discursos duraron casi hasta mediodía. Cuando los embajadores hubieron terminado, los presidentes rodios anunciaron que la votación respecto a la respuesta que darían tendría lugar al día siguiente, después de que el Consejo se hubiera reunido para hacer propuestas concretas para que la asamblea las considerase. El público aplaudió.

Isócrates salió del ágora con su conocido y, luego —reacio a hablar de su herida—, se detuvo con la excusa de querer beber un poco de agua de la fuente que había fuera de la plaza. Había muchos esperando a hacer lo mismo y los que lo acompañaban lo dejaron allí. Estaba esperando pacientemente cuando

oyó que gritaban su nombre. Miró a su alrededor y vio a Aristómaco, que lo saludaba con la mano.

Fue hacia él. El trierarca estaba con Nicágoras y con el padre de éste, un miembro del Consejo llamado Nicolao.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Aristómaco.

Isócrates se encogió de hombros.

—No he oído nada por lo que valga la pena luchar.

Aristómaco se rió.

—Yo tampoco. ¡Pero ándate con ojo! Parece ser que Estratocles quiere hablar contigo. Tiene intención de que des fe de la recepción que te dio la reina Laodice. Piensa que eso le puede ayudar en su causa.

Isócrates puso mala cara, tratando de recordar quién era Estratocles... ah, sí, era un consejero de Lindos, al sur de la isla.

—¿Trabaja para Tolomeo?

Aristómaco se rió e intercambió una mirada con Nicolao.

—Si contestara a eso, tendría que hablar mal de un consejero amigo —dijo Nicolao, sonriendo.

—Yo creía que estarías encantado de testificar contra la reina —dijo Nicágoras con cierto resentimiento—. ¡Ella trató de que te mataran! ¿Te vas a limitar a aceptarlo como si fueras un esclavo?

Isócrates se lo quedó mirando durante un instante.

—Una rencilla personal no es suficiente para desatar una guerra. ¡Si pensase lo contrario, estaría tan loco como Antíoco! Sufriese lo que sufriese el mes pasado, es un rasguño comparado con la paliza que nos iba a dar el rey Seleuco, incluso aunque ganáramos. Si ahora podemos ir tras Andrónico de Falasarna, me doy por satisfecho.

—¿Así que crees que debemos mirar para otro lado y dejar que los reyes hagan lo que les plazca?

—¡No! —dijo Isócrates exasperado—. Lo que digo es que no debemos luchar si no vale la pena. No nos jugamos nada aquí. El rey Seleuco no ha amenazado nuestras relaciones comerciales ni nuestra independencia, y

Tolomeo no se va a poner en nuestra contra si seguimos neutrales. Berenice era la hermana de Tolomeo, dejemos que vengue él su muerte.

—¡Bien hablado! —exclamó Nicolao. Nicágoras estaba que echaba chispas y su padre le dio unas palmaditas en el hombro.

—No vivimos en la era de los héroes, mi niño. ¡Y no puedes ganar un combate tú solo cuando necesitas que ciento veinte remeros te muevan el dichoso barco! —Se volvió hacia Isócrates—. ¡Ven con nosotros! —dijo alegremente—. Vamos a comer algo antes de la reunión del Consejo. Lo haremos en la Casa del Consejo y te voy a presentar a Estratocles. Puedes

contarle lo que nos acabas de decir: ¡eso hará que se calle!

NUEVE

A Isócrates no le apetecía en absoluto ir con ellos a la casa del Consejo ni conocer a Estratocles, pero fue de todas formas para no ofender a nadie. El consejero simpatizante de Tolomeo, sin embargo, resultó no ser motivo de preocupación. Cuando comprendió que Isócrates no lo iba a ayudar, lo único que hizo fue apresurarse a buscar apoyo en otros.

Aquello de «comer algo» que había prometido Nicolao consistió en pan con cordero recién asado, que los

consejeros saborearon de pie en el pórtico de la casa del Consejo, sin parar de hablar, enardecidamente, de política. Isócrates escuchó con atención, disfrutando de la sensación de estar en el corazón de Rodas. También disfrutó del almuerzo, pues rara vez tenía ocasión de comer tanta carne. Seguía comiendo y escuchando el debate cuando Aristómaco le tocó un hombro.

—¡Ven conmigo! —le ordenó el trierarca—. Hay un concierto para que los embajadores se entretengan esta tarde y la muchacha milesia va a participar.

Isócrates tragó con dificultad.

—¡Pensé que iba a dar un concierto gratuito durante el festival!

—Parece ser que ya lo hizo cuando nosotros estábamos en alta mar. Este lo va a pagar la ciudad.

Isócrates sonrió complacido, ¡el concierto gratuito de Dionisia debió haber sido un éxito!

Su entusiasmo se vio sólo ligeramente disminuido cuando Nicágoras se unió a ellos. Era natural que el joven acompañase a su tío, especialmente porque su padre estaba en la reunión del Consejo. En cualquier caso, Nicágoras se mostraba mucho menos tolerante hacia la presencia de Isócrates. Todo el camino hasta el concierto trató de matarlo a base de miradas asesinas.

Casi todos los bancos estaban ya

ocupados cuando ellos llegaron, pero Aristómaco había reservado unos asientos en la tercera fila y uno de sus esclavos estaba sentado sobre un montón de cojines para guardarles el sitio.

Al poco de haber tomado asiento, entraron las dos embajadas; esta vez, no sólo los embajadores, sino todo el séquito diplomático, cada uno acompañado por su anfitrión rodiota. El grupo tolemaico fue conducido hasta las dos primeras filas, a la derecha, y los seléucidas a las mismas filas, pero a la izquierda, con los anfitriones rodios haciendo de intermediarios en el centro.

Sucedió que la embajada seléucida quedó delante de los asientos que Aristómaco había reservado, y cuando

ocuparon sus lugares, Isócrates reconoció a Hipérides, el regordete «de sangre real» que lo había acompañado hasta la casa de la reina en Éfeso. Hipérides, en cualquier caso, estaba demasiado ocupado charlando con su vecino para saber a quién tenía sentado detrás. Isócrates se agazapó contra el respaldo de su asiento y apretó los dientes. Miró a Nicágoras, que estaba sentado justo detrás del petimetre, pero el joven oficial de proa, aparentemente, no lo había reconocido. Después de todo, sólo se habían visto unos instantes.

Se oyó un redoble de tambor y un coro que procedían del foso de la orquesta, que estaba justo delante del escenario. Aparecieron los músicos,

tocando la cítara y el aulos, y empezó la primera función: una canción alegre y una danza que daba la bienvenida —aunque sin especificar a quién— a «la isla de las flores, la novia del Sol que todo lo ve, ¡la adorable Rodas!».

Dionisia actuaba a continuación. Salió al escenario, sonriente y hermosa, con un quitón largo de lino estampado bajo una capa de seda muy fina, y con una cítara. Tocó un acorde y empezó a entonar el himno al Sol. Isócrates ya la había oído cantar antes, de modo que la voz —pura, dulce y fuerte— no fue ninguna sorpresa para él. Lo que lo dejó impresionado fue la habilidad con la que tocaba la cítara. Las cuerdas vibraban y sonaban bajo sus largos dedos, ora

complementando la canción, ora bailando con ella; ora marcadas y rítmicas, ora dulces y lastimeras. Su cara miraba al público, pero su atención estaba centrada, por completo, en la música. Isócrates contuvo la respiración mientras la escuchaba. Él, ya antes, pensaba que la mujer tenía un don, pero esa creencia había sido una cuestión de fe. Ahora sabía que su fe estaba justificada.

Al terminar la canción, el público la aplaudió incansable. Sin embargo, Hipérides no aplaudió, sino que se volvió hacia su vecino y le dijo susurrando muy fuerte:

—¡Esa es Dionisia, la antigua ramera del rey Antíoco! ¿Qué está

haciendo aquí? ¡Se supone que estaba en Alejandría!

Al oír aquello, Nicágoras se irguió en su asiento y lo miró indignado.

—¡No es ninguna ramera! —declaró en voz alta.

El petimetre miró hacia atrás y soltó una risilla burlona.

—¿Es eso lo que pensáis aquí, en Rodas?

El embajador, que estaba en la primera fila, miró atrás, puso mala cara y les pidió, por señas, que guardaran silencio. Sobre el escenario, Dionisia había vuelto a empezar a tocar.

El concierto prosiguió con un abanico de piezas diferentes seleccionadas de entre el repertorio de

los artistas, seguramente, para honrar a ambas embajadas. El coro entonó el himno a Apolo (patrón de la casa de Seleuco) y, luego, se representó una danza en honor a Dionisio (patrón de la casa de Tolomeo). También hicieron un trío instrumental compuesto por aulos, cítara y tambor, y reprodujeron un aria de una tragedia. El canto de Dionisia, de todas formas, sobresalió respecto a los demás actos como la cumbre de una montaña por encima de un bosque. Las canciones que había elegido eran piezas de vana adulación —una canción que alababa al primer Antíoco por haber derrotado a los galateos; otra alabando al Nilo—, pero su destreza las dotó de dignidad e hizo que resultasen

maravillosas. Cuando terminó el concierto, el público la llamó, desafortunadamente, por su nombre: «¡Dionisia! ¡Dionisia de Mileto! ¡Dionisia la de la cítara!» y, cuando ella accedió a volver al escenario, ruborizada y sonriente, el aplauso fue atronador.

Hipérides, sin embargo, se quedó sentado y de brazos cruzados. Nicágoras lo miró con desprecio y se echó un poco hacia delante para rozar, mientras aplaudía, el pelo largo del otro con las manos. El sirio se puso una mano en la cabeza para protegerse y volvió, furioso, la mirada hacia atrás. Nicágoras levantó las cejas, desafiándolo abiertamente.

—¿Tú crees que vale la pena aclamarla? —bramó Hipérides mientras cesaba el ruido—. ¿A una zorra milesia con una cítara? Ya fue aclamada en Antioquía hace años. ¿Es que en Rodas no tenéis nada innovador?

—¡La señora Dionisia no es ninguna zorra! —dijo Nicágoras enardecido.

—Es la antigua ramera del rey Antíoco. Él se cansó y ella se marchó a buscarse otro amante. Tengo entendido que se fue a Alejandría.

—¡El rey nunca se cansó de ella! —le respondió Nicágoras—. ¡Huyó a Alejandría para prevenir al rey Tolomeo contra vuestra reina Laodice!

Hipérides le echó una mirada aún

más afilada a Nicágoras, recorrió la fila con la mirada y vio a Isócrates. Se quedó petrificado.

Isócrates le echó una sonrisa amarga. Sobre el escenario, Dionisia empezó a entonar el bis:

—«Como el Sol nos trae labores a diario...»

El segundo verso fue engullido por los vítores de los rodiotas, que acompañaron el resto de la canción pateando el suelo al compás para imitar los remos al batir.

Cuando el bis hubo terminado, Hipérides se levantó de un salto y se fue a decirle al embajador algo al oído, ahogado por los aplausos. Ambos hombres se dieron la vuelta para mirar a

Isócrates. El petimetre, con cara de pocos amigos, y el embajador, con curiosidad. Isócrates gruñó.

—¿Qué está pasando? —susurró Aristómaco.

—Ese es el hombre que me fue a buscar para llevarme a casa de la reina.

—¡Ah! —el trierarca, con satisfacción, contempló al individuo—. ¡Estupendo!

Isócrates miró a su comandante más de cerca.

—¿Habías planeado esto?

Aristómaco se encogió de hombros.

—¿Planear el qué? Sí, admito que tenía la esperanza de que, si nos sentábamos cerca de los sirios, pudiéramos oír las conversaciones, y tal

vez enterarnos de algo. Pero era una esperanza, no es que se tratase de un plan.

Cuando, por fin, el aplauso cesó y la gente empezó a salir de la sala, el embajador seléucida se puso de pie, miró a Isócrates y le hizo una señal cargada de optimismo. Isócrates, receloso, se levantó y se acercó a él. Aristómaco fue con él, llevándose a Nicágoras pegado.

—Salud —dijo el embajador y miró, desconcertado, a los tres—. Hipérides me dice que tú eres el oficial rodiota que fue desafortunadamente herido por un mercenario que estaba al servicio de la reina madre Laodice.

Hipérides lo miró sorprendido por

la descripción que hizo de lo que él le acababa de contar. Isócrates se limitó a asentir. Aristómaco, sin embargo, le puso su mejor sonrisa al embajador y dijo:

—El mismo. Y yo soy su trierarca, Aristómaco, hijo de Anaxipo. Nos estábamos preguntando, embajador, si tú podrías decirnos qué ha sido de ese pirata asesino.

El embajador se quedó perplejo, pero prosiguió con lo que, evidentemente, era un discurso preparado.

—Esperamos que comprendáis que la reina jamás dio su aprobación a ningún ataque semejante. En cuanto se dio cuenta del tipo de hombre que tenía

a su servicio, lo despidió.

Nicágoras empezó a protestar. Su tío le lanzó una mirada fulminante y dijo:

—Estupendo, embajador. Me alegro de saberlo.

—El rey Seleuco se quedó desconcertado al saber que uno de los hombres contratados por su madre había atacado a un oficial de la Armada rodiota —prosiguió el embajador—. Como ya he dicho en vuestra Asamblea esta mañana, valora mucho la amistad de los rodios. Me indicó que encontrase al oficial herido y le ofreciese una compensación. Lo habría hecho antes, pero nadie había tomado nota de su nombre.

—Tenías que haber preguntado en la sede de la Armada —dijo Aristómaco tratando de ayudar—. Allí, todo el mundo está al corriente. Así que, ¡Isócrates!, el rey te ofrece una compensación.

Isócrates, tenso por la indignación, no era capaz de pensar en lo que debía decir. Se había contenido de acusar a la reina porque pensaba que era lo mejor para Rodas, y ahora todo el que se enterase pensaría que era porque se había vendido.

—El rey Seleuco lamenta enormemente... —empezó a decir el embajador.

—Yo no acepto limosnas —dijo Isócrates bruscamente— y juro por el

Sol que no quiero el dinero del rey.

Al oír eso, Hipérides lo miró con irritación y el embajador puso cara de dolor.

—Lo has ofendido —le explicó Aristómaco, con mucho tacto, al embajador—. Le estás ofreciendo dinero por algo que él hizo por pura buena voluntad. Nosotros, los rodios, apreciamos la amistad del rey tanto como él aprecia la nuestra, ¡Que esa amistad no se vea perjudicada por acusaciones precipitadas! Todos sabemos bien que el pirata tenía una rencilla personal y eso es lo que le hemos dicho a todo el que ha preguntado.

El embajador sonrió aliviado.

—Sin embargo, te diré lo que nos gustaría —prosiguió Aristómaco—. Lo que queremos es saber qué ha sido del pirata. Dónde está, qué tipo de barco tiene, cuántos hombres y esas cosas. No queremos que haya piratas cretenses navegando a sus anchas por las rutas comerciales, poniendo en peligro el tránsito mercantil. Estoy seguro de que tú opinas lo mismo.

—Ah —dijo el embajador, abochornado—. Me temo que no sé qué ha pasado con el pirata. De todas formas, entiendo lo que dices, y me pondré de inmediato a hacer averiguaciones.

—Muchas gracias —dijo Aristómaco con otra amplia sonrisa—.

Se llama Andrónico de Falasarna. Lo último que supimos de él es que está al mando de un akatos llamado *Nea*. Había recuperado a treinta y uno de sus tripulantes, parece ser que la reina le dio un talento de plata para hacerlo.

En el rostro del embajador, a la vergüenza se unió el enfado.

—Ella también lo había provisto de una tripulación para el *Nea* —prosiguió Aristómaco alegremente—. Ignoro si aún los conserva o si volvieron con la reina.

—Haré averiguaciones —volvió a decir el embajador, y le lanzó a Hipérides una mirada rápida pero cargada de contenido.

—¡Estupendo, estupendo! Si te

enteras de algo, me puedes mandar una nota a mi casa. Está al lado de la plaza del mercado, todo el mundo sabe cuál es. ¿Quieres tomar nota, esta vez, de nuestros nombres? Aristómaco, hijo de Anaxipo, e Isócrates, hijo de Critágoras, de la trihemiolia *Atalanta*.

—¡Señora! —lo interrumpió Nicágoras con una expresión maravillada.

Isócrates miró hacia atrás y vio que Dionisia había bajado del escenario y se había acercado a ellos. Todavía tenía la cítara y la estaba acunando sobre una cadera cubierta de seda. Podría haber pasado por la Musa lírica de no ser por la expresión de ansiedad de su rostro.

—¡Salud, señora! —exclamó

Aristómaco.

—¡Salud! —contestó ella, muerta de nervios. Examinó rápidamente al grupo y detuvo la mirada en Isócrates—. Me alegro mucho de ver que te has recuperado, capitán.

Isócrates inclinó la cabeza, con la lengua hecha un nudo. Después de la carta tan fría que él le había mandado, esperaba que ella lo despreciase pero, sin embargo, sólo parecía nerviosa.

—Has sido lo mejor de todo el concierto —le dijo Nicágoras con entusiasmo.

El embajador estaba de mal humor.

—Dionisia, hija de Clístenes, nos ha sorprendido mucho verte en Rodas. Habíamos oído que habías ido a

Alejandría.

—Y fui —se limitó a contestar Dionisia, mirándolo a los ojos—. Después volví a Rodas. Señor, te pido disculpas. No quería entrometerme, sólo quería asegurarme de que el capitán se había recuperado de sus heridas. Como sin duda habrás oído, su barco me rescató de los piratas.

El embajador frunció los labios.

—¿Cómo? ¿Ya has vuelto de Alejandría? ¿Es que Tolomeo no te recompensó por tu traición?

—Ya estaba al corriente de lo que fui a decirle —contestó sin alterar la voz—. Señor, por favor, créeme que nunca quise hacerle daño alguno al rey Antíoco. Tenía la esperanza de que

Tolomeo pudiera persuadirlo de lo que yo no pude... y yo le tenía miedo a Laodice, que había...

—¡Ramera traidora! —la cortó Hipérides.

—¡Cómo te atreves tú a hablar de traición! —exclamó Nicágoras al instante—. Tú y tu señora con cara de zorra habéis...

—¡Ya basta! —soltó Aristómaco, agarrando a su sobrino por el hombro y sacudiéndolo bien fuerte. Se volvió hacia el embajador con una sonrisa falsa —. Disculpa a mi sobrino, señor. Los jóvenes, cuando se trata de mujeres hermosas...

—Está perdonado —el embajador estaba mirando a Dionisia con el ceño

fruncido—. ¿Tolomeo ya estaba al corriente?

—Yo llegué con retraso, señor, como ya debes de saber. Alguien llegó a Alejandría antes que yo. No sé quién fue.

El embajador se quedó dándole vueltas durante unos momentos, y luego hizo una mueca.

—¡Pudo haber sido cualquiera! El asunto alcanzó grandes dimensiones en pocos días. —Se volvió a quedar en silencio, mirando fríamente a Dionisia—. El rey te echaba de menos, como te puedes figurar. Quería saber dónde habías ido. Cuando se le dijo que te habías embarcado con rumbo a Egipto, se negó a dar crédito. Dijo que otros

podrían perder la fe, pero tú no.

Dionisia se estremeció.

—Cuando estaba en su lecho de muerte, enfermo y dolorido, no paró de pedir que fueses a cantarle algo.

Ella apartó la mirada.

—¡No tuve intención de causarle daño alguno!

—¡Pues no quiero saber el daño que puedes llegar a causar cuando tengas intención! —El embajador, furioso, se la quedó mirando un rato más y luego apartó la mirada—. Bueno. Trierarca, capitán: ¡Os deseo lo mejor! Y si me entero de algo acerca del pirata, os lo haré saber.

Reunió a su séquito y partió. Ya quedaban pocos de los asistentes al

concierto. Hipérides lanzó un par de sonrisillas airadas mientras se marchaba. Nicágoras le dirigió una mirada asesina.

Dionisia se cubrió la cabeza con un pliegue de la capa y se fue, otra vez, hacia el escenario. Había algo en su manera de ser que, a Isócrates, le recordaba a Agido. Se fue corriendo tras ella y la agarró del brazo. Ella se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No le hagas caso! —le dijo él con vehemencia—. Ese hombre es un hipócrita.

Ella lo miró sin comprender.

—Acaba de intentar sobornarme, y a ti te estaba reprochando cosas que no son, de ninguna manera, culpa tuya. El te

estaba escuchando cuando empezaste a decir que Laodice te amenazó, ya lo has visto, y ha hecho caso omiso. Sabía perfectamente que estabas diciendo la verdad. Sabía que, si te hubieras quedado en la corte, ahora estarías muerta, pero no iba a admitirlo, especialmente con una de las criaturas de la reina pegada a él. ¿Acaso crees que él se habría quedado con el rey si hubiera sido su vida la que corría peligro?

Ella se quedó callada un momento.

—No, pero es diferente.

—¿Por qué? El embajador era uno de los amigos de Antíoco, ¿no? Le debía al rey tanta lealtad como tú... pero ahora va por ahí contando mentiras para

encubrir a la asesina de su señor.

—¡No! Miente para encubrir a su nuevo rey.

—Puede ser. ¡Pero, aun así, no tiene derecho a acusarte a ti! Y tú no le hiciste daño al rey. Si Antíoco te hubiera hecho caso y no hubiese ido a Éfeso, ahora seguiría vivo. Eso es cierto y tú lo sabes.

Dionisia respiró hondo y lo miró a los ojos. Aquél resultó ser un contacto tan íntimo que Isócrates le soltó el brazo y dio un paso atrás. Pero no cejó en su insistencia.

—Tú huiste porque no podías confiar en el rey Antíoco, ni siquiera para que velara por tu vida. Eso no es culpa tuya sino de él.

Nicágoras había ido corriendo hacia ellos, hecho una furia.

—¡Ahora te haces el decente! —se burló, muy enfadado—. ¡Nadie adivinaría que tú también has estado contando mentiras para encubrir a la reina!

—Sobrino mío, no seas imbécil —lo interrumpió Aristómaco—. Ha estado contando mentiras por el bien de Rodas, y si no me crees pregúntaselo a tu padre.

Dionisia miró al trierarca fijamente.

—¿Ese soborno iba destinado a que no se supiese que la reina intentó que lo mataran?

—Bueno, un intento de asesinato a un oficial aliado resulta un poco

embarazoso durante una visita en busca de apoyo — dijo Aristómaco con amargura—. Y, a decir verdad, contratar a un pirata viene a ser igual de malo. Todo el mundo sabe que los rodiotas odiamos a los piratas. Naturalmente, el embajador traía órdenes de correr un tupido velo sobre el asunto. —Sonrió divertido—. De hecho, ha sido tan embarazoso que, en cuanto se ha dado cuenta de que no se trataba sólo de un rumor, no quiso ni preguntar cómo sucedió para no atraer la atención hacia el tema. Debe de estar dando gracias a los dioses porque seamos tan razonables. ¡Pero deberías haber dejado que te sobornase, Isócrates! ¿Por qué no sacar un par de miles de dracmas por

hacer lo que ya habías hecho de todas formas?

—No estoy en venta —contestó Isócrates orgulloso.

Aristómaco soltó una risilla.

—Espero que tu orgullo te dé muchas satisfacciones. Lo pagas muy caro.

Dionisia tenía el ceño fruncido.

—De todas formas, ¿sabe Hipérides que vas a guardar silencio?

—¿Por qué? ¿Es que puede tratar de asesinarlo al ver que el intento de soborno ha fracasado? —preguntó Aristómaco—. ¡Por Zeus! ¡Qué joven ejemplar! No temáis, sabe que estamos deseando congraciarnos con el nuevo rey.

—Yo, de todas formas, no le tendría miedo a ese Hipérides —dijo Nicágoras con desprecio—. Es un gordo blandengue.

Dionisia meneó la cabeza.

—El en persona no mataría a nadie. Contrataría a otro para hacerlo. No habrá manera de saber quién podría ser ni cómo protegerse.

—¿Pero quién es él? —preguntó Aristómaco.

—Es de la estirpe de Laodice —contestó Dionisia—. Creo que es hijo de una sobrina suya. No lo conozco muy bien. No conocí a la gente de la reina hasta que nos marchamos a Éfeso. Lo que sí sé, es que él es parte de su entorno y que todas sus esperanzas

dependen de ella. Si sospechase que alguien trata de ponerla en un aprieto, haría todo lo posible para silenciarlo.

Isócrates no daba crédito.

—¿Pero qué puede importarle a él? Entiendo que le importe al embajador, pero ¿a la gente de Laodice? Si a ella no le da vergüenza asesinar a otra reina, ¿por qué iba importarle asesinar a un marinero?

Dionisia volvió a menear la cabeza.

—No sabes nada de la vida de la corte, ¿verdad? Los cortesanos auténticos se preocupan más de su posición dentro de la corte que de nada de lo que pueda ocurrir fuera de ella. Matarte sería, para Hipérides, una

manera de demostrarle a la reina la devoción que siente por ella.

Isócrates puso mala cara, tratando de asumir aquello, pero luego le quitó importancia y se encogió de hombros.

—Bueno, sabe que no represento ninguna amenaza, así que no te preocupes.

Se hizo un momento de silencio. Dionisia se recolocó la cítara.

—Bueno. Me están esperando entre bastidores. Sólo... sólo quería asegurarme de que te habías recuperado.

—Estoy bien. Me... me ha encantado el concierto.

Eso provocó otra de aquellas sonrisas tímidas tan escasas.

—¿De verdad?

A él, de repente empezó a latirle el corazón a toda prisa. Él le gustaba. No era sólo por educación y gratitud: él le gustaba. Eso no cambiaba el hecho de que sólo podría convertirla en una desgraciada... pero, ah, era tan dulce...

—¡Has estado maravillosa! —intervino Nicágoras.

Dionisia le echó una mirada inconfundible de irritación, pero se lo agradeció por pura educación.

—Tengo otro concierto dentro de tres días —les dijo—, en la fiesta de Atenea de la ciudad.

—¡Allí estaré! —prometió Nicágoras enseguida.

—Eso será si seguimos todavía en Rodas —dijo su tío, severamente—.

Puede que ya no estemos.

Isócrates respondió a la mirada interrogativa de Dionisia.

—Vamos a cazar piratas. Deséanos suerte. —Y movido por un impulso repentino añadió—: ¡Esperamos poder seguirle la pista a Andrónico y acabar con él de una vez por todas! —Luego se sintió avergonzado. Ese arranque habría sido más propio de Nicágoras.

—Ah, pues, ¡buena suerte! —dijo ella y sonrió—. En fin, si estáis en Rodas para el festival de Atenea, os conseguiré entradas.

—Si estamos aquí, estaré encantado de pagarla —respondió Isócrates—. Sé que lo voy a disfrutar. Se ve que has conseguido hacerte

miembro del Gremio, porque vas regalando entradas para los conciertos.

Ella volvió a sonreír con brillo en los ojos.

—Sí. Es lo que mi padre siempre había soñado y por fin lo he conseguido. —Bajó la mirada—. Pero, claro, siempre pensó que él sería mi tutor. Tengo que tener un tutor varón, por supuesto. Haguemonte, amablemente, se ha ofrecido a serlo... pero el nombre que figura en el registro es el mío y he pagado yo la tasa de ingreso.

La idea de que Haguemonte fuese el tutor de Dionisia le produjo un arrebato de celos pero, con mucha educación, dijo:

—Me alegro mucho.

—Te lo debo a ti —dijo ella con vehemencia—. Es decir, se lo debo a Rodas y a la hospitalidad con que me ha acogido, pero tú eres el que me convenció de venir aquí.

—Se lo debes a las Musas —le respondió Isócrates—. Ellas son las que te han dado el don de la música.

La dama de compañía de Dionisia, con su cara de perro, salió de entre bastidores y le susurró algo a su señora. Dionisia suspiró.

—Me están esperando —dijo—. Tengo que irme. Me alegro mucho de que te hayas recuperado, capitán. Te deseo lo mejor, y buena suerte para todos.

Dionisia se retiró. La sirvienta le

lanzó a Isócrates una mirada de recelo mientras pasaban por la puerta que daba al escenario.

Aristómaco, Isócrates y Nicágoras fueron saliendo de la sala de conciertos ya vacía. Nicágoras no paró de lanzarle miradas de desconcierto a Isócrates, y en cuanto salieron a la calle, le preguntó bruscamente:

—¿Estás enamorado de ella, o no?

—¿Y tú?

Nicágoras suspiró intensamente.

—¡Sí! —Y le echó otra mirada desconcertada y resentida—. ¡Yo, sin duda alguna, no le habría dicho que «me alegro mucho» de que otro hombre sea su tutor!

—No te puedes casar con ella —le

dijo Aristómaco a su sobrino de inmediato—. Tu padre te ha comprometido con Hiparquia, la hija de Neofrónte.

Nicágoras miró, muy enfadado, a su tío.

—¿Y bien?

—La milesia dejó muy claro que quiere ser respetable. Y eso quiere decir matrimonio, muchacho, y tú no se lo puedes ofrecer. Incluso aunque aceptase ser tu concubina, no estás en situación de mantenerla. No sin más dinero que tu asignación y el sueldo de oficial de proa. ¿Qué imagen te crees que le das a una mujer que ha sido la amante del rey de toda Asia? ¡Estás haciendo el imbécil!

—Si yo le gustase...

—Te voy a decir una cosa que tú ya sabes: a ella le gusta Isócrates. Y él no se está dejando llevar por sus sentimientos.

Isócrates apretó los dientes.

—Si lo hiciera, sería su ruina. ¿Acaso crees que Haguemonte seguiría patrocinándola si ella estuviera conmigo?

Nicágoras se quedó perplejo.

—No, pero...

Isócrates lo miró a los ojos.

—Sabes que yo ni siquiera tengo casa propia, ya me lo restregaste por las narices. No puedo ofrecerle matrimonio. Seguramente, Dionisia es demasiado inteligente para elegir entre tú o yo, pero

no le rezo a Afrodita para que sea estúpida. Ahora es una más de los Artistas Dionisiacos, lo cual significa que está empezando a triunfar en lo que a ella le gusta, y tiene talento; ¡tú sabes que lo tiene! ¿Acaso debería tratarla como si fuera un barco enemigo? ¿Embestirla y hundirla? ¡Que los dioses me destruyan si le hago eso a cualquiera que proclama que soy su amigo!

Aristómaco chasqueó la lengua.

—Vaya si tienes casa. Tu padre sería capaz de rebanarse el pescuezo con tal de que te la quedases.

—Yo no tengo herencia, y aunque la tuviese, no sería suficiente para compensar lo que ella me daría a cambio.

Nicágoras se había puesto de un rojo pálido y anduvo varios pasos mirándose los pies.

—Tú es que no estás enamorado de ella de verdad —declaró y levantó la mirada de repente—. Si lo estuvieras, no te mostrarías tan razonable.

—Entonces, ¿sólo es amor verdadero si no te importa lo que le pase a tu amada? —le preguntó Aristómaco divertido—. Mira, muchacho, la diferencia entre Isócrates y tú es que él es mayor y tiene mucha más experiencia del coste de la vida. Tú vas navegando con la convicción de que las cosas, de un modo u otro, van a acabar bien. El sabe que, a menudo, se va todo al traste. —Volvió su astuta mirada

hacia Isócrates—. Supongo que tienes razón. Es una pena, pero tienes razón.

—Sé que tengo razón —dijo Isócrates con sobriedad.

DIEZ

Isócrates estaba en casa a la mañana siguiente, cuando Atta llamó a su puerta, para luego abrirla con cara de ansiedad.

—Hay un extranjero aquí que quiere verte.

Él estaba arreglando su cama. La red de cuerda que sujetaba el colchón estaba tan deshilachada que estaba a punto de terminar de romperse y había apoyado el marco contra la pared para recolocarla. La cuerda era vieja y estaba muy frágil, así que el trabajo le estaba

llevando mucho tiempo. Se había sentado en el suelo polvoriento, donde antes estaba la cama. Se había ensuciado y estaba lleno de trocitos de paja del colchón. Llevaba puesta su túnica vieja de oficial que había quedado tan llena de manchas que, muy a su pesar, había decidido que no le iba a servir para otra cosa que no fueran los trabajos más sucios. No estaba como para recibir visitas. Maldijo, trató de sacudirse la mugre de encima, pero se rindió y fue a ver quién era y qué quería.

Era Hipérides. El sirio estaba en la puerta de la casa de Atta, cubierto con una capa corta preciosa de seda carmesí, con la mano apoyada en la empuñadura de oro de una espada.

Estaba observando con cara de asco el vecindario mugriento. Los niños de Atta estaban en la entrada, contemplándolo maravillados.

—¡Heracles! —exclamó Hipérides al ver a Isócrates—. ¡Vives en este estercolero!

Isócrates se había sentido avergonzado, pero, al oír aquellas palabras, sus sentimientos se convirtieron en pura ira.

—¿Qué quieres? —le preguntó tajantemente.

Hipérides lo miró con aire de superioridad.

—Hablar contigo, rodiota. Te iba a sugerir que entráramos para poder hablar con cierta intimidad, pero me lo

he pensado mejor. ¿Hay algún sitio limpio por aquí cerca?

Isócrates se vio fuertemente tentado de decirle que se fuese al Hades, pero cabía la posibilidad de que el sirio hubiera venido a traer información.

—Podemos caminar —le dijo sin más.

Isócrates salió de la casa sin siquiera detenerse a ponerse las sandalias.

Condujo al sirio por el callejón estrecho hacia el puerto. Los edificios que había allí eran almacenes y no había nadie sentado en las piedras del espigón. Era un día de verano radiante, hacía ya mucho calor, y el agua, delante de ellos, resplandecía con el sol. A su

derecha se veía la cabeza del Coloso por encima del rompeolas; a la izquierda, se levantaba la alta pared del astillero de la Armada al que los extranjeros, como Hipérides, tenían prohibida la entrada. Un cuadrirreme flotaba ocioso en medio del puerto, con los remos recogidos y el palo desmontado. Un bote pequeño remaba a su alrededor, seguramente en busca del motivo de algún problema de maniobra.

Hipérides soltó una risita sarcástica al ver la escena.

—¿Qué clase de barco es ése?

—Un cuadrirreme.

—¡Ah, claro! Uno de vuestros famosos cuadrirremes rodios. ¿Qué lleva, la mitad de hombres que un barco

de guerra de verdad? ¿Por qué los usáis? Ya nadie los usa.

—Los utilizamos porque son más rápidos y más fáciles de maniobrar que los quinquerremes, pero necesitan sólo dos tercios de la tripulación —respondió Isócrates en tono ecuánime.

—¡Ah, va veo! Los utilizáis porque no tenéis bastantes hombres para los barcos de verdad. Claro, porque ésta es una isla pequeña, ¿verdad?

Rodas, de hecho, era una isla grande que, además, dominaba otros territorios en ultramar. Aquello podía no parecerle mucho a un sirio, pero a Isócrates no le cabía duda de que Hipérides estaba al tanto de ello. Y, con toda seguridad, conocía la reputación de

la Armada rodia. Se quedó mirando al individuo en silencio hasta que se le borró la sonrisa y, luego, le preguntó en voz baja:

—¿Has venido para decirme algo, o sólo para provocarme?

Hipérides resopló, se colocó la capa con unos tironcitos y posó una mano regordeta sobre la empuñadura de su carísima espada.

—Tu trierarca ayer dio a entender que te ibas a abstener de difamar a la reina Laodice. Quería comprobar si era verdad.

—Me abstengo de decir la verdad acerca de la visita que le hice, sí.

—¿Por qué? ¿Es que, acaso, has aceptado dinero de otra persona?

—¡Yo no vendo ni mi lealtad ni mi silencio! No he dicho nada porque una disputa con el rey Seleuco no beneficiaría en nada a Rodas. ¿Es ése, en realidad, el motivo de tu visita?

El sirio lo miró de arriba abajo. Después, puso una cara extraña.

—No te creo. ¿Cómo podría un paleto que vive en un estercolero llegar a ser tan orgulloso?

Isócrates le escupió, deliberadamente, en aquella capa carmesí, se dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Hipérides maldijo y corrió tras él. Isócrates se volvió y le soltó una patada. Descalzo como estaba, el impacto no tuvo el efecto que podría haber tenido,

pero estaba impulsado por la rabia y aterrizó de lleno en la rodilla del otro. Hipérides soltó un alarido y cayó al suelo. La espada que estaba blandiendo chocó estrepitosamente contra la piedra.

Isócrates reaccionó sin pensar. Se echó sobre él y le dio un pisotón rápido y fuerte en la mano al sirio, provocando otro alarido. Después, con un gesto rápido, recogió la espada. Hipérides volvió a chillar, sacando la mano de debajo del pie del otro y mirándolo aterrorizado. Isócrates levantó la espada, cuyo peso y equilibrio le resultaban poco familiares. Era un kopis, el alfanje curvo y de un solo filo preferido por la infantería. El había practicado con una lanza, pero no con

aquella cosa tan extraña.

Miró al miembro de la nobleza siria, abatido en el suelo con su seda carmesí.

—Eres un idiota patético y chillón —le dijo con desprecio, y se marchó.

Ya había vuelto a casa de Atta cuando empezó a razonar. Fuera lo que fuese lo que buscaba Hipérides, lo que iba a querer ahora era venganza... y le iba a resultar fácil conseguirla. Formaba parte de una misión diplomática, e Isócrates lo había tirado al suelo y le había quitado la espada. Sería cuestión de la palabra de Isócrates contra la suya demostrar que estaba blandiendo la espada.

Durante un instante, se vio tentado

de ir a Aristómaco... ¿pero qué podía hacer el trierarca? Una idea mejor le vino a la mente. Se colocó la espada en el cinto y se echó a la calle, corriendo hacia el ágora. Seguro que alguien allí sabía dónde estaba el embajador seléucida.

Se hospedaba en casa del almirante Agatóstrato, que era amigo del invitado. La perspectiva de aparecer ante el gran comandante descalzo y con una túnica vieja y mugrienta era atroz pero, cada vez más preocupado por lo que pudiera decir Hipérides, Isócrates se obligó a sí mismo a llegar a la casa y llamar a la puerta.

El sirviente de la puerta no quería

dejarlo pasar, pero insistió: tenía que ver al embajador; era muy urgente... de hecho, era una emergencia. Le hizo entrega de la espada de Hipérides y le pidió al hombre que se la llevase enseguida al embajador.

Problema resuelto. El hombre volvió corriendo, con cara de preocupación, y lo acompañó al interior de la casa.

El embajador estaba sentado debajo de una parra en el patio, al lado de su distinguido anfitrión. La espada estaba encima de una mesita que había entre ambos. En cuanto Isócrates apareció, el embajador se puso en pie y le inquirió:

—¿Qué le has hecho a Hipérides,

el hijo de Lisímaco?

—Lo he tirado al suelo —contestó Isócrates—. Me amenazó con eso. —Apartó la mirada del sirio, saludó al almirante y prosiguió—: Señor, lamento presentarme ante ti de esta guisa, pero ese tal Hipérides vino a mi casa cuando yo estaba haciendo una reparación un tanto engorrosa y no he tenido tiempo de cambiarme.

El almirante Agatóstrato lo contempló con mala cara.

—¿Estás diciendo que te ha atacado?

—No de manera inmediata, señor. Cuando llegó a la casa, dijo que quería hablar conmigo en privado. Cuando yo convine, sin embargo, pareció

determinado a empezar una refriega. Me insultó a mí y a Rodas. Finalmente, traté de marcharme, y él sacó la espada y vino hacia mí. He venido aquí, señor, porque me temo que va a mentir respecto a lo que ha pasado para meterme en un problema.

El almirante puso peor cara aun.

—Tú presumes de ser un hombre pacífico, pero esa mancha que llevas en la túnica no es de vino.

El almirante sabía reconocer la sangre, aunque estuviera descolorida.

—Sí, señor. Esta es la túnica que llevaba puesta cuando me dispararon. La... la guardé para hacer trabajos en los que pudiera ensuciarme. Pido disculpas.

A Agatóstrato se le despejó el

rostro de repente.

—¡Ya me acuerdo de ti! ¡Tú eres el oficial al que estuvo a punto de matar el pirata de la reina Laodice!

—Sí, señor. De eso es de lo que me dijo Hipérides que quería hablar conmigo.

—¡Ay, Zeus! —gruñó el embajador—. ¿Está herido?

Isócrates lo miró con aire desenfadado.

—No.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —le dijo, disgustado, el almirante a su invitado—. ¿Que si está herido? ¡Uno de tus hombres acaba de desenvainar la espada ante un oficial desarmado de la Armada rodiota!

—Eso no lo sabemos —contestó el embajador muy malhumorado—. Sólo hemos oído una versión de la historia.

Agatóstrato dio un golpe con la mano en la mesa, haciendo que la espada saltara.

—Diodoro, ¿eres imbécil, o es que crees que yo lo soy?

El embajador se quedó sorprendido, mirando a su anfitrión.

—Ese joven lleva buscando problemas desde la primera vez que puso un pie en esta casa. ¡Si no hubiera sido mi invitado, lo habría embarcado de vuelta a Éfeso dentro de una tinaja! De haber sido él el embajador, su discurso hacia los rodios habría sido: «¡Someteos a la voluntad del nuevo rey

o ateneos a su ira!», y la Asamblea habría votado por llevarle a Tolomeo los barcos que necesitase, tan seguro como que el sol sale por las mañanas. ¿A qué ha venido?

—Lo lamento —balbuceó el embajador—. Yo...

Se oyó un alboroto procedente de la entrada, y entonces llegó Hipérides. Su elegante capa estaba sucia, tenía sangre en una rodilla y se venía sujetando la mano derecha. Al ver a Isócrates, se detuvo de golpe y la boca se le abrió de par en par. Isócrates supo que había hecho bien en ir directo al embajador.

Hipérides se recompuso, sacó el brazo herido con un gesto dramático y

exclamó:

—¡Este hombre me ha atacado!

—O justo al revés, según nos acaba de contar —dijo Agatóstrato vivamente—. ¿Dónde se supone que ha tenido lugar la confrontación? Si ha habido testigos, los interrogaremos, pero, si no, quiero saber para qué querías hablar con este hombre en privado.

A Hipérides le habían destruido por completo el plan. Tardó un poco, pero por fin declaró:

—Fui a preguntarle acerca de su encuentro con la reina. Él...

—De modo que reconoces que fuiste a buscarlo —le dijo el almirante—. ¿A su casa?

—Bueno, sí. Él...

—¿Y solicitaste hablar con él en privado?

—Sí. Él... Yo temía que hubiese estado contando por ahí alguna historia difamatoria de la reina Laodice. Hablé con él y utilizó términos insultantes para referirse a ella. Cuando se lo reproché, me atacó...

—¡Ah, cállate! —lo interrumpió de repente el embajador—. ¿Acaso has perdido el juicio? Este hombre ya había accedido a mantener la boca cerrada. Tú fuiste tras él buscando pelea, ¡de forma flagrante!, y tienes suerte de seguir vivo. Él ha venido aquí con tu espada, y dado que él la tenía y tú no ¡podía, tranquilamente, habernos traído tu cabeza!

Hipérides, estupefacto, lo miró con indignación.

—¡Soy de sangre real! ¿Así es como...

—Sí, eres de sangre real —lo interrumpió el embajador—, y cuando le cuente a la reina este asunto, y no te quepa duda de que lo voy a hacer, le rogaré que no deje que vuelvas a jugarte tu precioso cuello. También le voy a contar que entraste a la ciudad para meterte en una riña con el rodio que la ofendió, y que el rodio, habiéndose callado previamente, cuando podía haber hablado, te concedió la gracia de perdonarte la vida, aunque podía habértela quitado. Pedazo de idiota, si hubieras logrado matar a este hombre,

¿te parece que yo podría haber actuado como si nada hubiera ocurrido?

—Yo no iba a matarlo —dijo Hipérides huraño—. Sólo quería darle una paliza por su insolencia.

Al oír aquello, Agatóstrato soltó una carcajada discordante.

—¡Pero, en cambio, te la ha dado él a ti! —Le dirigió una sonrisa muy amplia a Isócrates—. ¡Bien hecho!

—¡Esto es vergonzoso! —exclamó Hipérides, furioso.

—¡Y tanto! —replicó el embajador —. Estamos en Rodas, por si no te has dado cuenta, tratando de persuadir a los rodios para que se alíen con nosotros... o, si eso fracasa, que se mantengan neutrales, ¡y un miembro de mi séquito

se piensa que le puede dar una paliza a un oficial rodiota por insolente! ¡Por todos los dioses y héroes! ¡Desaparece de mi vista!

Hipérides se puso de color carmesí y se quedó allí, temblando. Los ojos se le fueron a la espada que estaba encima de la mesa.

Isócrates se acercó y la cogió, pero luego decidió que la precaución era innecesaria. Hipérides jamás sería capaz de atacarlo delante de dos testigos. Le ofreció la empuñadura al sirio.

—Tómala —le dijo—, yo no la quiero. La mejor arma que conozco es el espolón.

Hubo un momento extraño cuando

sus miradas se cruzaron. Era como si Hipérides lo viese por primera vez y por primera vez hubiera comprendido que estaba tratando con alguien cuyo medio de vida consistía en destrozar barcos y dejar que la gente se ahogase. Se puso pálido, cogió la espada y salió corriendo de aquel patio.

—Pido disculpas —dijo el embajador—. Es joven y atolondrado. Nació tierra adentro, además, en la parte seléucida del Tigris. Está acostumbrado a tratar con bárbaros y no con griegos libres. —Inclinó la cabeza ante el almirante—. Espero que me conozcas lo bastante bien como para saber que no comparto ninguna de sus opiniones.

—¿Te lo encomendó la reina? —le

preguntó Agatóstrato.

—Sí, aunque yo creo que él se ofreció voluntario para esta misión —respondió el embajador. Miró a Isócrates con cautela y añadió—: Dijo que quería ver por sí mismo si Rodas tenía fundamentos para tanto orgullo. Ya debería haber visto que sí los tiene, pero se muestra reacio a admitirlo.

El almirante carraspeó.

—Has dicho algo acerca de que el capitán accedió a guardar silencio.

El embajador puso cara de circunstancias, pero asintió.

—El rey me había autorizado a ofrecerle una compensación al rodio que resultó herido por un mercenario de la reina. Hipérides, en el concierto de ayer,

me señaló que éste era el capitán en cuestión y yo le ofrecí el dinero, pero él lo tildó de soborno y lo rechazó. Debo decir que su negativa no me ofendió, dado que estuvo acompañada de muestras de buena voluntad hacia el rey Seleuco, pero Hipérides estaba muy predispuesto a ofenderse. —Miró a Isócrates con sobriedad y prosiguió—: Una vez más, pido disculpas, y te agradezco sinceramente que le hayas perdonado la vida a ese cretino. Si hubiera resultado herido, la reina me... me habría puesto las cosas muy difíciles.

Isócrates inclinó la cabeza brevemente, sin atreverse a decir nada. No le cabía la más mínima duda de que

el embajador habría preferido creer la versión que daba Hipérides de los hechos. Fue Agatóstrato quien lo forzó a averiguar la verdad. Si bien la exasperación del embajador hacia su subordinado era genuina, había llegado a ella porque se vio obligado.

Se volvió hacia el almirante.

—No te voy a robar más tiempo, señor. Muchas gracias por tu ayuda.

Agatóstrato le sonrió de oreja a oreja.

—Ha sido un placer, capitán. ¡Te deseo lo mejor!

Isócrates se despidió y se marchó.

En la reunión de la Asamblea de aquella tarde, a la gente de Rodas se le

hicieron dos propuestas. La primera, presentada por Estratocles de Lindos, consistía en ofrecerle veinte barcos al rey Tolomeo. La segunda, presentada por Agatóstrato, era la de mantenerse neutrales y tratar de mantener buenas relaciones con ambos reyes. Una tercera moción —la de mandar refuerzos al rey Seleuco— no había reunido, aparentemente, los apoyos suficientes para que trascendiera desde el Consejo hasta la Asamblea. Isócrates votó por la segunda moción y se sintió aliviado cuando ésta ganó por una proporción de dos a uno.

La mañana siguiente llegó acompañada de una invitación de Aristómaco para almorzar juntos.

Isócrates llegó a la casa a la hora adecuada y fue conducido hasta el comedor. El amo de la casa seguía ocupado con sus cosas, pero Anaxipo, el chiquillo, entró con aire espléndido y entusiasmado.

—¡Salud! —dijo con mucha educación.

—¡Salud! —le respondió Isócrates. Anaxipo se lo quedó mirando en silencio, con mucha expectación hasta que el otro añadió—: ¿Pasa algo?

—Papá dice que uno de los sirios te atacó con una espada —dijo el muchacho enseguida— pero que tú se la quitaste, ¡a pesar de ir desarmado!

—Bueno, sí —admitió Isócrates abochornado, preguntándose quién se lo

habría contado a Aristómaco—. En realidad, fue porque el sirio no sabía luchar.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el niño, entusiasmado.

—Le di una patada en la rodilla.

Anaxipo miró a su alrededor y, entonces, cogió un rollo de pergamino que había en el aparador y lo agarró como si fuera un cuchillo.

—Muéstrame cómo lo hiciste —le ofreció ilusionado.

Isócrates, solícito, se puso de espaldas, y luego giró de repente simulando que le daba una patada al crío en la rodilla. Anaxipo dio un grito entusiasmado y fingió que se desplomaba sobre el suelo del comedor.

Isócrates le quitó el pergamino.

—¡Ahora me toca a mí! —exclamó Anaxipo, volviendo a ponerse de pie.

El ataque de Isócrates había sido fingido, pero Anaxipo giró con un entusiasmo feroz y le propinó una patada de verdad. Isócrates dio un aullido y se agarró la espinilla con las dos manos, dejando caer el pergamino. El chiquillo, consternado, se puso pálido.

Aristómaco entró corriendo.

—¡Anaxipio! ¿Qué has hecho?

—Me estaba enseñando cómo hizo para desarmar al sirio —le explicó Anaxipo.

Al trierarca se le iluminó la cara.

—¿De verdad? Yo también me lo estaba preguntando. ¿Estás herido?

—Herido de muerte —respondió Isócrates, frotándose la zona afectada—. ¡La patada que le di al sirio fue en la rodilla, Anaxipo!

—Es que eres muy alto —contestó Anaxipo con cara de pena—. Tu rodilla me queda muy arriba.

Aristómaco se rió.

—Tendrás que crecer un poco antes de intentar enfrentarte a un espadachín sirio, hijo mío. ¿Un poco de vino, Isócrates?

Se sentaron con sendas copas de vino blanco bien aguado, porque ese día hacía mucho calor. Anaxipo no se despegó de ellos, esperando enterarse de algo interesante. Isócrates le dio unos sorbitos al vino... entonces, sorprendido

y admirado, le dio unos sorbos más. El aroma seco le llenó la boca, y evocó las tardes calurosas que había pasado cosechando uvas y el olor amargo de la fermentación en invierno. Dejó la copa, contemplando con suspicacia al trierarca.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Aristómaco—. ¡Ah, es el vino! Zeus, eres muy suspicaz. Sí, se lo compré a tu padre. Hablamos un poco de vinos la noche que estuvo aquí, y le encargué un ánfora por pura curiosidad. El año que viene le compraré más: está muy bueno. —Le dio unas vueltas en la copa y tomó un trago para saborearlo—. Pero, volviendo a lo que te estaba preguntando... el embajador Diodoro me

ha mandado una carta. Está en el aparador... ¿eh? ¿Qué ha pasado con la carta de las narices?

Anaxipo salió disparado a coger el pergamino que había quedado debajo del sofá.

—¿Es esto, papá?

—¿Qué estaba haciendo ahí debajo?

—Estábamos fingiendo que era una espada.

Aristómaco se rió.

—Parece que ese truco para desarmar a alguien funciona de verdad. Trae aquí. ¿No tienes nada que estudiar?

—Ahora, no —respondió el hijo, poniendo cara de exasperación—. ¡Es hora de comer! Papá, quiero que me

contéis cosas del *Atalanta.* Un día yo seré trierarca, así que necesito saber todo acerca de los barcos, ¿no crees?

—¡Muy interesante! —concordó Aristómaco, haciendo un gesto señorial con la mano—. Pero no te entrometas. —Cogió el pergamino, lo abrió, le echó un vistazo y lo dejó—. La cuestión es que nuestro amigo Andrónico no se quedó con el akatos. En cambio, me temo que ha conseguido otra puñetera pentecontera, el *Cratusa,* construida en Patara.

—¿Con cubierta? —preguntó Isócrates.

—El embajador no ha mencionado ese detalle.

—¿Eso hace mucha diferencia? —

preguntó Anaxipo.

—Los barcos que no tienen cubierta son mucho más fáciles de abordar —le respondió su padre—, especialmente si te los quieres llevar de una pieza. Si hieres aunque sólo sea a unos cuantos remeros, los demás pierden el compás. Parece ser que Andrónico ha logrado reunir a suficientes mercenarios de entre los hombres de la reina para que tripulen su barco, y están bien armados. Tal y como habíamos sospechado, estuvo involucrado en lo que pasó en Dafne. A la cabeza, de hecho. Salió del palacio de verano de Berenice con un barco cargado de tesoros, y desde entonces no se ha vuelto a saber de él.

»Ahora bien, no te niego que esperaba que pudiéramos ir tras él, pero pienso que tal vez tengamos que rendirnos. Lo que yo creo es que ha vuelto a su casa, a Falasarna. Es el sueño de todo pirata, ¿no? Hacerse rico y comprarse una finca en su tierra. No creo que volvamos a verlo en muchos años. Puede que llegue a cansarse de la vida del campo, pero para eso va a tener que pasar más de una temporada.

Isócrates se apretó las manos firmemente, con el ceño fruncido, recordando los dos breves encuentros que había tenido con el pirata, repasando todo lo que sabía de aquel hombre.

—Yo no lo creo —dijo muy

despacio—. Es un hombre osado y ambicioso, y hay una guerra que está a punto de empezar, con lo que ello implica en términos de las posibilidades de pillaje. Tiene un barco nuevo, ¿por qué lo iba a vender antes de haberle dado su uso verdadero? Además, debe de estar eufórico con el botín y su gente alabándolo. Estoy de acuerdo en que se debe de haber ido a su casa, pero no me lo imagino ahí sentado, dejando pasar la oportunidad.

Aristómaco lo sopesó e hizo una mueca.

—¿Estás seguro de que eso no es sólo lo que a ti te gustaría? Tú quieres ir tras él, lo has dejado bastante claro cada vez que ha salido su nombre a relucir.

—Y tú también —señaló Isócrates, aunque con el pesar incómodo de que el trierarca podía tener razón—. La idea de sacarles información a los sirios fue tuya.

Aristómaco hizo con la mano un gesto de desprecio.

—Sí, bueno. No me gusta el ejemplo que está dando, escapando del castigo que se merece, patrocinado por la realeza. Y no me gusta que haya intentado asesinar a un rodio, a mi propio capitán, y se haya ido tan campante. Si lo atrapamos en alta mar, todo el mundo nos va a aplaudir por ello y mi trierarquía acabaría cubierta de gloria. Eso no le haría daño a nadie, ¿verdad? Pero no me siento tan seguro

como tú. Yo no me vi obligado a huir de él con una flecha clavada en la espalda.

Tampoco tuviste que oír a Dionisia diciendo lo mucho que se alegraba de que el hombre que abusó de ella no fuese a hacerle daño a más gente inocente, pensó Isócrates con tristeza.

—No creo que sea sólo lo que a mí me gustaría —insistió con toda sinceridad—. Hay que pensar también en su nueva tripulación. La que tenía al principio estaba formada por hombres de Falasarna, pero no sabemos nada acerca de los mercenarios que se le han unido ahora. Es muy poco probable que sean todos de su mismo lugar de origen, de modo que no van a querer

dispersarse allí. Y, lo que es más, si ha vuelto a casa con un botín tan espectacular, habrá muchos jóvenes en Falasarna que se quieran unir a él para cuando empiece la guerra. Yo creo que va a volver a zarpar... y que tendrá más de un barco cuando lo haga.

—¡Pues menuda gracia! —dijo Aristómaco—. ¿Y qué más? ¿Dónde es probable que aparezca, por ejemplo?

Isócrates puso mala cara y se encogió de hombros muy irritado.

—¿Así que lo único que podemos hacer es dar otra puñetera pasada por delante de Creta, a la expectativa?

—¡No! —bramó Isócrates, tratando de pensarlo bien—. No va a hacer lo que hace todo el mundo. Aquel asalto en

Licia, cuando nos conocimos, fue algo totalmente inesperado. Igual que cuando fue corriendo a ver a la reina. Habrá ido a algún lugar que supuestamente sea seguro. Yo apostaría por el norte del Egeo. Se ha convertido en la peor pesadilla de Tolomeo; querrá estar bien lejos de tierras egipcias. Creo que deberíamos pasar navegando entre las Cícladas para tratar de enterarnos de algún rumor. Entonces, podríamos hacernos con algún barco mercante y pasearlo por los lugares potencialmente problemáticos.

Aristómaco lo miró con escepticismo.

—¡Ya sé que llevamos todas las de perder! —exclamó Isócrates enfadado

—. Pero, aunque no atrapemos a Andrónico, puede que nos conduzca a otros piratas. Tolomeo va a desplazar su flota hacia el norte y los buitres carroñeros estarán justo al otro lado de la zona que él controla. Además, casi todos nuestros barcos navegan alrededor de Creta y de Epiro, y los piratas están deseando hacerse con ellos. No vamos a lograr dar ningún otro golpe este verano si nos quedamos en aguas conocidas.

Aristómaco, que lo empezaba a comprender, resopló.

—¡Eso es muy cierto! Bueno, a las Cícladas pues.

—¿No será muy peligroso si los piratas tienen un montón de barcos? —preguntó Anaxipo con cara de

preocupación.

—No creo que tengan «un montón de barcos» —respondió Isócrates—. Tendrán la pentecontera y una o dos embarcaciones menores. Sólo será peligroso si los piratas encuentran la ocasión de abordarnos.

—Casi todos los piratas van en barcos pequeños —le explicó Aristómaco a su hijo—. Meten a bordo tantos hombres como pueden llevar, pero no tienen espolón. Van tras los mercantes que no llevan armas, o saquean ciudades desprotegidas que están cerca de la costa. No pueden enfrentarse a los barcos de guerra y no quieren toparse con ninguno.

—¿Pero qué pasa si llegan a

abordar a un barco de guerra? —preguntó el chiquillo—. ¿Con muchos de esos «mercenarios bien armados» en muchos barquitos pequeños?

—Ahí es donde empiezan los problemas —le dijo, bruscamente, su padre—. Pero no te preocupes: nunca podrán alcanzar al *Atalanta*. Es un barco muy veloz y muy ágil. Puede ensartar con el espolón a esos desgraciados sin darles tiempo a defenderse. —Frunció los labios—. Uno de mis barcos tiene que ir a Delos con un cargamento de grano dentro de poco. Podríamos reunimos con él allí y preguntarle al capitán si sabe algo. Delos es un buen sitio para enterarse de los rumores y los capitanes de los cargueros oyen cosas

que los oficiales de la Armada no oyen.

—Eso estaría bien —dijo Isócrates —. Pero cuando volvamos a salir nos conviene seguirle la pista a otro barco. Los piratas no suelen ir tras los que van cargados de grano.

Aristómaco asintió.

—¡Pues ya tenemos el plan! El barco que tiene que ir a Delos es el *Melpomene*. Ya debe de haber zarpado desde Alejandría. ¿Cuándo puedes tener listo el *Atalanta?*

—Ya debería estarlo —le informó Isócrates—. No ha habido que hacerle ninguna reparación y he organizado el avituallamiento. Sólo queda reunir a la tripulación.

Aristómaco puso mala cara.

—¡A algunos de nosotros, Isócrates, nos gustaría ver a nuestras familias y dormir en nuestras camas de vez en cuando! Zarparemos pasado mañana.

Isócrates agachó la cabeza. El pensamiento de que iba a poder asistir al concierto de Dionisia le saltó a la mente casi sin darse cuenta. Estaba decidido a no perseguirla, pero no tendría nada de malo si solamente fuese a escucharla, un hombre entre un millar, ¿no? Y volver a verla, a oír su voz. Lo deseaba enardecidamente.

El trierarca tomó aliento y luego lo volvió a soltar.

—Bueno, hay otra cuestión —dijo, recuperando la alegría—. El embajador

me escribió contándomelo porque se imaginaba el tipo de respuesta que tú le darías. Parece ser que el rey, de hecho, le dio un saquito de dinero para comprar tu silencio... perdón, para compensarte por la herida. Cuando lo rechazaste, se disgustó un poco. Tiene que rendir cuentas del dinero ante el tesoro real, y si lo devolviese sería como haber fracasado. Después de que le perdonaras la vida al pimpollo ése de sangre real, decidió dártelo, en cambio, como recompensa.

Isócrates se lo quedó mirando con escepticismo, como si fuera una afrenta.

—Yo no...

—Ya sé que tú no, y el embajador también lo sabe. Yo, sin embargo, sí.

Motivo por el cual yo soy rico y tú no. Acepté el dinero en tu nombre y juré por el Sol que me aseguraría de que lo cogieses. ¿Dónde quieres que lo ponga?

Isócrates lo seguía mirando. El trierarca soltó una risita.

—¡Oye, a mí no me mires! Fuiste tú el que le perdonó la vida al individuo ése cuando te amenazó con la espada. Si...

—Jamás tuve intención de matarlo! ¡Habría sido como... como matar a un perrito faldero!

Aristómaco se rió.

—¡Me alegro de que el muy desgraciado no te oyera decir eso! Eso haría que te odie más de lo que ya lo hace. ¡Y ese hombre tiene más de víbora

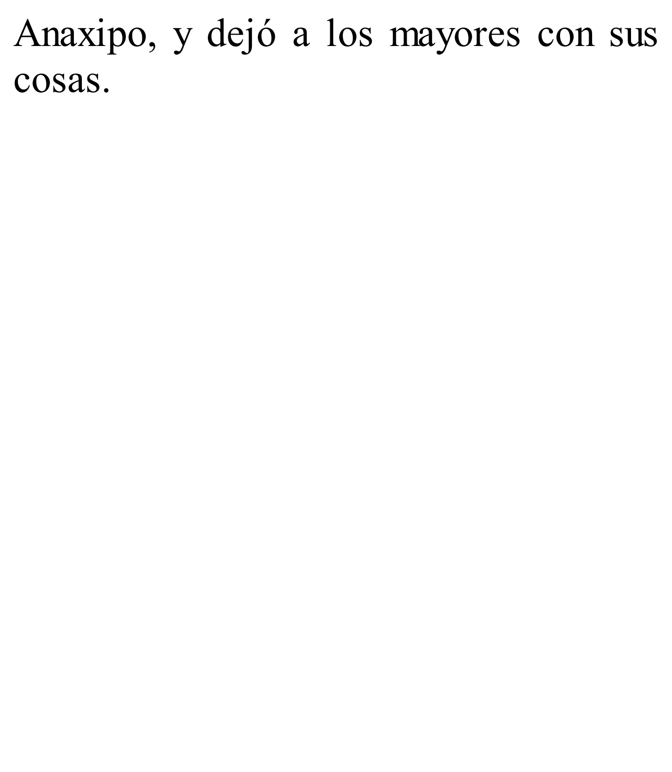
que de perrito faldero, amigo mío! Si el embajador no lo hubiera mandado de vuelta a casa esta misma mañana, me temo que estarías a punto de sufrir algún accidente espantoso. Pero, dime, ¿por qué no ibas a aceptar una recompensa por perdonarle la vida? ¡Imagínate la cara que se le va a quedar cuando el embajador informe a la tesorería de lo que ha hecho con ese dinero!

En contra de su voluntad, Isócrates sonrió.

—¡Así me gusta! —dijo Aristómaco con su amabilidad característica—. Vamos a comer y te hablo de los barcos en los que te puede interesar invertir.

—¡Qué aburrimiento! —gruñó

Anaxipo, y dejó a los mayores con sus cosas.



ONCE

El soborno del rey era de dos mil dracmas. Isócrates nunca había concebido la idea de llegar a poseer semejante suma, y una vez que la hubo invertido en otros tres de los barcos del trierarca le resultó difícil creer que ese dinero había llegado a existir.

No obstante, se sintió placenteramente acaudalado mientras se alejaba de la casa del trierarca y, por primera vez en muchos años, se vio a sí mismo planteándose la posibilidad de vivir de otra cosa que no fuese la

Armada. Dos mil dracmas —o en lo que se hubieran convertido al final del año — eran suficientes para comprarse una casa y, tal vez, para arrendar un viñedo pequeño...

Se preguntó si habría sido el sabor del vino de su padre lo que le había llevado a pensar en las viñas. Trató de representarse el mismo sueño con un olivar o con un barquito de pesca, pero el recuerdo del tiempo en que cuidó de las cepas se había apoderado de él: el aroma que desprendían, cómo se les movían las hojas y la alegría de la cosecha.

Las viñas, el olivar o, simplemente, seguir invirtiendo: ahora tenía todas esas posibilidades. Por primera vez

desde que murió Agido, volvía a tener esperanzas de llevar la clase de vida que una vez le había parecido natural e inevitable: una casa, una mujer, niños...

Sin embargo, una casita y un viñedo arrendado no iban a ser suficientes para Dionisia. Una vez más, la vio de pie en el escenario, tocando la cítara con aquellos dedos y la cara de concentración introspectiva mientras su voz llenaba la sala. No, no podía ofrecerle a aquella diosa una vida como esposa de un arrendatario de tierras.

Se detuvo de golpe en medio de la calle, con el corazón golpeando su pecho con rabia y con una pena profunda, deseando, de forma salvaje y dolorosa, algo que sabía que no podía

conseguir. Tragó saliva varias veces, tratando de razonar consigo mismo. Su situación era mejor y más esperanzadora que cuando murió Agido. Había ganado la competición contra su padre, había logrado, por sí mismo, vivir de forma independiente. También había alcanzado el rango de capitán y tendría acceso a más barcos en el futuro; tenía un patrimonio nuevo que, con ayuda de Aristómaco, podría llegar a convertirse en una casa y un terreno propios. Entonces, ¿a qué venía ese sentimiento de que todo aquello por lo que había trabajado no era más que un puñado de cenizas? ¡Era una estupidez!

Se sacudió con rabia esas ideas de la cabeza y fue al astillero, donde colgó

un aviso ordenando a toda la tripulación del *Atalanta* que se presentase en el barco en un plazo de dos días. Luego, fue a ver cómo estaba la trihemiolia y a enterarse de cómo iba el avituallamiento.

Ya era por la tarde cuando terminó y tomó la precaución de parar de regreso a su habitación a comprar comida, imaginando el «¡pues no he hecho cena para ti!» de Atta como si ya estuviera allí.

Sin embargo, al llamar a la puerta, no obtuvo respuesta. Se quedó desconcertado, mirándola durante un rato. Estaba empezando a oscurecer, Atta y su familia ya deberían haber terminado de cenar y estar preparándose

para ir a dormir. ¿Habría pasado algo en el barrio que los hubiera llevado a salir? Volvió a llamar, menos seguro esta vez.

Se oyó un sonido que venía del interior de la casa, un gemido. Isócrates se quedó paralizado de la impresión. Había hablado con Atta aquella misma mañana, antes de salir, y ella estaba bien de salud. ¿Qué podría haberle pasado en sólo doce horas? Resistió el impulso de salir corriendo y, en cambio, trató de abrir la puerta. No pudo, tenía la tranca echada. Se agachó, metió los dedos por debajo de la puerta y la levantó hasta sacarla de las bisagras.

La habitación apestaba a vómito. Además, estaba a oscuras. La poca luz

del atardecer que entraba por la puerta reveló un bulto oscuro en el rincón, donde Atta y sus hijos dormían por las noches. Isócrates buscó a tientas la lámpara que solía estar sobre el estante, al lado de la puerta pero, cuando la encontró, no logró alumbrarla. El fuego del hogar se había enfriado y no encontró con qué encenderlo. Se acercó a la cama, pisando sobre algo pringoso y, con cautela, llegó a tocar lo que esperó que fuese un hombro.

—¿Atta?

Oyó otro gemido.

Tembloroso, salió corriendo de la casa y llamó a la puerta del vecino de al lado. Era un trabajador del puerto a quien despreciaba llamado Bion, un

borrachín que pegaba a su esposa. Cuando el hombre salió a la puerta, enfadado porque lo molestaran después de cenar, Isócrates lo saludó muy aliviado.

—¡Le ha pasado algo a Atta! —exclamó—. ¿Me prestas una lámpara?

La mujer de Bion, pálida y alicaída, apareció detrás de su marido tapándose la boca con una mano y los ojos como platos. Bion la miró con cara de reprobación, pero no hizo objeción alguna cuando ésta se metió en casa disparada y volvió con una lámpara, encendida con ascuas de la lumbre.

La luz inestable de la lámpara reveló a Atta acurrucada en la cama, rodeando entre los brazos a sus niños.

El vómito, salpicado de rojo aquí y allá, había rebosado el orinal y había formado un barrizal asqueroso con la arcilla del suelo. La mujer de Bion se lamentó desconcertada y se acercó corriendo. Atta volvió a gemir cuando la otra mujer la tocó, pero los niños que tenía en los brazos no se movieron.

—¡Apártate de ella! —le ordenó Bion bruscamente—. ¡Te vas a contagiar!

—¡No está enferma! —protestó Isócrates indignado—. ¡Esta mañana estaba perfectamente! —Y entonces empezó a sospechar.

—Deben de haber comido algo malo —dijo la mujer de Bion restregándose las manos—. ¡Le dije que

no comieran lo que tiraban los pescaderos! Pero siempre tenían hambre los pobres. ¡Pobres criaturas!

Haber comido algo malo. Había una cesta sobre la mesa, una cestita hecha de juncos trenzados, con una tapa. Isócrates la abrió. Contenía bolitas de sésamo con miel. No llegaban a formar una capa sobre el fondo de la cesta, quedaba sitio para dos o tres más. Un pedacito de papiro yacía sobre los dulces: «De Dionisia, hija de Clístenes, para Isócrates, hijo de Critágoras, como muestra de alegría por tu recuperación».

—¡Ay, Zeus! —dijo Isócrates en voz baja.

Miró de nuevo a la mujer y los niños en la cama y sintió un retortijón de

angustia, un dolor físico, como si el veneno le estuviera royendo las entrañas a él también.

La pequeña Leuke había nacido un par de meses después de que él llegara a la casa, la había conocido durante toda su corta vida. Recordaba a la niña abrazándose a sus rodillas mirándolo con los ojos llenos de esperanza. ¿Qué era lo que le había traído esta vez? Se acercó y le tocó el pelo suave. La cabeza quedó colgando hacia atrás, con los ojos en blanco, entreabiertos, y la barbilla cubierta de vómito ensangrentado. No supo decir si seguía viva.

Dejó a la mujer de Bion con Atta y salió corriendo a buscar al médico, era

lo único que podía hacer. Para cuando volvió a la casa, las mujeres del vecindario ya habían empezado a llorar sus muertes. Atta siguió respirando una hora más, pero los niños ya llevaban tiempo muertos.

Apenas logró retener lo que pasó durante el resto de la noche. Recordaba haberse ofrecido a pagar los funerales, pero nada más hasta que amaneció, cuando llamó a la puerta de Aristómaco llevando consigo la cesta de los dulces de sésamo.

El trierarca no estaba despierto, pero los esclavos dejaron pasar a Isócrates al comedor para esperarlo. Poco después llegaba, desaliñado y bostezando.

—Más te vale tener un buen motivo —le dijo—. Por Heracles, hombre, ¿qué pasa?

—Atta ha muerto. Mi casera. Y sus dos hijos también. Creo que comieron de aquí. —Isócrates dejó la cesta sobre la mesa.

Aristómaco cerró la boca a medio bostezo. Se quedó perplejo un instante y luego, con cautela, abrió la cesta. Leyó la nota y levantó la vista sin poder dar crédito.

—¿Crees que la milesia ha envene...

—¡No! —exclamó Isócrates enfadado—. Hipérides.

—Ah —Aristómaco se quedó mirando la cesta—. ¿Sabía él...? Sí,

claro que lo sabía, estuvo el día del concierto. —Sacudió la cabeza disgustado—. ¡Ay, por Apolo! ¿Y dices que tu casera está muerta?

La imagen de Leuke, muerta en brazos de su madre moribunda, volvió a abrirse paso a la fuerza entre los pensamientos de Isócrates. Se apretó los ojos con las manos, tratando de olvidarla.

—¡Tranquilo! —exclamó Aristómaco, y se acercó a darle unas palmaditas en el hombro.

—Eran para mí —dijo Isócrates sin miramientos—. Pero ellos se comieron algunas. ¡Claro que comieron! Siempre tenían hambre, ¿iban a dejar una cesta llena de dulces encima de la mesa

durante todo el día sin tocarla? ¡La pequeñita tenía sólo cinco años!

—¿Estás seguro de eso? —le preguntó Aristómaco muy serio—. Esa casa es un agujero insalubre. Puede que los dulces sean, de verdad, de la muchacha milesia y perfectamente comestibles.

Sí, era un agujero insalubre. Y sí, como había dicho la mujer de Bion, Atta hacía, a menudo, sopa de pescado viejo. Sin embargo, siempre había tenido una idea muy acertada acerca de lo que se podía comer y lo que no, acostumbrada a regatear enardecidamente con los mercaderes que no bajaban los precios hasta que la comida estaba para tirarla a la basura.

—Estoy seguro. —Cogió la nota que había en la cesta—. Todavía tengo la otra carta de Dionisia y no es la misma letra. Además, está dirigida a mí como «hijo de Critágoras». Así es como me presentaste al embajador, pero yo siempre digo «de Camiro», y así es como ella me conoce. De todas formas, si te cabe alguna duda, podemos darle una de éstas a una rata y ver lo que pasa.

Aristómaco se estremeció.

—Te aseguro que yo no querría tener que comerme una. ¿Qué quieres que haga?

Isócrates respiró hondo. ¿Que qué quería que hiciese Aristómaco? ¿Por qué había ido ahí y no a...? ¿A quién debería ir?

—Debería ir a ver a Agatóstrato —dijo en voz alta—. Él fue el anfitrión de los sirios.

—Muy bien. Voy a escribirle una nota.

Isócrates se quedó mirando al trierarca.

—No tenía intención de...

—Bueno, has venido aquí en busca de apoyo, ¿verdad?

Isócrates le contestó con lo que, de repente, entendió que era la pura verdad.

—He venido aquí porque eres un amigo en el que confío. Necesito tu sentido común. Ese hombre es de la realeza. Yo no sé... No sé si...

Apretó los dientes, temblando impotente por la rabia que lo asaltó. No

sabía si podía hacer algo contra Hipérides. Peor aún: no sabía si debía siquiera intentarlo. Si acusar a Laodice podía haberle acarreado problemas a Rodas, ¿se atrevería a acusar a su protegido? Quería, con una ansiedad violenta y enardecida, castigar al hombre que había puesto unos dulces envenenados al alcance de unos niños inocentes... pero había muchos otros niños en Rodas y, ¿de qué le iba a servir a Leuke que se desatase la guerra sobre ellos?

—Vamos a hablar con Agatóstrato —le dijo Aristómaco—. Él sabrá qué hacer.

El almirante, evidentemente, se

levantaba temprano, porque su contestación a la nota de Aristómaco vino con el mismo mensajero. Era una invitación para que fuesen a discutir el asunto lo antes posible.

Los dos hombres atravesaron el mercado que se estaba despertando en esos momentos. Los tenderetes del panadero estaban hasta arriba de pan recién hecho; los fruteros vendían cerezas, melocotones y fresas; las mujeres del campo estaban en cuclillas, a un lado del camino, con fardos de hierbas y espárragos. A Isócrates le parecía increíble que ya hubiera empezado otro día y que Leuke no lo fuese a ver.

En casa de Agatóstrato, los

esclavos estaban lavando el recibidor de la entrada, echando cubos de agua y haciendo que escurriese hacia la calle. Aristómaco e Isócrates se quitaron las sandalias y pasaron por un lado. Acto seguido, los esclavos fueron tras ellos limpiando las huellas embarradas que dejaron a su paso.

Agatóstrato estaba en el jardín, desayunando pan y aceitunas. Le asintió a Aristómaco, quien inclinó la cabeza en señal de respeto antes de sentarse en el banco del jardín. Isócrates se colocó a su lado.

—Gracias por recibirnos —empezó a decir Aristómaco—. Mi capitán...

—¿Ha tenido algún contratiempo

por culpa de Hipérides, la víbora siria? —el almirante le acabó la frase.

—Sí —dijo Isócrates—. Al menos eso creo yo, señor. —Le pasó la cesta de bolitas de sésamo—. Alguien dejó esto en la casa donde me alojo en algún momento del día de ayer. Mi casera y sus dos hijos están muertos.

Agatóstrato tomó aliento con cierto recelo. Cogió la cesta y, con cautela, miró lo que tenía dentro.

—Mi capitán dice que la nota no es de Dionisia, la citarista milesia —aportó Aristómaco—. La letra es diferente. Además, ella lo conoce como «Isócrates de Camiro» y no por el nombre de su padre. Hipérides sabía perfectamente que ella podría hacerle un

regalo, estaba delante cuando Dionisia se acercó tras el concierto a agradecerle a Isócrates la ayuda que le había prestado. Pero, si quieres, podemos mandar traer a la dama y preguntarle.

El almirante asintió disgustado y volvió a cerrar la cesta.

—Ya me lo... no, decir que me lo esperaba es mucho decir. Estaba intranquilo. Ese joven, Hipérides, se sintió despreciado por el embajador y, sobre todo, por ti, capitán. Y Diodoro, por más que era el cabeza de la embajada, estaba claramente preocupado por él. Lo que me consuela es que se marcharon todos ayer por la mañana. Que te mandase un regalo de despedida... no, no me sorprende. Voy a

mandar a buscar a la dama, pero no me cabe duda de que nos confirmará que esto no lo envió ella.

Llamó a uno de sus esclavos y le dio un recado para Dionisia. Después, se quedó mirando un rato a Isócrates.

—Por lo que tengo entendido, Diodoro se ofreció a comprar tu silencio. Tú rechazaste el dinero, pero has guardado silencio de todas formas.

—Sí, señor. Mi trierarca me hizo ver que acusar a la reina Laodice no le iba a ser de provecho a Rodas, y su razonamiento me convenció.

—No me extraña, está bien fundamentado. —Agatóstrato puso cara de circunstancias—. El hecho de que Diodoro estuviese tan preocupado por la

opinión de ese jovenzuelo, tan perverso como atolondrado, demuestra que la reina tiene mucha influencia en la nueva corte. Y supongo que es natural que así sea, ya que su hijo le debe el título a su falta de escrúpulos. Lo crucial ahora es saber hasta qué punto Hipérides cuenta con el apoyo de su patrona.

Aristómaco se quedó dándole vueltas al asunto.

—El nuevo rey necesita amigos. Seguramente...

—El nuevo rey ya tiene amigos —dijo el almirante con amargura—. Puede que Antígono de Macedonia no se haya definido todavía, pero ha sido amigo de Siria y enemigo de Egipto toda la vida. Incluso, aunque rechace a Seleuco,

¿podría alguien creer seriamente que se iba a quedar al margen y dejar que Tolomeo se haga con el control del Egeo? Y, si Antígono lo respalda, no creo que Seleuco se preocupe demasiado en reconciliarse con Rodas. ¡Hemos votado por una postura neutra!

—¡Esa fue tu moción! —dijo Aristómaco con agudeza.

—¡Sí! Y no creo que fuese un error. Pero, aun así, el nuevo rey sabe que la neutralidad es todo el apoyo que le vamos a brindar y, por eso, no se va a desviar de su camino para servirnos de ayuda si vamos a quejarnos de uno de los protegidos de su madre. Ya sólo preguntar puede resultar peligroso.

—Una mujer ha muerto —dijo

Isócrates—. Una mujer y dos niños, rodiotas y libres. ¡Se les debe justicia!

Agatóstrato suspiró.

—No te lo niego. Pero la Justicia, esa diosa nacida de una estrella, dejó la tierra en la Edad de Oro. Que nuestra queja tenga o no alguna esperanza de éxito depende del apoyo del que pueda hacer acopio Hipérides en la corte de Siria. Vuelvo a decir que puede resultar peligroso siquiera intentarlo... no para Rodas, hijo de Critágoras: para ti. Parece que Hipérides era tu enemigo ya antes de que llegase a Rodas. Supongo que le sentó mal que sobrevivieras a la entrevista que tuviste en casa de la reina y que te convirtieras en un problema para ella. Cuando le quitaste la espada y

lo avergonzaste ante el embajador, su odio creció más aún. Si nos quejamos y nuestra protesta fracasa, encontrará la forma de matarte... y yo, por lo menos, lo lamentaría. Rodas no puede permitirse perder sin que le importe a hombres como tú.

—¡Pero si ya ha tratado de matarme!

—¡Mientras estuvo en Rodas! Dudo mucho que vuelva a intentarlo cuando esté de vuelta en su casa, a menos, como ya he dicho, que sepa que nos hemos quejado de él al rey. Te lo voy a decir con franqueza: lo mejor es dejar correr este asunto.

Aristómaco se quedó pensando en ello, pero no dijo nada, sólo miró a su

capitán con cara de duda. Isócrates volvió a pensar en el rostro de Leuke muerta. Sacudió la cabeza enfadado.

—¡Ha muerto gente! Juro por el Sol que no dejaré este asunto correr sin presentar, siquiera, una queja!

El almirante suspiró.

—Muy bien. ¿Puedo, por lo menos, convencerte de que lo dejes en mis manos y no hables de esto con nadie más?

Isócrates se lo quedó mirando con inseguridad. Había ido contento a hablar con el almirante pero, ahora, caía en la cuenta de que Agatóstrato era partidario de Siria y que tenía muchos amigos en la corte seléucida.

—Lo que yo haría es lo siguiente

—dijo el almirante con voz ecuánime—: me pondré en contacto con mi amigo Diodoro en secreto, quien ya conoce cómo actúa Hipérides, para contarle lo que ha pasado. Una prueba de intento de asesinato puede que sea suficiente para convencer a la reina de que le retire la protección a ese hombre, en cuyo caso, seríamos libres de ir a por él. Si, en caso contrario, opina que la reina Laodice estaría complacida por lo que hizo su protegido, Diodoro podría guardarnos el secreto ante la reina y, en cambio, contárselo al rey en privado. Le daría al rey un buen motivo para desconfiar de Hipérides y yo podría insistirle en que tuviese en cuenta tu seguridad al hablar con él.

—A mí me parece bien —dijo Aristómaco enseguida. Clavó la mirada en Isócrates—. Eso no haría que la queja tuviese menos oportunidades de fructificar —presionó.

Isócrates, disgustado, lo sopesó. Aquel acercamiento secreto y rastrero le parecía una traición a la pobre Leuke, tan pequeña... pero Aristómaco tenía razón al decir que actuar con precipitación tenía pocas posibilidades de salir bien y podría beneficiarlos menos aun. Era cierto que el embajador Diodoro tenía buenos motivos para hablarle mal de Hipérides al rey, aunque sólo fuese para justificarse. Probablemente, era lo mejor que iban a conseguir. Con mucha reticencia, asintió.

En ese momento se abrió una puerta y Dionisia entró en el jardín, acompañada por su dama y por uno de los esclavos del almirante. Estaba vestida con mucha sobriedad, llevando una capa muy voluminosa —de lana, a pesar del calor—, y con cara de ansiedad. La preocupación cedió el turno a la sorpresa y, de forma inconfundible, al placer cuando vio a Isócrates.

—Hija de Clístenes —dijo el almirante, inclinando la cabeza—. Gracias por venir tan rápido. ¿Puedo preguntar si sabes algo de esto? —Cogió la cesta y se la alcanzó.

Ella, sorprendida, la contempló un instante, miró confundida a Isócrates y

se lo pensó dos veces antes de cogerla. Abrió la tapa, cogió la nota y se quedó mirándola sin comprender nada.

—No —dijo ella azorada—. Yo no la he escrito. No es mía. —Miró a Isócrates y algo en la cara de él lo delató. A ella se le abrieron los ojos como platos y dejó la cesta corriendo—. ¿Qué pasa? No es... tú no has...

—Creo que mi casera y sus dos hijos comieron de ahí —le explicó Isócrates—. Están muertos.

—¡Por Apolo! —Dionisia se llevó las manos a la boca, mirándolo espantada—. Yo no te lo he mandado, ¡créeme, por favor! Yo... ¡Hipérides! Estaba delante cuando hablé contigo, él...

—Eso es lo que hemos pensado nosotros también —le dijo Aristómaco con satisfacción.

—Yo nunca haría nada que pudiera hacerte daño —le dijo Dionisia a Isócrates, sin aliento y con la cara roja —. Tú me has ayudado más que nadie en este mundo. Me rescataste de los piratas, me trajiste aquí, me presentaste a los amigos y a los patrocinadores y nunca me has pedido nada a cambio. Yo jamás...

—¡Por favor! —protestó Isócrates abochornado—. Sólo teníamos que asegurarnos. Nos sentiríamos muy estúpidos si nos quejáramos al rey Seleuco y luego resultase que tú me lo habías enviado y Atta y sus hijos

hubieran muerto por comer pescado en mal estado.

Dionisia se lo quedó mirando.

—¿Vais a apelar al rey Seleuco? ¡Ah, no! ¡No, por favor, no! ¡Hipérides te matará!

—Me encargaré de que este asunto se lleve a cabo con discreción —dijo Agatóstrato de forma tajante—. El capitán no debería correr peligro, dando por sentado que el asunto se maneje con discreción también aquí, en Rodas.

—Pero... —empezó a decir ella.

—Agradecemos tu participación —dijo Agatóstrato con cierta hostilidad—. También te agradeceremos que guardes silencio.

Miró disgustada a Isócrates. Este le

hizo una reverencia con la cabeza al almirante.

—Entonces, señor, lo dejo en tus manos. —Se volvió hacia Dionisia—. Puedo acompañarte de vuelta a tos aposentos si quieres, señora.

—Por favor —musitó ella.

Dionisia no dijo nada mientras caminaban por la casa, pero cuando llegaron a la calle dijo en voz baja:

—Lo siento mucho. No te he traído más que problemas.

—No —dijo él con firmeza—. Tus enemigos son los que me dan problemas. No te culpes de sus crímenes ni por un instante.

Ella levantó la vista para mirarlo con ojos tristes y repitió:

—Lo siento.

—¿Por dónde se va a tus aposentos?

Ella señaló hacia la derecha.

—Estoy en la casa del Gremio, por ahora. Está cerca del teatro. —Tomaron la dirección indicada, con la dama de compañía siguiéndolos en silencio.

—Mi casera tenía dos hijos —dijo Isócrates de pronto—. La pequeña de sólo cinco años. Yo le daba siempre algo de comida, aunque a su madre no le gustaba.

Dionisia puso cara de dolor.

—¡Cuánto lo siento!

—No es... Sólo quiero que entiendas por qué no he seguido tu consejo.

—¿Adonde vas a ir ahora?

Eso no lo había pensado. No tenía ni idea de quién iba a heredar la casa de Atta, pero estaba seguro de que le sería imposible pasar otra noche allí. Ahora, aquel lugar le parecía maldito, igual que la casa en la que había nacido estovo condenada desde el momento en que descolgaron el cuerpo de Agido de la viga del techo. De repente, mareado y con la vista borrosa, se detuvo a medio camino. Sintió como si una plaga hubiera invadido todos los lugares a los que había llamado su hogar, y que todo aquello sobre lo que volvía la mirada estaba contaminado.

Dionisia estiró el brazo con intención de tocarle el hombro.

—¿Isócrates?

Él tembló y la cogió de la mano. Los dedos finos de la instrumentista le envolvieron los suyos, y la hermosa cara que lo miraba fijamente le parecía el único puerto seguro que había en aquel mundo aterrador.

—Me... me gustaría poder ayudar —dijo ella muy seria—, si hay algo que pueda hacer. Si necesitas dinero para quedarte en otro sitio, yo podría...

—¡No! —dijo él, herido por la humillación. ¿Acaso era un objeto de compasión para ella? Le soltó la mano de golpe—. Cuando empiece el otoño me compraré una casa. Hasta entonces, me quedaré en los barracones, o con Aristómaco.

Entonces se hizo el silencio. Fue ella quien lo rompió para expresar sus dudas:

—Me han dicho que tu padre te desheredó tras una disputa.

Él sacudió la cabeza y empezó a andar otra vez.

—Es cierto que me peleé con mi padre. Pero ahora tengo un poco de dinero, del rescate y de una recompensa que me dio el embajador sirio por haberle perdonado la vida a Hipérides...

—¿Cómo?

Él le contó lo ocurrido días antes.

—¡Por Apolo! —exclamó ella espantada—. ¡La corte entera se debe de estar riendo de él! ¡Ahora entiendo que tratara de envenenarte!

Isócrates miró muy nervioso a su alrededor, pero la calle estaba vacía y nadie se había enterado.

—¡No hables de ello! —le ordenó.

—¡Por favor! —dijo ella con la voz afectada. Él se detuvo, sorprendido, y vio que ella se había quedado varios pasos más atrás, apretándose las manos.

—¡No me odies! —le suplicó—. ¡Si me lo permites, quiero ser tu amiga!

Él se la quedó mirando consternado.

—No te odio, yo... soy tu amigo, ¡claro que lo soy!

—Pero... —dijo ella y calló para morderse el labio—. Necesito hablar contigo. ¿Hay algún sitio...?

Diseria, la dama de compañía, hizo

un ruido de desprecio y Dionisia la miró furiosa.

—Se siente avergonzado porque es demasiado pobre para ti —dijo Diseria sin pelos en la lengua—. Y, al ofrecerle dinero, se lo has restregado por la cara. Hala: ya te lo he resuelto.

Ambos la miraron con idénticas caras de asombro.

—Si tienes que hablar, hazlo en público —prosiguió Diseria—. Al señor Haguemonte no le va a hacer ninguna gracia si llega a sus oídos que un oficial de la Armada, que no tiene donde caerse muerto, fue visto saliendo de tu habitación por la mañana.

—¡Diseria! —exclamó Dionisia furiosa.

—Es cierto y lo sabes —replicó la dama de compañía.

Dionisia le echó una mirada y luego se volvió a Isócrates.

—Hay un jardín público cerca del templo de las Ninfas, a una manzana de aquí. Podemos ir allí.

El jardín aquel era pequeño, situado por debajo del nivel de la calle y junto al pequeño templo de mármol. Se veía desde la calle que a esa hora estaba desierto. Rosas, jazmines e hibiscos rodios crecían a lo largo de los muros de piedra; en la charca que había en el centro crecían lilas. Dionisia se sentó en el banco de piedra y se colocó la capa con delicadeza. Isócrates se sentó, muy incómodo, al borde de la charca.

—Haguemonte no es mi amante —declaró Dionisia con ojos enardecidos —. Si eso es lo que piensas, estás equivocado. Le dije que no soy una cortesana y él lo aceptó.

A pesar de todo, a Isócrates el corazón le dio un vuelco ante semejante declaración. Sin embargo, se limitó a decir:

—Si lo has rechazado a él, no querrá que aceptes a otro.

Diseria soltó una risa burlona.

—¡Tipo listo! ¡Mira lo que dice!

Su señora la volvió a mirar furiosa, y después dijo:

—¿Es cierto lo que ha dicho, que te has apartado de mí porque eres pobre?

Era un alivio que hubiera salido a

la luz.

—Las Musas te han otorgado un don que te hará rica y famosa. Yo ni siquiera tengo casa propia. No tengo nada que ofrecerte.

Ella lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada.

—¿Te gustaría?

El cerró los ojos.

—Sí, por supuesto.

—No estaba segura —dijo ella con dulzura—. Me lo había parecido, ¡pero tu carta fue tan fría! Me arrepentí de haberte escrito... Pero cuando te vi en el concierto fuiste muy amable. No lograba entenderlo.

—Si eres tan tonta como para enamorarte de mí, te va a costar el

patrocinio y tus sueños. Yo no les hago daño a mis amigos... ¡y espero que me consideres tu amigo!

—¡Un amigo sincero y muy querido! —exclamó Dionisia en un susurro atragantado, retorciendo el borde de la capa con los dedos.

Isócrates apretó las manos entre las rodillas. Algún rincón de su mente deseaba que Dionisia reclamase que él podría hacerla feliz, que le bastaba su amor para ser feliz. Pero no lo había hecho. El amor sin la música la haría desgraciada, y ella lo sabía. Él se sintió de repente mucho más tranquilo y junto con la tranquilidad, profundamente cansado.

Diseria lo despreció con una

sonrisilla.

—Los hombres y las mujeres jamás podrán ser amigos.

—Eso no es cierto —le dijo Isócrates en voz baja—. Agido era mi amiga. Mi madrastra. Murió hace tiempo, pero éramos como hermanos.

—Ella fue el motivo por el que te peleaste con tu padre —dijo Dionisia en voz baja.

No había sido una pregunta. Él asintió y, sin pretenderlo, se vio hablándole de Agido, de la granja en lo alto del monte, tan hermosa como maldita. Dionisia lo escuchaba en silencio.

—¡Ah! —murmuró ella cuando él hizo una pausa—. Ahora lo entiendo

todo. —Suspiró profundamente.

—De todas formas, no era un sitio muy grande —le contó él—. No como tu mansión de Mileto.

—No, pero... pero ahora lo entiendo. Te has portado como un amigo conmigo. —Volvió a suspirar y luego dijo con precipitación—: ¡Ahora, deja que sea amiga tuya! Por favor... por lo menos, podría prestarte algo de dinero.

El sacudió la cabeza.

—Yo... te lo agradezco, pero no. Estaré bien en cuanto haya descansado. Respecto al dinero, mi situación es mejor que nunca. Puede que no tenga suficiente para... para mantener un hogar respetable, pero tengo de sobra para mis propias necesidades. Me compraré una

casa en otoño. Hasta entonces... bueno, no creo que pase más de diez días en Rodas hasta que acabe la temporada de navegación. Volvemos a zarpar pasado man... no, mañana.

Al darse cuenta de que el *Atalanta* iba a zarpar a la mañana siguiente, se le quebró el corazón.

Ella lo miró preocupada.

—¿Estás bien para navegar?

—No estoy enfermo. —Se quedó un momento en silencio y luego dijo—: Tu concierto es hoy, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes, tengo tiempo de sobra para prepararlo.

—Yo iba a ir. Pero los funerales son esta tarde.

Dionisia dudó, pero luego dijo:

—Rezaré a la tierra por ellos. Mira, deberías volver con tu amigo el trierarca hasta entonces. Estoy segura de que querrá que te quedes en su casa. Es evidente que se preocupa por ti y, si no está ya esperando que te quedes, lo estará en cuanto se lo piense un poco. ¡No hace falta que me acompañes a casa!

El apenas sonrió. Seguramente ella tenía razón acerca de Aristómaco. Asintió y se levantó sintiéndose muy pesado.

—Deja que... deja que sepa cómo estás —le dijo Dionisia, muy seria—. Mándame una nota antes de irte y otra cuando vuelvas. Partiré de viaje a final de mes, pero siempre me puedes dejar

una nota en el Gremio.

—Muy bien. Pero, ¿te vas? ¿A dónde?

—A Atenas. —Sonrió con timidez —. ¡Me han invitado a participar en el Panateneo, en la modalidad de «cítara y voz»!

—¡Ah! —Esa sí que era una buena noticia.

El Gran Panateneo se celebraba cada cuatro años en Atenas, con competiciones musicales incluidas, además de las atléticas, y atraía a intérpretes procedentes de todo el mundo griego. Ser invitado a competir no era ninguna nimiedad; el único festival de música más reputado era el de los Juegos Pitios.

—¡Te deseo toda la suerte del mundo!

—¡Y yo a ti! —le dijo ella mirándolo atentamente—. ¡Te deseo lo mejor, amigo mío!

Doce

A Isócrates nunca le había gustado Delos. En aquella ocasión, como todavía tenía el corazón encogido por la muerte de Atta y de sus hijos, llegó a detestar el lugar.

Lo cierto era que aquella isla tenía mucho misticismo. En el mismo centro del Egeo y de la inmensa rueda de las Cícladas, aquella isla pertenecía a los dioses. Bajo la palmera sagrada de la isla, Leto había dado a luz a Apolo y a Artemisa, las más brillantes de todas las deidades. El pueblo de Delos se

mostraba espléndido y tenía templos por doquier, todos ellos ricamente adornados con oro y marfil, con ricos tapices y estatuas hermosísimas de mármol y bronce. El ágora, con sus largas columnatas, resultaba casi tan magnífica como la de Alejandría.

Lo sagrado de la isla, sin embargo, significaba que nacimiento y muerte quedasen ambos excluidos y, con ellos, toda la autenticidad de la vida corriente. La gente adulta iba a Delos a adorar a los dioses o a comerciar en su famoso mercado. Otros llegaban navegando desde las islas vecinas para abastecerlos. En realidad, nadie vivía en Delos más de unos pocos meses al año, la tierra estaba sin labrar y allí no

crecían niños. A los viajeros que caían enfermos los enviaban a las islas vecinas antes de que contaminasen el suelo sagrado con la muerte. A Isócrates le había parecido siempre un lugar espurio, como los decorados de una obra de teatro.

Lo que verdaderamente le disgustaba, sin embargo, era el hedor a piratas que había en el aire. La condición sagrada de la isla implicaba que cualquiera podía comerciar allí sin temor a represalias por los crímenes cometidos en otros lugares y, en consecuencia, tenía el mercado de esclavos más grande de todo el Egeo. El comercio de esclavos siempre había ido de la mano de la piratería y la había

respaldado. Él lo odiaba. Sin embargo, Aristómaco tenía razón al decir que Delos era un buen sirio para enterarse de los rumores.

—No corren tantos como de costumbre —señaló Timón, el capitán del *Melpomene,* barco que era en parte de Aristómaco—, ninguno de piratas, quiero decir. De lo único que se habla es de la guerra.

Estaba sentado con Aristómaco y con Isócrates en una de las tabernas de Delos que ofrecía precios escandalosos, bebiendo un vino que lo dejó indiferente. El *Atalanta* había llegado a la isla aquella tarde tras un lento viaje en busca de rumores, y se encontró al *Melpomene* atracado y con las bodegas

ya descargadas. Timón se había unido a ellos muy contento para echar un trago, pero no estaba resultando ser de tanta utilidad como Aristómaco había esperado.

—¡Pero si este sitio es un hervidero! —objetó Aristómaco mirando el mercado del ágora desde la terraza, que había quedado a la sombra.

Empezaba a anochecer, pero la enorme plaza estaba todavía abarrotada.

—¡Ah, sí, hay mucho movimiento! —asintió Timón—. He vendido el grano nada más pisar el muelle, le he sacado un veintiséis por ciento. Pero eso es porque la gente está tratando de llevarse el cargamento a casa antes de que empiece la guerra. Hay menos cotilleos

que de costumbre, y lo único que se habla es de la guerra. —Sacudió la cabeza—. La gente de la costa asiática ni siquiera sabe si, cuando vuelvan, sus ciudades seguirán igual que cuando zarparon. Y también está el tema de Macedonia: nadie sabe si se va a implicar o se quedará al margen, y eso repercute en todos los aspectos. El caso es que se oyen menos rumores de piratas que de costumbre.

—¡Por todos los dioses! —explotó Aristómaco con impaciencia—. ¿Estás tratando de decirme que a los patrones de los barcos mercantes no les interesa saber dónde pueden encontrarse con los piratas?

Timón, un hombre delgado y

menudo, de mediana edad, premió el sarcasmo del trierarca con una sonrisa débil.

—Nnn-oooo... pero le están dedicando a eso menos tiempo de lo habitual. Además, todo el mundo sabe dónde es más probable encontrarse con los piratas. Sólo hablan de ellos cuando aparecen donde no se los espera.

—¿Y eso no ha pasado últimamente? —preguntó Isócrates.

El otro capitán se encogió de hombros.

—No, que yo sepa. El único rumor que he oído es que en estos momentos Eubea es un sitio del que conviene apartarse.

—¡Ah! —exclamó Aristómaco

entusiasmado—. ¿Quién te lo ha dicho?

Timón volvió a encogerse de hombros.

—El capitán del *Dióscuri,* también rodiota. Aunque no sé cómo se habrá enterado él, ni por qué se supone que Eubea es peligrosa. No es más que otro de esos rumores que van de boca en boca.

El trierarca soltó un gruñido de reconocimiento.

—Por lo que yo sé, puede que tenga algo que ver con el rey Antígono —prosiguió Timón—. Esa costa la controla él. Los macedonios siempre se ponen quisquillosos cuando Tolomeo se aventara hacia el norte, y dicen que toda la flota egipcia se ha desplazado a

Pidna. ¿Es cierto que nuestra Asamblea votó a favor de permanecer neutrales?

—Por dos a uno... con toda nuestra simpatía y buenos deseos hacia Tolomeo —le respondió Aristómaco.

Timón asintió.

—Bien, bien. No es nuestra guerra. —Le dio un trago al vino y prosiguió—: Aunque no me cabe duda, trierarca, de que vamos a sufrir las consecuencias. Si la flota de Tolomeo está en Pidna, no estará patrullando entre Chipre y la Cirenaica. Cuando el perro anda por la viña, el zorro entra a saquear el gallinero.

Aristómaco hizo un ruido poco elegante.

—De todas formas, la flota de

Tolomeo no es que sea precisamente un perro guardián, ¿verdad? Demasiados malditos quinquerremes que no pueden hacer nada contra las embarcaciones pequeñas. Nosotros vamos a vigilar el gallinero, como siempre.

Timón sonrió al oír eso y alzó la copa.

—¡Que los dioses os ayuden a hacerlo!

Los tres derramaron un poco de vino sobre el suelo sucio, a modo de ofrenda a los dioses por su ayuda.

—Así que —concluyó Aristómaco, bebiendo lo que le quedaba en la copa —, ¿dices que el único rumor que has escuchado es ése de Eubea?

Timón asintió y Aristómaco le dio

las gracias. Vació los posos del vino en la pila que había en el rincón, y le hizo una seña con la cabeza a Isócrates para salir de la taberna. Emprendieron el camino de vuelta hacia el puerto del norte, donde el *Atalanta* estaba varado. El camino los llevó por el gran mercado que había en el Puerto Sagrado. Era de noche y los tenderetes estaban cerrados, pero aquel lugar seguía abarrotado de viajeros que habrían ido a Delos a adorar a Apolo y a Artemisa, aunque estaban festejando a Dionisio y a Afrodita en las tabernas y en los burdeles. Era una noche calurosa de julio, el aire se había detenido y las enormes estrellas titilaban en el limpio cielo. El aire olía a vino, miel y

especias, y el sonido de la flauta y la cítara se abría paso por la plaza del mercado.

En el lado norte del puerto encontraron un aroma bien diferente: a orina rancia y a heces. Los corrales de los esclavos estaban allí, y la mercadería del día siguiente esperaba encadenada a que llegara la mañana. Al pasar por delante de los cobertizos oscuros, Isócrates se preguntaba, como hacía siempre, cuánta de esa gente sería víctima de los piratas.

—¡Tendrían que cerrar este mercado! —dijo furioso.

—¡La gente necesita esclavos! —protestó Aristómaco—. Yo no podría vivir sin los míos, te lo aseguro.

Isócrates hizo un aspaviento, impaciente.

—Pero no los compraste aquí, ¿verdad? Si cerrasen este sitio, los piratas lo tendrían más difícil para ganarse la vida.

—No —dijo Aristómaco—, simplemente se irían a otro lado. Siempre lo hacen. Si cerrasen este sitio, lo único que pasaría es que la riqueza se iría a otro lugar.

Isócrates, que no estaba muy convencido, puso cara de circunstancias. Había otros mercados de esclavos, cierto; pero ninguno era tan céntrico y oportuno como el de Delos. Sin embargo, no tenía ganas de discutir y se limitó a soltar un gruñido.

Pasaron de largo los corrales de los esclavos y atravesaron el saliente de tierra rocosa que separaba el Puerto Sagrado de la media luna de arena del puerto del norte.

—Entonces —dijo Aristómaco tras un rato de silencio—, con un poco de suerte, podremos encontrar a esos piratas uno de estos días.

—¡Con la ayuda de los dioses! —dijo Isócrates con vehemencia.

—Sí —dijo el trierarca con un aire de inseguridad poco propio de él—. Mmm... Hay algo de lo que te quiero hablar desde hace tiempo.

—¿Señor?

—Sí. —Aristómaco tragó saliva, y entonces empezó a hablar sin pausa—.

He estado pensando en lo que estamos tratando de hacer... y en que los hombres tras los que vamos superan en número a nuestra infantería de cubierta, y puede que a toda nuestra tripulación. Si consiguen abordarnos, será una situación comprometida. Hasta mi hijo se ha dado cuenta.

—El *Atalanta* es un buen barco, señor —replicó Isócrates al momento—, y la tripulación sabe bien lo que tiene que hacer. Maniobrando somos más rápidos que ellos.

Aristómaco desechó esas palabras con impaciencia.

—¡Sí, pero a veces las cosas salen mal! De todas formas, lo que te quería decir es que he cambiado mi última

voluntad antes de salir de Rodas.

Isócrates no estaba seguro de lo que debía responder a eso, así que se limitó a emitir un sonido interrogativo.

—Te he nombrado mi albacea y tutor de mi hijo.

Isócrates se detuvo de golpe, mirándolo y tratando de adivinar la cara del otro hombre en la oscuridad.

—Señor —dijo impresionado—, eso es... un honor para mí, pero tus familiares...

—Dilapidarían el dinero —dijo Aristómaco resignado—. Aquellos en los que más confío no gastarían mucho, pero si se viesen angustiados, aunque fuera sólo un poco, saquearían mis fondos para cubrirse las espaldas en

lugar de tirar de los suyos o de pedirlo prestado. ¡Qué narices, eso es lo que yo haría si estuviera a cargo de las posesiones de otra persona! Puede que luego lo devolvieran y puede que no, pero, incluso aunque lo hicieran, Anaxipo perdería los intereses. En el mejor de los casos, arruinarían los negocios de mi hijo en favor de los suyos propios. Tú, en cambio... tú cuidarías de su herencia con la máxima atención, y le entregarías la totalidad de la misma en cuanto alcanzase la edad oportuna. Además, al chico le gustas. Te admira, a decir verdad. El te haría caso y tú cuidarías de él.

—Es un buen chico —dijo Isócrates, sintiendo que no lo iba a

poder evitar.

¿Hacerse cargo del patrimonio de Aristómaco? Seis barcos, una casa señorial, tierras y capital suficiente para costear una trierarquía. ¡Una trierarquía! ¡El, Isócrates, podía llegar a trierarca!

Según lo pensaba, se fue echando atrás. Podía concebir el deseo de conseguir ese título tan elevado, pero no al precio de la vida de Aristómaco.

—Señor —dijo avergonzado—, yo no... no tengo la experiencia necesaria para...

—La experiencia se adquiere, es cuestión de perseverar. La honestidad es lo que busco en el tutor de mi hijo y es difícil de encontrar. De todas formas, ya he dado tu nombre, y si me pasa algo, mi

casa será tuya cuando vuelvas.

—Me... me siento muy honrado. Pero...

Se detuvo un instante para examinar al otro hombre, tratando aún de hacerse a la idea de lo que le había ofrecido y, lo que significaba todavía más, de la confianza que tenía en él. Entendió, de forma un tanto inesperada, que respetaba a su trierarca profundamente, y que quería que Aristómaco viviera mucho y llegara muy alto. La imagen de su trierarca presidiendo la república con inteligencia y habilidad le hizo sentir una punzada de orgullo.

—¡Prefiero morir, señor, antes que dejar que te pase algo! —exclamó.

Aristómaco soltó el aliento en un

suspiro.

—¡Pues muchas gracias! Pero espero que no muera nadie. Aparte de los piratas, por supuesto.

—Tenemos que procurarnos la manera de conseguido, señor.

—Eso espero. —El trierarca volvió a suspirar, y entonces dijo por fin —: Lo que pasa, Isócrates, es que yo no he estado en ninguna de esas malditas batallas. Yo no... no tengo... ¿tienes algún consejo?

Isócrates se lo quedó mirando, entendiendo por fin el motivo de la conversación.

—¡Hice el servicio naval, sí! —exclamó Aristómaco, desechando la objeción no pronunciada—. Pero ahí no

practicábamos con piratas, ¿verdad que no? Y ahora... en fin...

—¡Lo harás bien! —dijo Isócrates precipitadamente.

—¿Tú crees? —le preguntó el trierarca inseguro—. No dejo de tener visiones en las que me vengo abajo y trato de salir corriendo, fracasando ante todo el mundo.

—Señor, estoy seguro de que no va a ser así —dijo Isócrates con total sinceridad—. En Éfeso zarpaste con el barco sin ningún problema, y luego volviste. ¡Exigir ver al rey no es propio de un cobarde!

—Sí, pero eso es sólo hablar.

—Señor, has mantenido la calma en tiempos difíciles y has tomado buenas

decisiones. Hay muchas cosas que me preocupan ahora mismo, pero que tú te vengas abajo no es una de ellas.

Aristómaco soltó el aliento en un suspiro corto.

—Gracias.

Tras otro silencio, insistió:

—De todas formas, cuando nos enfrentemos al enemigo quiero que seas tú el que dé las órdenes. Yo no tengo experiencia en combates. Puede que haga algo mal.

—No, señor —dijo Isócrates con firmeza—. Tú eres el trierarca y los hombres esperan que las órdenes procedan de ti. Pero si quieres, te recordaré las cosas y te haré saber cómo considero yo que se deben coordinar.

Esa es la parte más difícil: coordinarlo todo bien cuando hay que maniobrar.

El trierarca asintió, ya sonriendo.

—Me lo puedo imaginar. —Avanzó unos cuantos pasos más—. Bueno, ahora que hemos resuelto ese asunto, sólo nos queda encontrar a esos desgraciados, ¿no?

—Puede que estén en Eubea —dijo Isócrates lleno de optimismo—. Puede que no tardemos en encontrarlos.

Prosiguieron por la playa, felices por la mutua compañía. El *Atalanta* estaba varado a un tercio de la longitud total del puerto del norte, junto a un barco correo de Tolomeo. Habían vuelto a hacer un campamento con el palo y la vela mayor, pero a aquella altura del

verano el toldo estaba colocado muy arriba, para protegerlos del sol y no de la lluvia. El ojo experto de Isócrates repasó las formas acurrucadas que se veían debajo y sacudió la cabeza.

—¡La mitad de los hombres debe de estar por ahí, bebiendo!

Aristómaco sonrió y sus dientes resplandecieron en la oscuridad.

—Bueno, ¿y por qué no? No creo que vayamos a zarpar al rayar el alba. Antes tenemos que encontrar un barco que vaya a Eubea, si es que aún queremos ir siguiendo a alguno. Yo no he encontrado ningún motivo para no continuar con nuestra idea. —Suspiró y se frotó el cogote—. Juro por todos los inmortales que, en cuanto llegue a casa,

me voy a comprar otra esclava. Quiero una que sea joven y guapa, y su trabajo va a consistir en darme friegas en la espalda hasta que se me pasen todos los dolores de este puñetero viaje.

A la mañana siguiente no les fue difícil encontrar un barco al que escoltar. El *Tique* era un keles, una nave pequeña y veloz que iba a zarpar con destino a Chalquis, su puerto base en Eubea. El capitán también se había enterado del rumor y estaba encantado de ir bajo la protección de un barco de guerra rodio. En su bodega llevaba un cargamento de esclavos recién adquiridos en el mercado de Delos.

A Aristómaco le pareció divertido,

a Isócrates, no. Pero con independencia de sus objeciones morales, tuvo que reconocer que el *Tique* era perfecto. Los piratas preferían los barcos pequeños y rápidos, y los esclavos eran una carga de lo más beneficiosa y tentadora.

Remaron delante de su acompañante durante el primer día de travesía y pasaron la noche en una playita diminuta en la costa sur de la isla de Andros. El consorte los alcanzó durante la noche, pero se quedó esperando en un extremo de la isla hasta que el *Atalanta* reapareció y le hizo señas de proseguir.

Desde el extremo oeste de Andros ya se veía claramente la costa de Eubea. El *Tique* navegó hacia el sudoeste hasta

entrar en el mar al que le daba nombre, con la vela blanca bastante rizada que se veía desde bien lejos. El *Atalanta* fue detrás disimuladamente, con el palo desmontado, escondiéndose bajo el horizonte.

Era cerca del mediodía y el mar empezaba a estrecharse entre Eubea y el Ática cuando el *Tique* izó un trapo rojo en lo alto del palo: la señal convenida en caso de peligro. Por lo visto, el rumor del que hablaba Timón no era infundado.

Hubo un gran alboroto cuando la tripulación se apresuró hacia sus puestos. Isócrates tuvo que prevenir a Damofonte, el contramaestre, de que no acelerase el compás. No quería que la

tripulación de remo quedase exhausta para cuando se enfrentaran a los piratas. De momento bastaba con que hubiera un hombre en cada remo. El *Atalanta* voló hacia su protegido, convirtiendo por la proa el agua en espuma. Nicágoras trepó al pie de roda y contempló con entusiasmo el barco que tenía enfrente.

—¡Hay un barco grande que va derecho hacia el *Tique!* —vociferó—. ¡Es muy grande y viene remando desde la costa del Ática! ¡Es rojo!

—¿Qué? —preguntó Isócrates muy sorprendido.

Los piratas preferían los tonos azules para que se los confundiera con el mar, nunca había oído que ninguno de sus barcos estuviera pintado de rojo.

—¡No tiene cubierta! —observó Nicágoras—. ¡Es... es... es un trirreme!

Aristómaco e Isócrates se miraron... y entonces Isócrates dijo en voz alta lo que ambos ya sabían:

—Es un buque militar.

Las armadas reales utilizaban los trirremes como correos y barcos de vigilancia. Los piratas nunca iban en trirremes. Aristómaco asintió, fue hasta la escotilla y gritó:

—¡Dejad de remar!

—¡El *Tique* ha arriado la vela y se está poniendo a la capa! —gritó Nicágoras—. El trirreme se está acercando... ¡Tiene un estandarte muy grande, de color dorado y púrpura!

—¡Mierda! —farfulló Aristómaco

—. Hay que alejarse de Eubea. ¡Antígono, el puñetero rey de Macedonia está reuniendo su puñetera flota ahí! —Y se quedó mirando hacia adelante.

—Podríamos rodearlos —le sugirió Isócrates, pero el trierarca sacudió la cabeza con pesar.

Isócrates supuso que tenía razón. Si corrían, el trirreme llegaría a la conclusión de que eran espías enemigos y, si acababan combatiendo contra un buque militar macedonio, podrían provocar un desastre diplomático mayor aun. Rendirse era la mejor opción.

Sin embargo, se sintió culpable. Aquél había sido su plan, y ahora, en el mejor de los casos, tendrían que perder

tiempo tratando de convencer a los macedonios de que eran neutrales y no espías. En el peor de los supuestos, los macedonios arrestarían a una parte de la tripulación del *Atalanta.* Entre los remeros profesionales había unos cuantos atenienses que habían huido de su ciudad natal tras la desastrosa Guerra de Cremónides, y eran todos profundamente antimacedonios. Era muy probable que el gobierno macedonio de Atenas los hubiera condenado a muerte.

El trirreme viró para alejarse del *Tique* en cuanto vio al *Atalanta,* y surcó el mar con velocidad batiendo todos los remos. Era más rápido que el *Atalanta,* el único tipo de barco que tenía ese

honor. A pesar de que ambas embarcaciones tenían la misma eslora, el trirreme, con más manga a popa y a proa, nevaba cincuenta remos más y, al no tener cubierta, era más ligero.

Isócrates bajó al puente de remo por la escotilla central y dio la orden de dejar los remos.

—No eran piratas —les dijo a los hombres—. Es la flota macedonia.

Un par de remeros tranitas —atenienses, por supuesto— gritaron alarmados.

—Lo que les vamos a decir es que somos todos rodios —anunció, recorriendo el puente de punta a punta —, neutrales y en buenas relaciones con Macedonia. Los macedonios no tienen

motivos para retener a ninguno de nosotros, y si alguno se ve tentado a delatar a uno de vuestros compañeros, ya se puede ir preparando para el exilio, porque no podrá volver a vivir entre los rodios. ¿Entendido?

Alguien vitoreó:

—¡*Atalanta*!

Y todos respondieron al unísono:

—¡Viva el *Atalanta*! —Isócrates asintió brevemente y volvió a subir a cubierta.

Había hecho lo que había podido, y aquello debería bastar para que los atenienses siguieran a salvo, por lo menos durante unos días más. Sin embargo, si los macedonios tuvieran sospechas, si retuvieran al *Atalanta*

durante mucho tiempo y la trihemiolia se quedase sin comida y sin dinero... bueno, si eso llegara a pasar, ya se preocuparía entonces.

El trirreme ya estaba cerca y había aminorado la marcha. Ahora, en su estandarte se reconocían con toda claridad el águila y la corona de ramitas de roble de Macedonia, el tercer gran reino, cuya postura era la comidilla de las ágoras.

—¿Qué barco es? —gritó el oficial de proa del trirreme.

—¡El *Atalanta,* de Rodas! —le contestó Isócrates.

—¡Nos vais a acompañar al puerto base! —vociferó el macedonio, tal y como Isócrates se había temido.

La flota macedonia estaba concentrada en la famosa playa de Maratón, y era inmensa. Las proas de los barcos de guerra del rey estaban alineadas todo a lo largo de la costa, como las torres curiosas de la muralla de una ciudad. Aquellos barcos estaban pintados de tonos rojos brillantes, verdes y púrpuras, y los mascarones de proa y los ornamentos de popa tenían reflejos dorados. Casi todos eran quinquerremes, galeras con cinco hileras de remeros por banda y dos hombres en cada uno de los remos de la hilera. Había barcos mayores también, con seis, ocho y hasta nueve hileras por banda. Barcos enormes tripulados por hasta un millar de hombres; barcos que luchaban

no con el espolón, sino con catapultas montadas en torres sobre la cubierta, y con grandes ejércitos de infantería para abordar a los enemigos; barcos que a los rodiotas, más que barcos, les parecieron fortificaciones flotantes.

El *Atalanta* fue conducido hasta una zona de playa vacía que había en medio de toda la flota y el trirreme se varó de popa, a su lado. El comandante del trirreme fue a verlos en cuanto su barco estovo bien afirmado a los pesos muertos. Era un hombre enclenque con una túnica de seda espléndida; un ateniense macedonio petulante y engreído. Les preguntó qué hacían en el mar de Eubea, cuándo y de dónde habían zarpado, y qué tripulación llevaban.

Aristómaco le respondió pacientemente y le permitió hacer una inspección a bordo del *Atalanta.*

—¿Y tus tripulantes son todos rodiotas? —preguntó el comandante del trirreme, mirando a los remeros por encima del hombro.

—Todos de Rodas y de territorios rodios —confirmó Aristómaco—. Están haciendo el servicio militar.

El comandante del trirreme pareció aceptarlo sin más, aunque mandó a su contable hacer una lista con todos los nombres. Se rió al oír alguno de los nombres, pero aparentemente era sólo la pronunciación lo que lo ofendía, porque se dirigió a su contable imitando el acento dórico. Aristómaco lo sobrellevó

con diplomacia. Sólo le flaqueó la paciencia al final.

—¿Y cuándo podemos marcharnos? —preguntó.

—Cuando al rey le plazca —respondió con altanería, y se marchó.

—¡Pues eso va a ser mucho tiempo! ¡Al puñetero Antígono el Patizambo no lo ha complacido nada en muchos años!

—Lo lamento —dijo Isócrates disgustado.

Aristómaco se lo quedó mirando, y luego suspiró.

—No, tu razonamiento era bueno. Yo estuve de acuerdo, ¿no? Es sólo que... ¡esta guerra está haciendo que se vaya todo a la mierda!

Un par de horas más tarde, un

oficial del rey apareció por el barco. Para entonces, la tripulación ya había colocado la vela mayor a modo de toldo y casi todos estaban sentados a la sombra, mientras unos cuantos se refrescaban en el mar junto a la proa del barco. Parte de la tripulación del trirreme estaba también en el agua, aunque los demás, incluidos varios arqueros, permanecían de guardia para asegurase de que ninguno de los rodiotas trataba de infiltrarse en el campamento.

El oficial era un hombre de mediana edad con una barba magnífica, vestido muy discretamente de no ser por el báculo reglamentario de oro y de marfil. Se acercaba por la playa y Aristómaco descendió por la escala de

gato para saludarlo en cuanto vio el báculo dorado. Isócrates se apresuró a bajar cuando quedó claro que, de hecho, el oficial iba hacia el *Atalanta*.

—¡Salud, rodios! —dijo el oficial —. Soy Apolonio, amigo del rey Antígono.

—¡Salud! —respondió el trierarca, tratando de congraciarse con una sonrisa —. Espero que vengas a decirnos que podemos marcharnos.

Apolonio sacudió la cabeza.

—Tú eres Aristómaco, hijo de Anaxipo, trierarca de este barco.

Aristómaco confirmó que lo era.

—El rey Antígono me manda a preguntar si fue uno de tus hombres el que se vio envuelto en un encuentro con

los mercenarios de la reina Laodice el mes pasado.

—Ah —Aristómaco se puso nervioso y miró a Isócrates.

Apolonio advirtió aquella mirada y asintió como si el trierarca le hubiera contestado.

—En tal caso, el rey te invita a cenar con él, a ti y al oficial que resultó herido.

—Mi barco... —empezó a decir Aristómaco.

El oficial levantó una mano para que guardara silencio.

—Yo me encargaré de que se les traiga comida y bebida a tus hombres. El rey Antígono no tiene nada contra los rodios.

El rey estaba alojado tierra adentro, en un campamento junto a la corriente de agua que llenaba las marismas que había al norte de la playa. La caminata hasta allí les llevó más de una hora, y cuando llegaron al pabellón del rey estaban acalorados, sudorosos y desaliñados. La enorme tienda del rey era, más o menos, del tamaño de la casa de Aristómaco en Rodas; toda de lona blanqueada, pero coronada con un águila dorada que arrastraba una banda de seda de color púrpura. Varios hombres, ataviados rigurosamente con la preciosa armadura de la guardia real macedonia, la flanqueaban por todos lados.

Apolonio los acompañó hasta un

toldo colocado entre tres olivos, pegado a la tienda del rey, y allí los dejó. Un guardia les trajo vino aguado y otro les suministró una palangana para que se pudieran lavar las manos y los pies. Después, los volvieron a dejar solos. No había asientos debajo de aquel toldo, pero sobre el suelo raso había esparcidos unos juncos arrancados de la marisma. Aristómaco se dejó caer sobre ellos y luego trató de encontrar una postura cómoda. Pasados unos minutos, se volvió a levantar y fue al guardia que estaba más cerca para preguntarle cuánto iban a tener que esperar. El guardia no lo sabía y Aristómaco volvió a la sombra del toldo, arrancó un par de aceitunas que no estaban maduras, se

sentó muy irritado y las machacó.

Isócrates se sentó en cuclillas, abrazándose las rodillas, tenso por la incertidumbre y el miedo. Era evidente que a los oídos del rey había llegado algo de lo que había pasado en Éfeso y no estaba seguro de lo que tenía que decir. Si contase la verdad y los sirios se enterasen, no les iba a hacer ninguna gracia.

Por otro lado, ¿iría el rey de Macedonia a creerse la versión oficial de los hechos? Estaba claro que ya sabía lo suficiente como para tener sus dudas, y si sospechaba, era muy probable que retuviese el *Atalanta* todo el tiempo que quisiera. Eso sería muy duro para todos los hombres, y para los atenienses

podría llegar a ser fatal. Pensó en Simmias, el inagotable y ambicioso Simmias, su segundo oficial. Era capaz de delatar a los otros si pensase que con eso podía salir del paso. Deseaba poder consultárselo a Aristómaco, pero no se atrevía, no mientras estuviesen rodeados por los hombres del rey. Cuando las sombras empezaban a alargarse al caer la tarde, el guía, Apolonio, reapareció por fin y los invitó a entrar en la tienda del rey.

El pabellón estaba dividido en varias habitaciones, separadas por paredes de lino, pero varias de ellas habían sido apartadas para dar lugar a una sala de banquetes. El poste con la banda dorada del estandarte real estaba

en un extremo de la sala y le habían colocado unos sofás al lado; el suelo estaba cubierto de alfombras suntuosas. En el otro extremo de la sala, unos cuantos hombres estaban agachados junto al cuenco del vino. Iban todos exquisitamente vestidos de escarlata y seda, con armaduras doradas y broches de piedras preciosas. Entre ellos, sin embargo, había un hombre mayor con aspecto de cansado, de barba blanca y desaliñada, con el ornamento más rico de todos. Llevaba el fino cabello sujeto con un lazo de seda púrpura del que colgaban los extremos: la diadema real. Isócrates se detuvo en seco, sintiendo, contra todo pronóstico, cierta admiración. Puede que Antígono llevase

el sobrenombre de «el Patizambo», pero era hijo de Demetrio el Asediador de Ciudades, y en su juventud se había enfrentado a Tolomeo Cerauno y a Seleuco el Conquistador. Sus antiguos oponentes ya se habían convertido en cenizas, pero sus herederos debían seguir lidiando con él. Era como conocer a Agamenón o a algún otro héroe de la época de las leyendas.

Le pareció que Antígono había sentido su mirada. Observó a su alrededor, los examinó un momento... y luego sonrió y se aproximó a ellos.

—¡Los rodios! —dijo cordialmente —¡Sed bienvenidos!

Aristómaco e Isócrates le hicieron sendas reverencias.

—Me han contado que habéis venido al mar de Eubea a perseguir a los piratas —dijo el rey con una sonrisa.

—Sí, oh, rey —le confirmó Aristómaco—. Malinterpretamos un rumor que decía que había que evitar esta zona.

—¡Bueno, pues ha sido una suerte para mí! —le contestó el rey—. Quería tener noticias de Rodas. ¡Venid, tomad un poco de vino!

Los esclavos sirvieron el vino en copas de plata. Acompañaron a los reticentes invitados hasta un sofá tapizado de carmesí, situado junto a otro con apliques de oro y tapizado de púrpura. Antígono tomó asiento y sus amigos se dispersaron por la sala. Los

esclavos trajeron barras de pan de trigo fino, aromatizado con cardamomo y azafrán, y carne con una salsa tan sabrosa y especiada que Isócrates no tenía ni idea de qué podía ser.

El rey preguntó acerca de la postura que había tomado Rodas ante la guerra. Parecía estar ya al tanto del voto a favor de la neutralidad, pero sentía curiosidad por los argumentos del Consejo. Aristómaco negó tener conocimiento de lo que se había hablado fuera de la Asamblea, aunque le dio todos los pormenores de la misma. A todos le hizo mucha gracia conocer la anécdota del que interrumpió al orador para preguntar si Antígono había muerto ya. Otro de los que estaban invitados a

la mesa del rey quiso saber si Rodas iba a construir barcos para Tolomeo. Aristómaco dijo, con diplomacia, que esa cuestión no había salido a la luz antes de que el *Atalanta* zarpara de Rodas. Isócrates, profundamente consciente de que él era el más pobre y menos culto de los presentes, sin contar a los esclavos, no abrió la boca. De todas formas, nadie mencionó lo ocurrido en Éfeso, y después de un rato, empezó a relajarse un poco.

—¿Por qué creíste que podría haber piratas en el mar de Eubea? —le preguntó a Aristómaco uno de los invitados, con las cejas arqueadas.

Aristómaco volvió a contar lo del rumor, añadiendo la información de que

iban tras un pirata que era particularmente osado y poco convencional. El amigo del rey lo miró con escepticismo, pero no hizo ninguna acusación abierta de espionaje. Isócrates empezó a esperar que al *Atalanta* de verdad se le permitiese zarpar a la mañana siguiente.

Llegó el segundo plato —lubina a la parrilla con salsa picante— y la charla adquirió un carácter más general: el tiempo, las perspectivas de la cosecha, una obra que varios de los amigos del rey habían visto en Atenas hacía unos días, el festival Panateneo, que estaba a punto de empezar. Los rodiotas no tuvieron nada que añadir y comieron en silencio.

Parecía que la cena había llegado a su fin. Solos o acompañados, los invitados se fueron marchando, postrándose ante el rey antes de salir para adentrarse en la noche. Llegado el momento, Aristómaco hizo ademán de levantarse, pero se detuvo ante un leve gesto del rey.

Al final no quedaba nadie en la sala, excepto el rey, Apolonio, los rodiotas y los esclavos. Antígono les hizo una seña a éstos para que le rellenasen la copa a todo el mundo, y después los hizo salir de la sala. Les dirigió una sonrisa de oreja a oreja a los rodios.

—Ahora podemos hablar con libertad —dijo, poniéndose más cómodo

en el sofá—. Ninguno de los presentes se va a ir de la lengua. Tengo entendido, caballeros, que ambos estabais en Éfeso justo antes de la muerte de mi sobrino Antíoco. Os estaría muy agradecido si pudierais arrojar algo de luz sobre el asunto.

Isócrates se sorprendió un poco ante esa referencia al rey envenenado: las relaciones de familia no parecían tener relevancia para monarcas que nunca se habían visto cara a cara. Miró incómodo a su trierarca, sin saber lo que tenía que decir.

—Mi gratitud es algo que vale la pena tener —dijo el anciano rey, tras un momento de silencio—. Por otro lado, si no sois capaces de contármelo vosotros

mismos, tendré que sacar la conclusión de que vuestro propósito al venir aquí no era honesto... en cuyo caso, vuestro barco será confiscado, y vuestros esclavos y vuestros hombres irán a prisión durante el tiempo que dure la guerra.

Aristómaco se aclaró la garganta.

—A ambos nos resultan extrañas las cortes reales. ¿Por qué crees que sabemos la verdad acerca de la muerte de tu sobrino?

Antígono sonrió apenas. Su amigo Apolonio dijo en tono ecuánime:

—Estabais en Éfeso. Allí, tu capitán fue invitado a casa de la reina por alguna razón que parece que nadie sabe. Regresó un par de horas más tarde

corriendo y se desplomó delante de la entrada de la ciudad con una flecha clavada en la espalda. Tú zarpaste con el barco a toda prisa para regresar al día siguiente queriendo hablar con el rey Antíoco. El rey accedió a verte y se puso enfermo; en cuanto te hicieron llegar la noticia, volviste a zarpar precipitadamente.

—¡Vamos, vamos! —dijo el anciano rey con cordialidad—. ¿Qué hay de malo en que me contéis lo que pasó?

—Uno de los mercenarios de la reina antes había sido pirata —explicó Isócrates muy incómodo—. Tenía una rencilla conmigo porque le hundí el barco. Me tendió una emboscada cuando salí de casa de la reina.

El rey le echó una mirada cargada de una sabiduría indescriptible.

—Esa es la versión oficial, sí. Los sirios deben de estar muy contentos de que la vayas contando por ahí. Todos mis cortesanos me han oído cuando os he preguntado acerca de la postura de Rodas, y si alguno de ellos va a hablar con Seleuco le dirá que eso es de lo que hemos hablado. Ya he dicho que nadie de esta sala se va a ir de la lengua, puedes hablar con toda libertad. —Se inclinó un poco hacia delante y miró a Isócrates a los ojos—. Yo, en cualquier caso, estoy metido en esta guerra; no me atrevo a otorgarle a Egipto la hegemonía del Egeo. Antíoco era mi sobrino, el hijo de mi querida hermana, y su casa y

la mía han sido siempre amigas. Sigo sopesando si debería oponerme más firmemente a la flota de Tolomeo y proporcionarle ayuda activa a mi sobrino nieto Seleuco... y ahí sí que me importa si Seleuco consiguió la diadema mediante un asesinato. Un hombre que es cómplice del asesinato de su padre difícilmente tendrá escrúpulos a la hora de traicionar a su tío-abuelo. ¿Qué quería la reina Laodice de ti, rodiota?

Isócrates miró desesperanzado a Aristómaco, y luego le contó al rey toda la verdad acerca de su visita a la casa de la reina. Cuando hubo terminado, Aristómaco expuso su intento de hablarle de lo ocurrido al rey, de lo que había sucedido y de las conclusiones

que habían sacado los rodiotas.

Antígono los escuchó en silencio, silencio que duró hasta después de que Aristómaco hubiese terminado su relato.

—No tenemos la certeza de que fuese envenenado —dijo por fin el trierarca— y aunque así fuese, no hay nada que asegure que Seleuco lo sabía.

El rey suspiró.

—Fue envenenado. Seleuco puede que no lo aprobara de antemano, pero si no lo sabe ya, es que es de una estupidez excepcional y no durará hasta que termine el verano. Yo no creo que sea estúpido, y si desaprobase lo que hizo su madre, la habría retirado a alguna finca remota en el campo. En cambio, a ella se le han concedido todos los

honores reales y ejerce una influencia que no conoce parangón en la corte siria; siempre ha sido como un dolor de muelas. Todavía tengo el comunicado que me trajo uno de mis espías cuando se casó. Parece que, cuando era pequeña, mató a otra niña porque la pobre criatura la había ganado en un juego. —Se rió—. Pero sus padres corrieron un tupido velo en vez de castigarla por ello, así que no es de extrañar que ahora se crea con derecho a deshacerse de aquello que se interpone en su camino por los medios que juzgue oportunos.

Le dio unas vueltas al vino en su copa y lo tiró, sin probarlo, a la pila.

—Bien, bien; os estoy agradecido.

Había oído rumores... ahora tengo el relato de un testigo presencial. ¿Qué puedo hacer para demostraros mi gratitud?

—Si estás agradecido por las malas noticias que te hemos dado, oh, rey —dijo Aristómaco con educación—, pues bien, nos alegramos de que Rodas sea una amiga para ti.

—Muy diplomático —dijo secamente Antígono—. En otras palabras, que no queréis dinero porque entonces los sirios sospecharían que me habéis contado la verdad.

—Mi capitán ya ha sobrevivido a un intento de envenenamiento, oh, rey.

El rey puso cara de sorpresa.

—No sabía nada de eso. Contadme.

—Fue un hombre llamado Hipérides, hijo de Lisímaco —dijo Isócrates avergonzado—, miembro de la familia de la reina Laodice. Él, bueno, me imagino que estaba enfadado porque yo me salí con la mía, y eso supuso un problema para la reina. Se unió a una embajada que vino a Rodas, por lo visto, para darme un escarmiento.

—¿Una embajada? —preguntó Apolonio impresionado.

—Había infravalorado a mi hombre —dijo Aristómaco satisfecho—. Isócrates lo tiró al suelo, le quitó la espada, se la llevó al embajador y presentó una queja. Aquello enfureció tanto a esa víbora que, como regalo de despedida, le envió una cesta de dulces

envenenados fingiendo que se los mandaba una amiga.

—Mi casera y sus dos hijos están muertos —dijo Isócrates con amargura—. Queremos quejarnos de lo ocurrido al rey Seleuco, señor, pero con discreción, porque no sabemos cuánta influencia tiene ese tal Hipérides.

Antígono sonrió pensativo.

—Eso, de hecho, es una información muy útil, una paja al viento, como decís los de la Armada, que muestra en qué dirección sopla. Ese hombre fue capaz de unirse, él sólito, a una embajada delicada, ¿verdad? ¿Puedo preguntar quién era el embajador?

—Diodoro, que fue invitado por

nuestro almirante Agatóstrato.

—Lo conozco. Es un buen hombre, capaz y leal. Mi sobrino también lo mandaba aquí de vez en cuando. ¿Qué hizo con ese tal Hipérides?

—Yo creo que a él no le cae bien —dijo Isócrates lentamente—, pero habría preferido creer que no tenía la culpa de nada. Cuando se convenció de que sí la tenía, se enfadó y se impacientó, pero también se preocupó por lo que le iba a tener que decir a la reina. Agatóstrato hizo hincapié en ello, en que era un mal presagio que Diodoro se preocupase.

El rey soltó el aliento.

—Y tanto que es un mal presagio. Gracias por segunda vez. —Dio una

palmada en el brazo del sofá y luego volvió a sonreír débilmente—. Vuelvo a decir que os estoy agradecido. Sigo esperando que me digáis cómo debería expresaros mi gratitud.

—Nos basta con que sigas considerando a Rodas como amiga tuya —dijo Aristómaco— y que se permita a los barcos amigos entrar y salir de los puertos macedonios.

Antígono hizo un gesto con la mano.

—¡Ni que decir tiene que vuestro barco tendrá permiso para zarpar por la mañana! Contadme, ¿de verdad esperabais encontrar a un pirata? ¿En el mar de Eubea?

—Sí, oh, rey, eso esperábamos. Es

un pirata muy poco convencional que se llama Andrónico de Falasarna. Tiene motivos para mantenerse alejado de aguas egipcias y mucha tendencia a aparecer donde no se lo espera, así que vamos siguiendo rumores. Sé que para ti los piratas son un juego de niños, oh, rey, pero nuestro barco precisamente se construyó para perseguirlos, y yo creo que hasta tú te alegrarías de ver el fin de un hombre como Andrónico. Participó en el ataque en Dafne, y la última vez que alguien lo vio fue saliendo de aquella atrocidad a vela en una pentecontera llamada *Cratusa,* con el botín a bordo.

El rey pareció ligeramente interesado.

—¿Fue uno de los asesinos de Berenice y, encima, es pirata? Por lo visto, es un enemigo común de toda la humanidad. Apolonio...

El oficial, que lo había escuchado todo en silencio y con cara de pocos amigos, asintió.

—Puedo encargarme de ello, mi rey Pero no puedo prometer nada y necesitaré, por lo menos, tres días.

—Encárgate de ello, sí —le ordenó el rey. Se quedó un momento mirando a Aristómaco, y luego se dirigió a él—: Eres libre de coger tu barco y marcharte cuando te apetezca. Te sugiero que, tal vez, puede interesaros deteneros un par de días en Atenas para asistir al Panateneo y rastrear rumores entre los

asistentes. Si os encontráis con Apolonio allí, tal vez queráis tomaros algo con él.

Aristómaco no se atrevió ni a pestañear. Luego, se levantó e hizo una amplia reverencia.

—Muchas gracias, oh, rey. Estamos en deuda contigo.

TRECE

Atenas, durante el Panateneo, era una pesadilla. Todos los productos estaban por las nubes, había escasez de agua y de comida, y por todas partes gente, gente y más gente. En el puerto del Pireo se hacinaban los cargueros; en el camino que separaba el puerto de la ciudad, los carruajes estaban atascados; en Atenas misma, apenas se podía caminar. El ruido era ensordecedor, estaba todo muy sucio y hacía un calor sofocante.

La idea de ir a dar un paseo por la

ciudad había sido de Aristómaco, pues no había ninguna necesidad de salir del Pireo. Apolonio, sin duda alguna, los buscaría en el barco, no había otro lugar donde pudiera estar más seguro de ir a encontrarlos. Pero había dicho que iba a necesitar tres días. Llegar a Atenas, en cambio, les había llevado sólo uno, y Aristómaco quería ver algo del festival.

A Isócrates no le gustaba la idea de dejar el *Atalanta*. Evidentemente, no habían podido decirle a la tripulación que viajaban a Atenas para reunirse con el jefe de los espías de Antígono en recompensa por la información facilitada. Eso los delataría ante cualquier informador sirio que se molestase en investigar. Aun así, los

hombres mostraban fundadas sospechas ante la excusa de que habían ido allí en busca de nuevos rumores, pues los asistentes al festival sabrían menos de piratas que los mercaderes de Delos, y la información obtenida allí no les había dado buen resultado. Los atenienses de la tripulación se mostraban especialmente aprensivos, aunque la mayoría de ellos estaban planeando ir a hurtadillas a la ciudad para visitar a sus familias, perspectiva que ponía muy nervioso a Isócrates pero que no había prohibido. Además, tenía que dejar a Simmias al mando, y no confiaba en su segundo. Si fue con Aristómaco, lo hizo porque esperaba poder oír cantar a Dionisia.

Para cuando llegaron al ágora de Atenas, estaba deseando haberse quedado en el *Atalanta*. Aristómaco había invitado a su sobrino también, y ambos iban señalándose los lugares más destacados el uno al otro y exclamando. Ninguno había estado antes en Atenas, pero los dos habían leído a gran cantidad de oradores atenienses, filósofos y dramaturgos. Parecían conocer los lugares importantes de Atenas casi tan bien como los de Rodas. Isócrates tenía la sospecha nada halagüeña de que Dionisia debía ser igualmente culta, pero para él, la ciudad era un sitio desastroso, lleno de miserables casas de adobe y gente antipática, por más que los edificios

públicos fuesen muy elegantes.

Aristómaco contempló el Partenón en lo alto de la colina que tenían delante.

—«Estremecedor y renombrado, con violetas coronado —recitó con entusiasmo—. ¡Atenas, la gloria de Grecia!»

Isócrates, irritado, se agitó.

—Eso sería cuando era una democracia.

—¡Por supuesto! —dijo Nicágoras con desprecio—. ¡Es de Píndaro! ¡Todo el mundo lo sabe!

—Yo no lo sabía —dijo Isócrates malhumorado.

—Elige el escenario que quieras y seguro que lo oyes al compás de la

música en cualquiera de ellos —dijo Aristómaco con júbilo—. Los atenienses se sienten muy orgullosos de ese poema. Me pregunto si nuestra Dionisia lo cantará. Tenemos que encontrar el Gremio de Artistas de Dionisio, ellos tendrán el programa.

Era el segundo día del festival. El primero había estado dedicado a los rituales religiosos; ahora, los actos musicales y atléticos estaban en pleno auge, pero era difícil enterarse de lo que estaba ocurriendo. Aristómaco le preguntó unas direcciones a un tendero y el hombre se rió de su ignorancia con una imitación burlona del acento del trierarca. Otro que pasaba por allí resultó ser de Siracusa y no tenía más

idea de la distribución de la ciudad que los propios rodios. Isócrates deseó haber reclutado a uno de los remeros atenienses para que los acompañara.

Encontraron, de casualidad, a un vendedor de agua que les indicó dónde quedaba el teatro: al otro lado de la acrópolis, partiendo desde la plaza del mercado. El Gremio de Artistas de Dionisio tenía una casa allí que, como era habitual, se poma a disposición de los miembros del Gremio que estuvieran de visita. Los rodios llegaron y encontraron un pandemonio de actores y músicos que corrían de un lado a otro en diversos grados de desnudez, llevando consigo máscaras e instrumentos. Al preguntar por la competición de cítara y

voz apareció un apurado secretario con un listado.

—¿Dionisia, hija de Clístenes de Mileto? —preguntó pasando un dedo por la lista hacia abajo—, No, no tengo registrado a nadie con ese nombre.

—Me dijo que la habían invitado a competir —dijo Isócrates—. Tal vez la tengas bajo el nombre de su tutor, Haguemonte.

Dionisia tampoco estaba registrada con el nombre de Haguemonte, ni se la había anotado por error en las categorías de «cantante» o «citarista». El secretario se negó a seguir buscando y salió corriendo a atender una queja por la pérdida de un timbal.

—Debiste haber oído o entendido

mal —le dijo Aristómaco a Isócrates—. ¡Ah, bueno, no pasa nada! ¡Vamos a ver las carreras de caballos!

El hipódromo no quedaba lejos del teatro, y para encontrarlo sólo tuvieron que seguir el sonido de las ovaciones.

Isócrates vio un par de carreras sin enterarse de quién ganaba. Estaba seguro de no haber oído ni entendido mal, Dionisia le había dicho que iba a cantar en el Panateneo. Era evidente que alguien había cometido un error y le pareció mucho más probable que hubiese sido aquel secretario que Dionisia.

Se disculpó después de la tercera carrera y volvió a la casa del Gremio. Casualmente, había otro participante

preguntando por la competición, un tenor muy amanerado, de pelo largo, que venía de Corinto. La competición se llevaría a cabo al día siguiente, le informó el tenor; pero no, no sabía nada de Dionisia.

—¿Es hija de Clístenes de Mileto? —preguntó con mucho interés—. No sabía que tuviera una hija. Yo lo oí tocar... ¡el más divino toque de cuerda que haya escuchado! A ese hombre, la habilidad le venía directamente de Apolo. ¡Con qué gusto le besaría las manos! La voz, en cambio... bueno, por eso dejaba, sabiamente, que otra persona cantase. ¿Qué tal lo hace su hija?

—Como una diosa —le dijo

Isócrates.

El corintio pareció ponerse nervioso.

—¿De verdad? —Y se le iluminó la cara—. Pues, no puede haber venido. Si estuviera aquí, yo me habría enterado. Su padre era muy conocido, si su hija estuviese a punto de concursar, todo el mundo estaría hablando de ello. Debes de haberte equivocado.

—Tal vez se haya retrasado al salir de Rodas —dijo Isócrates, pero estaba preocupado.

Buscó otra vez al secretario del Gremio y lo encontró, por casualidad, en el patio, discutiendo con un dúo de flauta y tambor.

—¡No, no lo estaba! —estaba

diciendo, furioso, el secretario—. No sé qué es lo que le habéis hecho...

—¡No le hemos hecho nada! —protestó el flautista.

El secretario soltó una risa burlona, levantó la mirada y vio a Isócrates.

—¡Ah, aquí estás! Me alegro de que hayas vuelto. La mujer por la que preguntabas, la hija de Clístenes... como el nombre me resultaba familiar, lo he comprobado y tenías razón, iba a competir en el concurso de «cítara y voz». Cuando empezó el festival, sin embargo, ella aún no había aparecido y la borraron de la lista.

—¡Se ha roto sin más! —argumentó el tamborilero—. ¡No hemos hecho nada!

—¡Vosotros dos, puñeteros borrachos, lo habéis roto! —exclamó el secretario—. ¡Ya lo podéis ir pagando!

Isócrates le dio las gracias y se marchó.

Ya no le apetecía asistir al festival y empezó a caminar de vuelta hacia el barco. El Pireo estaba a una hora de camino desde Atenas, tiempo de sobra para que la preocupación se convirtiese en miedo. La ausencia de Dionisia no podía deberse a ninguna explicación trivial, aquella invitación era muy importante para su carrera. No tenía lazos familiares que la hubieran podido retener y no había habido tormentas que la hubieran retrasado. ¿Se habría puesto enferma? ¿Le habría pasado alguna

desgracia en Rodas, o en alta mar?

Tal vez se debiese simplemente a que le dolía la garganta y no podía cantar, o se hubiese hecho daño en una mano y no podía tocar... aunque, de haber sido así, ¿no habría mandado una carta? Tal vez la hubiera mandado, pero a la persona que la había invitado, y el secretario no la habría visto. Isócrates estovo a punto de darse la vuelta para ir a preguntarle quién la había invitado, pero le parecía poco probable que el secretario lo supiese. Además, para cuando se le ocurrió, ya casi había llegado al puerto.

El Pireo era un pueblo en sí, y a Isócrates le parecía especialmente

inquietante. La base naval, que se extendía por sus tres puertos, había llegado a albergar a casi trescientos barcos de guerra, y los trirremes atenienses que amarraban allí habían dominado el Egeo. Apenas la quinta parte de los depósitos seguía en uso, e incluso esos estaban vacíos, ya que los barcos que los habitaban habían zarpado para servir al rey Antígono. Atenas había sido más fuerte en el pasado, más orgullosa y más gloriosa que Rodas; ahora era territorio macedonio y destino turístico. A Rodas le sucedería lo mismo si la sabiduría de la república no se mantenía a la altura.

La Armada ateniense puede que ya no fuese lo que fue, pero el puerto

comercial estaba en plena actividad. El *Atalanta* se había visto obligado a varar en un lugar bien apartado de los muelles más céntricos, y la tripulación se había disgustado mucho. Isócrates fue rodeando el puerto de Cántaros, pasando, uno tras otro, todos los barcos mercantes, y por fin llegó a su trihemiolia, varada en la playa entre botes de remo y barcos de pesca; un hurón entre conejos.

El barco estaba en silencio. Casi toda la tripulación había ido a ver el festival. Isócrates trepó por la escala de gato y se encontró a Simmias jugando a los dados con Damofonte, el contramaestre, y uno de los soldados de cubierta. Tenían un jarro grande de vino.

Simmias lo miró adormilado.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—¿Y tú qué haces bebiendo mientras estás de servicio? —le contestó Isócrates, cogiendo el jarro—. ¡Quedas relegado y confinado al barco hasta que zarpemos del puerto!

Simmias rabió y se marchó hecho una furia. Isócrates se sentó de mal humor en la silla de mando y se quedó desolado, mirando el puerto.

Damofonte se acercó, avergonzado y conciliador.

—Lo siento, señor.

—Tú no estabas al mando.

—Bueno, no, pero todos hemos puesto dinero para comprar el vino.

Isócrates se rió y le pasó el jarro,

que estaba casi vacío.

Damofonte agachó la cabeza en señal de gratitud.

—No seas muy duro con Simmias, señor. No es mal tipo, a pesar de su codicia. Está nervioso, todos lo estamos. No sabemos qué estamos haciendo aquí. Preferiríamos simplemente estar navegando por aguas de piratas, como todo el mundo.

Isócrates meneó la cabeza.

—No íbamos a conseguir nada si hiciéramos eso. Pronto el Egeo se va a teñir de sangre, eso atraerá a los tiburones. —Miró al contramaestre a los ojos y vio que estaba preocupado—. ¿Crees que estoy haciendo el idiota?

Damofonte frunció los labios.

—Esa no es tu reputación, señor. Sin embargo, yo creo que tal vez estés demasiado entusiasmado con eso de vengarte de Andrónico y te limitas a la caza de rumores. De cualquier modo, lo que has dicho de los tiburones es cierto. —Puso cara de circunstancias—. La flota que había en Maratón, era enorme.

—Sí.

Isócrates se imaginó esos barcos inmensos zarpando al mar de Eubea, rebanando las olas con sus proas altísimas y con sus miles de hombres a los remos. La flota de Tolomeo, igualmente descomunal, ya estaría zarpando de Pidna, en Licia, para encontrarse con ellos. El mar teñido de sangre y hombres ahogados a centenas.

Isócrates se preguntaba por qué. Podía entender que la gente estuviese dispuesta a morir por su ciudad y sus amigos. El mismo estaría dispuesto a morir por Rodas... Pero, ¿por qué iba nadie a morir por un rey?

—Una flota como ésa —dijo Damofonte— va a necesitar continuamente que la abastezcan en todas partes para alimentar a tantos hombres. Y los reyes siempre conceden amnistías a los piratas que atacan a los barcos que van a abastecer a sus enemigos. ¡Cuánta razón tienes con lo de los tiburones! Pero a mí me parece que, para cuando corra el rumor de dónde están, ya se encontrarán en otro lado.

—Pero vale la pena intentarlo.

—Supongo —dijo Damofonte cargado de dudas. Saludó al capitán con el jarro de vino y fue a seguir jugando a los dados con el soldado a la sombra del toldo que habían hecho con la vela mayor.

Ya había oscurecido, y Aristómaco y Nicágoras aún no habían vuelto. Isócrates estaba empezando a preocuparse seriamente cuando un muchacho apareció con una nota del trierarca, que decía que iban a pasar la noche en la ciudad.

—¿Te la dio él en persona? —le preguntó Isócrates al muchacho visiblemente nervioso—. ¿Está bien?

El niño se rió.

—Está de fiesta. Su sobrino y él

están dándose un atracón en *La Viña de Aspasia,* comiendo lisas a la parrilla y bebiendo vino meloso, mientras las chicas más guapas de la ciudad cantan y bailan para ellos. Dijo que no debías haberte marchado.

Hubo que esperar hasta el mediodía siguiente para que Aristómaco subiera por la escala de gato, sudoroso, desaliñado y apestando a vino derramado.

—¡Zeus, qué calor! —exclamó y se desplomó en su asiento—. ¿Ha aparecido Apolonio?

Isócrates puso mala cara y le hizo un gesto como para que no hablara de eso, aunque, de hecho, la cubierta de popa estaba vacía.

—No, señor.

—¡Bueno, pues que se pudra! Hay una representación esta tarde de *Ifigenia entre los Tauros,* de Eurípides, en el mismísimo teatro en el que se estrenó, pero he tenido que dejar a mi sobrino que la viera solo para arrastrarme hasta aquí, con este calor infame, para no perderme la visita de ese desgraciado.

—Toma un poco de agua —le dijo Isócrates con tacto, ofreciéndole un jarro.

—Hoy también hay una carrera de carros —comentó el trierarca arrepentido, y luego tomó un trago de agua y se secó la boca.

—Es una lástima, señor. Ayer volví al Gremio, y Dionisia debería haber

estado allí. Quitaron su nombre de la lista de participantes porque no había aparecido al comienzo del festival.

Aristómaco lo miró asustado, pero luego sacudió la cabeza.

—Puede que esté enferma. Ya le preguntarás qué ha pasado cuando volvamos a Rodas.

Apolonio no apareció aquel día. De hecho, no llegó a aparecer. Aquella tarde, un oficial del puerto se presentó en el barco llevando un estuche sellado con una carta en su interior.

—Está dirigida a Aristómaco, hijo de Anaxipo, de la trihemiolia rodiota *Atalanta* —dijo el oficial del puerto.

—Ese soy yo —afirmó

Aristómaco, cogiendo el estuche con la carta.

El oficial lo miró con aprensión y se marchó a toda prisa.

—¡Mierda! —farfulló Aristómaco, examinando el sello—. Es evidente que ese tipo lo ha reconocido, por más que yo no sé de quién es, y seguramente se piensa que somos espías.

Nicágoras y un par de infantes de cubierta se habían acercado a ver qué estaba pasando y el trierarca les echó una mirada fulminante.

—Esto debe de tener algo que ver con la visita al rey, ¿de acuerdo? Largaos y dejadme que la lea en privado... ¡tú no, Isócrates!

Estaba cayendo la noche y tuvieron

que ir a una taberna cercana a pedir prestada una lámpara antes de poder leer la carta. Aristómaco, la sacó a la puerta de la taberna y la leyó en voz baja mientras Isócrates le sujetaba la linterna.

> *Apolonio, hijo de Filarco, le desea salud al trierarca Aristómaco. Lo primero, lamento que la presión de mis obligaciones me impida reunirme contigo* —sí claro, y por eso haces que llamemos la atención al mandarnos una carta con el sello del jefe de los espías, ¡maldito seas!—. *He indagado acerca de Andrónico*

y he descubierto lo siguiente:

En primer lugar, que el hombre fue empleado por la reina Laodice, como tú bien dijiste, y ésta le facilitó un barco, el Cratusa, y una tripulación de mercenarios a su servicio en Asia —¡Es cierto, maldito cretino, nosotros te lo contamos!

En segundo lugar, que fue, de hecho, uno de los cabecillas en Dafne y que Tolomeo lo ha incluido en la lista de los criminales más buscados —¡Eso también lo sabíamos!

En tercer lugar —ya

llegamos al asunto que nos interesa—, *cuando se marchó de Dafne, Andrónico volvió a su ciudad natal, Falasarna, donde alardeó de lo que había hecho y gastó plata por valor de tres o cuatro talentos. Desembarcó a una parte de los tripulantes, pero recluta a otros muchos y volvió a parpar de Falasarna hace ocho días, según me ha informado alguien que acaba de volver de esa ciudad. Además de la pentecontera Cratusa, se sabe que va al mando de otros dos barcos más ligeros, uno de veinte remos y otro de treinta,*

ambos cargados de hombres armados para realizar saqueos. En uno de sus alardes, dijo que iba a recibir ayuda e información por parte de Siria si saqueaba los barcos egipcios, y se piensa que haya ido hacia Licia, zona que conoce bien.

—¡Licia! —exclamó Isócrates volviendo a representarse el mar azul que rodea al cabo Olimpo y la pentecontera hundiéndose.

Licia pertenecía a Egipto, y habría asegurado que Andrónico habría querido evitarla. Sin embargo, sabía que aquel hombre era muy osado. No debía haber descartado esa posibilidad.

—Licia —repitió Aristómaco disgustado—. Esa costa es como una hoja de higuera, toda llena de entrantes y salientes, salientes y entrantes. Podríamos pasar navegando por delante de él y no darnos ni cuenta.

—No, puede que yo sepa adonde debemos ir, a juzgar por el sitio donde lo encontré la vez anterior.

Aristómaco puso cara de sorpresa con el ceño fruncido.

—Si su base ya ha sido descubierta, no la va a usar otra vez.

—¡Es que no encontré su base! Lo que pasa es que conozco esa costa lo bastante bien como para deducir dónde está. Verás, yo me lo encontré a media mañana. Dionisia dijo que habían

pasado la noche anterior en una calita pequeña. ¡Sólo hay uno o dos lugares posibles!

—¡Ah, buen trabajo! —dijo Aristómaco con calidez—. Si nunca la ha encontrado nadie, todavía confiará en ella... sobre todo, teniendo en cuenta que no sabe que vamos a por él.

Isócrates sacudió la cabeza con disgusto.

—Si zarpó hace ocho días, ahora estará en Licia. Eso si es que de verdad se dirigía allí, puede que haya estado difundiendo rumores falsos acerca de su destino. Incluso, aunque esté allí, está muy lejos. Puede volver a marcharse antes de que lleguemos.

—¡No me seas tan cenizo! —dijo

Aristómaco—. Estará pensando que puede ponerse melindroso y tomarse su tiempo para elegir sólo los mejores tesoros para llevarse a casa. Los vigías de Tolomeo se deben haber quedado sin hombres por la campaña, y si los barcos desaparecen, todo el mundo pensará que es debido a la guerra y no a la piratería. Andrónico no esperará que nadie vaya tras él. Hay muchas probabilidades de que siga en la zona, si nos damos prisa. La carta sigue:

> *Si bien mi señor, el rey, no lamentaría ver dañados los barcos de Tolomeo, opina que ese pirata es un peligroso enemigo común de todos*

nosotros. En consecuencia, si necesitas ayuda, puedes enseñarle, allí donde estés, esta carta a la gente del rey y ellos tendrán la obligación de darte lo que puedas necesitar para perseguir al criminal Andrónico.

—¡Tiene el sello real! —exclamó Aristómaco, sujetando la carta a la luz—. Por lo menos, yo diría que es el sello real. Tiene el águila y la corona de roble. De todas formas, no es el mismo que el del estuche. Bueno, lo más seguro es que no la vayamos a necesitar, pero vale la pena conservarla.

Isócrates no sonrió. Una

posibilidad preocupante, aunque muy vaga aún, empezaba a tomar forma en su mente. Andrónico había zarpado de Falasarna hacía ocho días; Dionisia había zarpado de Rodas... ¿cuándo? ¿Cinco o seis días antes para llegar a tiempo al festival? ¿Habrían coincidido sus rumbos?

Le pareció una casualidad excesiva, pero... ella tenía que haber estado en el Panateneo, y no estaba. Y, tal vez, la coincidencia de fechas no fuese accidental. Si Andrónico seguía teniendo contactos en la corte de Laodice, y si Laodice seguía odiando a Dionisia, no quedaba mucho margen de error. La reina odiaría a Dionisia mucho más ahora que antes. El intento de

Laodice de deshacerse de ella fue lo que provocó la última discusión que tuvo con su marido. Después de haberle causado tantos problemas, que Dionisia estuviese viva y triunfando en Rodas debía ser insoportable. Aquella invitación al Panateneo, ¿de dónde procedía?

Con un repentino sudor helado, Isócrates cayó en la cuenta de que, independientemente de su procedencia, tuvo que haber llegado cuando Hipérides estaba en Rodas.

—¡Entonces! —exclamó Aristómaco y le dio una palmada en la espalda—. ¡A Licia se ha dicho! Zarpar será lo primero que hagamos mañana.

El *Atalanta* zarpó al amanecer, aunque Isócrates tuvo que registrar todas las tabernas del Pireo para lograrlo, y aun así tuvo que dejarse a dos hombres. Aquel día, tan largo y caluroso, y el siguiente, hicieron que los remeros trabajasen duro, bogando por turnos desde el amanecer hasta el atardecer. No se quejaron: entendieron perfectamente que aquella carta misteriosa contenía noticias, y estaban entusiasmados por alcanzar a otro barco. Eso preocupaba a Isócrates. Si los sirios mandaban a alguien en algún momento para indagar en el tema, les iba a resultar evidente que Aristómaco y él habían hecho un trato con Antígono. Pero la mayor parte de su mente estaba obsesionada por la

necesidad de velocidad. La tripulación creía que estaba ansioso por vengarse de Andrónico. Pero su auténtico miedo —que Dionisia hubiera vuelto a caer en manos de quien ya había abusado de ella — era algo que no podía mencionarle ni siquiera a Aristómaco. La imagen de la mujer tal y como la había visto la primera vez lo tenía abatido y desesperado, le ardía en la mente y le resultaba imposible descansar. Insomne aquella noche en una playa remota, pensó en ella retorciéndose el borde de la capa y llamándolo «amigo sincero y muy querido».

El le había fallado. No había matado a Andrónico la primera vez que lo vio. La segunda, había salido huyendo

de él. Ahora estaba tratando de arrastrar un barco a través del azul infinito del Egeo, aun sabiendo al hacerlo que llevaba un rumbo equivocado o que iba a llegar demasiado tarde.

¡*Puede que sólo le duela la garganta*!, se dijo a sí mismo una y otra vez. ¡*Se habrá hecho daño en una mano*! Pero se sentía como si estuviese inmerso en una pesadilla, atrapado en una red o avanzando a través del barro para salvarla, demasiado despacio, siempre demasiado despacio.

Atravesaron las Cícladas, viraron hacia el sur y llegaron de vuelta a Rodas por la noche, tres días después de haber salido de Atenas. Isócrates no tenía la más mínima intención de detenerse en la

isla, pero se habían quedado sin víveres. Se negó a que los hombres se fueran a la ciudad y, en cambio, los mandó a dormir en los barracones del astillero para asegurarse de que podrían zarpar temprano. Él mismo durmió a bordo del *Atalanta* y se levantó antes del amanecer para recorrer todo el astillero tratando de conseguir comida y agua.

Después tuvo que esperar al trierarca. Aristómaco se había ido a casa, a dormir en su cama. Por fin, llegó al *Atalanta* a la cuarta hora de la mañana, cuando el barco ya llevaba una hora en el agua, con todos los remeros en sus puestos.

Aristómaco subió a bordo con cara de preocupación.

—Perdona —le dijo a Isócrates—. He tenido asuntos que atender.

Isócrates asintió brevemente, demasiado enfadado para hablar, y dio la orden de soltar amarras. Aristómaco lo cogió del brazo y lo llevó hasta la silla de mando.

—Agatóstrato vino a verme —le dijo en voz baja—. Anoche les mandé un comunicado acerca de nuestro encuentro con el rey Antígono a él y a Jenofante. Pensé que alguien lo tenía que saber.

—Ah. —A Isócrates no se le ocurrió antes. Aristómaco había hecho bien, por supuesto.

—Sí. De todas formas, Agatóstrato vino a contarme que había tenido

noticias de su amigo Diodoro, el embajador. Por lo visto, le envió la cesta con los dulces envenenados, haciéndole saber lo que había pasado.

»Diodoro ya había tenido un encuentro con la reina que, aparentemente, no salió demasiado bien. Laodice estaba enfadada por el trato «irrespetuoso» que le había dado a Hipérides y pensó que debería haber insistido en darte una paliza por haberte peleado con un miembro del cuerpo diplomático. Al embajador le dio tanta aprensión que no intentó volver a reunirse con ella. Lo que hizo, en cambio, fue llevarle los dulces al rey Seleuco. El rey mandó llamar a Hipérides y le contó lo que Diodoro le

había dicho. Hipérides negó toda responsabilidad por su parte, así que el rey le pidió que se comiera uno de los dulces.

Aristómaco hizo una pausa, a la espera de alguna respuesta. Isócrates no dijo nada, le estaba costando un terrible esfuerzo concentrarse en las palabras de su amigo. Sólo el ritmo acompasado de los remos le parecía real, llevándolos rumbo a Licia.

—Bueno. Hipérides se negó, por supuesto —prosiguió, por fin, Aristómaco—. Y ahora viene la parte mala: el rey lo único que hizo fue despedirlo. Ah, parece ser que le dejó claro que no iba a tolerar que los diplomáticos se aprovechasen de su

posición para envenenar a sus enemigos personales... pero no trató de hablar con su madre para que se deshiciese de esa víbora. Solamente llamó a Diodoro y le preguntó si había alguna posibilidad de que esto nos hiciese cambiar de opinión en cuanto a nuestra neutralidad. Diodoro le dijo que no. —Aristómaco puso cara de circunstancias—. Está en lo cierto, me temo. Aunque levantásemos un escándalo por lo del envenenamiento, la Asamblea no impugnaría la votación, no ahora. Nadie quiere participar en esta guerra. Y mira lo que te digo, amigo mío: no formes un escándalo. Por favor. Si lo haces, no vas a conseguir que se haga justicia con tu casera, pero sí conseguirás que te maten. Por el

momento, el consuelo que nos queda es que los sirios no van a tratar de matarte a corto plazo, porque creen que ya estás muerto. Agatóstrato tuvo la picardía de dejar que Diodoro creyese que te habías comido el puñetero veneno y que es tu muerte el motivo de nuestra queja.

Isócrates se lo quedó mirando ensimismado, acordándose otra vez de la cara de Leuke. Aristómaco le puso la mano en el hombro.

—Lo siento mucho.

—Se darán cuenta de que no estoy muerto —dijo Isócrates por fin—, sobre todo si... si descubren que nos reunimos con Antígono.

Aristómaco se encogió de hombros.

—Bueno, sí... si se llegan a

interesar por ese asunto, los dos lo vamos a tener muy difícil. Pero, por ahora, los sirios tienen cosas más urgentes por las que preocuparse. Cuando la guerra termine... bueno, aunque Hipérides y Laodice sigan vivos, ya seremos agua pasada. Tendrán heridas frescas y nuevos enemigos a los que echar de sus tierras, de eso no me cabe duda. Si no les vuelves a meter el dedo en el ojo, se olvidarán de ti.

Isócrates se quedó mirando por encima del hombro del trierarca al Egeo azul. No había sido capaz de ayudar a Leuke, ni contra las intimidaciones de su hermano ni contra la falta de atención de su madre; ni en la vida tan dura que había tenido ni en su cruel muerte. Había

sido, a la vez, testigo y causa de su fin. Exactamente igual que con Agido.

—Lo siento mucho —volvió a decir Aristómaco— y, además, tengo más malas noticias. Hice unas averiguaciones acerca de nuestra amiga de Mileto. Parece que sí zarpó hacia Atenas, poco después de que nosotros nos fuésemos a Delos. Lo lamento.

Isócrates no había querido preguntar. No había querido perder el tiempo y, además, le había dado miedo saberlo.

—Pensé que ése pudiera haber sido el caso —dijo, por fin, apesadumbrado.

Aristómaco soltó el aliento lentamente.

—Eso es lo que te ha estado

atormentando, ¿verdad?

Isócrates lo miró con cara de asco.

—Yo no sé cómo funcionan las invitaciones al Panateneo. La esperaban allí, pero no sé si alguien podía haber intervenido en su nominación. Debió de recibir la invitación mientras Hipérides estaba en Rodas, y la carta decía que Andrónico todavía tiene contactos en Siria.

—¡Esa es una idea espantosa! —exclamó Aristómaco sobresaltado—. Espero que no estés en lo cierto... y espero que encontremos a ese maldito hijo de su madre.

Los hombres remaron con fuerza durante todo el día y la isla de Megista

apareció por el horizonte cuando empezaba a caer la tarde. Isócrates quería seguir; Aristómaco dio la orden de detenerse.

—Los hombres están cansados —dijo con voz firme, respondiendo a la mirada de reproche de Isócrates—. Tienen que dormir bien al menos una noche, sobre todo si quieres que este barco capture a una horda de piratas en el próximo par de días. Y tenemos, también, que sentarnos a planear nuestra estrategia con sumo cuidado.

Isócrates puso mala cara, el trierarca suspiró y prosiguió.

—Ese malnacido va a tener ¿cuántos? ¿Setenta u ochenta hombres en la pentecontera y otros tantos, por lo

menos, en las otras dos embarcaciones? Puede que tengan, más o menos, los mismos hombres que nosotros, pero tú sabes, igual que yo, que ellos están mejor armados y son mucho más crueles. Si nos limitamos a ir remando y a atacar su puñetera base, van a hacer una carnicería con nosotros. Si consiguen abordarnos, harán una carnicería también. ¡Hasta mi hijo se daría cuenta de eso!

Isócrates se quedó inmóvil durante un rato, contemplando a su amigo. Lo que decía el trierarca era, sin duda, la verdad. Si él no lo había visto así era, probablemente, porque no había querido. No tenía ninguna idea precisa de lo que iba a hacer si se encontraban a

Andrónico, pero sí albergaba la vaga esperanza de poder detener al pirata y rescatar a Dionisia. Las cosas no serían así de fáciles, desde luego. El *Atalanta* no podía alcanzar a los piratas por tierra, y por mar podría lograrlo sólo valiéndose de su velocidad y agilidad superiores a la hora de usar el espolón. Eso mataría o incapacitaría a los piratas pero, seguramente, los prisioneros que pudiesen llevar a bordo correrían la misma suerte. Un marinero desnudo podría tener la posibilidad de nadar hasta ponerse a salvo una vez que su barco hubiera sido anegado, pero un prisionero se ahogaría.

Si querían asegurarse de rescatar a los prisioneros de los piratas,

necesitaban una fuerza de combate que pudiese atacar el bastión de los piratas por tierra... y no tenían ninguna. Rodas tenía un ejército pequeño, pero el proceso de solicitar asistencia a través de la sede de la Armada, y conseguir que los hombres rodeasen por tierra su escondite, les iba a llevar demasiado tiempo, incluso aunque la república estuviese dispuesta a aportar combatientes a aquel propósito tan poco convincente, lo cual era poco probable.

—No va a servir de nada pedir ayuda a las fuerzas de Tolomeo, ¿verdad? —le preguntó al trierarca en tono de súplica—. ¿No podemos pedir a las guarniciones de Pidna o de Faselis que manden tropas terrestres para

respaldarnos?

Aristómaco sacudió la cabeza.

—Imposible. No creo que las guarniciones del rey tuviesen el más mínimo interés en hacer una marcha ni siquiera antes. Pero ahora, con la guerra, los fuertes habrán quedado vacíos y todo el que sea capaz de manejar una lanza estará atacando a Siria. —Miró a Isócrates con el gesto torcido y le dio una palmadita en el brazo—. ¡No te desesperes, hombre! Si Andrónico está todavía en Licia, será porque está siendo muy quisquilloso y andará seleccionando los tesoros para quedarse sólo con los más suculentos. Eso quiere decir que estará dejando el botín bien guardado en su base hasta que esté listo

para volver a Creta. Si primero rastreamos sus barcos por mar, sus prisioneros estarán a salvo hasta que lleguemos a rescatarlos.

Isócrates soltó el aliento poco a poco y asintió. Esa era, de hecho, la situación más probable... Siempre que Andrónico siguiera en Licia.

Mejor dicho, si Andrónico había ido a Licia, para empezar. Si, si, si...

Dionisia había salido de Rodas hacía ya nueve días y no había llegado a su destino, no había un «si» en eso. ¿Dónde estaría ahora? ¿En el barco del pirata, destinada ya a volver a Creta, a una vida de esclavitud, con miedo, herida, humillada y sola?

Isócrates recordó que ya una vez

ella había preferido la muerte, tirándose al agua antes de dejar que Andrónico la utilizara como moneda de cambio. Esta vez, incluso, podía habérsele negado esa posibilidad.

—¡Dioses del Olimpo! —rezó angustiado a Apolo y a las Musas—. Vosotros la amáis y le habéis concedido los dones que tiene. ¡Cuidad de ella! Y tú, Sol que todo lo ve, ¡ayúdame a encontrarla!

CATORCE

En Megista encontraron lo que pareció ser la primera brizna de suerte de aquel año.

—Si vais hacia el este, ¿podríais escoltar a un barco? —preguntó el comandante de la base de la Armada de la isla—. Hay un barco mercante que tiene que ir a Antioquía y lleva amarrado desde ayer, esperando encontrar a alguien que lo proteja.

Aristómaco recobró las esperanzas.

—¿Qué tipo de barco mercante?

—Es el *Colquídea,* de

cuatrocientas toneladas, que va a Antioquía con un cargamento de madera del Euxino. El capitán es el dueño del barco, Cilonte, hijo de Polemonte, de la ciudad de Rodas. Tiene miedo de que los egipcios le confisquen la carga si lo encuentran navegando sin escolta. Los barcos de Tolomeo han estado recorriendo esta costa de arriba abajo desde principios de mes y la madera sirve para la construcción de barcos.

—Nosotros lo escoltaremos —dijo Aristómaco—. Le mandaré una nota diciendo que queremos zarpar temprano.

—Conozco a Cilonte y al *Colquídea* —le dijo, poco después, a Isócrates—. Es un buen barco, con mucho espacio y bastante rápido

además. Lleva un aparejo característico del Euxino, con obenques dobles, y su mascarón de proa es Medea de la Cólquida, ¡con el maldito vellocino de oro en la mano! Cualquier pirata que lo vea pensará: «¡Alabado sea Hermes! ¡Un barco del Euxino! ¡Tal vez vaya cargado de oro!», y se apresurará a echarle un vistazo más de cerca.

—Deberíamos ir, a hurtadillas, bordeando tierra —dijo Isócrates con entusiasmo—. De esa forma, no sólo estaremos protegidos por el relieve, sino que, si los piratas salen corriendo, podríamos impedirles que vuelvan a su base.

Aristómaco llamó a Nicágoras, Simmias y Polidoro y anunció que,

durante el próximo par de días, esperaba cruzarse con un buen número de piratas. Nicágoras pareció ser el único al que la noticia había pillado por sorpresa. Los cinco se pusieron a debatir la táctica a seguir mientras cenaban. Mirando los rostros que tenía alrededor a la luz de la lámpara, Isócrates se sintió reconfortado. A pesar de todas las diferencias que había tenido con su oficial de proa y con su segundo, ahora todos parecían tener el mismo objetivo. Al día siguiente, el barco tenía que funcionar como una sola criatura viva.

El *Atalanta* y su consorte zarparon de Megista con los tonos grisáceos que precedían al amanecer. Soplaba una brisa ligera y el *Colquídea* lo tuvo

difícil para salir de puerto. Al final, el *Atalanta* remolcó al mercante por pura impaciencia.

Cuando hubieron salido de la bahía, se volvieron las tornas. El mar estaba picado y los remeros tuvieron serias dificultades mientras el barco de pantoque redondo apartaba las oías a empujones, con las velas ceñidas al viento del nordeste, avanzando hacia el este. El *Atalanta* se apresuró a aprovechar las aguas calmadas que había más cerca de la costa. El sol naciente mostraba la escarpada costa licia que se levantaba a la izquierda, con sus cabos e islas como una turmalina nebulosa contra el azul oscuro del mar. Un grupo de delfines rodeó la galera,

saltando y jugando con la espuma que se formaba en la proa. Los hombres los señalaban y reían, tomándolo como una señal del beneplácito de los dioses. A pesar de la mala mar, se les veía muy contentos.

Remaron acompasadamente y por turnos, siempre con la costa a la vista, lo cual, además de reconfortarlos, les daba cierto amparo del viento. Por el contrario, el *Colquídea* se dirigió mar adentro, sacándole el mejor partido al viento contrario. Como resultado, la mayor parte del tiempo quedaba visible sólo como una mancha de velas blancas. Llegó el mediodía y pasó de largo. Alcanzaron la playa de Finike a eso de la octava hora y vieron el cabo Olimpo,

que se erigía, escarpado y cubierto de pinos, ante ellos. El *Atalanta* remaba paralelo al oleaje, con los remos batiendo al compás del ritmo melancólico del aulos. Los hombres estaban demasiado cansados para cantar.

Al final de la playa, divisaron las velas blancas del *Colquídea*, muy lejos en el agua azul, haciéndose más pequeñas cuando las ajustaron para rodear el cabo. Entonces, el vigía del *Atalanta* soltó un grito ahogado y, un instante después, se oyó la voz de Nicágoras, que le salió estridente por la emoción.

—¡Hay un barco grande ahí! ¡Está remando hacia el *Colquídea*!

Aristómaco e Isócrates fueron

corriendo a proa, aunque todos los remeros que descansaban en ese momento habían trepado al pie de roda. Nicágoras soltó una risa malévola y señaló. Efectivamente, había una galera saliendo de alguna de las cuevas del cabo que tenían delante, una aguja azul finísima que era casi imposible de reconocer con el mar de fondo. Pudieron ver que era pequeña y no tenía cubierta. No era una pentecontera. Isócrates, aguzando la vista, pensó que podría ser un *miaparón*, el tipo de barcos de guerra más pequeño, que llevaba sólo veinte remos. La ligereza de la proa demostraba que, fuera lo que fuese, no tenía espolón.

—¡Dejad de remar! —gritó

Aristómaco y la trihemiolia siguió avanzando a la deriva con un silencio repentino.

Una segunda aguja azul apareció desde detrás del cabo, esta otra mucho más grande. Sus líneas, más gruesas, daban a entender que sí tenía cubierta: una pentecontera, sin lugar a dudas.

Aristómaco dio un grito de júbilo y le dio una palmada en el hombro a Isócrates.

—¡Todos a los remos! —vociferó —. ¡Hemos encontrado a ese maldito!

—¡Todo a babor! —vociferó Isócrates, repentinamente espantado. Si ellos veían a los piratas, los piratas los verían a ellos, y esos barcos todavía

estaban a tiempo de volver a refugiarse en su escondite. El *Atalanta* debía mantenerse fuera de su vista.

Cleito obedeció, y el pico de la trihemiolia viró hacia tierra firme. La cubierta crujió cuando los hombres que estaban descansando se fueron abajo a ayudar a sus camaradas con los remos y la trihemiolia empezó a ganar velocidad. Isócrates volvió a popa, Cleito lo miró a la cara y le pasó el timón. Isócrates asintió. La fuerza de la caña en la palma de la mano parecía hacer que se desvaneciesen sus miedos y, tras tantas horas de impaciencia, se sentía sorprendentemente tranquilo. Ahora no había lugar para las emociones. Lo que se iba a hacer a continuación debía

hacerse a la perfección o, de lo contrario, fracasaría.

El *Colquídea* y sus atacantes desaparecieron tras la elevación del terreno, pero llevó el barco más cerca aun de la costa, hasta que vieron los acantilados escarpados por encima de sus cabezas e hizo todo lo posible para que el barco siguiera el compás.

Aristómaco se reunió con él a popa, con la cara pálida de la emoción.

—Señor —le dijo Isócrates en voz baja—, los hombres deberían remar en turnos cortos.

Aristómaco puso cara de pena.

—¿Y qué pasa con el *Colquídea*?

—Deja que los piratas lo asalten. La tripulación sabe que estamos aquí,

así que no van a luchar y, si no luchan, no saldrán heridos. Tendrán que navegar con el *Colquídea* a Creta y, al final de la travesía, sacarán doscientas dracmas por cabeza por lo menos.

El trierarca puso mala cara, pero dio la orden. Sabía tan bien como Isócrates que era lo que había que hacer. La tripulación de remo del *Atalanta* llevaba todo el día remando con el mar picado, pero las tripulaciones de los piratas estarían como nuevas. La trihemiolia tenía que conservar las fuerzas de sus hombres hasta que hubiese pasado la peor parte.

La mitad de los remos en uso se detuvo con suavidad. El barco se había convertido en un solo ser, cuyos ciento

veinte miembros se movían bien coordinados, como uno solo. La torpeza del mes de abril pertenecía a otra época. Isócrates sabía que, bajo cubierta, la mitad de los hombres estaba desplomada sobre las cañas de los remos, tratando de recobrar el aliento. Damofonte dejaría que los demás siguieran durante otros sesenta golpes y, luego, cambiarían los turnos.

Aristómaco fue hasta la escotilla central y gritó:

—¡Bebed bastante agua!

Después, siguió hasta el pie de roda para decirle algo a Nicágoras y regresó, sentándose en la silla de mando, sin encontrar una postura cómoda.

—¡Menuda mierda! —musitó, mirando hacia los acantilados que tenían a la izquierda—. ¡Si esos malnacidos nos han visto, puede que ya hayan vuelto a esconderse!

Isócrates se mantuvo en silencio. Lo que acababa de decir Aristómaco era cierto, aunque siguieran con todos a los remos. La única esperanza que les quedaba era que los piratas hubiesen estado concentrados en el *Colquídea* durante el breve intervalo en que el *Atalanta* había quedado a la vista.

Siguieron remando, amparados por los acantilados. El ritmo del tambor, a la altura del través, tenía la constancia de un corazón, acompasado y sin impedimentos: dos, *pum,* tres, *pum,* dos,

tres, los remos excavaban las aguas turquesas de la costa e impulsaban al enorme barco a toda velocidad en contra de la corriente.

Por fin, rodearon una curva que describía el terreno y el *Colquídea* volvió a aparecer ante sus ojos. El barco de pantoque redondo estaba a la capa, de proa al viento y las velas flameando, aparentemente solo... ¡no! No estaba solo. El miaparón estaba abarloado a él. ¿Dónde estaba la pentecontera? ¿Y el tercer barco que se suponía que tenía Andrónico?

El acantilado que tenían a la izquierda cayó en altura y remaron para adentrarse en una ensenada azul y profunda: ya no había posibilidad de

esconderse.

—¿Todos a los remos? —susurró Aristómaco anhelante.

Isócrates negó con la cabeza.

—Señor, no necesitamos todos los remos. Ya los tenemos.

El *Colquídea* y sus atacantes estaban, todavía, tan lejos que apenas se distinguían las figuras de los hombres que estaban a bordo. Pero estaban a estribor, a sotavento del *Atalanta*. Los piratas ya no podían volver a tierra sin pasar por delante de la trihemiolia.

El *Atalanta* prosiguió, con aire majestuoso, hacia el centro de la ensenada, con el pico de bronce mordiendo el agua, el estandarte resplandeciendo y el tambor

manteniendo el mismo ritmo acompasado. Pareció transcurrir una eternidad antes de que se viera algún movimiento en la galera que estaba abarloada al *Colquídea.* Entonces, los hombres empezaron a desembarcar del mercante para volver a bordo del barco pirata. Habían visto a los rodios y sabían que tenían que escapar o luchar.

La pentecontera salió, de repente, disparada desde detrás del barco de pantoque redondo. Se percibió cierto movimiento en su pie de roda y, luego, un destello de luz. Un marinero había trepado allí y estaba haciendo señales con un escudo pulido. El barco pirata puso rumbo hacia el *Atalanta* y avanzó a toda velocidad, con todos los remos

funcionando. Su consorte menor avanzó en paralelo, muy cerca del otro. Isócrates les adivinó las intenciones a la perfección. Fuera cual fuese el que el *Atalanta* atacase primero, el otro trataría de acercarse para abordarlo.

La pentecontera era la más peligrosa de los dos: no sólo por ser más grande, sino por estar protegida por una cubierta y tener espolón. Una vez destruida la pentecontera, el miaparón sería cosa fácil.

—Todos a los remos —dijo en voz baja.

—¡Todos a los remos! —rugió Aristómaco—. ¡Infantes de marina, a vuestros puestos, por las dos bandas! —y luego añadió en voz baja—: Vamos

justo al medio de los dos, ¿verdad? ¿Anulamos a uno y le damos con el espolón al otro?

Isócrates levantó la mirada hacia el sol brillante del estandarte, asintió y corrigió el timón.

—¡Justo al medio! —confirmó el trierarca, gritando para que toda la tripulación se enterase—. ¡Si no podemos derrotar con la maniobra a un par de cretenses de mierda, entonces, chicos, no somos dignos de Rodas!

Los hombres lo vitorearon, aunque los vítores de los remeros sonaron apagados. Los hombres estaban remando con todas sus fuerzas y no les quedaba mucho resuello para gritar.

De repente, los piratas estaban

mucho más cerca, lo bastante como para ver a los hombres amontonados en cubierta, con los escudos levantados y las lanzas resplandecientes en la mano. Los arqueros y los de las hondas estaban agachados a la sombra de los otros. Dos de los infantes de marina del *Atalanta* se habían apostado en la popa y levantaron los escudos para protegerse y proteger a sus oficiales de la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Más velocidad —susurró Isócrates.

—¡Más velocidad! —gritó Aristómaco.

El ritmo del tambor se aceleró por fin: *pum,* dos, *pum,* dos, los latidos del corazón, de repente, latían como si

estuviera furioso o tuviera miedo. El *Atalanta* aceleró con regocijo.

—¡Más a babor! —gritó Nicágoras con voz estridente.

Isócrates corrigió el timón. Ahora veía bien a ambos barcos, la pentecontera a babor y el miaparón por estribor, con los piratas amontonados en las bandas. De repente, se oyó un crujido explosivo en la cubierta: el enemigo estaba empezando a disparar con las hondas. Aristómaco pegó un grito de pura emoción y se golpeó la palma de la mano con el otro puño. Isócrates respiró hondo: aún no, aún no...

El aire se cubrió de flechas y los hombres estaban dando el grito de

guerra; el sonido de las lanzas que chocaban contra los escudos casi hacía que se dejase de oír el tambor.

—Que dejen de remar —susurró.

—¡Dejad de remar! —vociferó Aristómaco.

Isócrates volvió a hacer girar el timón.

La pentecontera había virado bruscamente en el último instante, tratando de rozar los remos de babor del *Atalanta* para inhabilitarlos, pero los remos estaban planos contra el casco del buque y el *Atalanta* había virado bruscamente también. Isócrates vio pasar la proa del enemigo por el rabillo del ojo. Una lanza pasó volando por encima del altísimo codaste de la

trihemiolia. El infante de marina que estaba a su derecha maldijo profundamente y cayó de rodillas. Isócrates no le prestó atención, sino que se limitó a tirar con fuerza de la caña del timón. El barco dio una sacudida y se oyó un ruido de algo que se hizo astillas. Aristómaco soltó un aullido de euforia y le dio una palmada tan fuerte en el hombro que hizo que el timón se tambalease. Un instante después, no tenían delante otra cosa que el agua azul de la bahía.

—¡Todo a estribor! —vociferó Aristómaco, sin tener que recurrir al apuntador.

Los remos de estribor del *Atalanta* se quedaron fuera del agua, los remos de

babor se clavaron en ella a toda velocidad. Isócrates se apoyó en la caña del timón. La trihemiolia viró en redondo, casi sin moverse del sitio. Al girar, miró fugazmente al miaparón, que iba, irremediablemente, a la deriva: el *Atalanta* había rozado su popa, le había arrancado una espadilla de gobierno de su chumacera y la había dejado sin timón. Un pirata se asomó por la borda para gritar improperios.

La pentecontera había virado a babor y estaba empezando a volver. Sin embargo, era lenta, demasiado lenta. Casi todos sus tripulantes eran luchadores, no marineros, y el inmenso número de hombres que llevaba a bordo la lastraba.

—¡Todos a los remos, a toda velocidad! —gritó Aristómaco. Y, en voz baja, añadió—: Tú das la siguiente orden.

Isócrates asintió. El timón que tenía en las manos parecía una extensión suya y se sintió como si el barco fuese él mismo, su cabeza la que avanzaba contra el enemigo y sus colmillos desnudos los que arremetían furibundos contra el costado del pirata que volvía lentamente hacia él.

El ángulo era muy audaz, de lleno contra el costado de la pentecontera. A una velocidad ligeramente superior a la del paso humano, el espolón se alojaría en el costado del barco pirata y, entonces, esa multitud de hombres

armados tendría que correr, con gran dificultad, hacia la proa para subir a bordo del *Atalanta*. A la trihemiolia no le había dado tiempo de ganar mucha velocidad pero, aun así, dio la orden:

—¡Remos atrás! —Y el ritmo ambicioso del *Atalanta* cesó—. ¡Dejad de remar! —vociferó con la mano aferrada al timón. Luego, vino la parte del espolón.

El impacto hizo que la pentecontera se escorase sobre una banda y los tablones de su casco crujieron y se hicieron astillas. Su tripulación de remo aulló; alguien, a proa, lanzó el grito de guerra y se oían otros gritos.

—¡Remos atrás! —gritó Isócrates —. ¡Remos atrás!

El timón se le revolvía entre las manos y se esforzó por mantenerlo enderezado.

Sobrevino una lluvia de proyectiles y, procedente de proa, se oyó el ruido de un metal golpeando otro metal, un sonido agudo comparado con el quejido intenso de la madera. El *Atalanta* empezó a desplazarse hacia atrás, lentamente al principio y, un segundo después, más deprisa. Los gritos se siguieron oyendo, acompañados por improperios aterrorizados. Con la respiración agitada, Isócrates miró a su alrededor en busca del miaparón.

El barco pequeño estaba remando hacia el *Atalanta* con dificultad, valiéndose de los remos de más a popa

para gobernarse. Los piratas que estaban en cubierta se mostraban histéricos, haciendo ruido con los escudos y gritando iracundos al contemplar cómo se hundía la pentecontera. Más les habría valido escapar.

—¡Todos a los remos! —bramó Isócrates, inclinando el timón con fuerza.

Los remos del *Atalanta,* muy obedientes, empezaron a moverse como si fueran uno solo antes, incluso, de que el tambor empezase a marcar el compás. La trihemiolia se alejó de su víctima. Varios de los piratas se habían tirado por la borda de la pentecontera, dejando caer sus lanzas y sus escudos, para tratar de lidiar a nado con su oponente, pero el

Atalanta ya llevaba demasiada velocidad para que pudieran darle alcance. Describió una curva elegante hacia estribor, con el miaparón detrás en penosas condiciones.

Aristómaco levantó la mirada hacia Isócrates con el rostro iluminado, y hubo un momento de perfecto entendimiento entre ellos.

—¡Más velocidad! —vociferó el trierarca.

El ritmo del tambor volvió a acelerar: *pum*, dos, *pum*, dos. El *Atalanta* volaba delante de su adversario, desviándose hacia estribor gradualmente al principio y, luego, cada vez más notablemente. El incapacitado miaparón no pudo imitar una curva tan

cerrada y tardó en comprender su significado. Para cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. El *Atalanta* se le echó encima, preparado para clavarle el espolón con un ángulo oblicuo perfecto desde detrás.

Parte de los remeros piratas saltaron de los bancos y se tiraron al mar; algunos de los luchadores dejaron las armas y los imitaron. Los demás se quedaron, irremediablemente, haciendo aspavientos y gritando de miedo o de rabia, cubriéndose los rostros o blandiendo los puños.

—¡Dejad de remar! —ordenó Isócrates. En aquella ocasión pensó que podían ensartarlos con el espolón a toda velocidad.

El espolón se clavó. El miaparón era de construcción tan ligera que, simplemente, se deshizo con el golpe, y el *Atalanta* le pasó por encima con un ruido espantoso de crujidos y alaridos. Siguió a la deriva hasta que se detuvo sobre los restos de los naufragios, en un agua llena de tablones y cuerpos que luchaban por sobrevivir. Uno de los piratas se agarró de uno de los remos rodiotas.

—¡Todos a los remos! —gritó Aristómaco alarmado, y de inmediato se pusieron en marcha.

Uno de ellos le dio un golpe al pirata, que chilló pero no se soltó. Uno de los arqueros del *Atalanta* se asomó por la borda, apuntó con cuidado y le

disparó al cuello. El hombre chilló con sonido espantoso y cayó de espaldas al agua.

Remaron para salir de los restos del naufragio y siguieron la costa hasta detenerse. A proa había alguien llorando. Alrededor de ellos, las aguas azules de la ensenada brillaban con el sol de la tarde, como si nada hubiese pasado.

Aristómaco estaba rojo y sudando a raudales.

—¡Por Zeus padre! —exclamó, secándose la cara—. ¡Por todos los dioses! —Miró, aturdido, a su alrededor. Por el lado de estribor, se veía el casco anegado de la pentecontera y, detrás de ellos, los tablones del

miaparón a merced de las olas. El *Colquídea* estaba atareadísimo en su huida.

—¿Nicágoras? —lo llamó el trierarca con una inseguridad enorme y se fue hacia la proa.

Isócrates soltó el timón. Tenía la mano entumecida y los dedos se le habían puesto blancos. Los estiró con cuidado y, luego, miró a su alrededor. El infante de marina que se había desplomado cuando estaban pasando entre los dos barcos estaba sentado junto a la silla de mando, sujetándose el brazo derecho y balanceándose de atrás adelante. Isócrates se acercó a él y vio que era Cleofonte, el que había sacado a Dionisia del agua aquel día de

primavera. Su hombro formaba un ángulo extraño.

—Putas hondas —musitó Cleofonte mientras Isócrates lo examinaba.

—Parece que tienes la clavícula rota.

—Sobreviviré —dijo Cleofonte en un tono que, seguramente, pretendía parecer estoico pero resultó ser de alivio. Isócrates asintió.

Llamó a Cleito para que se pusiese al timón y, después, fue a proa para ver quién más estaba herido.

Uno de los infantes de marina había muerto, lo había matado una flecha; otros cuatro, incluido Polidoro, estaban heridos. El capitán de los infantes de marina tenía una flecha clavada en el pie

y estaba sentado en la fogonadura del palo, maldiciendo. A proa, Nicágoras estaba sentado sobre un charco de sangre, sujetándose el muslo y sollozando de dolor. Su tío estaba en cuclillas a su lado, sujetándole la mano y tratando de calmarlo. La herida parecía hecha por una lanza —un tajo profundo que no paraba de sangrar—, aunque el arma que la había provocado no aparecía por ningún lado; probablemente hubiese caído por la borda.

Isócrates fue abajo y le dijo a Damofonte, el contramaestre, que tenía más experiencia en heridas que nadie a bordo, que subiese a ocuparse de los heridos. Damofonte asintió y subió a

cubierta. Isócrates se volvió hacia los remeros, que estaban descansando, mirándolo llenos de expectación. Abrió la boca y se dio cuenta de que no era capaz de hablar.

—¡Buen trabajo! —consiguió decir por fin—. Tenían dos barcos y los hemos hundido a ambos.

Alguien lo vitoreó.

—Los soldados de cubierta se han llevado la peor parte —prosiguió—. Los piratas los superaban en número y, si nos hubieran abordado, habría sido un desastre, pero han podido con ellos. Onomarco ha muerto y hay cinco heridos, entre ellos Polidoro y nuestro oficial de proa. Estamos en deuda con esos hombres.

Aquello se recibió en solemne silencio.

—Ahora bien... —prosiguió, pero se detuvo para tragar saliva. Era difícil pensar en lo que había que hacer ahora.

—¿Tenían tesoros? —preguntó uno de los atenienses cargado de esperanzas.

—Creemos que los tienen, en su escondite —respondió Isócrates, retomando el hilo—. Pero antes tenemos que encontrar al mercante y asegurarnos de que está bien. Después, veremos si podemos encontrar la base pirata. Está en alguna calita de esta ensenada. Estoy seguro.

El *Colquídea* no había sufrido daño alguno y había cejado en su huida

de la ensenada en cuanto tuvo la certeza de que los piratas se habían ido a pique. A Cilonte, su capitán, le preocupaba que Aristómaco fuese a querer cobrarle el rescate. De hecho, la expresión hostil que mostraba ponía en evidencia que sospechaba que Aristómaco había retrasado el ataque, precisamente, para poder exigir el pago, dado que era muy diferente el hecho de que el barco hubiese estado en manos de los piratas. Aristómaco le aseguró que había sido durante un intervalo de tiempo tan corto que no tenía importancia, y que no tenía intención de timar a un paisano rodiota. Al oír eso, el aliviado capitán les agradeció efusivamente que le hubiesen salvado el barco.

—Tal vez puedas ayudarnos tú también a nosotros —le dijo Aristómaco—. Tenemos heridos. ¿Puedes hacer noche hoy con nosotros, subirlos a bordo y llevarlos de vuelta a Megista?

El capitán del mercante torció el gesto.

—Me llevo a vuestros heridos, pero voy con rumbo a Antioquía y ya voy con retraso. Si lo que queréis es que los vea un médico en Megista, hay varios en Faselis.

Aristómaco puso mala cara. Igual que Isócrates, preferiría que los heridos fueran tratados por el cirujano de la Armada de la base de Megista. Cilonte, sin embargo, se negó a volver atrás y, al final, Aristómaco se vio obligado a

aceptar que los llevase a Faselis.

—Hay otra cosa —dijo, después de haber cedido—. Queremos recoger a los piratas que no se hayan ahogado. ¿Tú podrías transportarlos? Estamos seguros de conseguir un buen precio por ellos en Antioquía: el rey querrá tener mano de obra esclava para la guerra.

—Lo haré si nos acompañáis —dijo el del mercante—. No quiero transportar piratas a menos que tengamos un respaldo.

Aristómaco iba farfullando mientras bajaba por la escala de gato.

—¡Qué cabrón! ¡Le salvamos el maldito barco y no puede ni siquiera tomarse la molestia de volver a Megista! ¡Un rodio, y se queda tan contento

dejando a sus paisanos con los carniceros de Faselis! ¡Qué puto cabrón!

El *Atalanta* navegó hacia donde estaba el casco de la pentecontera, pero sólo había tres hombres agarrados a la fogonadura del palo. Los supervivientes que sabían nadar estaban, sin lugar a dudas, de camino a la costa. La ensenada era lo bastante pequeña, y sus aguas lo bastante calmas, para brindarles la posibilidad de conseguirlo, aunque lo que fuesen a hacer después, desnudos al pie del acantilado, sin ni siquiera un par de sandalias, ya era otro asunto. Aristómaco maldijo y ordenó que la galera diera una pasada por el lado más cercano de la costa, en busca

de los nadadores.

El segundo hombre al que sacaron del agua fue recibido con un coro de «¿Tú otra vez?» y «¿Te acuerdas de nosotros?»

Isócrates se abrió paso entre la multitud y el joven pirata al que habían colgado del tajamar lo miró muerto de miedo.

—Tú estabas con Andrónico hace unos meses —le dijo—. ¿Estaba en el mismo barco que tú?

El pirata desdichado meneó la cabeza.

—¿En qué barco ibas? ¿En el miaparón?

—En el *Cratusa* —musitó el pirata —. La pentecontera.

—¿Y Andrónico no iba a bordo?

El cretense volvió a negar con la cabeza. Uno de los otros prisioneros empezó a decirle que se mantuviese callado y, a éste, uno de los infantes de marina lo obligó a guardar silencio.

—Vas a ser vendido —le dijo Isócrates con voz grave—, y la esclavitud puede ser dura o llevadera. Contéstame con la verdad o juro por el Sol que me encargaré de que vayas a las minas, de que todos los guardias que se quieran cebar contigo te hagan la vida imposible y de que trabajes hasta morir.

El joven lo miró aterrorizado.

—No iba en el *Cratusa* hoy, señor, ¡lo juro! Están reparando el *Lucena*. Se le abrió una vía de agua y no estará listo

para navegar hasta mañana. Andrónico se quedó en tierra para que su tripulación confiara en que no los íbamos a engañar. Cuando vimos el maldito barco del Euxino, ¿sabes?, pensamos que podía estar transportando oro, y la gente del *Lucena* tenía miedo de ir a ser excluida, a pesar de que todos habíamos jurado compartir lo que sacásemos. La única forma que encontró Andrónico de convencerlos de que se iba a hacer un reparto justo fue quedarse con ellos. Sus soldados de cubierta vinieron con nosotros, así que él se quedó con la tripulación de remo. Son sólo treinta hombres y no están mejor armados que los tuyos. —El pirata se echó a llorar—. ¡Por mí, puedes matarlo

y que tengas buena suerte! ¡Todo esto es culpa suya! No necesitábamos salir otra vez a saquear. ¡Nos habíamos hecho ricos con lo de Dafne! ¡Yo quería quedarme en Falasarna y casarme, pero me dijo que era un cobarde si no lo acompañaba sólo una vez más!

—¿Dónde tenéis la base?

—En una calita —dijo el joven, secándose las lágrimas—, detrás del extremo noroeste de la ensenada.

—¿Y dices que Andrónico está allí con treinta hombres poco armados? ¿Es un asentamiento fortificado?

—¿Fortificado? —preguntó el cretense—. ¡No, claro que no! Si hubiera aparecido algún soldado, nos habríamos hecho a la mar enseguida.

Isócrates miró a sus hombres.

—¡Atadlo! —ordenó, y se fue a buscar a Aristómaco.

El trierarca estaba, otra vez, sentado al lado de su sobrino, sujetándole la mano. Damofonte había ido a verlo y va se había vuelto a marchar, y el muslo de Nicágoras estaba vendado con tela del velamen. Estaba tumbado en la cubierta de proa, con los otros heridos; la tripulación de cubierta colocaba un toldo para cubrirlos del sol. El joven estaba muy pálido y débil, pero respiraba de forma acompasada y la herida parecía haber dejado de sangrar.

—Señor —dijo Isócrates, y Aristómaco levantó la mirada con el ceño fruncido.

Isócrates le contó lo que el pirata le acababa de decir.

—¡Ay, Zeus! —dijo el trierarca, agotado, y se secó la cara—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Señor, deberíamos tomar su base. Si no, por lo menos, debemos abordar o destruir el barco que le queda. Si no lo hacemos, volverán a abordar otro mercante y se irán a casa con el botín.

Aristómaco se lo quedó mirando. Entonces, le dio una palmadita a Nicágoras en el hombro y se levantó.

—¿Tío? —dijo Nicágoras, abriendo los ojos.

—No pasa nada —le dijo Aristómaco con delicadeza—. Sólo voy

a hablar un momento con Isócrates. Me quedo cerca por si me necesitas.

Se apartaron unos cuantos pasos hacia popa.

—No sé qué le voy a decir a mi hermana —dijo Aristómaco disgustado—. Le prometí que cuidaría del muchacho. ¿Quieres que destruyamos una base que está en tierra? ¡La mitad de nuestros infantes de marina están heridos y no tenemos, a bordo, más de veinte lanzas!

—¿Y qué alternativa nos queda? —le inquirió Isócrates—. ¿Dejar que el pirata se vuelva a escapar? Señor, estoy seguro de que lo que me ha dicho ese chico es verdad, que sólo hay unos treinta remeros con Andrónico en el

campamento. Tiene sentido. Los otros dos barcos llevaban más tripulantes de lo normal. Deberíamos actuar de inmediato. De lo contrario, cualquiera que haya huido del naufragio a nado podrá llegar hasta Andrónico y eso empeoraría mucho la situación. Casi todos nuestros hombres están entrenados y podemos repartir las armas entre los mejores luchadores.

Aristómaco gruñó.

—Tendremos que llevar a los heridos abajo, no los voy a dejar en cubierta si nos vamos a meter en algo así.

QUINCE

La base de los piratas estaba en una cala en la que un arroyito de agua se había abierto paso por el acantilado y había depositado una capa de gravilla donde se podían varar varios barcos sin peligro. La playa era invisible desde el mar desde casi todos los ángulos, y era difícil acceder a ella por tierra, una combinación que la hacía ideal para los piratas. Cuando el *Atalanta* se acercó, con mucha cautela, el sol se estaba poniendo y la cala ya estaba a la sombra. Todavía se veía, de todas

formas, que había dos barcos allí: una galera que estaba en tierra para ser reparada y un mercante enorme varado en la orilla por la popa y con el ancla echada por la proa. Había al pie del acantilado unas cuantas cabañas improvisadas, hechas de maderas que había traído el mar y de lona, pero no había gente a la vista.

El *Atalanta* viró, se clavó de popa en la arena y dejó de remar. Seguía sin verse movimiento alguno.

—Han huido —dijo Aristómaco indignado. Había tomado prestados un escudo y una lanza de uno de los infantes de marina heridos y los blandía mohíno —. Han visto lo que les ha pasado a sus amigos y han salido corriendo.

Isócrates sacudió la cabeza, rechazando esa posibilidad. La idea de que Andrónico hubiera vuelto a escapar era demasiado dolorosa para poder aceptarla.

—Puede que estén escondidos en esas cabañas —sugirió y se dirigió hacia la escala de gato.

Aristómaco lo cogió del brazo y meneó la cabeza para, luego, hacerle una seña a uno de los infantes de marina para que bajase primero. Isócrates no llevaba escudo e iba armado solamente con una honda y un hacha. Las mejores armas habían quedado reservadas para los hombres más hábiles en su manejo, e Isócrates no era uno de ellos.

El infante de marina le sonrió al

trierarca, lo saludó y, después, despreciando la escala de gato, saltó por la borda con el escudo en alto. Aquella precaución fue innecesaria: no volaban flechas por el aire.

El resto de los lanceros empezó a desembarcar. El primer infante de marina cruzó la gravilla hasta la cabaña más cercana, le clavó la lanza y, luego, fue corriendo hasta la siguiente. Enseguida se hizo evidente que todas las cabañas estaban vacías.

El *Colquídea* iba siguiendo al *Atalanta a* una distancia prudente. Cuando quedó claro que la base estaba desierta, entró y fondeó al lado del otro barco de pantoque redondo. La tripulación del *Atalanta* empezó a sacar

a los heridos del interior de la galera.

La luz del día iba desapareciendo cada vez más deprisa. Isócrates se situó en mitad del campamento abandonado, furioso y desesperado. Andrónico había huido, estaba vivo y en libertad. Algún día volvería a aparecer, sin duda, con más sangre en las manos. ¿Estaría Dionisia con él? ¿O ya estaría su cuerpo pudriéndose en algún hoyo de las cercanías?

Las ascuas de la hoguera central del campamento seguían calientes y había un par de antorchas listas para ser utilizadas. Encendió una y echó un vistazo rápido a su alrededor. Era evidente que los piratas habían abandonado el lugar con cierta prisa.

Las cabañas estaban llenas de las piezas más aparatosas del botín: alfombras y tapices de valor incalculable, copas y cuencos decorados con mucha elegancia, ánforas de aceite del Ática y de vino de Quíos. Debería de haber objetos de menor tamaño también —monedas y joyas seguramente y, probablemente, piezas de orfebrería, especias y perfumes—, pero no había nada de eso en las cabañas. El botín había sido clasificado y los piratas se habían llevado sólo las cosas más ligeras y manejables, aquellas que no les entorpecieran la huida. Una prisionera que no estuviese dispuesta a colaborar sería un impedimento mayor que una alfombra y parecía poco probable que

Andrónico se la hubiera llevado consigo.

«Muerta, muerta». Aquellas palabras le latían en la mente como un tambor marcando la máxima velocidad, impidiéndole pensar con claridad. Trató de decirse a sí mismo que no había pruebas de que ella hubiese estado allí, que era perfectamente posible que, al barco que la llevaba a Atenas, se le hubiera abierto una vía de agua y que ya hubiera regresado a Rodas, sana y salva... pero su corazón no pensaba igual. Estaba desesperado por encontrar su cuerpo, acunarlo y hacerle el ritual del enterramiento. Pero, más aun, deseaba encontrar a su asesino.

La única salida posible de la playa

era por el cauce del arroyo, ya que los acantilados eran tan escarpados que no se podía trepar por ellos. Isócrates se puso en marcha hacia el barranco, sujetando la antorcha bien alta. A aquella altura del verano, el lecho estaba casi seco y medio obstruido por zarzas y pedruscos caídos. Sería muy difícil recorrerlo, y peligroso también, pues, además del riesgo de derrumbes, habría serpientes y escorpiones. Los tripulantes del *Atalanta* estaban, casi todos, descalzos. No podía hacerles ir por ese camino tan duro a ciegas y, si utilizaban las antorchas, los piratas podrían verlos venir. El enfrentamiento ya iba a ser bastante sangriento sin necesidad de darle al enemigo la

posibilidad de tenderles una emboscada.

Eso, suponiendo que los piratas estuviesen todavía en las cercanías. Habían tenido un par de horas de luz para salir huyendo. Probablemente, ya habrían llegado a la cima del barranco. ¿Cómo iban, entonces, a seguirles el rastro? En ese terreno seco y pedregoso, no era fácil que quedasen las huellas marcadas y les resultaría imposible encontrar en la oscuridad el camino que había seguido Andrónico. Sin embargo, si esperaban a que hubiera luz de nuevo, los piratas ya estarían demasiado lejos.

La luz de la antorcha flameaba sujetada por la temblorosa mano. La dejó caer y se quedó quieto, respirando con dificultad. Quería gritar y darles

puñetazos a las piedras pero, ¿de qué le iba a servir? Lo único que conseguiría era que la tripulación dudase de su capitán, y eso no se lo podía permitir. Lo que sí podía, en cambio, era pensar en alguna manera de perseguir al enemigo.

Se oyó un alarido y Cleito, el timonel, corrió casi sin aliento.

—¡El barco mercante! —exclamó con la consternación patente en su voz.

¡Claro! El refugio más seguro que los piratas habían encontrado a su alcance era la bodega del mercante que habían capturado. Ahí era donde habían retenido a los prisioneros; ahí era donde estarían los cuerpos. Isócrates recogió la antorcha y volvió corriendo hacia la

orilla.

Aristómaco estaba esperando en la cubierta de popa del barco de pantoque redondo de los piratas, sujetando un farol. Cuando Isócrates llegó corriendo, le dijo:

—Lo lamento.

—¿Dionisia? —preguntó Isócrates atragantado. El trierarca no lo sabía.

—No he podido mirar todavía. He mandado a Gluconte a buscar un farol y me lo acaba de traer.

Isócrates apagó la antorcha. La costumbre de no subir nunca a bordo con una llama al descubierto era más fuerte, incluso, que la angustia que tenía en ese momento. Trepó por la escala de gato y descendió junto a Aristómaco por la

escotilla de popa.

La bodega había estado atrancada desde fuera pero ahora estaba abierta. El hedor que procedía del interior oscuro era la fetidez inconfundible de sangre y heces característica de las muertes violentas. Empezaron a descender por la escalerilla; Aristómaco llevaba el farol.

Los cuerpos estaban en la otra punta de la bodega, contra el pie de roda, como si hubieran intentado refugiarse contra los tablones. Eran todas muchachas y mujeres que sólo llevaban puestos quitones muy raídos. La mayor podía tener veinticinco años, la más joven no tendría más de catorce. Sus ojos aún brillaban a la escasa luz

del farol y las expresiones de espanto de sus caras hacían que casi parecieran vivas. El suelo de la bodega estaba húmedo y pegajoso por la sangre a medio coagular.

Isócrates se acercó un poco, estremeciéndose al sentir la sangre, pero impulsado por la necesidad de encontrar un rostro en concreto.

No estaba allí. La visión de las muchachas muertas era tan aterradora y lamentable que le llevó un rato darse cuenta de que había otra ausencia.

—Sólo hay una docena —dijo, y su voz sonó extraña en aquel aire tan cargado.

Volvió la vista y miró a Aristómaco a los ojos. El trierarca estaba bien

apartado, donde no había sangre, con una expresión de dolor y repugnancia en el rostro.

—Debieron capturar a más de una docena de prisioneros, ¡en el campamento hay trofeos de muchos barcos diferentes! ¿Dónde están todos los demás?

—Tal vez se los hayan llevado con ellos —dijo Aristómaco sin ninguna seguridad.

Isócrates negó con la cabeza.

—No por el lecho de ese arroyo. No con la prisa que tenían. —Dio la vuelta para empezar a salir de la bodega. Sentía que la sangre que tenía en los pies se pegaba al suelo y le subió la bilis a la garganta.

—Bueno, ¿y entonces? —preguntó Aristómaco y lo siguió—. ¡Puede que dejaran marchar al resto de los prisioneros! ¡No tenían por qué matar a ninguna de esas pobres criaturas!

Isócrates se detuvo, queriendo creerlo desesperadamente.

—No lo sé. Pero mataron a esas mujeres para amedrentarnos porque les hemos hundido los barcos y se han puesto furiosos. ¿Te parece probable que, de repente, les haya dado pena?

—Es posible —le respondió Aristómaco, gustándole la idea—. Matar así a unas jovencitas adorables... ¡tiene que haber sido difícil hasta para un corazón de bronce! El resto de los prisioneros pueden estar escondidos por

aquí cerca... se habrán escondido al vernos llegar. ¡Por lo que a ellos respecta, podríamos ser otra banda de piratas!

—¡Quieran los dioses que sea verdad! —gritó Isócrates apasionado.

Una posibilidad más sombría se le ocurrió a Isócrates: que los piratas hubieran intentado llevarse a los prisioneros con ellos. Que las mujeres de la bodega se hubiesen negado a ir y, directamente, las hubieran matado. Podrían encontrar a los demás subiendo por el lecho del arroyo, asesinados allí donde hubieran fracasado al trepar por las rocas caídas o donde hubieran tratado de escapar.

Dionisia, de eso estaba bastante

seguro, trataría de escapar. Se dijo a sí mismo, con rabia, que ni siquiera sabía que la hubieran capturado, pero su imaginación insistía en la visión de ella huyendo de Andrónico y desplomándose con una lanza clavada en la espalda.

Salieron a la cubierta del barco de pantoque redondo. En la playa, los hombres estaban levantando el campamento, extendiendo las alfombras elegantes que había en las cabañas y desmantelando las chozas mismas para hacer un fuego; en aquella época del año no hacía falta cubrirse por la noche, y el *Atalanta* tenía previsto volver a zarpar antes de que el sol estuviese muy alto. Los heridos habían sido colocados cerca del fuego. No los iban a llevar a bordo

del *Colquídea* hasta por la mañana ya que las camas en tierra firme eran más cómodas.

—Reúne a los hombres y diles que vamos a subir por el cauce del arroyo —ordenó Aristómaco—. Quiero decir que dejaremos un destacamento aquí, para vigilar el campamento, pero los hombres que tengan buenas armas tienen que venir conmigo.

—No van a ser suficientes —le dijo Isócrates—. Debe de haber, al menos, treinta piratas, y tendrán ventaja por estar en un terreno más elevado.

El trierarca puso cara de impaciencia.

—¡Todos los hombres con buenas armas y algunos que vayan peor

armados, pues! Pero tenemos que darnos prisa. Veremos si encontramos al resto de los prisioneros... pero, por lo menos, tenemos que asegurarnos de que esos cabrones sanguinarios no están esperando a que nos durmamos para volver y matarnos. —Miró a Isócrates y respiró profundamente—. Supongo que tú también vienes, pero te quedarás a la zaga. Esa hacha no te va a servir de nada si te atacan con una lanza.

Isócrates se dio toda la prisa que pudo pero, aun así, le llevó un rato preparar la expedición. Teníian que organizar los turnos de guardia en el campamento, hacer acopio de antorchas y faroles, y recoger piedras adecuadas para lanzar con las hondas. Ante la

insistencia de Isócrates, los hombres que no tenían sandalias tuvieron que envolverse los pies en telas. Al final, a pesar de todo, tenían un pequeño destacamento listo para escalar por el barranco: una docena de hombres equipados con escudos, lanzas y cascos, otros diez sólo con lanzas y, finalmente, en la retaguardia, otra docena armada con hondas, cuchillos y hachas. Todos los hombres estaban nerviosos, pero todos se mostraban muy bien dispuestos. Sabían ya lo que habían encontrado en la bodega del barco pirata y ninguno tenía deseos de dormir sin estar seguro de que el enemigo estaba bien lejos.

La senda que subía por el lecho del arroyo resultó ser tan complicada como

Isócrates había esperado, una subida dolorosa entre peñascos sueltos y zarzas. La única suerte fue que no encontraron serpientes. Sólo llevaban en camino cosa de media hora cuando Aristómaco ordenó a sus hombres que se detuvieran. Los que iban atrás se amontonaron hacia delante cuando los que marchaban al frente obedecieron y se molestaron cuando se les ordenó que se quedaran quietos. Se hizo el silencio entre los jadeos, silencio que sólo rompía el crepitar de las antorchas. Entonces, Isócrates lo oyó: un crujido y un traqueteo de algo que se movía, más adelante, sobre las piedras sueltas. Buscó una piedra en la faltriquera y la colocó en la honda, rezando con

desesperación para no tener que usarla.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Aristómaco a la oscuridad—. ¡Somos rodios y hemos venido a combatir a los piratas!

Durante un buen rato no obtuvo respuesta. Dos de los infantes de marina empezaron a avanzar, blandiendo las lanzas y con los escudos en alto.

—¡No! —dijo una voz asustada desde la oscuridad. Era una voz de hombre con acento cretense—. ¡Nos rendimos!

Se hizo silencio otra vez, esta vez por la intriga. Entonces, el trierarca dijo furioso:

—¡Pues tira las armas y sal con las manos detrás de la cabeza!

Tras unos instantes, el hombre salió a la luz de la antorcha. Se trataba de un remero sucio y sin afeitar, con una túnica corta y los pies descalzos envueltos en tela. Tiró un cuchillo al suelo y, luego, se puso las dos manos detrás de la cabeza.

—¡Ponte de rodillas! —le ordenó Aristómaco—. ¡Y deja las manos donde las tienes!

El pirata obedeció enseguida y se arrodilló sobre las piedras. Ante eso, otro hombre, al parecer seguro de que no lo iban a matar directamente, salió a la luz también. Tiró al suelo un alfanje y se puso de rodillas al lado de su camarada. Entonces, aparecieron otros dos a la vez. Uno de ellos sangrando por

una herida que tenía en la cabeza, con el brazo por encima del hombro de su amigo. Luego, otros dos, uno cojeando con el pie cubierto de sangre, apoyándose en el otro...

Eran catorce en total y, la mitad de ellos, heridos.

—¿Dónde están los demás? —les preguntó Aristómaco sin entender nada —. ¡Por Apolo! ¿Qué os ha pasado?

—¡Han sido esas putas chaladas! —exclamó el primer pirata, impulsado repentinamente a hablar por la indignación—. ¡Nos han tirado piedras! Desde allá arriba, y estaba empezando a anochecer. ¡Apenas conseguíamos verlas para contraatacar! Han sorprendido al jefe. Este ha resbalado y ellas han

seguido tirándole piedras, mientras él chillaba y maldecía, y nosotros no hemos podido hacer nada. ¡Todos los hombres que han intentado ayudarlo han recibido el mismo tratamiento! —De repente, el pirata estaba llorando—. ¡No hemos logrado avanzar! ¡Mujeres! ¡Putas zorras!

Isócrates se abrió paso hacia el frente.

—¿Las mujeres han escapado?

El pirata se lo quedó mirando con las lágrimas de su rostro brillando a la luz de la antorcha.

—Las muy putas salieron del barco de los cojones mientras contemplábamos... mientras os contemplábamos a vosotros cuando nos

estabais hundiendo los barcos, ¡por Zeus padre! Salieron corriendo por el lecho del arroyo arriba y el jefe dijo: «Bueno, ya las volveremos a encerrar cuando las atrapemos». Pero subieron por los lados del barranco y ¡se pusieron a tirarnos piedras!

Aristómaco soltó un grito de admiración.

—¡Qué muchachas tan valientes! —Le dio una palmada a Isócrates en la espalda—. ¡Y nosotros pensando que las teníamos que rescatar! ¡Dignas de ser madres de héroes, todas ellas! —Se volvió al pirata—. ¿Cómo está la situación ahora? ¿Las mujeres siguen ahí? ¿Qué le ha pasado al resto de vuestra gente?

El hombre, que seguía llorando, sacudió la cabeza.

—No lo sé. Nosotros nos hemos vuelto porque no podíamos seguir avanzando. Si queda alguno de los nuestros ahí arriba, estará muerto.

Isócrates sintió que le fallaban las piernas y la respiración. El corazón volvía a latirle a toda prisa y, ahora por fin, le decía: ¡está viva, está viva!

—Señor —dijo—, deja que me lleve a unos cuantos hombres a lo alto del arroyo para ver si podemos encontrar a las mujeres.

Aristómaco sonrió.

—De acuerdo. Pero ten cuidado, ¿eh? ¡Asegúrate de que sepan quién eres antes de que te caiga una lluvia de

piedras!

Al final, de todas formas, Isócrates se llevó algo más que «unos cuantos» hombres. Aristómaco y la mitad de los que lo acompañaban se hicieron cargo de los prisioneros, mientras Isócrates dirigió al resto del destacamento por el lecho pedregoso del arroyo. El pequeño grupo tuvo serias dificultades para pasar por las peñas sueltas y entre las zarzas, escuchando atentamente y, de vez en cuando, dando una voz en son de paz. Sin embargo, pasado un rato, Isócrates empezó a preguntarse si las mujeres —en caso de que siguieran en algún lugar en lo alto del acantilado— creerían que cualquier grupo de hombres armados

que fuese ascendiendo por el arroyo podía ir, de hecho, en son de paz. Se preguntaba qué podía hacer para convencerlas ele que no era un pirata... y encontró la respuesta que buscaba.

— *Como el Sol nos trae labores a diario* —cantó en voz baja y contenida en la oscuridad.

Dionisia, sin la menor duda, reconocería esa canción y él, ahora, estaba seguro de que ella estaba con las mujeres que se habían escondido más arriba.

Los hombres, todos, se pusieron a cantar el himno tan conocido:

...sin parar de ningún modo,

sus corceles galopan cuando Aurora, la rosada,
al cielo del Océano sube de mañana...

Siguieron andando y cantando. Cuando llegaron al final del himno, volvieron a empezar. Habían llegado a la mitad de la segunda repetición cuando las antorchas les enseñaron el primer cuerpo del camino. Estaba medio enterrado bajo una pila de piedras, pero parecía ser un hombre. Les tembló la voz y callaron.

Isócrates se adelantó y se puso de rodillas para inspeccionar el cadáver: no le cupo duda de que era un pirata y, si bien podía haber caído a causa de las

piedras, alguien se había asegurado cortándole el cuello.

—¿Señoras? —las llamó entre la noche que los envolvía—. ¡Señoras, venimos en son de paz!

Desde algún punto en lo alto, se oyó una voz insegura de mujer.

—¿Rodios?

El conocía aquella voz. Toda su alma pareció dar un vuelco al oír ese sonido.

—¡Dionisia, soy yo!

—¿Isócrates? —preguntó ella, esta vez con la voz temblorosa. Notaron un movimiento en la oscuridad, tras la luz de la antorcha. Un revuelo blanco... y; de repente, allí estaba ella, esbelta y delicada, con un quitón empapado en

sangre, con el pelo suelto y enredado y un cuchillo en las manos enrojecidas. Tiró el cuchillo al suelo y fue dando tumbos hacia él, rompiendo a llorar. Isócrates tuvo el tiempo justo de dejar la antorcha a un lado antes de que ella se arrojara a sus brazos.

Hicieron falta un par de horas para bajar, con todos los prisioneros que habían escapado, otra vez por el cauce del arroyo. Eran unos cincuenta, casi todo mujeres, aunque había unos cuantos muchachos también. Estaban todos agotados y maltrechos. A una muchacha la había picado un escorpión, dos tenían heridas feas hechas por las piedras que les habían tirado los piratas con las

hondas y casi todas estaban lesionadas ya de antes, por los abusos de los días previos. Permanecían muy calladas e, incluso, las que tenían las heridas más graves rechazaron la asistencia de los rodios. Sus amigas se tenían que turnar para ayudarlas.

—Es que no quieren que ningún hombre las toque —le explicó Dionisia a Isócrates.

Ella no parecía sentir lo mismo. Le tenía la mano cogida con firmeza. Los dos juntos iban guiando al resto de la partida por el lecho del arroyo abajo, Isócrates con la antorcha bien levantada para que iluminase lo máximo posible. Habían apagado la mitad de las antorchas y de los faroles para no

desperdiciar el combustible.

—Lo lamento muchísimo —dijo él.

Se imaginaba perfectamente lo que Dionisia y sus compañeras cautivas habían estado sufriendo durante días, y su admiración por la manera de escapar se veía mancillada por la culpa, porque él no las había rescatado.

—¿Por qué ibas tú a lamentarlo? —le inquirió ella—. Has venido a buscarme. ¡Has venido a buscarme y les has hundido los barcos! ¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo lo supiste?

—No estabas en el Panateneo. Y nos dieron cierta información y... ¡pero íbamos tan despacio! Tendría que haber matado a ese cabrón la primera vez que lo vi. Lo lamento.

—Ahora ya está muerto.

Lo dijo en un tono llano. Isócrates había revisado los cadáveres antes de emprender la vuelta y había encontrado el de Andrónico. Las piedras lo habían dejado muy maltrecho, pero ese rostro feroz de barba negra seguía siendo reconocible. Su cuello también estaba rebanado aunque, probablemente, ya estaba muerto cuando eso ocurrió. Isócrates se acordó del cuchillo ensangrentado que tenía Dionisia en las manos, se detuvo y se volvió para mirarla a los embrujadores ojos.

—Has sido muy valiente —le dijo sin más—. Tú y tus amigas. Vosotras habéis triunfado donde yo he fracasado. Podéis estar orgullosas de lo que habéis

hecho.

—¡Ha sido espantoso! —contestó ella, con la voz temblorosa—. Se puso a gritar y...

—¡Claro que ha sido espantoso! Pero era un hombre malvado, era tu enemigo. El te hizo daño y se alegraba de ello. Si no lo hubieses matado, él te habría matado a ti. No te debes avergonzar de lo que has hecho.

Ella suspiró con fuerza y, luego, se apoyó contra su cuerpo. El le pasó el brazo por encima de los hombros. La forma del cuerpo de ella al apretarse contra el suyo era más armoniosa que cualquier música. Isócrates apartó la mente del futuro y devoró la sensación de tener lo que más amaba en el mundo a

salvo, a su lado. Al día siguiente ya podría volver a las formalidades: esa noche le pertenecía. Retomaron de nuevo el paso.

—¿Qué les ha pasado a las otras? —preguntó ella, tras un rato en silencio—. ¿A las otras que no vinieron con nosotras, las que se quedaron a bordo?

Él se lo pensó dos veces.

—¿Están muertas?

—Sí, lo siento.

Ella sacudió la cabeza.

—Les dije que esos hombres las iban a matar. Les supliqué que vinieran... pero tenían miedo. Dijeron: «¡Si nos escapamos, nos van a castigar!» Pensaron que iban a estar más a salvo si se quedaban. —Calló un momento y,

luego, dijo en voz baja—: Tal vez habría sido así si las demás no hubiésemos huido, pero no creo. ¡Ay! ¡No sabes, no sabes, no sabes! Ese mercante que tomaron, el *Eleuteria,* tenía su tripulación. Al principio iban a dejarla con vida para llevar el barco hasta Creta, pero algunos de ellos trataron de escaparse y, entonces, los piratas se cansaron de tener que mantener a los demás, así que los... los enterraron a todos hasta la cintura en un hoyo en la arena y se turnaban para tirarles piedras. Lo convirtieron en un juego, tantos puntos por un ojo, tantos por darle en la boca... ¡esos pobres hombres! ¡Estaban ciegos, llenos de sangre y sollozando y esos monstruos terribles seguían

tirándoles piedras y se reían!

—¿Cómo conseguiste escapar?

Ella se apartó una maraña de pelos de los ojos.

—Los vigías vieron un carguero del Euxino y los barcos salieron a asaltarlo, llevándose a todos los hombres menos Andrónico y los remeros del *Lucena*. Casi todos ellos se fueron hacia el extremo oeste de la playa, para tratar de ver. Entonces, les oímos gritar que había una galera en la ensenada. Y yo supe —se lo quedó mirando con toda la atención del mundo—, supe que eras tú, y supe que los ibas a hundir... y, entonces, supe que Andrónico nos iba a matar, porque no iba a poder arrastrarnos con él y no nos dejaría en

libertad. Así que se lo dije a las demás y estuvimos de acuerdo en que teníamos que intentar escapar, enseguida, mientras los hombres estaban en la punta oeste de la playa.

«Fingimos una pelea, Mirta dio unos golpes en la puerta de la bodega y les suplicó a los que estaban de guardia que le pusieran fin. Los guardias eran sólo dos, pero aun así no les dio miedo entrar. Entraban todas las tardes, de uno en uno o de dos en dos, y se llevaban a alguna muchacha, así que esperaban que todo el mundo se aterrorizara y llorase, jamás habrían esperado que los atacásemos. Sin embargo, no los matamos. Teníamos la esperanza de que, si les perdonábamos la vida, tal vez

ellos se la perdonasen a las muchachas a las que les daba demasiado miedo huir. Simplemente, los dejamos atados y salimos del barco con mucho sigilo para correr luego por la playa hacia el arroyo y, de allí, hacia arriba.

—Y, cuando ellos os siguieron —dijo Isócrates que aún no había salido de su asombro—, les plantasteis cara y los vencisteis.

Ella anduvo unos cuantos pasos y añadió sin más:

—Nos haces parecer más valientes de lo que somos. No queríamos plantarles cara ni por asomo. Sólo estábamos tratando de huir. Pero... pero el camino de subida por ese barranco era difícil, no teníamos sandalias y la

mayoría estaba herida. No podíamos ir lo bastante deprisa y yo sabía que los hombres nos venían siguiendo. Así que, donde el cauce se ensanchaba un poco, mandé a todo el mundo trepar a lo más alto que pudiese. Les dije que recogieran piedras pesadas y que se las tirasen a los hombres en cuanto nos viesen, aunque en realidad tenía la esperanza de que ya se hubiese hecho de noche y pasaran de largo. No pensé que pudiésemos hacerles daño de verdad.

—¿Así que tú has sido quien las dirigió? —Se dio cuenta de que no estaba nada sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. —Y lo volvió a mirar a los ojos con cierta inseguridad.

¿Acaso ella suponía que él desaprobaba su valor? Trató de imaginársela recluida con las demás en la bodega de aquel barco, hablando en susurros con sus compañeras para planear la huida.

Se imaginó a los hombres que entraban todas las tardes para «llevarse a una muchacha» para pasar la noche. ¿Habría ella tenido que sufrirlo o se la habría reservado Andrónico para sí?

No se lo iba a preguntar. No iba a intensificar la vergüenza que sentía haciendo que lo reviviese. Estaba viva y entera y tenía el cuerpo apretado contra el suyo, temblando de alivio. Eso era lo que importaba.

—Has sido muy valiente —le

volvió a decir—. Has sufrido, pero has luchado y, al final, has ganado.

Ella sonrió, pero los ojos, de repente, le brillaban con lágrimas nuevas.

—¡Ay, no sabes cómo esperaba que me dijeras eso! Cuando estaba encerrada con las demás mujeres en la bodega hablamos mucho acerca de los hombres. Las otras decían que los hombres veían a las mujeres como si fuesen esclavas, que cuando somos jóvenes y guapas nos utilizan y, cuando somos viejas, nos gritan y nos hacen trabajar hasta morir. Y yo les dije que no, que yo conocía a hombres que no eran así... pero, cuando me preguntaron qué hombres eran ésos, el único que me

vino a la cabeza fuiste tú. —Ella le pasó un brazo por la cintura—. Supe que eras tú el de la galera. Andrónico me dijo que estabas muerto, pero yo sabía que no era cierto. Él...

—¿Hablasteis de mí? —preguntó él, sorprendido.

—¡Uy, sí! Tenía la capa aquella que te compraste en Alejandría y yo le dije que se la había robado a un hombre que era mejor que él. Eso lo puso furioso y trató de decirme que te había vencido, que era mejor que tú. Yo le contesté: «No, la primera vez que viste a Isócrates, te hundió el barco y, la segunda vez, se libró de la emboscada que le tendiste y llevó a tu patrona a la desesperación. Si alguna vez te lo

vuelves a encontrar —le dije—, acabarás muerto».

—Pero la que lo ha vencido has sido tú, Dionisia: ¡tú y tus compañeras!

Ella respiró hondo mientras le sujetaba con fuerza.

—Tú les has hundido los barcos. Tú has venido a buscarme. ¡Tú eres mi sol y no quiero volver a perder la luz jamás!

DIECISÉIS

Isócrates se despertó a plena luz del día, aturdido y con la sensación de que estaba siendo observado. Abrió los ojos y se encontró a sí mismo mirando a Dionisia a la cara. Ella le sonrió y se apartó un mechón de pelo de los ojos.

Reaccionó sin pensarlo. Sacó una mano para ponérsela a ella detrás de la cabeza y tirar hacia sí para poder besarla. Ella le devolvió el beso y, cuando dejaron de besarse, seguía sonriendo. Durante un rato, le devolvió la sonrisa con cara de idiota. Entonces,

la realidad se le vino encima de golpe. Estaban a plena luz del día, echados en una alfombra en una playa abierta, rodeados por cerca de doscientos hombres y unas cincuenta mujeres, más o menos. Le había parecido lo más natural del mundo, la noche anterior, tumbarse uno al lado del otro, pero la luz del día reveló lo inapropiado de aquel acto, por más que no hubieran hecho otra cosa que dormir.

Que la amaba era algo de lo que él, con gran dolor, era consciente desde hace mucho tiempo. Ahora sabía que ella también lo amaba a él. Desgraciadamente, el amor no les iba a cubrir los gastos. Dionisia había reconocido que era demasiado pobre

para ella y no había habido ningún cambio significativo en sus circunstancias desde entonces.

El se apartó y se sentó; Dionisia se puso en cuclillas, con el gesto algo torcido.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que... —Señaló los barcos vagamente.

Se dio cuenta de que Damofonte, el contramaestre, estaba allí cerca, sentado con un par de remeros. Todos le estaban sonriendo; él les contestó con mala cara.

—Señora, discúlpame. Tengo trabajo que hacer. Una trihemiolia que preparar para salir a la mar, prisioneros que recontar y un barco mercante rescatado que limpiar de cadáveres y

cargar con el botín recuperado.

El gesto de ella se torció un poco más.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Vuelves a llamarme señora? ¡Anoche me llamabas por mi nombre!

El respiró hondo, incapaz de responder. Sabía lo que debía decir, pero no reunía valor para decirlo.

El gesto torcido se convirtió en cara de profundo dolor.

—Anoche me dijiste que había sufrido en una guerra, y que había ganado. ¿Acaso esta mañana no soy más que el sucio desecho de un pirata?

—¡No! —dijo él consternado—. Yo no... Dionisia, ¡no soy más rico ahora que cuando hablamos la otra vez!

—¡Eso ya no me importa! —sollozó apasionada.

—Pues debería. ¿Sabes lo que es ser pobre? ¿Tener que preocuparte cada vez que tienes que comprar la comida e irte a la cama con hambre porque no te llega para pagar, a la vez, la comida y el alquiler? Ya es fatídico para un hombre, pero para una mujer... y la peor parte es tratar de criar hijos. Mi casera, la que murió, alguna vez debió de ser joven y feliz pero, desde que yo la conocí, siempre fue amarga y cruel. Que tus hijos lloren de hambre y no poder darles de comer destroza el ánimo a cualquiera, creo yo. ¡Y tú! —La cogió de las manos—. ¡Tan hermosa y con ese don! ¿Cómo podría yo perdonármelo, si

te convirtiera en otra Atta?

Ella volvió a poner mala cara.

—Has dicho que tenías dinero suficiente para comprar una casa.

—Sí. Por fin, este verano. Pero... no una casa grande.

—Bueno, si tú tienes bastante para una casa, yo estaba ahorrando este verano para arreglármelas, aunque le tengo que pagar al Gremio el alquiler. ¡Si no tuviera que pagar un alquiler me iría mucho mejor, no peor! Y, si pierdo el patrocinio de Haguemonte, tú podrás ser mi tutor.

Él se la quedó mirando. De hecho, sonaba posible y se esforzó por sopesarlo. Salir a trabajar sería una desgracia para la mayoría de las

esposas, pero la música era diferente. Cuando menos, una instrumentista casada sería más respetable que una soltera.

Le espantaba la idea de vivir del dinero de una esposa, pero más le espantaba la idea de perderla. Si sumaba los ahorros de ella a los suyos propios, y si las inversiones daban buenos beneficios... Sin embargo, tendría que comprar esclavos: no podía pedirle a Dionisia que fregara los suelos ni que moliese el grano, no con esas manos de citarista. Aquello implicaba la necesidad de dinero para alimentarlos y vestirlos y una casa más grande para poder darles una habitación. Los dos mil dracmas, que le habían parecido una

suma inmensa el mes anterior, ahora le parecían poco. Aunque, tal vez, si ambos ahorrasen y se conformaran con poco...

¿Podría pedirle eso a ella?

—Deberíamos esperar hasta que volvamos a Rodas —dijo él por fin—. Tienes que pensarte bien lo que estás diciendo.

Ella sacudió la cabeza con mucho énfasis.

—No voy a cambiar de opinión.

El tragó saliva con miedo de creer lo que ella le decía.

—Aun así —logró decir—, deberíamos esperar hasta que volvamos a Rodas. Entonces, si no has cambiado de opinión, podemos ver... podemos ver

cómo nos apañaríamos.

Las manos de ella, que todavía tenían cogidas las de él, de repente apretaron con más fuerza y la cara se le iluminó con aquella sonrisa tímida tan maravillosa.

—¡Isócrates! —lo llamó alguien, y ambos se volvieron para ver a Aristómaco, que venía hacia ellos desde la otra punta de la playa.

—¡Menos mal que te has despertado! —dijo el trierarca—. Salud, señora. Isócrates, tú conoces bien esta costa. ¿Cuál es el pueblo más cercano?

—Melanipion —respondió Isócrates, un poco sorprendido—. Está en el cabo que queda al este, justo al salir de la ensenada. Pero es un pueblo

muy pequeño.

—¿Habrá un médico ahí? ¿Y un mercado?

—Yo diría que sí a ambas cosas.

—Estupendo —dijo Aristómaco con satisfacción—. Estaba pensando lo siguiente: llevamos el barco para allá, buscamos a un médico que atienda a los heridos, compramos provisiones y pasamos, aquí, un día o dos. Los heridos van a estar mejor aquí que embarcados y nos daría a los demás la posibilidad de descansar. Y no sé tú, pero a mí me vendría bien pasar un par de días en tierra firme. Podríamos terminar las reparaciones del barco pirata y cargar el mercante que hemos rescatado. Entonces podríamos volver a Megista.

—¿Y qué pasa con el *Colquídea?* —preguntó Isócrates lleno de dudas.

Aristómaco escupió al suelo.

—El *Colquídea,* que se pudra. Si Cilonte no es capaz de volver a Megista por el bien de los heridos rodiotas, ¡que se vaya él sólito a Antioquía! Y tampoco necesitamos al *Colquídea* ahora que tenemos nuestro propio barco mercante; uno estupendo, dicho sea de paso. Le he echado un vistazo. Es de Siracusa, construido con abeto italiano. Tiene una quilla de buen calado y muy bonita, de roble de Epiro. Nos darán un talento de plata cuando salga a subasta, y estoy seguro de lo que digo, porque estoy pensando en pujar yo mismo por él.

—Señor —dijo Dionisia después

de habérselo pensado—. Tengo el equipaje a bordo de ese barco.

—Te lo devolveremos intacto —le prometió Aristómaco—. ¿Dónde está tu dama de compañía?

A Dionisia se le borró instantáneamente la sonrisa de la cara.

—La dejaron en el *Lindia,* el barco del que me sacaron.

—Entonces, ¿hay que conseguirle un pasaje desde Atenas?

—No. Los piratas hundieron el *Lindia* cuando hubieron cogido todo lo que quisieron de a bordo. Diseria... —Dionisia dejó súbitamente de hablar y se llevó las manos a los ojos.

Isócrates y Aristómaco se miraron perplejos. Aquello era de una brutalidad

extraordinaria, incluso para el común de los piratas cretenses.

—Lo siento —dijo Dionisia después de unos instantes—. Ella fue... fue mi niñera cuando yo era pequeña y mi fiel consejera cuando crecí. Pero no debería molestaros con mis penas. Ya he llorado su pérdida y la lloraré más cuando tenga tiempo. Ahora, lo que queréis es información acerca de los piratas. Hundieron todos los barcos que asaltaron, excepto ése de ahí, el *Eleuteria*. Estaban tratando de mantener en secreto que lo tenían aquí y no querían que nadie se enterase. Señor, puedo decirte una cosa que te resultará de interés. Andrónico tenía una carta de Hipérides. En ella le decía cuándo iba a

zarpar el *Lindia* y que yo iba a ir a bordo. Decía que la reina Laodice quedaría muy complacida si yo acabase mal y que podía estar seguro de que la reina iba a proteger a quien la ayudase. Decía, también, que Isócrates había sido envenenado. Andrónico me enseñó la carta. Creo que sigue en su camarote. Es decir, el camarote del capitán del *Eleuteria*.

Aristómaco soltó el aliento siseando.

—Nos habíamos imaginado la mayor parte, pero una carta incriminatoria... ¡eso sí que podría sernos muy útil!

Isócrates puso mala cara.

—Si Seleuco no ha obligado a su

madre a librarse de Hipérides por envenenamiento, ¿por qué lo iba a hacer porque haya mantenido correspondencia con un pirata?

—No estaba pensando en darle la carta a Seleuco —dijo Aristómaco con una sonrisa de niño bueno, y miró, de la cara estupefacta de Isócrates, a la cara igualmente estupefacta de Dionisia—. Pidna nos queda justo en el camino de vuelta a casa. Podemos dársela a la gente del rey Tolomeo, junto con la carta de Apolonio.

—¿Cómo? —protestó Isócrates—. Si le entregamos a Tolomeo una carta del jefe de los espías del rey Antígono, ¿no vamos a echar a perder nuestra credibilidad?

—¡Qué va, qué va! —le respondió el trierarca con un brillo especial en los ojos y haciendo un gesto dramático con la mano—. El mayor rival de Tolomeo está deseando ayudarlo a librarse de tan notorio pirata. ¡Un pirata que no se conforma sólo con saquear los barcos sino que, además, los hunde! El protegido de la reina Laodice (un hombre de la propia estirpe del rey Seleuco) mantiene correspondencia con él y ¡le dice dónde encontrar a sus víctimas! ¿Crees que el rey Tolomeo no le va a sacar provecho a una historia semejante? ¡Ja! Señora, ¿podríais tus amigas y tú hacer una lista de los barcos que asaltó ese monstruo y cuándo lo hizo? ¡Podemos dársela a Tolomeo

también! El *Lindia* era rodio y el maravilloso *Eleuteria* es de Siracusa. ¡Hipérides propició el ataque a barcos de territorios neutrales! —Sonrió cruelmente—. Después de eso, Seleuco va a tener que deshacerse de la víbora; exiliarlo, al menos. Y hay una guerra que acaba de empezar, recordadlo. Si Hipérides llega a caer en manos de los egipcios, esas cartas le van a costar la cabeza. —Los miró con una sonrisa de oreja a oreja, como un anfitrión que hubiera elaborado un plato especialmente delicioso para la cena en una fiesta.

—Estaré encantada de hacer una lista de los barcos —dijo Dionisia entusiasmada.

—¡Estupendo, estupendo! —dijo Aristómaco, dando palmadas—. Entonces, yo me llevo el *Atalanta* a Melanipion con la mitad de los hombres. Isócrates, tú pones a la otra mitad a trabajar en esa galera pirata. Y tú, señora, haces la lista de barcos... Y si podéis también echar una mano con nuestros heridos, os estaremos muy agradecidos.

Se quedaron en la playa durante dos días. El *Atalanta* fue de visita a Melanipion y volvió con un médico y con medicinas, además de una buena remesa de víveres y leña, y unos cuantos piratas más, de los que habían sobrevivido a los naufragios, que habían llegado a nado a la costa y habían sido

pillados en Melanipion tratando de robar un barco de pesca. Los piratas fueron recluidos en la bodega del barco de Siracusa. Los cuerpos de las mujeres a las que habían asesinado habían sido sacados de ahí, se les hizo los ritos funerarios y fueron quemados en una pira construida en la playa. Los cuerpos de los piratas, por el contrario, fueron dejados a merced de las alimañas en el barranco, aunque los rodios mandaron a un grupo de trabajadores a recuperar los pequeños tesoros que llevaban.

Aristómaco insistió en que también recuperasen la cabeza de Andrónico. Cuando los hombres regresaron con ella, él la selló, con cuidado, dentro de un tarro de aceite.

—Esto se lo voy a mandar también a Tolomeo —le dijo a Isócrates—. Un regalo de Rodas: la cabeza del pirata que asesinó a la hermana del rey. Se pondrá muy contento.

—Pero no estamos seguros de que él, en persona... —empezó a decir Isócrates.

—¡No importa si la mató él en persona o no! —le replicó Aristómaco—. Sin duda, formó parte de aquel ataque y Tolomeo había puesto su nombre en la lista de los más buscados. —Soltó una carcajada—. Puede que hasta ofrezcan una recompensa. Esa carta de Apolonio le demostrará al rey que nosotros estábamos haciendo todo lo posible por encontrar a ese hombre.

Pero, aunque Tolomeo no nos dé una recompensa, hará que se diga a sí mismo: «Ah, sí, los rodiotas son gente muy respetable. Por lo que a mí respecta, que naveguen por el Egeo a sus anchas». —Miró a Isócrates sonriendo y añadió—: Y eso tampoco le hará ningún daño a mi reputación, ¿verdad? Ni ante el rey ni ante nuestra querida democracia. ¡Zeus, si todavía puedo convertirme en un hombre de estado!

—Yo te votaré —dijo Isócrates, devolviéndole la sonrisa.

Cuando, por fin, los rodios volvieron a zarpar, los hombres estaban de muy buen humor. La bodega del *Eleuteria* iba cargada con una fortuna en tesoros recuperados y con un total de

veintidós piratas para venderlos como esclavos. Y estaba también el barco pirata, el *Lucena,* un *lembos* de treinta remos muy propenso a convertirse en barco correo de la Armada. Uno de los heridos del *Atalanta* murió, pero los otros cuatro —incluido Nicágoras— se recuperaban a buen ritmo. La proa del *Atalanta* iba decorada ahora con cuatro *akrostolia,* y los hombres habían ungido el mascarón de proa con aceites aromáticos y buscado laurel para hacerle una guirnalda. El *Atalanta* era, de manera incuestionable, un barco afortunado que le había aportado victoria y riqueza a todo el que había servido en él.

En Megista se detuvieron a hacer

noche. Una docena de mujeres, de las que habían abarrotado las cubiertas de los tres barcos, desembarcaron allí con la esperanza de poder volver a casa desde la isla o desde Antífelos, el pueblo del continente que quedaba más cerca de ella. Aristómaco les dio, a cada una, algunas monedas procedentes del botín para ayudarlas en su regreso.

Allí obtuvieron noticias de la guerra.

—¡Tolomeo ha tomado Antioquía! —les dijo el comandante de la base naval, muy emocionado, al saludarlos cuando llegaron—. Llevó la flota costeando desde Pidna; tantos barcos como pensó que cabrían en el puerto de Seleucia. Cuando llegó a su destino, los

gobernantes salieron a darle la bienvenida, ¡todos con guirnaldas y con las coronas puestas!

—¡Zeus! —exclamó Aristómaco asombrado.

Seleucia, el puerto de Antioquía, había sido fundada por el bisabuelo del rey Seleuco, Seleuco el Conquistador. Que salieran a darle la bienvenida a Tolomeo era algo extraordinario.

El comandante de Megista asintió.

—¡Y cuando llegó con su ejército a la mismísima Antioquía, pasó lo mismo!

—La reina Berenice debió de ser muy apreciada.

—¡Seguro que su asesinato no lo fue! En cualquier caso, el rey Tolomeo está en el propio palacio de Seleuco,

atendiendo peticiones e impartiendo justicia.

—¿Dónde estaba Seleuco cuando pasó todo eso? —le preguntó Aristómaco—. ¿Seguía en Éfeso?

El comandante de la base no lo sabía, no tenía noticias de los seléucidas.

—Simplemente, pone de manifiesto —declaró piadosamente— que ni siquiera un rey puede ofender a los dioses. Apolo mismo se volvió contra Laodice cuando ésta mandó a los asesinos profanar su templo de Dafne.

—A mucha gente, igual que a Apolo, les ha resultado ofensivo —apuntó Aristómaco—. Podría decirse que hasta los reyes tienen que

interesarse por lo que opina la gente.

Se marcharon de Megista a la mañana siguiente y remaron hacia el noroeste por delante de la costa. Ya era por la tarde cuando llegaron a la base tolemaica de Pidna, en el extremo oeste de la playa de Patara. Estaba casi vacía —la flota de Tolomeo seguía en el puerto de Seleucia—, pero los hombres que quedaban allí estaban bien alerta. Fueron muy educados con los rodios, en cualquier caso, sobre todo después de que Aristómaco les contara que tenía una información muy valiosa para el rey y un regalo que lo iba a alegrar enormemente.

—¿Un regalo? —le preguntó el

comandante de Pidna, frunciendo el ceño ante el dudoso tarro sellado.

—¡Es la cabeza del pirata que mató a la reina Berenice! —anunció Aristómaco, triunfante.

El comandante de la base se lo quedó mirando. Tocó el tarro con cautela y luego le echó a Aristómaco una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Verdaderamente es un regalo muy noble! —exclamó. Se hizo cargo del paquete de cartas y del tarro sellado y prometió mandarlos a Antioquía en el siguiente correo.

Por fin, al tercer día de haber dejado la playa de los piratas, volvieron a Rodas y empezaron a ver el Coloso a

primera hora de la tarde.

Aristómaco se había pasado al *Eleuteria* para hacer la última manga del viaje. El barco de pantoque redondo atracaría en el puerto comercial, no en el astillero de la Armada, y Aristómaco quería organizar lo relativo a aquel barco en persona. Había dejado de todas formas una remesa de monedas en el *Atalanta* para que se repartiese entre los hombres a modo de adelanto del rescate. Cuando Isócrates las entregó, lo vitorearon y salieron de un humor extraordinario a gastarlo y alardear de las proezas del barco.

Isócrates pasó el resto del día en el astillero, cuidando del *Atalanta* y de la galera apresada. Trató de no pensar en

Dionisia. Ella había ido a bordo del *Eleuteria*. Durante la travesía había estado muy ocupada cuidando de sus compañeras y todas la consideraban la jefa. Él se la imaginaba ahora tratando de encontrarles alojamiento e informándose de los barcos que las podían llevar de vuelta a sus casas. Ya estaría, otra vez, hermosamente vestida e impecablemente arreglada. Había recuperado su equipaje, y una de las prisioneras había aceptado ser su dama de compañía. Ella se encargaría de los asuntos oficiales con su compostura característica.

Se preguntaba si habría cambiado de opinión, ahora que la euforia del rescate había pasado. Una parte de él

esperaba que sí. Tenía miedo de que, si se casaba con él, llegase a arrepentirse. La otra parte le rezaba a Afrodita para que la trajese a su cama.

Organizó algunos trabajos de mantenimiento en el *Atalanta,* encontró un sitio para el *Lucena* y encargó unos pedidos de lona y de cuero. Para terminar, fue al cuartel general de la Armada para ver si se sabía algo de los dos hombres que tuvo que dejar en Atenas.

Ambos lograron volver a casa y habían vuelto a poner sus nombres en la lista del barco unos días antes. Estarían disponibles cuando el *Atalanta* volviese a zarpar. Satisfecho, Isócrates les dejó una nota pidiéndoles que hablaran con

él. Estaba a punto de marcharse del cuartel general cuando el funcionario le dijo:

—¿Isócrates de Camiro? Hay una carta para ti.

Era de su padre. La aceptó con recelo y la sacó a la calle, para leerla a la luz de la tarde.

> *«Critágoras a su hijo Isócrates, saludos. No estoy bien y me temo que no lo volveré a estar. Te ruego que vengas a despedirte de mí».*

Leyó la carta dos veces y, después, se sentó en los escalones, mirándola ensimismado. Se acordó de las lágrimas

de su padre —se acordó de Agido sollozando en un rincón— y, entonces, de repente, se acordó de cuando era muy pequeño e iba sentado a hombros de su padre durante el Festival del Sol, mirando la procesión de barcos que había dentro del puerto.

Volvió a leer la carta, recordando cómo había respondido a Aristómaco: *«No quiero saber nada de esa tierra. Por mí, que quede abandonada. Mi padre se puede morir en ella, solo».* Y lo que le contestó el trierarca: *«¡Que los dioses impidan que se cumpla ese mal augurio! Te arrepentirás si llega a pasar»*.

Volvió a entrar en el cuartel.

—Esta carta —le dijo al

funcionario—, ¿cuándo llegó?

Había llegado hacía cinco días. Isócrates le dio las gracias al funcionario y emprendió el regreso hacia el cobertizo, donde había dejado su equipaje, planeando ya el viaje. Desde el pueblo de Rodas a Ialisos había un buen trecho, unas pocas horas por el camino llano de la costa. Si salía enseguida, podría llegar antes de medianoche. Entonces podría descansar durante unas horas y partir al amanecer. Llegaría a Camiro por la tarde y, si continuaba, podía llegar a la granja a eso de medianoche.

Estaba saliendo del astillero, con el equipaje en un saco pequeño al hombro, cuando alguien lo llamó por su

nombre. Miró a su alrededor y, con gran sorpresa, vio a Aristómaco que estaba corriendo hacia él.

—Menos mal que he dado contigo —jadeó el trierarca—. Vamos a mi casa y hablamos.

Isócrates le señaló el equipaje.

—Señor, lo lamento pero he recibido malas noticias y tengo que...

—Tu padre ya está enterrado —le dijo Aristómaco de golpe—. Sería un viaje inútil.

Isócrates se lo quedó mirando atónito. Aristómaco lo cogió del brazo.

—Vamos —le dijo con delicadeza—. Vayamos a mi casa a beber algo.

Isócrates lo siguió aturdido hasta la misma puerta de la casa antes de que se

le ocurriera preguntarle:

—¿Cómo sabías tú que mi padre ha muerto?

—Siéntate y tómate el vino primero —le contestó el trierarca—. Después te lo cuento.

En casa de Aristómaco olía a comida y se oía un murmullo de voces que venía de la cocina. Un esclavo les lavó los pies y, luego, les llevó vino al comedor. Anaxipo apareció, deseando oír hablar de los piratas.

—Dentro de un ratito, Anaxipio —le dijo Aristómaco, pensando en otra cosa—. Isócrates acaba de recibir muy malas noticias de su familia.

—Ah —dijo el chiquillo decepcionado y abochornado—. Lo

siento mucho. —Y se marchó.

—¿Que cómo sé lo de tu padre? —le preguntó Aristómaco, y bebió un trago de vino—. Yo acordé comprarle las tierras, por eso lo sé. Estaban a su nombre de por vida y, cuando muriese, las tierras pasarían a ser mías. El precio de las tierras, once mil dracmas, sigue debiéndose tras su muerte y se puede pagar a sus herederos, es decir, a ti. —Bebió otro trago de vino—. Insistió en una cláusula que decía que, si tú decides hacerte cargo de la granja, el trato se cancelaría, pero creo que ya sabía que no ibas a querer.

Isócrates se miró las manos, que eran como las de su padre, grandes y huesudas. Pero, donde las de su padre

tenían callos por las tijeras de podar y por el arado, las suyas los tenían por los remos y por el trabajo del astillero.

—¿A quién se le ocurrió esa idea? —preguntó, tras un largo rato en silencio.

Aristómaco se lo tuvo que pensar dos veces.

—A decir verdad, no estoy seguro del todo. Quedó acordado cuando estuvo aquí por lo del vino. Empezamos a hablar de ti y, no sé cómo, terminamos haciendo ese trato. Me preguntó por ti y por tu carrera, ya ves. Estuvo muy contento y muy orgulloso cuando se enteró de tu éxito y de la reputación de hombre honesto y valiente que tienes. Me preguntó si podrías casarte, si tenías

suficiente para comprarte tu propia casa. Entonces, dijo que él iba a vender sus tierras, ya que tú no las querías, sólo que, entonces, no tendría donde vivir.

Isócrates se cubrió el rostro.

—¿Murió sólo? —preguntó atragantado.

Otra vez tuvo que pensar Aristómaco.

—No lo sé. Tenía un vecino, Teofrasto, que había estado pasando a ver cómo estaba durante su enfermedad. Le dio instrucciones de ponerse en contacto conmigo cuando hubiera fallecido.

—¿Qué... qué tenía?

—Fiebre. Disentería. Es lo único que sé.

—¿El corazón roto?

Aristómaco suspiró.

—Fiebre y disentería, según Teofrasto. Él se encargó del ritual funerario.

—Y tú... ¿tú eres ahora el dueño de esas tierras?

—No creo que vaya a salir perdiendo —dijo el trierarca—. Son unas viñas de primera.

—Once mil dracmas es mucho más de lo que valen esas tierras. Están en un sitio recóndito. Hay que transportarlo todo por ese camino de cabras.

—Aun así, no creo que vaya a salir perdiendo. Puedo sacar más por el vino que lo que le sacaba tu padre. Créeme, cualquier maldición que puedan tener

esas tierras sólo te afecta a ti, yo voy a salir beneficiado del trato. No rechaces su legado, amigo mío. Hizo cosas malas, eso seguro, pero te quería. Deja que su muerte ponga fin a la maldición.

Isócrates respiró hondo y, después, volvió a hacerlo. Estaba empezando a llorar y se secaba las lágrimas con impaciencia. Su padre había muerto... solo.

—Tenías razón —le dijo bruscamente—. Estoy arrepentido.

Aristómaco se levantó y se acercó para ponerle la mano en el hombro.

—Bébete el vino, cena algo y vete a la cama. La muerte es un trago amargo, pero es un trago que todos bebemos antes o después.

Isócrates durmió mal. No logró conciliar el sueño hasta la hora gris previa al amanecer y un esclavo lo despertó, un par de horas después, dándole unos golpecitos en el hombro para decirle que había una señora en la puerta que preguntaba por él.

Era Dionisia, claro. El lugar de Diseria, unos pasos por detrás de ella, lo había ocupado Mirta, una de las muchachas del barco. Cuando lo vio, empezó a sonreír, pero el gesto se convirtió en cara de preocupación.

—¡Por Apolo! ¿Es que ha pasado algo?

El se agarró al marco de la puerta, tratando de poner su cerebro en

funcionamiento.

—Me dieron una mala noticia anoche —logró decir—. Mi padre ha muerto.

—¡Ah! —Ella lo miró sin saber qué cara poner.

—No creí que me fuese a doler —le dijo él—. Todavía no lo he perdonado. Pero desearía haber estado allí para despedirme.

—Lo siento mucho.

—Vamos a dar un paseo —dijo de repente.

Empezaron a andar por la calle hacia el ágora. Las miradas que les echaban los viandantes le hicieron darse cuenta de que no hacían muy buena pareja: Dionisia, guapísima y elegante

con una capa rosada encima del quitón de color crema; él, desaliñado y sin afeitar, con su túnica de a bordo que necesitaba desesperadamente un buen lavado.

—He venido a decirte que no he cambiado de opinión —le dijo Dionisia en voz baja—. Tal vez no quieras hablar de eso ahora, pero te lo digo para que lo sepas. No he cambiado de opinión ni pienso cambiar.

Él tragó saliva con dificultad.

—Mi padre... vendió la granja. A Aristómaco, de manera que yo me quedase con el dinero. Once mil dracmas.

—¡Ah! —exclamó Dionisia, parándose en medio de la calle—. Eso

es suficiente para una casa grande, ¿no?

—Sí. —Volvió a tragar saliva—. Es suficiente para una casa grande con jardín. Y, lo que es más, significa que puedo seguir... que puedo seguir invirtiendo el resto del dinero que he ganado este verano. Si alguna vez llego a hacerme rico, ésa es la manera de conseguirlo.

—¡Es maravilloso! —exclamó Dionisia emocionada.

Su nueva sirvienta se apresuró hacia ella y la cogió de la mano.

—¿Eso significa que puedo quedarme? —le preguntó entusiasmada y, luego, miró a Isócrates con ansiedad —. ¡No daré problemas, señor! ¡Sé cocinar, ocuparme del jardín, tejer y

coser y trabajaré mucho si dejas que me quede!

Isócrates se la quedó mirando perplejo. Dionisia le dio unas palmaditas suaves a la muchacha en el hombro y explicó.

—Mirta y Tomareta me han preguntado si se pueden quedar conmigo. Sus maridos no las van a querer, ahora que han yacido con los piratas. Les he dicho que no sabía si íbamos a tener sitio para ellas, pero...

—¿Quedarse contigo?

—Como sirvientas a sueldo.

—¡Yo pensaba que iba a tener que comprar esclavos!

—¡No, no! Yo prefiero mil veces ayudar a mis amigas que tener esclavos.

Yo podría pagarles su salario, si hubiera sitio para ellas en la casa. —Se detuvo de repente a examinar la cara de él—. ¿Vas a aceptar el dinero?

«Deja que la muerte ponga fin a la maldición».

—Sí —dijo atragantándose con la mezcla exquisita de alegría y angustia—. Sí.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Este libro está ambientado en el verano del año 246 a.C., durante el estallido de la «Guerra de Laodice» o «Tercera Guerra Siria». Era el auge de lo que se conoce como período «helenístico», una época tan ignorada de la Historia popular que, probablemente, les tengo que explicar a muchos lectores lo que, de hecho, fue. Cuando Alejandro Magno murió, sus generales dividieron su imperio en pedazos y se proclamaron reyes de esos lugares: los tolemaicos se hicieron con Egipto (pero también

gobernaron la Cirenaica, Chipre y algunas partes de Anatolia); los seléucidas, en principio, tenían todo el Oriente Medio desde el Mediterráneo hasta Afganistán; los antigónidas, finalmente, se establecieron en Macedonia y en Grecia. Todos esos monarcas eran griegos macedonios, a pesar del uso de términos como «egipcios» o «sirios» para algunos de ellos, y sus reinos estaban plagados de inscripciones griegas. Ese período, tradicionalmente, se extiende hasta el año 30 a.C, cuando Egipto, la última monarquía helenística, fue engullido por Roma. Pero, de hecho, aquello fue sólo el entierro de algo que llevaba más de un siglo agonizando.

Rodas era, como he tratado de plasmar, una república marítima que parecía mayor de lo que era debido a su importancia en las relaciones comerciales. Su influencia, en realidad, llega hasta nuestros días: la «Ley Rodiota» es la base de las leyes marítimas del mundo entero desde entonces.

Aquellos que hayan tenido la suerte de haber pasado unas vacaciones en la «Costa Turquesa» de Turquía pueden estar preguntándose por qué mis piratas son cretenses y no licios o cilicienses, ya que todas las guías dicen, y están en lo cierto, que la piratería era un problema de aquellas costas en la Antigüedad. Eso, de todas formas, fue

después, cuando Roma echó a los tolemaicos y a los seléucidas e inmovilizó a los rodiotas. En el siglo III a.C, los peores piratas eran cretenses. (Y aquellos que no han estado nunca en esa región... ¡que vayan! Es fantástica. También lo es Rodas; y sí, por supuesto que es un nido de turistas, pero es que tiene encanto para atrapar a los turistas, a raudales. ¡Es una isla bonita, bonita!)

Toda descripción de la vida cotidiana de la Antigüedad es una reconstrucción. Las fuentes de información acerca del siglo III a.C. son relativamente escasas, lo cual significa que he reconstruido este edificio sin partir de las paredes y el tejado, sino del hueco donde estaban los cimientos y

de un ladrillo suelto. He conseguido una cantidad aceptable de información y he tratado de ser todo lo precisa que he podido pero, donde he tenido que recurrir a la adivinación, habrá muchos errores; y, lo que es peor, para contar una historia se necesita un trasfondo simplificado. Quien se interese realmente por la historia helenística, que no confíe en mí. Que pruebe con *Alexander to Actium,* de Peter Green y la fascinante fuente de información *The Hellenistic World* de M. M. Austin.

Para evitar cargar la narración de términos griegos y títulos, he utilizado los ingleses, excepto cuando aquellos no tenían buena traducción: así, he puesto *capitán, contramaestre* y *timonel* en

lugar de *kybernetes, keleustes* y *pedaliouchos,* pero *trierarca* en lugar de *capitán*. No estoy muy segura de traducir el título del rey Antígono, *Gonatas,* por *Patizambo*. Los reyes, a menudo, tenían apodos poco respetuosos además de los títulos de culto oficiales, así que es posible que quisiera decir precisamente eso... pero nadie lo puede asegurar.

No soy la persona más indicada para escribir historias que ocurren en el mar —¡me mareo hasta en los trenes!—, pero, de verdad, la literatura común que trata de barcos de guerra antiguos es tan abominable que cualquier cosa supone una mejoría y, por lo menos, me lo he estudiado bien. Estoy en deuda

especialmente con dos autores: Lionel Casson *(Ships and Seamanship in the Ancient World)* y John Morrison *(Greek and Roman Oared Warships)*. El diseño de las galeras con más de un banco de remos sigue siendo algo discutible, aunque la controversia acerca de que tres bancos superpuestos eran algo bastante imposible, cayó por su propio peso ante la reconstrucción del trirreme ateniense de tres bancos, el precioso *Olympias*. Se puede visitar la página www.triremetrust.org.uk para ver fotos y detalles de las pruebas de navegación realizadas.

Eso me lleva al tema de los esclavos de las galeras. Algunos lectores pueden pensar que, en mis

galeras, los remeros eran ciudadanos libres porque me haya negado a aceptar las atrocidades de la historia. Por favor, que lean a Casson y Morrison: allí podrán ver las pruebas del uso de esclavos en las galeras; o, más bien, no las podrán ver, porque no las hay. Lo que sí hay, de todas formas, son muchas pruebas de que había remeros libres. Las galeras medievales y de principios de la Edad Moderna puede que utilizasen mano de obra esclava; las galeras de la Antigüedad, no.

El apogeo helenístico fue breve y, en muchos sentidos, la Guerra de Laodice fue el comienzo de su fin. La flota de Tolomeo fue derrotada por la de Antígono en la Batalla de Andros pero,

contra Seleuco, su campaña obtuvo una victoria aplastante: su ejército llegó hasta Babilonia. Antes de haber podido afianzar la victoria, tuvo que volver a Egipto por una rebelión interna y su breve triunfo dejó marcada la línea de pleamar del poder tolemaico. En cuanto a los seléucidas, las provincias del este se aprovecharon de los problemas de la secesión y nunca las pudieron recuperar. Para empeorar las cosas, la reina Laodice persuadió a su hijo Seleuco para que permitiera que su hermano pequeño, Antíoco el Halcón, compartiese la corona con él. Antíoco no tardo en rebelarse y, a la Guerra de Laodice, la siguió «la Guerra de los Hermanos», durante la cual otras

provincias se independizaron. La potencia seléucida decayó más aún que la tolemaica.

En aquel Este debilitado y dividido, se abrió paso la potencia que estaba floreciendo en el Mediterráneo: Roma... invitada, como suele pasar, por los rodiotas y por los habitantes de Pérgamo, que se estaban sintiendo amenazados por un posible pacto entre los antigónidas y los seléucidas. Roma se los tragó a todos, ya fueran amigos o enemigos: el tratamiento que le dio a Rodas es especialmente deprimente. El «Coloso» de Rodas, terminado en el 280 a.C, se derrumbó en un terremoto en el 226 a.C. y no se reconstruyó.

* * *

V.1 16-11-2012

Joseiera

